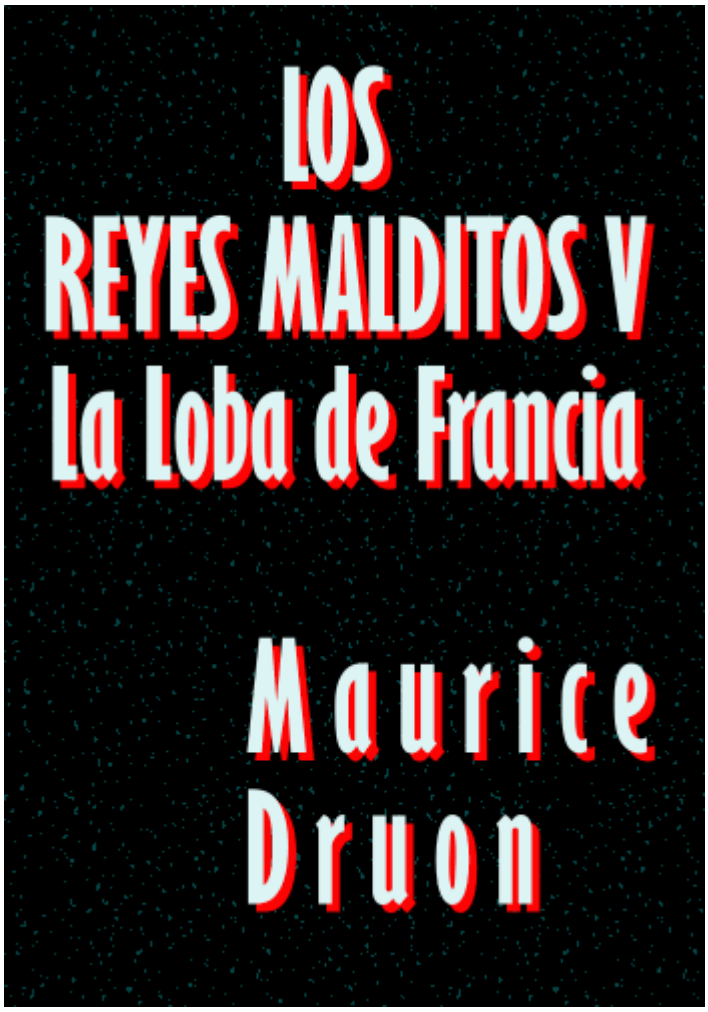
LIBROdot.com

LOS REYES MALDITOS V
La Loba de Francia

Maurice Druon



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INDICE:

PROLOGO
PRIMERA PARTE - Del Támesis al Garona.
I. Nadie se evade de la Torre de Londres.
II. La reina ultrajada.
III. Nuevo cliente para maese Tolomei.
IV. La falsa cruzada.
V. La espera.
VI. Las bocas de fuego.

SEGUNDA PARTE - Isabel en amores.
I. La mesa del Papa Juan.
II. Penitencia para el Padre Santo.
III. El camino de París.
IV. El rey Carlos.
V. La cruz de sangre.
VI. Aquel hermoso año de 1325.
VII. Cada príncipe que muere.

TERCERA PARTE - El rey robado.
I. Los esposos enemigos.
II. Regreso a Neauphle.
III. La reina del Temple.
IV. El consejo de Chaalis.

CUARTA PARTE - La cabalgada cruel.
I. Harwich.
II. La hora de la luz.
III. Hereford.
IV. Vox populi.
V. Kenilworth.
VI. La guerra de las ollas.
VII. La corona de heno.
VIII. Bonum est.
IX. El hierro al rojo .

NOTAS HISTORICAS.
REPERTORIO BIOGRAFICO.

PROLOGO.

...Y los castigos anunciados, las maldiciones lanzadas desde lo alto de la hoguera por el Gran Maestre de los Templarios habían continuado extendiéndose por el suelo de Francia. El destino abatía a los reyes como si fueran piezas de ajedrez.

Tras de caer fulminado Felipe el Hermoso, seguido por su primogénito, Luis X, asesinado dieciocho meses después, su segundo hijo, Felipe V, parecía que iba a tener un largo reinado; pero, apenas pasados cinco años, Felipe moría a su vez, antes de cumplir los treinta.

Detengámonos un instante en este reinado, que no parece una tregua de la fatalidad mas que en comparación con los dramas y desastres que le seguirían después. Parece un reinado pálido al que hojea el libro distraídamente, sin duda porque en sus paginas no se tiñe las manos de sangre. Y sin embargo... Veamos como se desarrollan los días de un gran rey, cuando la suerte le es adversa.

Porque Felipe V el Largo, podía contarse entre los grandes reyes. Por la fuerza y por la astucia, por la justicia y por el crimen, se había apropiado, joven aun, de la corona, puesta a subasta de las ambiciones. Un conclave encerrado, un palacio real tomado al asalto, una ley sucesoria inventada, una revuelta baronial desbaratada en una campaña de diez días, un gran señor encarcelado, un infante real muerto en la cuna -al menos así se creía-, habían jalonado las rápidas etapas de su carrera hacia el trono.

Cuando la mañana de enero de 1317 salió de la catedral de Reims, entre el tañido de todas las campanas, el segundo hijo del Rey de Hierro podía creerse triunfante y libre de volver a emprender la gran política que había admirado en su padre. Su turbulenta familia se había inclinado por obligación; los barones, dominados, se resignaban a su obediencia; el Parlamento sufría su ascendiente y la burguesía lo aclamaba, entusiasmada de haber vuelto a encontrar un príncipe fuerte. Su esposa había lavado las manchas de la torre de Nesle; su descendencia parecía asegurada por el hijo que le acababa de nacer; finalmente, la consagración lo había revestido de una intangible majestad. Nada le faltaba a Felipe V para disfrutar de la relativa felicidad de los reyes, ni siquiera la prudencia de querer la paz y de conocer su precio.

Tres semanas después moría su hijo. Era su Único varón, y la reina Juana, estéril a partir de entonces, no había de darle ninguno mas.

A principios del verano el hambre se abatía sobre el país, cubriendo las ciudades de cadáveres.

Al poco tiempo, un viento demencial sopló por toda Francia.

¿Que impulso ciego y vagamente místico, que sueños elementales de santidad y aventura, que exceso de miseria, que furor de aniquilamiento empujaron de repente a los jóvenes y muchachas del campo, guardianes de corderos, de bueyes y de cerdos; pequeños artesanos e hilanderas, casi todos entre los quince y los veinte años, a dejar de improviso sus familias, sus pueblos, y reunirse en bandas errantes, descalzas, sin dinero ni alimentos? Una cierta idea de cruzada servía de pretexto a este éxodo.

En realidad, la locura había nacido de los restos del Temple. Eran numerosos los Templarios a los que las cárceles, los procesos, las torturas, las confesiones arrancadas a hierro candente y el espectáculo de sus hermanos entregados a las llamas habían convertido en medio locos. El deseo de venganza, la nostalgia de su antiguo poderío y la posesión de algunas fórmulas de magia obtenidas en el Oriente los habían hecho fanáticos, y tanto mas temibles cuanto que se escondían bajo el humilde hábito del clérigo o la blusa del destajista. Reunidos en sociedad clandestina, obedecían a las órdenes, misteriosamente transmitidas, del Gran Maestre secreto que había reemplazado al Gran Maestre quemado en la hoguera.

Fueron estos hombres los que un invierno, se convirtieron de pronto en predicadores y, semejantes al flautista de las leyendas del Rhin, arrastraban tras si a la juventud de Francia. Hacia Tierra Santa, decían; pero su verdadero deseo era la pérdida del reino y la ruina del papado.

Y papa y rey se veían impotentes ante aquellas hordas de fanáticos que recorrían los caminos, ante aquellas riadas humanas que crecían a cada encrucijada, como si estuviera hechizada la tierra de Flandes, de Normandía, de Bretaña y de Poitou.

Diez mil, veinte mil, cien mil; los «pastorcillos» marchaban hacia misteriosas citas. A sus bandas se unían sacerdotes excomulgados, monjes apóstatas, bandidos, ladrones, mendigos y prostitutas. Una cruz iba a la cabeza de estos cortejos en los que jóvenes y muchachas se entregaban a la mas desenfrenada licencia, al mayor libertinaje. Cien mil de estos harapientos caminantes entraban en una ciudad para pedir limosna y en seguida la saqueaban. Y el crimen, que al principio no es mas que el accesorio del robo, se convierte pronto en la satisfacción de un vicio.

Los pastorcillos devastaron a Francia durante un año, con cierto método en su desorden, no perdonando ni iglesias ni monasterios. París, enloquecido, vio invadidas sus calles por este ejército de ladrones, y al rey Felipe V dirigirles palabras de apaciguamiento desde una ventana de su palacio. Exigían del rey que se pusiera al frente de ellos. Tomaron al asalto el Chatelet, apalearon al preboste y saquearon la abadía Saint Germaine-des-Pres. Luego, una nueva orden, tan misteriosa como la que los había agrupado, los lanzó hacia los caminos del Sur. Aun seguían temblando los parisienses cuando los pastorcillos inundaban ya a Orleans. Tierra Santa estaba lejos, y fueron Bourges, Limoges, Saintes, Perigord, Burdeos, Gascuña y Agen los que tuvieron que sufrir su furor.

El papa Juan XXI I, inquieto al ver que la oleada se acercaba a Aviñón, amenazó con la excomunión a aquellos falsos cruzados. Necesitaban víctimas; las encontraron en los judíos. Desde entonces las poblaciones urbanas aplaudieron las matanzas, y fraternizaron con los pastorcillos. Ghetos de Lectoure, Auvillar, Castelsarrasin, Albi, Auch, Toulouse: aquí ciento quince cadáveres, allí ciento cincuenta y dos... Ni una sola ciudad del Languedoc se salvo de su hoguera expiatoria. Los judíos de Verdun-Sur-Garonne emplearon como proyectiles a sus propios hijos, y luego se estrangularon mutuamente para no caer en manos de aquellos locos.

Entonces el papa ordenó a sus obispos y el rey a sus senescales que protegieran a los judíos, cuyo comercio les era necesario. El conde de Foix, que había ido en auxilio del senescal de Carcasona, libró una batalla campal con los pastorcillos, haciéndolos retroceder a las ciénagas de Aígues-Mortes, donde murieron a millares, apaleados, traspasados, hundidos en la arena, ahogados. La tierra de Francia se bebía su propia sangre, se tragaba a su propia juventud. El clero y los oficiales reales se unieron para perseguir a los escapados. Les cerraron las puertas de las ciudades, les negaron víveres y alojamiento, los acosaron en los Pasos de los Cevennes, y colgaron en las ramas de los árboles, en grupos de veinte y treinta, a todos los que capturaron. Las bandas siguieron su vagabundeo durante casi dos años mas, y, desperdigándose ya, llegaron hasta Italia.

Francia, el cuerpo de Francia, estaba enfermo. Apenas aplacada la fiebre de los pastorcillos, apareció la de los leprosos.

¿Eran responsables aquellos desgraciados de carnes corroídas, de caras de muerto, de manos transformadas en muñones, aquellos parias encerrados en las leproserías, infectos y pestilentes poblados, donde procreaban entre sí y de los que no podían salir mas que agitando las tarreñas, eran responsables de la contaminación de las aguas? Porque el verano de 1321 en numerosos sitios fueron envenenados los manantiales, arroyos, pozos y fuentes; y el pueblo de Francia aquel año jadeaba sediento ante sus generosos ríos, y bebía con espanto, esperando la agonía a cada trago. ¿Había intervenido también el Temple en el extraño veneno -compuesto de sangre humana, orina, hierbas mágicas, cabezas de culebras, patas de sapos machacados, hostias traspasadas y vello de mujeres impúdicas- que aseguraban que contenían las aguas? ¿Habían empujado a la revuelta al

pueblo maldito, inspirándole, según habían confesado algunos leprosos en la tortura, el deseo de que perecieran o se convirtieran en leprosos todos los cristianos?

El asunto había comenzado en el Poitou, donde descansaba el rey Felipe V. Pronto se extendió a todo el país. El pueblo de las ciudades y del campo se arrojó sobre las leproserías para exterminar a los enfermos, que se habían convertido en enemigos públicos. Sólo perdonaban a las mujeres encinta, pero únicamente hasta el destete del hijo. Después las entregaban a las Ramas. Los jueces reales legalizaban con sus sentencias estas hecatombes, y la nobleza prestaba sus hombres de armas. Luego el odio se volvió una vez mas contra los judíos, acusados de complicidad en una inmensa e imprecisa conjura, inspirada, según se aseguraba, por los reyes moros de Granada y de Tunez. Parecía que Francia, con estos gigantescos sacrificios humanos, intentaba apaciguar sus angustias, sus terrores.

El viento de Aquitania estaba impregnado del atroz olor de las hogueras. En Chinon todos los judíos de la bailía fueron echados a un gran foso de fuego; en París fueron quemados frente al castillo real, en la isla que llevaba su triste nombre, donde Molay había pronunciado su fatal anatema.

Y el rey murió. Murió de la fiebre y del desgarrador mal de entrañas que había contraído en Poitou, en sus tierras de dote; murió por haber bebido agua de su reino.

Tardó cinco meses en extinguirse, en medio de terribles sufrimientos, consumido, esquelético.

Todas las mañanas hacía abrir las puertas de su habitación, en la abadía de Longchamp, a donde se había hecho llevar, y dejaba acercarse hasta su lecho a todos los transeúntes para decirles: «Ved aquí al rey de Francia, vuestro soberano señor, el hombre mas pobre de todo su reino, ya que no hay ninguno entre vosotros con el que no quisiera cambiar mi suerte. Mirad, hijos míos, a vuestro príncipe temporal, y pensad exclusivamente en Dios, viendo como se complace en jugar con sus criaturas.

El día siguiente de la Epifanía del año 1322 fue a reunirse con los huesos de sus antepasados, sin que nadie, excepto su esposa, lo llorara.

Sin embargo, había sido un buen rey, preocupado del bien público. Declaró inalienable cualquier parte del dominio real, es decir, de Francia propiamente dicha; unificó las monedas, pesos y medidas; reorganizó la justicia para que fuera administrada con mas equidad; prohibió la acumulación de funciones públicas y ocupar sitios en el Parlamento a los prelados; dotó a las finanzas de una administración peculiar. Se le debía también haber incrementado la manumisión de siervos. Deseaba que la servidumbre desapareciera totalmente de sus Estados; quería reinar sobre un pueblo de hombres que disfrutaran de la «verdadera libertad», tal como los había hecho la naturaleza.

Resistió a la tentación de la guerra, suprimió muchas guarniciones del interior para reforzar las fronterizas, y prefirió siempre la negociación a las estúpidas y dudosas empresas guerreras. Sin duda era demasiado pronto para que el pueblo admitiera que la justicia y la paz costaban muy caras. «¿Donde han ido a parar las rentas, los diezmos y las anatas, las subvenciones de los Lombardos y de los judíos, puesto que se han distribuido menos limosnas, no ha habido expediciones ni se han construido edificios?», decían. «¿En que se ha empleado todo eso?»

Los grandes barones, sometidos temporalmente, y que a veces, ante las perturbaciones campesinas se habían agrupado alrededor del soberano, esperaban pacientemente que llegara su hora de desquite y contemplaban con satisfacción la agonía de aquel joven rey a quien no querían.

Felipe V el Largo, hombre solitario, demasiado avanzado para su tiempo, había pasado en medio de la incomprensión general.

No dejaba mas que hijas; la «ley de los varones», que había promulgado el mismo en propio beneficio, las excluía del trono. La corona venía a recaer en su hermano menor, Carlos de la Marche, tan mediocre de inteligencia como agraciado de rostro. El poderoso conde de Valois, el

conde Roberto de Artois, todo el parentesco capetino y la reacción baronial triunfaban de nuevo. Se podía volver a hablar de cruzada, mezclarse en intrigas del Imperio, traficar con el oro y burlarse de las dificultades del reino de Inglaterra.

Allá, en aquel país, un monarca inconstante, falaz, inepto, dominado por la pasión amorosa que sentía hacia su favorito, se batía contra sus barones y obispos y regaba también la tierra de su reino con la sangre de sus súbditos.

Allá una princesa de Francia vivía como mujer humillada y escarnecida, que sentía su vida en peligro, y conspiraba para protegerse, envuelta en sueños de venganza.

Diríase que Isabel, hija del Rey de Hierro y hermana de Carlos IV de Francia, había llevado consigo al otro lado de la Mancha la maldición de los Templarios...

PRIMERA PARTE:
Del Támesis al Garona.

I
«Nadie se evade de la Torre de Londres...»

Un enorme cuervo, reluciente, monstruoso, tan grande como un ganso, daba saltos ante el tragaluz. A veces se detenía, bajas las alas, entornados los párpados sobre sus pequeños ojos redondos, como si fuera a dormirse. Luego, de repente, levantando el pico, intentaba atacar los ojos del hombre que se encontraba tras los barrotes del tragaluz. Aquellos ojos grises, color de pedernal, parecían atraer al pájaro. Pero el prisionero retiraba con presteza el rostro. Entonces el pájaro reanudaba su paseo, a saltos torpes y cortos.

El hombre sacó la mano por entre los barrotes, una hermosa mano grande y larga; nerviosa; la avanzó insensible, la dejó inerte, parecida a una rama extendida sobre el polvo del suelo, y esperó el momento de apresar al cuervo por el cuello.

El pájaro, rápido a pesar de su tamaño, se apartó de un salto, lanzando un ronco graznido.

-Ten cuidado, Eduardo, ten cuidado -dijo el hombre, detrás de la reja del tragaluz-. Un día conseguiré estrangularte.

Porque el prisionero había bautizado al taimado pájaro con el nombre de su enemigo, el rey de Inglaterra.

Hacía dieciocho meses que duraba el juego, dieciocho meses que este deseaba estrangular al negro pajarraco, dieciocho meses que Roger Mortimer, octavo barón de Wigmore, gran señor de las Marcas galesas y ex-lugarteniente del rey en Irlanda, llevaba encerrado, en compañía de su tío Roger Mortimer de Chirk, antiguo gran juez del país de Gales, en un calabozo de la Torre de Londres. La costumbre establecía que los prisioneros de tal categoría, que pertenecían a la mas antigua nobleza del reino, tuvieran alojamiento decente. Pero el rey Eduardo II, que había capturado a los dos Mortimer en enero de 1322, tras su victoriosa batalla de Shrewsbury sobre los barones rebeldes, les había asignado una celda estrecha y baja, a ras del suelo, en los nuevos edificios que acababa de construir a la derecha de la Torre del Reloj. El rey, que se había visto obligado, por la presión de la corte, de los obispos y del mismo pueblo, a conmutar por cadena perpetua la pena de muerte que había decretado contra los Mortimer, esperaba que esta celda malsana, esta cueva en la que se podía tocar el techo con la frente, haría, con el tiempo, el trabajo del verdugo.

De hecho, si bien los treinta y seis años de Roger Mortimer de Wigmore habían podido resistir semejante prisión, por lo contrario, los dieciocho meses de bruma que se colaba por el tragaluz, de humedad que rezumaban las paredes, o de espeso tufo estancado durante la época de

calor, parecían haber abatido al viejo Lord de Chirk. Perdidos los dientes y el cabello, hinchadas las piernas, agarrotadas las manos por el reumatismo, apenas se levantaba de la tabla de encina que le servía de lecho, mientras su sobrino permanecía junto al tragaluz, con la mirada fija en lo alto.

Era el segundo verano que pasaban en aquella covacha. Hacía dos horas que había amanecido sobre la mas célebre fortaleza de Inglaterra, corazón del reino y símbolo del poder de sus príncipes; sobre la Torre Blanca construida por Guillermo el Conquistador, apoyada en los cimientos mismos del antiguo castrum romano; sobre el inmenso torreón cuadrado, ligero a pesar de sus gigantescas proporciones; sobre las torres del recinto y las murallas almenadas de Ricardo Corazón de León, sobre la Morada del Rey, sobre la capilla de San Pedro y la puerta de los Traidores. El día se presentaba caluroso, pesado, como lo había sido la víspera; se adivinaba en el sol que roseaba las piedras, así como en el olor a cieno que subía del Tamesis, junto al terraplén de los fosos.

«Eduardo» se había unido a los otros gigantescos cuervos en el césped tristemente famoso, el Green, donde se instalaba el tajo los días de ejecución; los pájaros picoteaban la hierba empapada de sangre de los patriotas escoceses, de los criminales de Estado y de los favoritos caídos en desgracia.

Recortaban el césped y barrían los caminos empedrados que lo rodeaban, sin que se asustaran los cuervos; porque nadie se hubiera atrevido a tocar a aquellos animales que vivían allí desde tiempo inmemorial, protegidos por una especie de superstición.

Los soldados de la guardia, al salir de sus alojamientos, se sujetaban apresuradamente el cinturón o las polainas, se calaban el casco y se agrupaban para la parada diaria que aquella mañana tenía particular importancia, ya que era 1.º de agosto, día de San Pedro ad Vincula -a quien estaba dedicada la capilla- y fiesta anual de la Torre.

Rechinaron los cerrojos en la puerta baja que cerraba la celda de los Mortimer; abrió el carcelero, echó una mirada al interior y dejó entrar al barbero, hombre de ojos pequeños, larga nariz y boca redonda, que iba una vez por semana a afeitar al joven Roger Mortimer. Durante los meses de invierno esta operación era un suplicio para el prisionero, ya que el condestable Stephen Seagrave, gobernador de la Torre, había dicho:

-Si Lord Mortimer quiere seguir afeitándose, le enviaré el barbero, pero no tengo obligación de suministrarle agua caliente.

Lord Mortimer se había mantenido firme, primero para desafiar al condestable, luego porque su execrado enemigo el rey Eduardo llevaba una hermosa barba rubia, y por último y principalmente por sí mismo, porque sabía que si cedía en esto, se dejaría arrastrar por el abandono físico. A la vista tenía el ejemplo de su tío, que no prestaba ningún cuidado a su persona; Lord de Chirk, con su barba crecida y su largo cabello, parecía un viejo anacoreta y gemía sin cesar por las múltiples dolencias que lo agobiaban.

-Solamente el dolor de mi pobre cuerpo me hace sentir que vivo todavía -susurraba a veces.

El joven Mortimer recibía, pues, semana tras semana, al barbero Ogle, incluso cuando tenía que romper el hielo en la bacía y la rasura le dejaba las mejillas ensangrentadas. Este sufrimiento tuvo su recompensa, ya que al cabo de unos meses se dio cuenta de que Ogle podía servirle de enlace con el exterior. El hombre tenía un carácter extraño; era ávido y al mismo tiempo capaz de sacrificio; sufría por su situación subalterna, que juzgaba inferior a su mérito; la intriga le ofrecía ocasión de secreto desquite y de adquirir importancia ante si mismo, al participar de los secretos de los grandes personajes. El barón de Wigmore era sin duda el hombre mas noble, tanto por nacimiento como por naturaleza, de cuantos conocía. Además, un prisionero que se empeñaba en hacerse afeitar incluso en la época de los hielos era digno de admiración.

Gracias al barbero, Mortimer había establecido una relación, tenue pero regular, con sus partidarios, especialmente con Adán Orletón, obispo de Hereford; por el barbero había sabido que podía ganar para su causa al teniente de la Torre, Gerardo de Alspaye; y por mediación del barbero

también había trazado lentamente su plan de evasión. El obispo le había asegurado que sería liberado en verano. Y el verano estaba allí...

Por la mirilla de la puerta, el carcelero lanzaba de vez en cuando una ojeada desprovista de toda sospecha, por simple costumbre profesional.

El prisionero, con una escudilla de madera bajo la barbilla -¿volvería a usar algún día la bacía de fina plata labrada de otro tiempo?-, escuchaba las frases hechas que el barbero pronunciaba en voz alta para no despertar sospechas. El sol, el verano, el calor... Era cosa digna de observar que siempre hacía buen tiempo el día de la festividad de San Pedro...

Inclinándose sobre la navaja Ogle le susurró:

-Be ready tonight, my Lord*.

Esté preparado para esta noche.

Roger Mortimer no se estremeció. Sus ojos de color de pedernal bajo las cejas bien pobladas, se volvieron hacia los pequeños ojos negros del barbero, quien confirmó sus palabras con un movimiento de párpados.

-¿Alspaye...? -murmuro Mortimer.

-He'll go with us ** -respondió el barbero mientras pasaba al otro lado de la cara de Mortimer.

Vendrá con nosotros.

-The Bishop...? * -preguntó el prisionero.

¿Y el obispo ... ?

-He'll be waitíng for you outside, after dark** -dijo el barbero, y reanudó en seguida en voz alta la conversación sobre el sol, la parada que se preparaba, los juegos que se celebrarían por la tarde...

Nos esperará fuera, después de anochecido.

Terminado el afeitado, Roger Mortimer se enjuagó la cara con un paño sin sentir siquiera su contacto.

Cuando salió el barbero Ogle en compañía del guardián, el prisionero se apretó el pecho con las dos manos y aspiró una gran bocanada de aire. Se contuvo para no gritar: «Estad preparado para esta noche.» Estas palabras le bailaban en la cabeza. ¿ Habría llegado por fin el momento?

Se acercó a la tarima sobre la que dormitaba su compañero de calabozo.

-Esta noche, tío mío -susurró.

El viejo Lord de Chirk se dio vuelta entre gemidos, elevó hacia su sobrino sus pupilas descoloridas que tenían un brillo glauco en la sombra de la celda, y respondió cansadamente:

-Nadie se evade de la Torre de Londres, pequeño mío. Nadie... Ni esta noche, ni nunca.

El joven Mortimer se irritó. ¿Por que aquella obstinada negativa, aquel rehusar el riesgo, un hombre al que, en el peor de los casos, le quedaba tan poca vida que perder? No quiso responder para evitar encolerizarse. Aunque hablaban en francés, como toda la corte y la nobleza, mientras que los servidores, soldados y pueblo hablaban en inglés, temían siempre que los entendieran.

Volvió junto al tragaluz y miró de abajo arriba la parada, con la agradable sensación de que quizás asistiera a ella por última vez.

Al nivel de sus ojos pasaban y repasaban las polainas de la tropa, y los gruesos zapatos de cuero que golpeaban el pavimento. Roger Mortimer admiró las precisas evoluciones de los arqueros, de aquellos admirables arqueros ingleses, los mejores de Europa, que lanzaban hasta doce flechas por minuto.

En medio del Green, el teniente Alspaye, rígido como una estaca, daba las órdenes en voz alta y presentaba la guardia al condestable. Era difícil comprender como aquel hombre joven, rubio y de tez rosada, tan atento a su deber, tan visiblemente animado del deseo de hacer bien las cosas, había aceptado la traición. Debía de tener otros motivos, aparte del incentivo del dinero. Gerardo de Alspaye, teniente de la Torre de Londres, deseaba, al igual que muchos oficiales, sherifs, obispos y

señores, ver a Inglaterra libre de los malos ministros que rodeaban al rey; su juventud soñaba con desempeñar un gran papel; además, odiaba y despreciaba a su jefe, el condestable Seagrave.

Este, tuerto, de fláccidas mejillas, bebedor e indolente, debía precisamente su alto cargo a la protección de los malos ministros. Practicando descaradamente las costumbres de las que hacía gala el rey Eduardo ante la corte, se servía de la guarnición como si fuera un harén. Sus preferidos eran los hombres fuertes y rubios; por eso la presencia del teniente Alspaye, muy devoto y apartado del vicio, era para el un infierno. Por haber rechazado los tiernos asaltos del condestable, Alspaye sufría ahora constantes persecuciones. Seagrave, para vengarse, le infligía toda clase de molestias y vejaciones. El Tuerto tenía mucho tiempo para fraguar su crueldad; mientras inspeccionaba a los hombres, abrumaba a su segundo con toda clase de burlas groseras por motivos insignificantes; por un defecto en la alineación, por una mella en un cuchillo, por un minúsculo desgarrón en el cuero de una aljaba. Su único ojo sólo buscaba los defectos.

Aunque era día festivo, en el que según la costumbre se levantaban los castigos, el condestable ordenó que azotaran a tres soldados debido al mal estado en que tenían sus equipos. Se trataba de tres de los mejores arqueros. Un sargento fue a buscar el látigo y los castigados tuvieron que bajarse las calzas delante de todos sus compañeros puestos en fila. El condestable parecía divertirse mucho con el espectáculo.

-Si la guardia no se presenta mejor, la próxima vez sufriréis vos el castigo, Alspaye -dijo.

Toda la guarnición, a excepción de los centinelas, entró en la capilla para oír misa y cantar cánticos.

Las voces rudas y en falsete llegaban hasta el prisionero, que estaba al acecho detrás de la reja. «Estad preparado para esta noche, monseñor»... El antiguo delegado del rey en Irlanda no dejaba de pensar que tal vez aquella noche estaría libre. Le quedaba una jornada de espera y de temor ... Temor de que Ogle cometiera una tontería en la ejecución del plan preparado, temor de que Alspaye recobrara, en el último momento, su sentido del deber... Toda una jornada para prever los obstáculos fortuitos, los elementos del azar que pueden hacer fracasar una evasión.

«Es mejor no pensar en esto, y creer que todo irá bien. Siempre ocurre lo que uno no se imagina.» Sin embargo su pensamiento volvía a las mismas preocupaciones. «Habrá guardias en los caminos de ronda...»

Dio un rápido salto hacia atrás. El cuervo había avanzado a escondidas a lo largo del muro, y poco faltó para que alcanzara el ojo del prisionero.

-¡Ah, Eduardo, Eduardo! Esto es demasiado -dijo Mortimer entre dientes-. Uno de los dos ha de triunfar hoy.

La guarnición acababa de salir de la capilla y entraba en el refectorio para la comilona tradicional.

El carcelero reapareció en la puerta de la celda, acompañado de un guardián encargado de la comida de los prisioneros. Como excepción, el guisote de habas llevaba un poco de carnero.

-Esforzaos a poneros de pie, tío mío -le encareció Mortimer.

-Incluso nos impiden oír misa, como si fuéramos excomulgados -dijo el anciano Lord sin moverse de su camastro.

Los guardianes se habían retirado. Los prisioneros no tendrían mas visitas hasta la noche.

-Así, tío mío, ¿estáis resuelto a no acompañarme? -preguntó Mortimer.

-¿Acompañarte? ¿Adonde? Nadie se evade de la Torre. Nadie lo ha conseguido jamás. Nadie se rebela tampoco contra su rey. Cierto es que Eduardo no es el mejor soberano que haya tenido Inglaterra, y que sus dos Despenser merecerían estar en nuestro lugar; pero no se elige al rey, se le sirve. No debería haberos escuchado a Tomas Lancaster y a ti, cuando tomasteis las armas. A Tomas lo decapitaron, y nosotros mira donde estamos...

Porque era la hora en que, después de comer unos bocados, se determinó a hablar en voz monótona y gimiente, para repetir los mismos temas que su sobrino escuchaba desde hacia

dieciocho meses. A sus sesenta y siete años, nada quedaba del antiguo Mortimer, del apuesto y gran señor que había sido, famoso por los torneos fabulosos celebrados en el castillo de Kenilworth, de los que todavía hablaban tres generaciones. Su sobrino se esforzaba vanamente en reavivar las brasas en el corazón de aquel anciano agotado.

-Para empezar, las piernas no me sostendrían... -agregó.

-¿Por qué no os esforzáis en intentarlo? Salid del lecho. Además, yo os llevaré, ya os lo he dicho.

-¡Eso es! Vas a llevarme por encima de las murallas, y luego por el agua, pues yo no se nadar. Vas a llevar mi cabeza al tajo, y la tuya también. ¡Eso es lo que vas a hacer! Tal vez Dios quiera salvarnos, y tu lo vas a estropear todo por esa loca tozudez. Siempre ha sido así; la rebelión está en la sangre de los Mortimer. Recuerda al primer Roger de nuestro linaje, hijo del obispo y de la hija del rey Herfast. Había derrotado a todo el ejército del rey de Francia bajo las murallas de su castillo de Mortimer-en-Bray. Y sin embargo, ofendió tan gravemente al Conquistador, su primo, que le confiscaron todas sus tierras y bienes.

El joven Roger, sentado en el escabel, cruzó los brazos, cerró los ojos y se inclinó un poco hacia atrás hasta apoyar la espalda en la pared. Debía soportar la evocación diaria de los antepasados, escuchar por centésima vez como Ralph el Barbudo, hijo del primer Roger, había desembarcado en Inglaterra al lado del duque Guillermo, como había recibido el feudo de Wigmore, y por qué, desde entonces, los Mortimer eran poderosos en cuatro condados.

Del refectorio llegaban las canciones báquicas y los gritos de los soldados al término de la comida.

-Por lo que mas queráis, tío mío, dejad por un momento a nuestros antepasados -exclamó Mortimer-. Yo no tengo tanta prisa en volverlos a encontrar como vos. Si, ya se que descendemos de un rey. Pero la sangre de reyes no vale para nada en una prisión. ¿Nos va a liberar la espada de Herfast de Dinamarca? ¿Dónde están nuestras tierras, y para que nos sirven nuestras rentas en este calabozo? Y si me citáis a nuestras antepasadas Hadewige, Melisenda, Matilde la Mezquina, Walcheline de Ferrers, Gladousa de Braose, os preguntaré si estas son las únicas mujeres en las que debo soñar hasta que exhale mi último suspiro.

El viejo se quedó cortado un momento, mirando distraídamente su mano hinchada, de uñas demasiado largas y melladas. Luego dijo:

-Cada uno está en prisión como puede, los viejos recordando su pasado perdido, los jóvenes soñando en mañanas que no vendrán jamás. Tu crees que toda Inglaterra te quiere y trabaja en tu favor, que el obispo Orletón es tu amigo fiel, que la misma reina se esfuerza en salvarte, y que vas a partir en seguida para Francia, Aquitania o Provenza... ¡Que sé yo! Y que a lo largo del camino las campanas te darán la bienvenida. Y ya verás; esta noche no vendrá nadie.

Se pasó, con gesto cansado, los dedos por los párpados; luego se volvió hacia la pared.

El joven Mortimer volvió junto al tragaluz, deslizó una mano entre los barrotes y la arrastró como muerta por el polvo. «Ahora se dormirá hasta la noche -pensó-. Luego se decidirá en el último momento. Desde luego, no será fácil la huida con el. ¿No la hará fracasar...? ¡Ah, aquí está Eduardo!»

El pájaro se había detenido a poca distancia de la mano inerte, y se frotaba su gran pico con la pata.

«Si te estrangulo, mi evasión tendrá éxito. Si no lo consigo, no podré escapar.»

No era ya un juego, sino una apuesta con el destino. Para entretener su espera y engañar su ansiedad, el prisionero necesitaba inventarse presagios, mientras acechaba con ojo de cazador al enorme cuervo. Pero este, como si hubiera adivinado la amenaza, se apartó.

Los hombres salían del refectorio con la cara enrojecida. Se dividieron en pequeños grupos por el patio para realizar los juegos, las carreras y luchas que eran tradicionales en esa festividad.

Durante dos horas, con el torso desnudo, sudaron bajo el sol haciendo alardes de fuerza para derribar al contrario o de destreza para lanzar mazas contra una estaca.

Se oía gritar al condestable:

-¡El premio del rey! ¿Quien lo ganará?

¡Un silencio!

Luego, cuando comenzó a declinar el día, los soldados fueron a lavarse a las cisternas y entraron en el refectorio, con mas alboroto que por la mañana, comentando sus hazañas o derrotas, para seguir comiendo y bebiendo. Quien no se emborrachaba el día de San Pedro ad Vincula merecía el desprecio de sus compañeros. El prisionero les oía abalanzarse sobre el vino. La oscuridad descendía sobre el patio, la azulada oscuridad de las noches de verano, y el olor a cieno que provenía de las zanjas y del río se hacía más penetrante.

De repente, delante del tragaluz, desgarró el aire un furioso graznido, ronco, prolongado, uno de esos gritos animales que producen malestar.

-¿Que es esto? -preguntó el viejo Lord de Chirk desde el fondo de la celda.

-He fallado -dijo el sobrino-. Le he cogido el ala en lugar del cuello.

Le habían quedado entre los dedos unas cuantas plumas negras que contemplaba tristemente a la incierta luz del crepúsculo. El cuervo había desaparecido y ya no volvería mas.

«Es una tontería propia de un niño conceder importancia a esto -se dijo Mortimer-. Vamos, se acerca la hora. »

Sin embargo, estaba obsesionado por un lúgubre presentimiento.

Se distrajo con el extraño silencio que, desde hacía unos instantes, rodeaba a la Torre. Ningún ruido salía del refectorio; las voces de los bebedores se habían apagado en su garganta; había cesado el choque de platos y picheles. No se oía mas que un ladrido en alguna parte de los jardines, y el lejano grito de un barquero en el Tamesis... ¿Había fracasado el complot de Alspaye, y el silencio de la fortaleza era debido al estupor que sigue al descubrimiento de las grandes traiciones?

El prisionero, con la frente pegada a las rejas del tragaluz y conteniendo la respiración, avizoraba la oscuridad y se esforzaba por oír el mas pequeño ruido. Un arquero atravesó el patio titubeando, vomitó contra la pared, se desplomó y ya no se movió. Mortimer distinguía su cuerpo inmóvil sobre la hierba. Ya habían aparecido las primeras estrellas; y la noche sería clara.

Salieron dos soldados más del refectorio, apretándose el vientre con ambas manos, y se desmoronaron al pie de un árbol. No se trataba de una borrachera corriente, ya que los hombres caían como si les hubieran dado con una estaca.

Mortimer de Wigmore buscó a tientas sus botas en un rincón del calabozo y se las puso; pudo calzarse con facilidad, ya que sus piernas habían adelgazado.

-¿Que haces, Roger? -preguntó Mortimer de Chirk.

-Me preparo, tío mío; se acerca el momento. Parece que nuestro amigo Alspaye ha hecho bien las cosas; es como si toda la Torre estuviera muerta.

-Es cierto; no nos han traído nuestra segunda comida -observó el anciano Lord con inquietud.

Roger Mortimer se puso la camisa dentro de las bragas y se ató el cinturón alrededor de la cota de mallas. Sus prendas estaban muy gastadas, ya que desde hacía dieciocho meses no le habían proporcionado otras, y llevaba su equipo de batalla tal como lo habían cogido cuando le habían sacado la armadura abollada y le habían curado el labio inferior herido por el choque de la babera.

-Si logras escapar, me quedaré solo y sobre mí caerán todas las venganzas.

Había una gran parte de egoísmo en la vana obstinación del anciano para apartar al sobrino de su proyecto de fuga.

-Escuchad, tío mío; alguien viene. Esta vez, levantaos.

Resonaron unos pasos sobre las losas; se acercaron a la puerta. Una voz llamó:

-My Lord!

-¿Eres tu, Alspaye?

-Sí, my Lord, pero no tengo la llave. Vuestro carcelero, con su borrachera, ha perdido el llavero; ahora, en el estado en que se encuentra, no se puede sacar nada de él. He buscado por todas partes.

Del camastro donde reposaba el tío surgió una risita burlona.

El joven Mortimer lanzó un juramento de despecho. ¿Sentía miedo Alspaye en el último momento y por eso mentía? Pero en este caso, ¿porqué había venido? ¿O bien era el azar absurdo, ese azar que el prisionero había imaginado durante todo el día, y que se presentaba ahora bajo esta forma?

-Todo está preparado, my Lord, os lo aseguro -continuó Alspaye-. Los polvos del obispo mezclados con el vino han hecho maravillas. Todos están bajo un pesado sueño, como si estuvieran muertos. Las cuerdas están preparadas, la barca os espera; pero no tengo la llave.

-¿De cuanto tiempo disponemos?

-Los centinelas no se moverán antes de media hora larga. También ellos han celebrado la fiesta antes de entrar de guardia.

-¿Quién te acompaña?

-Ogle.

-Envíalo a buscar una maza, una cuña y una palanca, y haced saltar la piedra.

-Voy con el y vuelvo en seguida.

Los dos hombres se alejaron. Los acelerados latidos de Roger Mortimer marcaban el paso del tiempo. ¡Todo por una llave perdida! Bastaba que un centinela abandonara la guardia con un pretexto cualquiera para que todo fracasara... El viejo Lord estaba callado, y su fatigosa respiración llegaba desde el fondo del calabozo.

Pronto un hilo de luz se filtró por debajo de la puerta; Alspaye volvía con el barbero, quien llevaba las herramientas y una candela. Golpearon la piedra del muro en la que la cerradura estaba hundida como dos dedos. Se esforzaron en paliar los golpes, pero aun así tenían la impresión de que el eco llegaba a todos los rincones de la Torre. Cayeron al suelo trozos de piedra. Por ultimo, el bloque cedió y abrieron la puerta.

-De prisa, my Lord -dijo Alspaye.

Su cara sonrosada, iluminada por la candela, estaba cubierta de sudor, y le temblaban las manos.

Roger Mortimer de Wigmore se acercó a su tío, y se inclinó hacia el.

-No, vete solo, hijo mío -dijo el anciano-. Es preciso que escapes. ¡Que Dios te proteja! Y no me guardes rencor por ser viejo.

El anciano Mortimer atrajo a su sobrino por la manga y le trazó con el pulgar la señal de la cruz en la frente.

-Vénganos, Roger -murmuró.

Roger Mortimer de Wigmore salió, encorvándose, de la celda.

-¿Por donde pasaremos? -preguntó.

-Por las cocinas -respondió Alspaye.

El teniente, el barbero y el prisionero subieron unos escalones, siguieron por un corredor y atravesaron varias piezas oscuras.

-¿Vas armado, Alspaye? -susurró de pronto Mortimer.

-Llevo mi daga.

-¡Allí hay un hombre!

Mortimer había visto una persona apoyada en la pared. El barbero tapó con la palma la débil llama de la candela; el teniente sacó la daga, y avanzaron con más lentitud.

El hombre no se movió en la oscuridad. Tenía la espalda y los brazos pegados a la pared y las piernas separadas, y parecía que apenas podía mantenerse en pie.

-Es Seagrave -dijo el teniente.

El tuerto condestable, dándose cuenta de que lo habían drogado al mismo tiempo que a sus hombres, había conseguido llegar hasta allí y luchaba con un invencible entumecimiento. Veía que su prisionero se escapaba, que su teniente le había traicionado; pero de su boca no podía salir ningún sonido, sus miembros eran incapaces de todo movimiento, y en su único ojo, bajo el párpado que se le caía, se adivinaba una angustia de muerte. El teniente le pegó un puñetazo en la cara, la cabeza del condestable dio contra la pared, y se desplomó.

Los tres hombres pasaron ante la puerta del gran refectorio, donde humeaban las antorchas; toda la guarnición estaba allí dormida. Los arqueros apoyados en las mesas, tendidos en grotescas posturas, como si un mago los hubiera sumido en un sueño de cien años. El mismo espectáculo presentaban las cocinas, iluminadas solamente por las brasas puestas debajo de los enormes calderos de donde se percibía un fuerte olor a grasa quemada. También los cocineros habían probado el vino de Aquitania en el que el barbero Ogle habla mezclado la droga, y yacían sobre la tabla de carnicero o entre los jarros, panza al aire y con los brazos abiertos. Sólo se movía un gato, harto de carne cruda, que caminaba cautelosamente por entre las mesas.

-Por aquí, my Lord -dijo el teniente, conduciendo al prisionero hacia un lugar que servía de letrinas y vertedero de aguas sucias.

En este lugar había una lumbrera, única abertura en este lado de los muros, que permitía el paso de un hombre.

Ogle sacó una escalera de cuerda que había escondido en un cofre, y acercó un escabel. Sujetaron la escalera en el borde de la lumbrera, el teniente pasó el primero, luego Mortimer, y por último el barbero. Agarrados a la escalera se deslizaron los tres a lo largo de la muralla, a diez metros del agua reverberante de las zanjas. La luna aún no se había levantado.

«En verdad, mi tío no hubiera podido huir de este modo», pensó Mortimer.

Una masa negra se movió a su lado y se oyó un leve roce de plumas. Era un gran cuervo que anidaba en una tronera, Mortimer, instintivamente alargó la mano y palpó el caliente plumaje hasta que encontró el cuello del pájaro, que lanzó un prolongado grito de dolor, casi humano. El fugitivo apretó los dedos con toda su fuerza hasta que sintió el crujido de los huesos.

El cuerpo del animal cayó al agua produciendo un ruido seco.

-Who goes there? * -gritó un centinela.

¿Quién va?

Y un casco se asomó por una tronera de la Torre del Reloj.

Los tres fugitivos, aferrados a la escalera, se apretaron a la muralla.

«¿Por qué habré hecho eso? -se decía Mortimer-. ¿Que estúpida tentación me ha empujado a hacerlo? ¡Como si no hubiera ya bastantes peligros... para inventar otros!

Pero el centinela, tranquilizado por el silencio, prosiguió su ronda, y sus pasos fueron alejándose en la noche.

Continuó el descenso. En esta época el agua era poco profunda en las zanjas. Los tres hombres se adentraron en el agua, que les llegaba hasta los hombros, y orillaron la fortaleza, apoyándose con la mano en las piedras del muro romano. Dieron la vuelta a la Torre del Reloj y luego atravesaron el foso, amortiguando todo lo que pudieron el ruido de su marcha. El talud era limoso y resbaladizo. Los fugitivos lo remontaron ayudándose mutuamente y luego corrieron, inclinados, hasta el ribazo del río. Alli les esperaba una barca oculta entre las hierbas. Dos remeros estaban junto a los remos. Un hombre envuelto en una gran capa oscura, con la cabeza cubierta por una caperuza de orejeras y sentado en la popa, emitió por tres veces un débil silbido. Los fugitivos saltaron a la barca.

-My Lord Mortimer -dijo el hombre de la capa tendiéndole las manos.

-My Lord Bishop -respondió el evadido, haciendo el mismo gesto.

Sus dedos encontraron el cabujón de un anillo hacia el que inclinó los labios.

-Go ahead, quickly! * -ordenó el prelado a los remeros. Y los remos entraron en el agua.

¡Adelante, aprisa!

Adan Orletón, obispo de Hereford, nombrado por el Papa contra la voluntad del rey, y jefe de la oposición del clero, acababa de libertar al mas importante señor del reino. Orletón había organizado y preparado todo: convenció a Alspaye asegurándole que iba a ganar el Paraíso y una fortuna, y suministró el narcótico que sumió en el mayor sopor a la Torre de Londres.

31

-¿Ha ido todo bien, Alspaye? -pregunto.

-Todo lo bien que cabía esperar, my Lord -respondió el teniente-. ¿Cuanto tiempo les durará el sueño?

-Dos días, sin ninguna duda... Tengo aquí lo que os prometí -dijo el obispo, sacando una pesada bolsa que llevaba bajo la capa-. Y también para vos, my Lord, tengo lo necesario para vuestros gastos, al menos para unas semanas.

En este momento se oyó gritar a un centinela:

-Sound the alarm! *

* ¡Tocada rebato!

Pero la barca estaba ya muy adentrada en el río, y todos los gritos de los centinelas no lograrían despertar a la Torre.

-Os debo todo, empezando por la vida -dijo Mortimer al obispo.

-Esperad a darme las gracias cuando estéis en Francia. Os aguardan los caballos en la otra orilla, en Bermondsey. Hay una nave cerca de Douvres, dispuesta a hacerse a la mar.

-¿Venís conmigo?

-No, my Lord, no tengo ningún motivo para huir. En cuanto hayáis embarcado, volveré a mi diócesis.

-¿No teméis por vuestra persona, después de lo que acabáis de hacer?

-Soy eclesiástico -respondió el obispo con un deje de ironía-. El rey me odia; pero no se atreverá a tocarme.

Este prelado de voz tranquila, que charlaba en medio del Támesis tan sosegadamente como si estuviera en el palacio episcopal, tenía gran valor y Mortimer lo admiraba sinceramente.

Los remeros estaban en el centro de la barca; Alspaye y el barbero se habían situado en la proa.

-¿Y la reina? -preguntó Mortimer-. ¿La habéis visto últimamente? ¿La siguen atormentando?

-La reina, por el momento, esta en Yorkshire, por donde viaja el rey, lo cual ha facilitado nuestra empresa. Vuestra esposa...

El obispo acentuó ligeramente esta palabra.

-...vuestra esposa me envió el otro día noticias de la soberana.

Mortimer se sintió enrojecer y se alegró de estar en la oscuridad que ocultaba su turbación. Se había preocupado por la reina antes de preguntar por los suyos y por su propia mujer. ¿No había pensado solamente en la reina Isabel durante sus dieciocho meses de prisión?

-La reina os aprecia mucho -continuó el obispo-. Ha sacado del pequeño tesoro que le dejan nuestros buenos amigos los Despenser lo que os voy a entregar, para que podáis vivir en Francia. Los gastos de Alspaye, el barbero, los caballos y la nave que os espera, van por cuenta de mi diócesis.

Había puesto la mano sobre el brazo del evadido.

-¡Estáis mojado! -agregó.

-¡Bah! -exclamó Mortimer-. El aire de la libertad me secará rápidamente.

Se levantó, se quitó la cota y la camisa, y permaneció en pie, desnudo el torso, en medio de la barca. Tenía un cuerpo hermoso y fuerte, de poderosos hombros y espalda ancha y musculosa. El cautiverio lo había adelgazado, sin disminuir la impresión de fuerza que daba su persona. La luna, que acababa de salir, dibujaba los relieves de su pecho.

-Propicia para los enamorados, funesta para los fugitivos -dijo el obispo señalando a la luna-. Lo hemos hecho a la hora precisa.

Roger Mortimer sentía en la piel y en los cabellos mojados el aire de la noche, cargado de olores de hierbas y de agua. El Támesis, liso y negro, huía a lo largo de la barca, y los remos levantaban lentejuelas de plata. Se acercaban a la orilla opuesta. El gran barón se volvió para mirar por última vez la Torre, alta, inmensa, apoyada en sus fortificaciones, murallas y espolones. «Nadie se evade de la Torre...» Era el primer prisionero desde hacía siglos que se escapaba; examinaba la importancia de su acto, y el desafío que lanzaba al poder de los reyes.

Detrás de ellos, se perfilaba en la noche la ciudad dormida. En las dos orillas y hasta el gran puente protegido por sus altas torres, se balanceaban lentamente los apretujados y numerosos mástiles de los navíos de la Hansa londinense, teutónica, parisiense, de toda Europa, que traían los paños de Brujas; el cobre, la brea, los cuchillos y vinos, de Saintonge; y de Aquitania, el pescado seco; y cargaban para Flandes, Ruan, Burdeos y Lisboa, trigo, cuero, estaño, queso y sobre todo la mejor lana del mundo, la de las ovejas inglesas. Por su forma y decorados se reconocían las grandes galeras venecianas.

Pero Roger Mortimer de Wigmore pensaba en Francia. Iría a pedir asilo a Artois, a su primo Juan de Fiennes... Extendió los brazos con gesto de hombre libre.

El obispo Orletón, que lamentaba no haber nacido agraciado ni gran señor, contemplaba con una especie de envidia aquel gran cuerpo firme, dispuesto a saltar en la montura, aquel ancho y bien formado torso, la altiva barbilla, los ondulados cabellos, que iban a llevar en su destierro el destino de Inglaterra.

II.
La reina ultrajada.

El rojo cojín de terciopelo sobre el que la reina Isabel apoyaba sus pequeños pies estaba desgastado hasta la trama; las borlas de oro de las cuatro puntas habían perdido el brillo; los lises de Francia y los leones de Inglaterra, bordados en el tejido, se deshilachaban. Pero, ¿por que cambiarlo y pedir otro, ya que el nuevo, en cuanto apareciera, serviría de apoyo a los zapatos bordados de perlas de Hugh Despenser, el amante del rey? La reina miraba aquel viejo cojín que había arrastrado por el suelo de todos los castillos del reino, una temporada en Dorset, otra en Norfolk, el invierno en Warwick y este verano en Yorkshire, sin permanecer mas de tres días en el mismo lugar. El 10 de agosto, hacía menos de una semana, la corte estaba en Cowick; ayer se habían detenido en Eserick; actualmente acampaban, mas que se alojaban, en el priorato de Kirkham; pasado mañana partirían para Lockton, para Pickering. Los escasos y polvorientos tapices, la abollada vajilla, los gastados vestidos que formaban el equipo de viaje de la reina Isabel, serían amontonados de nuevo en los cofres; desmontarían la cama de cortinas para volverla a montar en otra parte; aquella cama tan deteriorada por el continuo transporte, que amenazaba derrumbarse y en la que la reina hacía dormir a veces a su dama de compañía, lady Juana Mortimer y, en ocasiones, a su primogénito, el príncipe Eduardo, temerosa de que si se quedaba sola pudieran asesinarla. Los Despenser no se atreverían a apuñalarla ante los ojos del príncipe heredero... Y seguía el recorrido a través del reino, de los verdes campos y de los tristes castillos.

Eduardo II quería darse a conocer a todos sus vasallos. Creía honrarlos con su visita, y con algunas palabras amistosas intentaba ganarse su fidelidad en contra de los escoceses o del partido

galés. La verdad es que hubiera ganado mostrándose menos. Un leve desorden acompañaba sus Pasos. Su ligereza en hablar de los asuntos de gobierno, que consideraba como una actitud de desprendimiento soberano, contrariaba fuertemente a los señores, abades y notables, que iban a exponerle los problemas locales. La intimidad de que hacía gala con su todopoderoso chambelán, cuya mano acariciaba en pleno Consejo o durante la misa; sus risas escandalosas, las liberalidades que de repente concedía a un pequeño empleado o a un joven palafrenero, estupefacto, confirmaban los rumores escandalosos que habían llegado hasta las provincias, donde, al igual que en todas partes, los maridos engañaban a sus esposas, pero con mujeres. Y lo que se murmuraba antes de su llegada, se decía en voz alta en cuanto se marchaba. Bastaba que aquel hermoso hombre de barba rubia y voluntad débil hiciera su aparición con la corona en la cabeza, para que se hundiera todo el prestigio de la majestad real. Y los ambiciosos cortesanos que lo rodeaban conseguían hacerlo mas odioso.

La reina asistía impotente a esta ambulante decadencia. Participaba de sentimientos antagónicos: por una parte, su naturaleza verdaderamente real, heredada de un fuerte atavismo capetino, se irritaba, se indignaba, sufría con esa degradación continua de la autoridad soberana; pero al mismo tiempo la esposa ofendida, amenazada, herida, se regocijaba secretamente a cada enemigo que se creaba el rey. No comprendía como había podido amar en otro tiempo, o al menos esforzarse en amar, a un ser tan despreciable que la trataba de forma tan odiosa. ¿Por qué la obligaban a realizar esos viajes y la mostraban, escarnecida como se veía, a todo el reino? ¿Creían el rey y su favorito engañar a alguien y que la presencia de la reina daba a su relación un aspecto inocente, o bien deseaban tenerla bajo vigilancia? ¡Cuanto hubiera preferido Isabel vivir en Londres o en Windsor, o incluso en uno de los castillos que le habían concedido teóricamente, para esperar un cambio de la suerte o simplemente la vejez! Y, sobre todo, ¡cuanto lamentaba que Tomas de Lancaster y Roger Mortimer, grandes barones que eran verdaderos hombres no hubieran salido triunfantes en su rebelión del año anterior...!

Levantó sus hermosos ojos azules hacia sire de Bouville, enviado de la corte de Francia, y le dijo en voz baja:

-Desde hace un mes observáis mi vida, messire Hugo. No os pido que contéis estas miserias a mi hermano, ni a mi tío de Valois. Cuatro reyes se han sucedido en el trono de Francia: mi padre, el rey Felipe, que me casó por interés de la corona...

-¡Que Dios guarde su alma, señora, que Dios la guarde! -dijo con convicción, pero sin levantar el tono, el grueso Bouville-. A ningún otro hombre he querido más, ni he servido con tanta alegría.

-...luego mi hermano Luis, que ocupó el trono pocos meses; después mi hermano Felipe, con el que no me llevaba bien pero a quien no le faltaba talento...

La cara de Bouville se enfurruñó un poco, como siempre que le hablaban del rey Felipe el Largo.

-...por último, mi hermano Carlos, que reina actualmente -prosiguió la reina-. Todos han conocido mi situación, y no han podido o no han querido hacer nada. Inglaterra sólo interesa a los reyes de Francia en lo tocante a Aquitania. Una princesa de Francia en el trono inglés, porque al mismo tiempo se convierte en duquesa de Aquitania, le supone una garantía de paz. Y si la Guyena está en calma, poco les importa que su hija o hermana muera de vergüenza y de abandono al otro lado del mar. Se lo digáis o no todo será igual; pero los días que habéis pasado a mi lado han sido muy felices, ya que he podido hablar con un amigo; y bien habéis visto que pocos tengo. Sin mi querida lady Juana, que se muestra constante en compartir mi infortunio, no tendría ninguno.

La reina pronunció estas palabras volviéndose hacia su dama de compañía, que estaba sentada a su lado, Juana Mortimer, sobrina nieta del famoso senescal de Joinville, una gran mujer de treinta y siete años, de franca mirada y limpias acciones.

-Señora -respondió lady Juana-, más hacéis vos por mantener mi valor que yo por aumentar el vuestro. Y os habéis expuesto mucho conservándome a vuestro lado desde que está mi esposo en la cárcel.

Los tres interlocutores continuaron hablando a media voz, ya que el susurro, y la conversación aparte, se habían hecho costumbre necesaria en aquella corte, en que nunca se estaba a solas y donde la reina vivía rodeada de malquerencias.

En este momento tres doncellas, situadas en un rincón de la pieza, bordaban una colcha destinada a lady Alienor Despenser, mujer del favorito, la cual, junto a una ventana abierta, jugaba al ajedrez con el príncipe heredero. Un poco mas lejos, el segundo hijo de la reina, que había cumplido siete años hacía tres semanas, se fabricaba un arco con una varita de avellano; y las dos hijas, Isabel y Alienor, de cinco y dos años, sentadas en el suelo, se entretenían con muñecas de trapo.

Mientras movía las piezas en el ajedrez de marfil, la Despenser no dejaba de espiar a la reina y se esforzaba en adivinar su conversación. Esta mujer, de frente lisa y corta, ojos ardientes y gesto irónico, sin ser desgraciada físicamente, estaba marcada por la fealdad que proviene de un alma perversa. Era descendiente de la familia de Clare, y su carrera había sido bastante extraña: cuñada del antiguo amante del rey, del caballero Gavestón, al que los barones dirigidos por Tomas de Lancaster habían ejecutado hacía once años, era esposa del amante actual. Sentía una morbosa delectación en favorecer los amores masculinos para satisfacer su deseo de dinero y sus ambiciones de poder. Además era tonta: iba a perder su partida de ajedrez por el solo placer de gritar con tono provocativo:

-¡Jaque a la reina... jaque a la reina!

Eduardo, príncipe heredero, que contaba once años, de cara fina y alargada, de carácter reservado mas que tímido y que casi siempre tenía los ojos bajos, aprovechaba los menores fallos de su contrincante y se afanaba por vencer.

La brisa de agosto enviaba por la estrecha ventana ráfagas de polvo caliente; cuando el sol desapareciera, un húmedo frescor se instalaría de nuevo entre los espesos y sombríos muros del priorato de Kírkham.

De la gran sala del cabildo, donde el rey celebraba su Consejo ambulante, surgía el alboroto de numerosas voces.

-Señora, -dijo el conde de Bouville-, de buen grado os dedicaría todos los días que me quedan de vida, si pudiera seros de alguna utilidad. Me complacería, os lo aseguro. Siendo viudo y teniendo mis hijos colocados, ¿que me queda por hacer en este bajo mundo sino emplear mis últimas fuerzas en servir a los descendientes del rey que fue mi bienhechor? Y a vuestro lado, señora, es donde me encuentro mas cerca de el. Tenéis su grandeza de alma, su manera de hablar y su belleza inmarcesible. Cuando murió, a los cuarenta y seis años, apenas aparentaba mas de treinta. Vos seréis igual. Nadie diría que habéis tenido cuatro hijos...

Una sonrisa iluminó las facciones de la reina. Rodeada de tantos odios, le era agradable ver en Bouville tal devoción hacia ella; humillada como mujer, escuchaba complacida alabar su belleza, aunque el elogio viniera de un hombre grueso, canoso y con ojos de viejo perro fiel.

-Tengo ya treinta y un años, de los que quince he pasado de la manera que veis -dijo ella-. Esos años tal vez no se marcan en la cara, pero dejan arrugas en el alma... Tambien a mí, Bouville, me gustaría teneros a mi lado, si fuera posible.

-¡Ay, señora! Veo que mi misión toca a su fin, y sin gran éxito. El rey Eduardo me lo ha dado a entender dos veces, y se ha sorprendido de que estuviera todavía aquí, ya que había entregado al Lombardo al Parlamento del rey de Francia.

Porque el pretexto oficial de la embajada de Bouville era solicitar la extradición de un tal Tomas Enrique, miembro de la importante compañía de los Scali de Florencia. Este banquero, habiendo arrendado ciertas tierras de la corona de Francia, había obtenido considerables rentas, sin

pagar lo que debía al Tesoro, y por último se había refugiado en Inglaterra. El asunto era grave; pero Se podía haber arreglado por carta o enviando a una persona de menos categoría, sin que fuera necesario el desplazamiento de un antiguo gran chambelán que tenía asiento en el Consejo Privado. La verdad era que Bouville estaba encargado de proseguir otra negociación más difícil.

A monseñor Carlos de Valois, tío del rey de Francia y de la reina Isabel, se le había metido en la cabeza el año anterior casar a una de sus últimas hijas, María, con el príncipe Eduardo, heredero de Inglaterra. Monseñor de Valois -¿quién lo podía ignorar en Europa?- tenía siete hijas, cuyo casamiento había sido para el motivo de grave preocupación. Sus siete hijas eran de tres esposas, ya que monseñor de Valois, en el curso de su agitada existencia, había tenido la desgracia de quedar viudo dos veces.

Había que tener la cabeza muy despejada para no confundirse con esta descendencia; y saber, por ejemplo, cuando se hablaba de la señora Juana de Valois, si se trataba de la condesa de Hainaut o de la condesa de Beaumont, es decir de la mujer, desde hacía cinco años, de Roberto de Artois. Para complicarlo mas, dos hijas llevaban el mismo nombre. En cuanto a Catalina, heredera del trono fantasma de Constantinopla, hija del segundo matrimonio, estaba casada con el príncipe de Acaya, Felipe de Tarento, que era hermano mayor de la primera mujer de su padre. ¡Un verdadero rompecabezas!

Ahora, monseñor de Valois proponía la boda de la hija mayor de su tercer matrimonio con su sobrino nieto de Inglaterra.

Monseñor de Valois había enviado a principios de año una misión compuesta por el conde Enrique de Sully, Raul Servain de Jouy y Roberto Bertrand, llamado «el caballero del Verde León». Estos embajadores, a fin de granjearse la amistad del rey Eduardo II, lo habían acompañado en una expedición contra los escoceses. En la batalla de Blackmore los ingleses emprendieron la fuga, y los embajadores franceses cayeron en manos del enemigo. Cuando, después de tan desagradables aventuras, se vieron libres, Eduardo les había respondido, de manera dilatoria y evasiva, que el matrimonio de su hijo no podía resolverse tan rápidamente, que era algo demasiado importante para decidirlo sin consejo del Parlamento, y que este se reuniría en junio para discutirlo. Quería ligar este asunto con el homenaje que debía rendir al rey de Francia por el ducado de Aquitania... Luego, el Parlamento convocado ni siquiera se había ocupado de la cuestión.

Monseñor de Valois, impaciente, aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para enviar al conde de Bouville, cuya devoción a la familia capetina no podía ponerse en duda y que, a falta de talento, tenía buena experiencia en tales misiones. Bouville había negociado en Nápoles, según instrucciones de monseñor de Valois, el segundo matrimonio de Luis X con Clemencia de Hungría; después de la muerte del Turbulento había sido curador del vientre de la reina; pero no le gustaba hablar de ese periodo. Había realizado también varias misiones en Aviñón, cerca de la Santa Sede; y su memoria era excelente en lo relativo a los lazos familiares, infinitamente complicados, que formaban la red de alianzas de las casas reales. El buen Bouvílle se sentía muy decepcionado por tener que regresar con las manos vacías.

-Monseñor de Valois -dijo- se va a encolerizar, puesto que ya ha solicitado dispensa a la Santa Sede para este matrimonio...

-He hecho lo que he podido, Bouville -dijo la reina-, y con ello podéis juzgar la importancia que me conceden... sin embargo, siento menos pesar que vos; no deseo que otra princesa de mi familia sufra lo que yo sufro aquí.

-Señora -respondió Bouville bajando mas la voz-, ¿dudáis de vuestro hijo? Gracias a Dios, parece haber salido mas a vos que a su padre. Os vuelvo a ver a su misma edad, en el jardín del palacio de la Cité, o en Fontainebleau...

Le interrumpieron. Se abrió la puerta para dar paso al rey de Inglaterra. Entró apresurado, la cabeza echada hacia atrás y acariciándose la rubia barba con gesto nervioso, lo cual en el era señal de irritación. Le seguían sus consejeros habituales, es decir, los dos Despenser, padre e hijo; el

canciller Baldock, el conde de Arundel y el obispo de Exeter. Los dos hermanastros del rey, condes de Kent y de Norfolk, jóvenes por los que corría sangre francesa, ya que su madre era hermana de Felipe el Hermoso, formaban parte de su séquito, pero a desgana. La misma impresión causaba Enrique de Leicester, personaje bajo y cuadrado, de grandes ojos claros, apodado Cuello-Torcido a causa de una deformación en la nuca y hombros que le obligaba a llevar la cabeza completamente de través, y dificultaba enormemente la labor de los armeros encargados de forjar sus corazas. Apretujándose en el derrame de la puerta se veían algunos eclesiásticos y dignatarios locales.

-¿Sabéis la noticia, señora? -exclamó el rey Eduardo dirigiéndose a la reina-. Seguro que os va a alegrar. Vuestro Mortimer se ha escapado de la Torre.

Lady Despenser se sobresaltó ante el tablero del ajedrez y lanzó una exclamación indignada, como si la fuga del varón de Wigmore fuera para ella un insulto personal.

La reina Isabel no cambió de actitud ni de expresión; solamente parpadeó un poco mas de prisa de lo corriente, y su mano buscó furtivamente a lo largo de los pliegues de su vestido, la mano de Lady Juana Mortimer, como para invitarla a mantenerse fuerte y en calma. El grueso Bouville se había levantado y se mantenía aparte, considerándose ajeno a aquel asunto que concernía únicamente a la corona inglesa.

-No es mi Mortimer, Sire -respondió la reina-. Lord Roger es súbdito vuestro, creo yo, antes que mío, y no soy responsable de los actos de vuestros barones. Vos lo teníais en prisión, y el ha procurado escapar; es lo corriente.

-¡Ah! Con esas palabras demostráis bien a las claras que aprobáis su proceder. ¡Dejad, pues, manifestar vuestro júbilo, señora! Desde que ese Mortimer se dignó mostrarse en mi Corte no tuvisteis ojos mas que para él. No cesasteis de alabar sus méritos, y todas las felonías que me hacía las considerábais como prueba de su nobleza de alma.

-¿No fuisteis vos mismo, Sire esposo mío, quien me enseñasteis a quererlo cuando conquistaba, en vuestro lugar y con peligro de su vida, el reino de Irlanda, que, al parecer, vos tenéis tanta dificultad en mantener sin su ayuda? ¿Era eso felonía?

Desarmado Eduardo por este ataque, lanzó a su mujer una maligna mirada y no supo qué responder.

-Sin ninguna duda, vuestro amigo corre ahora hacia vuestro país.

El rey, mientras hablaba, caminaba a lo largo de la pieza, para dar escape a su inútil agitación. Las joyas que llevaba sujetas a su traje bailoteaban a cada uno de sus pasos; y los asistentes movían la cabeza de izquierda a derecha, como en un partido de pelota, para seguir sus desplazamientos. El rey Eduardo era ciertamente un hombre muy hermoso, musculoso, ágil, flexible, cuyo cuerpo, habituado a los ejercicios y a los juegos, llevaba muy bien sus casi cuarenta años: una constitución de atleta. Sin embargo, observándole con mas atención, sorprendía la falta de arrugas en la frente, como si las preocupaciones del poder no le hubieran hecho mella; las bolsas que comenzaban a formarse bajo sus ojos, el dibujo borroso de las fosas nasales, la forma alargada de la barbilla bajo la barba rizada, barbilla no enérgica ni autoritaria, ni siquiera sensual, sino simplemente demasiado grande y caída. Había veinte veces mas voluntad en la pequeña mandíbula de la reina que en la ovoide del monarca, cuya debilidad ni la sedosa barba lograba encubrir. La mano, fofa, que deslizaba por la cara, palmoteaba el aire sin motivo alguno y volvía a tirar de una perla cosida en los bordados de la cota. Su voz, que creía imperiosa, solo daba la impresión de falta de control. Su ancha espalda tenía desagradables ondulaciones desde la nuca hasta los riñones, como si la espina dorsal careciera de consistencia. Eduardo no perdonaba a su mujer que le hubiera aconsejado un día no mostrar la espalda a los barones si quería inspirarles respeto. Sus rodillas estaban bien hechas; sus piernas eran bellas. Esto era lo mejor que poseía este hombre tan poco hecho para su cargo, sobre quien había caído una corona por verdadero descuido de la suerte.

-¿No tengo bastantes inquietudes, no tengo bastante tormento? -continuó-. Los escoceses amenazan sin cesar mis fronteras, invaden mi reino; y cuando les hago frente, huyen mis ejércitos.

Librodot

¿Como voy a vencerlos si mis obispos se alían con ellos para tratar sin mi consentimiento, si tengo tantos traidores entre mis vasallos, y mis barones de las Marcas levantan tropas contra mí, basándose siempre en el principio de que poseen sus tierras por su espada, siendo así que desde hace veinticinco años la cuestión fue juzgada y reglamentada de distinta manera por el rey Eduardo mi padre? Pero ya se ha visto en Shrewsbury y en Boroughbridge lo caro que cuesta revelarse contra mí, ¿verdad, Leicester?

Enrique de Leicester asintió con la cabeza; era una manera poco cortés de recordarle la muerte de su hermano Tomás de Lancaster, decapitado dieciséis meses antes, al mismo tiempo que eran colgados veinte grandes señores.

-En efecto, Sire esposo mío, se ha visto que las únicas batallas que podéis ganar son contra vuestros propios barones -le espetó Isabel.

Eduardo le dirigió de nuevo una mirada de odio. «¡Que valor -pensó Bouville-, que valor tiene esta noble reina!»

-Y no es justo decir que se os opusieron por el derecho de su espada -prosiguió Isabel-. ¿No fue mas bien por los derechos del condado de Gloucester, que vos quisisteis entregar a messire Hough?

Los dos Despenser se acercaron uno al otro como para acometer. Lady Despenser se irguió; era hija del difunto conde de Gloucester. Eduardo II golpeo el suelo con el pie. La reina estaba demasiado irritante, pues no abría la boca mas que para mostrarle sus errores y faltas de gobierno.

-Yo entrego los grandes feudos a quien quiero, señora. Los entrego a quien me quiere y me sirve -exclamó Eduardo, poniendo la mano sobre el hombro del joven Hugh-. ¿En quién otro me podría apoyar? ¿Dónde están mis aliados? Vuestro hermano de Francia, señora, que debería comportarse como si lo fuera mío, ya que, después de todo, con esta esperanza me comprometí, a tomaros como esposa, ¿qué ayuda me aporta? Me requiere a que le rinda homenaje por Aquitania, esa es toda su ayuda. ¿Y donde me envía su requerimiento? ¿A Guyena? ¡No tal! Me lo envía aquí, a mi reino, como si despreciara las costumbres feudales, o quisiera ofenderme. ¿No cabe pensar que considera feudataria a toda Inglaterra? Al principio rendí ese homenaje, y demasiadas veces. La primera a vuestro padre, cuando faltó poco para asarme en el incendio de Maubuisson; luego, a vuestro hermano Felipe, cuando fui a Amiens. Dada la frecuencia, señora, con que mueren los reyes de vuestra familia, tendré que instalarme en el Continente.

En el fondo de la pieza, los señores, obispos y notables de Yorkshire se miraban entre sí, aterrados de esta cólera sin fuerza que se alejaba tanto de su finalidad; la cual les revelaba, al mismo tiempo que las dificultades del reino, el carácter del rey. ¿Era, pues, este, el soberano que les pedía subsidios para el Tesoro, aquel a quien debían obediencia en todo y arriesgar su vida cuando los requiriera para combatir? Lord Mortímer había tenido, ciertamente, razones de peso para rebelarse...

Los mismos consejeros íntimos estaban incómodos, a pesar de que conocían esta costumbre del rey, que se encontraba incluso en su correspondencia, de pasar lista a todas las dificultades del reino a cada nuevo trastorno que sobrevenía.

El canciller Baldock se frotaba maquinalmente la nuez en el punto donde terminaba su traje de arcediano. El obispo de Exeter, Lord tesorero, se mordía la uña del pulgar y observaba a sus vecinos con mirada taimada. Solo el joven Hugh Despenser, demasiado ensortijado, engalanado y perfumado para un hombre de treinta años, mostraba satisfacción. La mano del rey colocada en su hombro daba muestras claramente a todos de su importancia y poder.

Con su nariz pequeña y fruncida, sus labios recortados, bajando y levantando la mandíbula como si fuera un caballo a punto de piafar, aprobaba cada declaración de Eduardo con un pequeño carraspeo, y su rostro parecía decir: «Esta vez la copa está colmada, y vamos a tomar severas medidas.» Era delgado, alto, bastante estrecho de pecho y tenía una piel delicada, propensa a las inflamaciones.

-Messíre de Bouville -dijo de repente el rey Eduardo, volviéndose hacia el embajador-, decid a monseñor de Valois que el matrimonio que nos ha propuesto, y cuyo honor apreciamos, decididamente no se celebrará. Tenemos otros proyectos para nuestro primogénito. Y se terminará de una vez con la deplorable costumbre de que los reyes de Inglaterra elijan sus esposas en Francia, sin que ello les reporte beneficio alguno.

El gordinflón de Bouville empalideció ante la afrenta, y se inclinó. Dirigiendo a la reina una mirada desolada salió de la estancia.

Primera y bien Imprevista consecuencia de la evasión de Roger Mortimer: el rey de Inglaterra rompía con las alianzas tradicionales. Con esta decisión quiso herir a su esposa, pero al mismo tiempo hirió a sus hermanastros Norfolk y Kent, cuya madre era francesa. Los dos jóvenes se volvieron hacia su primo Cuello-Torcido, quien se encogió ligeramente de hombros con un movimiento de resignada indiferencia. El rey, irreflexivamente, acababa de enajenarse para siempre la amistad del poderoso conde de Valois, de quien todos sabían que gobernaba a Francia en nombre de su sobrino Carlos el Hermoso.

El joven príncipe Eduardo, que continuaba junto a la ventana, inmóvil y silencioso, observaba a su madre y juzgaba a su padre.

Después de todo, se trataba de su matrimonio, y no podía decir nada. Pero si le hubieran solicitado que mostrara su preferencia entre su sangre inglesa y francesa, se hubiera inclinado por ésta.

Los otros tres infantes más jóvenes habían dejado de jugar, y la reina hizo una señal a las doncellas para que se los llevaran.

Luego, con la mayor calma, clavando los ojos en los del rey, dijo:

-Cuando un esposo odia a su esposa, es natural que la haga responsable de todo.

Eduardo no era hombre capaz de responder directamente.

-¡Toda la guardia de la Torre está emborrachada, el teniente ha huido con ese felón, y mi condestable está gravemente enfermo a causa de la droga que le han dado! -gritó-. ¡A no ser que el traidor finja la enfermedad para evitar el castigo que merece! Porque su misión era vigilar que mi prisionero no se escapara. ¿Lo oís, Winchester?

Hugh Despenser el padre, que era responsable del nombramiento del condestable Seagrave, se inclinó al paso de la tormenta. Tenía el espinazo estrecho y delgado, con cierto arqueo en parte natural y en parte adquirido en su larga carrera de cortesano. Sus enemigos lo llamaban «la comadreja». La codicia, la envidia, la cobardía, el egoísmo, las trapacerías, añadidos a la delectación que dan estos vicios a quienes son sus víctimas, parecían haberse alojado en las arrugas de su rostro y bajo sus párpados enrojecidos. Sin embargo, no carecía de valor; pero no tenía buenos sentimientos mas que para su hijo y algunos escasos amigos, entre los cuales se contaba precisamente Seagrave.

-My Lord -dijo con voz tranquila-, estoy seguro de que Seagrave no es culpable de nada...

-Es culpable de negligencia y pereza; es culpable de haberse dejado engañar; es culpable de no haber adivinado el complot que se tramaba en sus narices; tal vez, es culpable de mala suerte... Yo no perdono la mala suerte. Wínchester, aunque Seagrave sea uno de vuestros protegidos, será castigado; así no se dirá que no mantengo en equilibrio la balanza y que mis favores solo van a vuestros amigos. Seagrave reemplazará a Mortimer en la prisión; de este modo sus sucesores aprenderán a vigilar con mas cuidado. Así es, hijo mío, como se gobierna -agregó el rey deteniéndose ante el heredero del trono.

El niño levantó la vista hacia él y la bajó en seguida.

El joven Hugh, que sabía como desviar la cólera del rey, inclinó la cabeza hacia atrás y, mirando las vigas del techo, dijo:

Librodot

-Quien de verdad se burla de vos, cher Sire, es el otro felón, el obispo Orletón, que lo ha preparado todo y parece temeros tan poco que ni siquiera se ha tomado la molestia de huir o de esconderse.

Eduardo miró al joven Hugh con reconocimiento y admiración. ¿Como no iba a emocionarse al ver el perfil, las hermosas actitudes que Hugh adoptaba para hablar, su voz alta y bien modulada, y luego aquella manera a la vez tierna y respetuosa de decir cher Sire, a la francesa como hacía en otro tiempo el gentil Gavestón, a quien habían matado los barones y obispos...? Sin embargo, Eduardo era ahora un hombre maduro, conocedor de la maldad de los hombres, y que sabía que nada ganaba con transigir. No lo separarían de Hugh, y todos los que se opusieran serían castigados, uno a uno, sin piedad.

-Os anuncio, mis lores, que el obispo Orletón será llevado ante el Parlamento para que sea juzgado y condenado.

Eduardo se cruzó de brazos y levantó la cabeza para comprobar el efecto que habían producido sus palabras. El arcediano-canciller y el obispo-tesorero, aunque eran los peores enemigos de Orletón, se sobresaltaron por solidaridad de eclesiásticos.

Enrique Cuello-Torcido, hombre prudente y ponderado, que, pensando en el bien del reino, no podía dejar de llevar al rey al camino de la razón, le hizo observar que un obispo sólo podía ser llevado ante la jurisdicción eclesiástica constituida por sus iguales.

-Todo es cuestión de empezar, Leicester. Que yo sepa, el santo Evangelio no enseña a conspirar contra los reyes. Puesto que Orletón olvida lo que hay que dar al César, el César se acordará por el. Esto es también uno de los favores que debo a vuestra familia, señora -continuó el rey, dirigiéndose a Isabel-, ya que fue vuestro hermano Felipe V quien, contra mi voluntad, hizo nombrar por su Papa francés, a Adán Orletón obispo de Hereford. ¡Está bien! Será el primer prelado condenado por la justicia real y su castigo servirá de ejemplo.

-En otro tiempo Orletón no os fue hostil, primo mío -insistió Cuello-Torcido-, y no hubiera tenido motivo a no ser por vuestra oposición, o de alguien de vuestro Consejo, a que el Padre Santo le concediera la mitra. Es hombre de gran saber y fuerte de espíritu. Tal vez ahora podríais, puesto que es culpable, ganarlo más fácilmente con un acto de clemencia que con una acción justiciera, la cual, al lado de todas vuestras dificultades, atizará la hostilidad del clero.

-¡Clemencia, misericordia! Siempre que se burlan de mi, cada vez que me provocan, cada vez que me traicionan, vos no pronunciáis otras palabras, Leicester. Me suplicaron -y cometí una gran equivocación al escucharlos-, me suplicaron que concediera gracia al barón de Wigmore. Confesad que si me hubiera comportado con el como lo hice con vuestro hermano, ese rebelde no estaría ahora recorriendo los caminos.

Cuello-Torcido se encogió de hombros, cerró los ojos e hizo un gesto de cansancio. Era irritante aquella costumbre de Eduardo, que el creía real, de llamar a los miembros de su familia o a sus principales consejeros por el nombre de sus condados, y de dirigirse a su primo hermano, gritándole: Leicester, en lugar de decirle simplemente «primo mío», como hacía toda la familia real, incluso la misma reina. Y era de pésimo gusto recordar en cada ocasión la muerte de Tomás de Lancaster como si fuera una gloria para él. ¡Ah!, ¡que extraño hombre y que mal rey que imaginaba poder decapitar a sus parientes sin levantar resentimientos; que creía que un abrazo bastaba para hacer olvidar una muerte; que exigía adhesión a los que había herido, y quería encontrar fidelidad en todos, mientras que el no rezumaba mas que cruel inconsecuencia.

-Sin duda tenéis razón, my Lord -dijo Cuello-Torcido-, y puesto que vos reináis desde hace dieciséis años, debéis de saber ajustar vuestros actos. Entregad, pues, a vuestro obispo al Parlamento. Yo no pondré obstáculos.

Y, entre dientes, para que solo lo oyera el joven conde de Norfolk, añadió:

-Mi cabeza está de través, es verdad, pero quiero conservarla donde se encuentra.

-Porque es burlarse de mí, y vos estaréis de acuerdo conmigo -continuó Eduardo abanicando el aire con la mano-, horadar los muros y evadirse de una torre que yo mismo hice construir para que no se escapara nadie.

-Tal vez, Sire esposo mío -dijo la reina-, cuando la construíais estabais mas atento a la gentileza de los albañiles que a la solidez de la piedra.

Cayó un repentino silencio sobre los asistentes. La punzada era imprevista y brutal. Todos contuvieron la respiración y miraron, unos con deferencia, otros con odio, a aquella mujer de frágiles formas, erguida en su asiento, sola, que arremetía de tal manera. Con la boca entreabierta descubría sus finos dientes, apretados dientes carniceros y bien cortantes. Isabel estaba visiblemente satisfecha del golpe que había asestado.

El joven Hugh enrojeció; su padre fingió no haber oído.

Eduardo se vengaría, desde luego; pero ¿de que manera? La respuesta tardaba en llegar. La reina observaba las gotas de sudor que perlaban las sienes de su marido. Nada repugna tanto a una mujer como el sudor de un hombre a quien ha dejado de querer.

-Kent -gritó el rey-, os hice guardián de los Cinco Puertos y gobernador de Douvres. ¿Qué guardáis en este momento? ¿Por qué no estáis en las costas que se hallan bajo vuestro mando, desde donde nuestro felón intentará escapar?

-Sire hermano mío -dijo el conde de Kent, estupefacto-, vos me ordenasteis acompañaros en vuestro viaje...

-Pues bien, ahora os ordeno salir hacia vuestro condado, dar una batida por los burgos y campos en busca del fugitivo y velar vos mismo que se inspeccionen todos los barcos que se hallan en los puertos.

-Que pongan espías en los buques y que apresen al mencionado Mortimer, vivo o muerto, si sube a uno de ellos -dijo el joven Hugh.

-Muy bien aconsejado, Gloucester -aprobó Eduardo-. En cuanto a vos, Stapledon...

El obispo de Exeter se quitó el pulgar de los dientes y murmuró:

-My Lord...

-Vais a volver rápidamente a Londres. Iréis a la Torre a comprobar el Tesoro, que es vuestra misión, y tomaréis la Torre bajo vuestro mando y vigilancia hasta que se nombre un nuevo condestable. Baldock extenderá ahora mismo para uno y otro, las órdenes que harán que os obedezcan.

Enrique Cuello-Torcido, con la mirada puesta en la ventana y la oreja apoyada en el hombro, parecía soñar. Calculaba... Calculaba que habían pasado seis días desde la evasión de Mortimer, que al menos serían necesarios ocho mas para que empezaran a ejecutarse las órdenes, y que de no ser loco, y evidentemente Mortimer no lo era, seguramente habría salido del reino. Se alegraba de haberse solidarizado con la mayoría de los obispos y señores que después de Boroughbridge, consiguieron salvar la vida del barón de Wigmore. Porque ahora que este se había escapado, tal vez la oposición a los Despenser volvería a encontrar el jefe que le faltaba desde la muerte de Tomás de Lancaster, un jefe todavía mas eficaz, mas hábil y mas fuerte de lo que había sido este...

La espalda del rey se curvó; Eduardo giró sobre sus talones para enfrentarse de nuevo con su mujer.

-Sí, señora, os considero con toda justicia responsable. ¡Y en primer lugar, dejad esa mano que no habéis dejado de apretar desde que he entrado! ¡Dejad la mano de Lady Juana! -gritó Eduardo dando una patada en el suelo-. Mantener a vuestro lado tan ostensiblemente a la esposa de un traidor es garantizar a este. Los que han ayudado a la evasión de Mortimer sabían bien que contaban con la aprobación de la reina... además, nadie escapa sin dinero; las traiciones se pagan, los muros se horadan con oro. El camino es fácil: de la reina a su dama de compañía, de la dama de compañía al obispo, del obispo al rebelde. Tendré que examinar mas de cerca vuestro tesoro.

-Sire esposo mío, me parece que mi tesoro está bien vigilado -dijo Isabel, señalando a Lady Despenser.

El joven Hugh parecía haberse desinteresado de repente del asunto. La cólera del rey se volvía, como de costumbre, contra la reina, y Hugh se sentía un poco mas triunfante, Cogió un libro que Lady Mortimer leía a la reina antes de que entrara el conde de Bouville. Era una colección de endechas de María de Francia; la cinta de seda señalaba esta estrofa:

Ni en Lorena ni en Borgoña,
Ni en Anjou ni en la Gascuña,
No se podía encontrar
Tan apuesto caballero;
Ni existía bajo el cielo
Tierna doncella o gran dama.
Por noble que fuera o bella,
Que amores de él no quisiera.

«Francia, siempre Francia... No leen mas que cosas de ese país -se decía Hugh-. ¿Y quien es ese caballero con el que sueñan? Mortimer, sin duda ... »

-My Lord, yo no vigilo las limosnas -dijo Alienor Despenser.

El favorito levantó la vista y sonrió. Felicitaría a su mujer por aquella observación.

-Veo que también habré de renunciar a las limosnas -dijo Isabel-. Pronto no me quedará nada de reina, ni siquiera la caridad.

-Y deberéis también, señora, por el amor que me tenéis, y que todos ven -prosiguió Eduardo-, separaros de Lady Mortimer; ya que ahora nadie en el reino comprendería que se quedara junto a vos.

Esta vez, la reina palideció y se apoyó ligeramente en su asiento. Las bellas manos de Lady Mortimer comenzaron a temblar.

-Una esposa, Eduardo, no puede creerse que participe en todos los actos de su esposo. Yo soy un claro ejemplo. Creed que Lady Mortimer esta tan apartada de las faltas de su marido como yo lo estaría de vuestros pecados, si los cometierais.

Pero esta vez el ataque no tuvo éxito.

-Lady Juana irá al castillo de Wigmore, donde quedará bajo la vigilancia de mi hermano Kent, y eso hasta que decida el uso que haré de los bienes de un traidor, cuyo nombre solo se pronunciará ante mi para dictar su sentencia de muerte. Confío, Lady Juana, que preferiréis ir a vuestra residencia de buen grado mejor que a la fuerza.

-Comprendo que me quieren dejar completamente sola -dijo Isabel.

-¿Qué habláis de soledad, señora? -dijo el joven Hugh con su hermosa voz modulada-. ¿No somos todos vuestros fieles amigos, siéndolo del rey? Y la señora Alienor, mi devota esposa, ¿no es vuestra constante compañera? Tenéis aquí un bonito libro -añadió, mostrando el volumen-, y bellamente iluminado. ¿Me haréis la gracia de prestármelo?

-Naturalmente, naturalmente, la reina os lo presta -dijo el rey-. ¿No es verdad, señora, que nos hacéis el placer de prestar este libro a nuestro amigo Gloucester?

-De buen grado, sire esposo mío, de buen grado. Cuando se trata de nuestro amigo Despenser, ya sé lo que significa prestar. Hace diez años que le presté mis perlas y podéis ver que las lleva todavía al cuello.

No se intimidaba, pero el corazón le latía con fuerza en el pecho. En adelante tendría que soportar sola las continuas vejaciones. Si un día conseguía vengarse, no se olvidaría de nada.

El joven Hugh puso el libro sobre un cofre, e hizo una señal de inteligencia a su mujer. Las endechas de María de Francia irían a reunirse con el broche de oro con leones de pedrería, las tres

coronas de oro, las cuatro coronas enriquecidas con rubíes y esmeraldas, las ciento veinte cucharas de plata, las treinta fuentes, los diez jarros de oro, los adornos de habitación en paño, de oro rombeado, el carro de seis caballos, la ropa blanca, las fuentes de plata, los arneses, los ornamentos de la capilla, objetos todos ellos maravillosos, obsequio de su padre o de sus parientes, que habían formado parte de sus regalos de boda, y que habían pasado a manos de los amantes del rey, primero a las de Gavestón y luego a las de Despenser. ¡Hasta el gran manto de paño de Turquía, todo bordado, que había lucido el día de su boda, le había sido quitado!

-Vamos, mis lores -dijo el rey palmoteando-, acudid presurosos a las tareas que os he dado, y que cada uno cumpla con su deber.

Era la expresión habitual, una fórmula que creía muy de rey, con la que señalaba el fin de sus Consejos. Salió, seguido de su séquito; y la estancia quedó vacía.

Las sombras comenzaban a descender sobre el claustro del priorato de Kirkham; con las sombras, entraba un poco de frescor por las ventanas. La reina Isabel y Lady Mortimer no se atrevían a decir palabra por temor a echarse a llorar. ¿Volverían a verse, y que suerte les reservaba el destino?

El joven príncipe Eduardo, con los ojos bajos, fue a colocarse silenciosamente detrás de su madre como si quisiera reemplazar a la amistad que quitaban a la reina.

Lady Despenser se acercó a buscar el libro que había complacido a su marido, un hermoso libro encuadernado de terciopelo realzado de pedrería. Hacía tiempo que la obra excitaba su codicia. Cuando iba a cogerlo, el joven príncipe Eduardo le apartó la mano.

-¡Ah, no, mala mujer, no lo tendréis todo! -exclamó.

La reina separó la mano del príncipe, cogió el libro y lo tendió a su enemiga. Luego, se volvió a su hijo, y le dedicó una furtiva sonrisa que descubrió sus dientes de pequeño carnívoro. Un niño de once años no podía ser todavía de gran ayuda; pero, de todas maneras, se trataba del príncipe heredero.

III
Nuevo cliente para maese Tolomei.

El viejo Spinello Tolomei, en su gabinete de trabajo, situado en el primer piso, apartó los bajos de un tapiz y, empujando un pequeño postigo de madera, descubrió una abertura secreta que le permitía vigilar a sus dependientes, que estaban en la gran galería del piso bajo. Por este «espía» de invención florentina, disimulado entre las vigas, maese Tolomei podía ver todo lo que pasaba y oír todo lo que se decía en su establecimiento de banca y de negocio.

En este momento observó señales de cierta confusión. Las llamas de las lámparas de tres brazos vacilaban en los mostradores y los empleados habían dejado de poner las fichas de cobre sobre los tableros que les servían para calcular. Una ang para medir tela cayó al suelo con gran estrépito; las balanzas oscilaban sobre las mesas de los cambistas sin que nadie las hubiera tocado; los empleados se habían vuelto hacia la puerta, y los dependientes mayores se llevaban la mano al pecho, inclinados ya para hacer una reverencia.

Maese Tolomei sonrió, adivinando que todo ese trastorno se debía a que el conde de Artois acababa de entrar en su casa. Inmediatamente, a través del «espía» vio aparecer una inmensa caperuza cresteada de terciopelo rojo, guantes rojos, botas rojas que hacían sonar las espuelas, y un manto escarlata que se desplegaba sobre los hombros del gigante. Sólo monseñor de Artois tenía esa ruidosa manera de entrar, esa forma de pellizcar los senos de las burguesas al pasar por su lado, sin que los maridos se atrevieran a moverse, y de estremecer las paredes, al parecer, con su sola respiración.

Todo ello asombraba bien poco al viejo banquero. Conocía al conde de Artois desde hacía largo tiempo. Lo había observado demasiadas veces, y examinándolo así desde lo alto, distinguía todo lo que había de excesivo, forzado y ostentoso en los gestos de ese señor. Como la naturaleza le había dotado de proporciones físicas excepcionales, monseñor de Artois jugaba a hacerse el ogro. En realidad, no era más que un astuto bribón. Además, Tolomei llevaba sus cuentas...

El banquero estaba mas interesado por el personaje que acompañaba al de Artois, un señor vestido completamente de negro, de paso seguro, aspecto reservado, distante y bastante altivo.

Los dos visitantes se habían detenido ante el mostrador de armas y arneses, y monseñor de Artois paseaba su enorme guante rojo entre los puñales, las dagas, los modelos de guarnición de espadas, empujaba los tapetes de las sillas de montar, los estribos, los bocados del freno y las riendas recortadas, dentadas y bordadas. El empleado tardaría una hora larga en volver a poner en orden los géneros. Roberto eligió un par de espuelas de Toledo, de largas puntas, cuya talonera era alta y curvada hacia atrás con el fin de proteger el talón de Aquiles cuando el pie ejerciera una presión violenta sobre el flanco del caballo; invento juicioso y, con seguridad, muy útil en los torneos. Las espuelas estaban decoradas con flores y cintas, y en el acero dorado se veía grabada en letras redondas la divisa: «vencer».

-Os las regalo, milord -dijo el gigante al señor vestido de negro-. Solo os falta una dama que os las sujete a los pies. No tardará en aparecer; las damas de Francia se inflaman en seguida con lo que viene de lejos. Podéis encontrar aquí todo lo que deseeis -continuó, mostrándole la galería-. Mi amigo Tolomei, maestro de la usura y zorro en los negocios, os proporcionará de todo; tiene cualquier cosa que se le pida. ¿Queréis regalar una casulla a vuestro capellán? Tenéis treinta para elegir... ¿Una sortija para vuestra bienamada? Tiene los cofres llenos de piedras preciosas... ¿Os complace perfumar a las jóvenes antes de llevarlas a la diversión? Os dará un almizcle procedente de los mercados de Oriente... ¿Buscáis una reliquia? Tiene tres armarios llenos... Y además, vende oro Para comprar todo eso. Posee monedas acuñadas en todos los rincones de Europa, cuyos cambios podéis ver allí, marcados en aquellas pizarras. Vende cifras, y, sobre todo, vende: cuentas de arriendo, intereses de préstamos, y rentas de feudos... Detrás de cada una de estas puertecitas hay empleados que suman y restan. ¿Qué haríamos sin este hombre que se enriquece con nuestra poca habilidad de contar? Subamos a verlo.

Los peldaños de la escalera de madera en forma de caracol gimieron bajo el peso del conde de Artois. Maese Tolomei cerró el postigo del «espía» y dejó caer el tapiz.

La pieza donde entraron los dos señores era oscura, suntuosamente amueblada con pesados muebles, grandes objetos de plata y alfombras de dibujos que ahogaban los ruidos; olía a candela, incienso, especias y hierbas medicinales. Entre las riquezas que llenaban la pieza estaban acumulados todos los perfumes de una vida.

El banquero se adelantó. Roberto de Artois, que no lo había visto desde hacía muchas semanas -casi tres meses, durante los cuales había tenido que acompañar a su primo el rey de Francia, primero a Normandía a finales de agosto, y luego a Anjou durante todo el otoño-, encontró envejecido al sienés. Sus cabellos blancos estaban mas claros, mas ligeros sobre el cuello de su vestido. El tiempo había dejado sus huellas en el rostro.

Los pómulos estaban marcados como si un pájaro hubiera puesto en ellos las patas; su piel se bamboleaba debajo de la mandíbula, a manera de papada; el pecho estaba mas delgado y el vientre mas gordo; las uñas, muy cortadas y rotas. Solamente el ojo izquierdo, el famoso ojo izquierdo de maese Tolomei, siempre cerrado en sus tres cuartos, daba al rostro una expresión de vivacidad y malicia; pero el otro, el abierto, parecía un poco distraído, ausente, fatigado, propio de un hombre gastado y menos preocupado del mundo externo que atento a los trastornos y cansancios que anidan en un viejo cuerpo próximo a su fin.

-Amigo Tolomei -exclamó Roberto de Artois, tirando el guante sobre la mesa-, amigo Tolomei, os traigo una nueva fortuna.

El banquero indicó a los visitantes que se sentaran.

-¿Cuanto me va a costar, monseñor? -respondió.

-Vamos, vamos, banquero -dijo Roberto de Artois-. ¿Os he hecho hacer alguna vez malas inversiones?

-Nunca, monseñor, nunca, lo reconozco. A veces los vencimientos se han retrasado un poco; pero Dios ha querido concederme una vida bastante larga para que pudiera recoger los frutos de la confianza con que me habéis honrado. Pero imaginad, monseñor, que hubiera muerto, como tantos otros, a los cincuenta años. Entonces, gracias a vos, hubiera muerto arruinado.

La humorada divirtió a Roberto de Artois, y en su ancha cara la sonrisa descubrió sus cortos, sólidos y sucios dientes.

-¿Habéis perdido alguna vez conmigo? -replicó-. Recordad que os hice tomar partido por monseñor de Valois en contra de Enguerrando de Marigny; y ya veis donde está ahora Carlos de Valois, y como ha terminado sus días Marigny. ¿No os he reintegrado totalmente lo que me adelantasteis para mi guerra en Artois? Si, os lo agradezco, banquero, os agradezco haberme ayudado siempre, y en lo mas fuerte de mis miserias. Porque hubo un momento en que estuve lleno de deudas -continuó dirigiéndose hacia el señor vestido de negro-. No me quedaba mas tierra que ese condado de Beaumont-le-Roger del que el Tesoro no me pagaba las rentas, y mi amado primo Felipe el Largo -¡cuya alma guarde Dios en el infierno!- me encerró en la Châtelet. Pues bien, este hombre que veis aquí, milord, este usurero, este hombre que es el mas granuja de todos los granujas que ha dado Lombardía, y que tomaría en garantía a un hijo en el vientre de su madre, no me ha abandonado jamás. Por eso mientras viva, y vivirá largo tiempo...

Maese Tolomei hizo los cuernos con los dedos de la mano derecha, y tocó la madera de la mesa.

-Si, sí, usurero de Satanás, os digo que viviréis muchos años... Por eso este hombre será siempre mi amigo, a fe de Roberto de Artoís. Y no se ha equivocado, ya que ahora me ve convertido en yerno de monseñor de Valois, sentado en el Consejo del rey, y recibiendo las rentas de mi condado. Maese Tolomei, el gran señor que tenéis ante vos es Lord Mortimer, barón de Wigmore.

-Evadido el primero de agosto de la Torre de Londres -dijo el banquero, inclinando la cabeza-. Un gran honor, my Lord, un gran honor.

-¿Como? -exclamó de Artois-. ¿Lo sabíais?

-Monseñor -dijo Tolomei-, el barón de Wigmore es un personaje demasiado importante para que no estemos informados. Incluso sé, my Lord, que cuando el rey Eduardo dio a sus sherifs de costas la orden de buscaros y deteneros, vos ya habíais embarcado y os encontrabais fuera del alcance de la justicia inglesa. Sé que cuando hizo controlar todas las salidas de los barcos para Irlanda, y apresar a los correos que llegaban de Francia, vuestros amigos de Londres y de toda Inglaterra conocían ya vuestra llegada a casa de vuestro primo hermano Juan de Fiennes, en Picardía. Sé también que cuando el rey Eduardo ordenó a messire de Fiennes que le fuerais entregado, amenazándole con confiscar las tierras que posee al otro lado de la Mancha, este señor, que es gran amigo y partidario de monseñor Roberto, os encaminó hacia él. No puedo decir que os esperaba, my Lord; sabía que vendríais, pues monseñor de Artois me es fiel, como os ha dicho, y nunca deja de pensar en mi, cuando tiene un amigo en apuros.

Roger Mortimer había escuchado al banquero con gran atención.

-Veo, maese -respondió-, que los lombardos tienen buenos espías en la corte de Inglaterra.

-Para serviros, my Lord... Vos no ignoráis que el rey Eduardo tiene una fuerte deuda con nuestras compañías. Cuando se tiene un crédito, hay que vigilarlo. Y desde hace mucho tiempo vuestro rey ha dejado de honrar su sello, al menos con referencia a nosotros. Por mediación de monseñor el obispo de Exeter, su tesorero, nos ha respondido que los exiguos ingresos de los impuestos, las pesadas cargas de la guerra y las intrigas de sus barones no le permiten hacer otra

cosa. Sin embargo, el impuesto con que ha gravado nuestras mercancías le bastaría para pagar, aunque solo fuera con el puerto de Londres.

Un criado acababa de traer el hipocrás y las almendras garrapiñadas que se ofrecían siempre a los visitantes de ¡nportancia. Tolomei escanció en los cubiletes el vino aromático, sirviéndose un dedo para humedecerse apenas los labios.

-Parece que por el momento el Tesoro de Francia se encuentra en mejor estado que el de Inglaterra -agregó-. ¿Se sabe ya, monseñor Roberto, cual será aproximadamente el saldo de este año?

-Si el presente mes no sobreviene alguna repentina calamidad, peste, hambre, matrimonio o funerales de alguno de nuestros reales parientes, los ingresos superarán en doce mil libras a los gastos, según las cifras que messire Miles de Noyers, maestro de la Camara de Cuentas, ha dado esta mañana en el Consejo. ¡Doce mil libras! En tiempo de los Felipe Cuarto y Quinto -¡y quiera Dios que la lista haya terminado!- no estaba el Tesoro en tan buen estado.

-¿Cómo conseguís, monseñor, tener un tesoro con superavít de ingresos? -preguntó Mortimer-. ¿Se debe a la ausencia de guerra?

-La ausencia de guerra por una parte, y al mismo tiempo la guerra, la que se prepara y que no se hace. Mejor dicho, la cruzada. Debo decir que mi primo y suegro Carlos de Valois utiliza la cruzada mejor que nadie. No vayáis a creer que lo tengo por mal cristiano. La verdad es que desea de todo corazón librar a Armenia de los turcos, al igual que restablecer el imperio de Constantinopla, cuya corona llevó hace tiempo, sin poder ocupar el trono. Pero una cruzada no se organiza en un día. Hay que armar los navíos, forjar las armas; es preciso sobre todo encontrar cruzados, negociar con España, con Alemania... y para eso el primer paso es obtener del Papa un diezmo del clero. Mi querido suegro ha conseguido el diezmo y ahora, en nuestras dificultades con el Tesoro, es el Papa quien paga.

-Me interesa mucho lo que decís, monseñor. Yo soy banquero del Papa... en una cuarta parte, con los Bardi; pero en fin, esta cuarta parte es ya crecida. Y si el Papa se empobreciera demasiado...

De Artois, que estaba bebiendo un buen trago de hipocrás, sopló en el cubilete, como si se fuera a atragantar.

-¿Empobrecerse el Santo Padre? -exclamó cuando hubo tragado-. Pero si tiene una fortuna de centenares de miles de florines. Ahí tenéis un hombre que os podría enseñar, Spinello. ¡Que gran banquero hubiera sido de no haber entrado en el clero! Porque encontró el tesoro pontificio mas vacío que mi bolsillo hace seis años...

-Lo se, lo se -murmuró Tolomei.

-Es que los curas, ¿sabéis? son los mejores recaudadores de impuestos que Dios haya puesto sobre la tierra, y eso lo ha comprendido muy bien monseñor de Valois. En lugar de aumentar los impuestos, cuyos recaudadores son detestados, hace pedir a los curas y cobra el diezmo. ¡Se hará la cruzada, se hará la cruzada... un día! Mientras llega, es el Papa quien paga, mediante el esquileo de las ovejas.

Tolomei se frotaba suavemente la pierna derecha; desde hacía algún tiempo tenía una sensación de frío en aquella pierna, y algunos dolores al caminar.

-Decíais, pues, monseñor, que ha habido Consejo esta mañana. ¿Se han adoptado acuerdos de interés? -pregunto.

-¡Oh, como de costumbre! Se ha debatido el precio de las candelas y se ha prohibido mezclar el sebo con la cera; así como las confituras viejas con las nuevas. Para las mercancías vendidas con envoltorio, habrá que deducir el peso de los sacos, sin contarlos en el precio; esto para complacer al pueblo y demostrarle que se preocupan de él.

Tolomei, mientras escuchaba, observaba a sus dos visitantes: ambos le parecían muy jóvenes. ¿Cuantos años tenía Roberto de Artois? Treinta y cinco o treinta y seis... y el inglés no

representaba mas. Todos los hombres por debajo de los sesenta le parecían asombrosamente jóvenes. ¡Cuántas cosas les quedaban por hacer, cuántas emociones que sentir, cuántos combates que realizar, cuántas esperanzas que perseguir, y cuántas mañanas conocerían que no vería el! ¡Cuántas veces estos dos hombres se despertarían y respirarían el aire de un nuevo día, mientras el estaría bajo tierra!

¿Que clase de personaje era Lord Mortimer? La cara bien proporcionada, los párpados que caían sobre los ojos color de piedra, y luego, el vestido oscuro, la manera de cruzar los brazos, la seguridad altiva y silenciosa de un hombre que ha llegado a la cumbre del poder y que conserva toda su dignidad en el destierro, incluso el gesto maquinal que tenía de pasar el dedo sobre la pequeña cicatriz que le marcaba el labio, todo agradaba al viejo sienés. Y Tolomei deseó que aquel señor fuera feliz. Desde hacía algún tiempo, Tolomei gustaba de pensar en los demás.

-¿Se promulgará próximamente, monseñor, la ordenanza sobre la salida de moneda? -preguntó.

Roberto de Artois vaciló antes de responder.

-A no ser que no os lo hayan advertido... -agregó Tolomei.

-Sí, si, me han informado. Bien sabéis que no se hace nada sin que el rey y sobre todo monseñor de Valois soliciten mi consejo. La ordenanza será sellada dentro de dos días: nadie podrá sacar del reino moneda de oro o plata acuñada en Francia. Sólo los peregrinos podrán llevar algunas libras tornesas.

El banquero fingió no conceder a esta noticia mas importancia que a la del precio de las candelas o a la de la mezcla de las confituras. Pero ya había pensado: «Puesto que sólo las monedas extranjeras podrán salir del reino, van a aumentar de valor... ¡Cuanto nos ayudan en nuestro oficio los habladores, y como los vanidosos nos ofrecen por nada lo que podrían vendernos tan caro!

-Así es, my Lord, que pensáis estableceros en Francia -continuó, volviéndose a Mortimer-. ¿Qué deseáis de mí?

Roberto respondió:

-Lo que necesita un gran señor para mantener su rango. Tenéis bastante experiencia sobre eso, Tolomei.

El banquero tocó una campanilla. Al criado que entró le pidió su gran libro, y agregó:

-Si maese Boccaccio no ha salido aún, dile que me espere.

Le llevaron el libro, gruesa compilación con cubierta de cuero negro, manoseada por el uso, y cuyas hojas de papel vitela estaban unidas por broches movibles. Este procedimiento permitía a maese Tolomei añadir nuevas hojas y agrupar las cuentas de sus grandes clientes por orden alfabético para no tener que buscar por hojas saltadas. El banquero se puso el libro sobre las rodillas, y lo abrió con cierta ceremonia.

-Vais a encontraros en buena compañía, my Lord -dijo-. Ved: a tal señor, tal honor... Mi libro comienza por el conde de Artois... Tenéis muchas hojas, monseñor -agregó, dirigiendo una risita a Roberto-. Luego esta el conde de Bouville, el conde de Boulogne, monseñor de Bourbon... La señora reina Clemencia...

El banquero inclinó respetuosamente la cabeza.

-¡Ah! Nos ha dado muchas preocupaciones desde la muerte de Luis X; parece que el duelo le hubiera abierto el ansia de gastar. El Padre Santo la exortó, en carta especial, a la moderación, y tuvo que depositar sus alhajas en prenda, en mi casa, con el fin de pagar sus deudas. Ahora vive en el palacio del Temple que le cambiaron por el de Vincennes; cobra su viudedad, y parece haber encontrado la paz.

Continuaba pasando páginas, que vibraban bajo sus manos. Tenía una manera muy hábil de enseñar los nombres, ocultando la cifra con el brazo. Era parcialmente discreto.

«Ahora soy yo quien me comporto como un vanidoso -pensaba-. Pero hay que hacer valer un poco los servicios que presto, y mostrar que no me ofusco ante un nuevo prestatario.»

En verdad, su vida entera estaba contenida en aquel libro, y aprovechaba cualquier ocasión para hojearlo. ¡Cada nombre, cada suma representaba tantos recuerdos, tantas intrigas y secretos confiados, tantas súplicas dirigidas a el, por las que había podido darse cuenta de su poder! Cada suma le evocaba una visita, una carta, una hábil jugada comercial, un movimiento de simpatía, un apremio ante un deudor negligente... Hacía casi cincuenta años que Spinello Tolomei, a su llegada de Siena, después de haber comenzado por recorrer las ferias de Champaña, se había instalado allí, en la calle de los Lombardos, para abrir la banca.

Pasó una pagina, y otra que se enganchó en sus uñas rotas. Una raya negra borraba el nombre.

-¡Mirad, aquí está maese Dante Alighieri, el poeta... por una pequeña cantidad, cuando vino a París a visitar a la reina Clemencia, después del duelo de ésta. Era muy amigo del rey Carlos de Hungría, padre de la reina Clemencia. Me acuerdo que estaba sentado en el mismo sillón que ocupáis vos, my Lord. Hombre nada bondadoso. Era hijo de cambista; y me habló durante una hora con gran desprecio del oficio de banquero. Pero él bien podía ser malo, e ir a emborracharse con las muchachas en los peores lugares. ¿Que importa? Ha hecho cantar a nuestra lengua como nadie lo había hecho antes. ¡Y como ha pintado los infiernos! Uno se estremece al pensar que eso puede ser así. ¿Sabéis que en Rávena, donde maese Dante vivió sus últimos años, la gente se apartaba temerosamente a su paso, porque creía que había bajado de verdad a los abismos? Murió hace dos años; pero aún ahora mucha gente no quiere creer que ha muerto y aseguran que volverá... No sentía simpatía por la banca ni tampoco por monseñor de Valois, que lo había desterrado de Florencia.

Todo el rato que habló de Dante, Tolomei hacía los cuernos y tocaba con los dedos la madera del sillón.

-Ya está, vos estaréis aquí, my Lord -prosiguió, poniendo una señal en el grueso libro-. Después de monseñor de Marigny; tranquilizaos, no el ahorcado del que hace poco hablaba monseñor de Artois, sino de su hermano el obispo de Beauvais. Desde hoy tenéis una cuenta abierta en mi casa por valor de siete mil libras. Podéis disponer de ella a vuestra conveniencia y considerad mi modesta casa como vuestra. Con este crédito podéis llevaros las telas, armas, alhajas y toda clase de suministros que os hagan falta.

Tenía gran práctica del oficio; prestaba a gente que pudiera comprarle lo que vendía.

-¿Y el proceso con vuestra tía, monseñor? ¿No pensáis iniciarlo de nuevo, ahora que sois tan poderoso? -preguntó a Roberto de Artois.

-Todo vendrá, todo vendrá; pero a su hora -respondió el gigante, levantándose-. Nada de prisas, me he dado cuenta de que el demasiado apresuramiento es malo. Dejo envejecer a mi amada tía; la dejo desgastarse en pequeños procesos contra sus vasallos, echarse encima cada día nuevos enemigos con sus embrollos, y poner en orden sus castillos, que dejé un tanto mal parados en mi última visita a sus tierras, es decir, las mías. ¡Ahora comienza a saber lo que cuesta retener mis bienes! Ha tenido que prestar a monseñor de Valois cincuenta mil libras que no volverá a ver, porque fueron la dote de mi esposa, y con ellas os pagué. Ya veis que no es una mujer tan mala como se dice, la buena zorra. Únicamente me guardo de verla demasiado, porque me quiere tanto que podría obsequiarme con algún plato azucarado de los que producen la muerte a su alrededor. ¡Tendré mi condado, banquero, estad seguro de que lo tendré, y ese día os prometo que seréis mi tesorero!

Maese Tolomei, acompañando a sus visitantes, descendió con paso cauto la escalera tras de ellos, y los condujo hasta la puerta que daba a la calle de los Lombardos. Cuando Roger Mortimer le preguntó a qué interés le prestaba el dinero, el banquero apartó la pregunta con un gesto de la mano.

-Hacedme solamente la gracia de subir a verme cuando vengáis a mi banca -dijo-. Seguramente tendréis muchas cosas de que informarme, my Lord.

Acompañó estas palabras con una sonrisa y un parpadeo en el que se sobreentendía: «Hablaremos solos, no delante de personas indiscretas.»

El aire frío de noviembre que llegaba de la calle hizo estremecer un poco al anciano. En cuanto cerró la puerta, Tolomei pasó detrás de sus mostradores y entró en una pequeña sala de espera donde se encontraba Boccaccio, socio de la compañía Bardi.

-Amigo Boccaccio -le dijo-, compra todas las monedas que encuentres de Inglaterra, Holanda y España; florines de Italia, doblones, ducados, todo lo que halles en monedas de países extranjeros; ofrece un denario e incluso dos o más por cada pieza. En unos días aumentarán un cuarto de su valor. Todos los viajeros tendrán que conseguirlas en nuestra casa, ya que no podrá salir el oro acuñado en Francia. Haremos este negocio a medias.

El oro extranjero que compraría, unido al que guardaba en sus cofres, le dejaría en la operación, según sus cálculos, un beneficio de quince a veinte mil libras. Acababa de prestar diez mil; ganaba el doble, y con esta ganancia podría hacer nuevos préstamos. ¡La noria de siempre!

Como Boccaccio le felicitara por su habilidad, y le dijera que no sin razón las compañías Lombardas de París lo habían elegido para su capitán general, Spinello Tolomei respondió:

-Después de cincuenta años de oficio, no tiene ningún mérito, eso viene por sí solo. ¿Sabes qué hubiera hecho si de verdad fuera hábil? Te hubiera comprado todas tus reservas de florines, y todo el beneficio hubiera sido para mí. Pero, ¿para qué me serviría? Ya verás, Boccaccio, tú eres muy joven todavía...

Sin embargo, Boccaccio tenía las sienes canosas.

-cuando no se trabaja más que para uno mismo, llega un momento en que se tiene la sensación de que el trabajo no sirve para nada. Necesito a mi sobrino. Ahora sus problemas se han apaciguado; estoy seguro de que no corre peligro en volver. Pero ese diablo de Guccio se niega, se obstina en no regresar, y creo que por orgullo. Por las noches esta gran casa, cuando se han ido los dependientes y se han acostado los criados, me parece bien vacía y algunos días siento añoranza de Siena.

-Tu sobrino debería haber hecho lo que hice yo con una dama de París en situación semejante a la suya. Le quité a mi hijo y lo llevé a Italia.

Maese Tolomei movió la cabeza y pensó en la tristeza de un hogar sin hijos. El hijo de Guccio cumpliría siete años uno de esos días, y Tolomei no lo había visto aun. La madre se oponía...

El banquero se frotó la pierna derecha; la sentía fría y torpe, como si se le hubiera dormido. La muerte tira así de los pies, a pequeños empujones, durante años... En seguida, antes de meterse en cama, se haría llevar una vasija apropiada, llena de agua caliente, para poner en ella la pierna.

IV
La falsa cruzada.

-Monseñor de Mortimer, voy a necesitar caballeros valientes y denodados, tal como lo sois vos, para entrar en mi cruzada -declaró Carlos de Valois-. Vais a juzgarme orgulloso al oírme decir mi cruzada, cuando en realidad se trata de la de Dios Nuestro Señor; pero debo confesar, y todo el mundo me lo reconoce, que si esta gran empresa, la mas amplia y gloriosa que se pueda requerir a las naciones cristianas, se realiza, será porque yo la he organizado con mis propias manos. Por lo tanto, monseñor de Mortimer, os lo propongo directamente, con esta mi natural franqueza que iréis conociendo: ¿queréis ser de los míos?

Roger Mortimer se incorporó en el asiento; su rostro se contrajo ligeramente y sus párpados se entornaron sobre los ojos de color de piedra. ¡Le ofrecían mandar un pendón de veinte corazas,

Librodot

como si fuera un pequeño castellano de provincia, o un soldado aventurero que hubiera caído allí por infortunio de la suerte! ¡Esta proposición era una limosna!

Era la primera vez que Mortimer era recibido por el conde de Valois, que hasta entonces había estado siempre ocupado con sus tareas en el Consejo, retenido por las recepciones de embajadores extranjeros, o en viajes por el reino. Mortimer veía por fin al hombre que gobernaba a Francia, que acababa aquel mismo día de entronizar a uno de sus protegidos, Juan de Cherchemont, en el cargo de nuevo canciller. Y Mortimer estaba en la situación, envidiable ciertamente para un antiguo condenado a cadena perpetua, pero penosa para un gran señor, de desterrado que iba a pedir, nada podía ofrecer y lo esperaba todo.

La entrevista se celebraba en el palacio del rey de Sicilia, que Carlos de Valois había recibido de su primer suegro, Carlos de Nápoles, el Cojo, como regalo de boda. En la gran sala reservada a las audiencias, una docena de personas, escuderos, cortesanos y secretarios, hablaban en voz baja, en pequeños grupos, volviendo frecuentemente la mirada hacia el señor que recibía, como si fuera un verdadero soberano, en una especie de trono coronado por un dosel. Monseñor de Valois lucía un gran vestido de terciopelo bordado de letras V y de flores de lis, abierto por delante, que dejaba ver el forro de piel. Tenía las manos cargadas de anillos; llevaba su sello privado, grabado en una piedra preciosa, colgado de la cintura por una cadenita de oro, y se tocaba con una especie de bonete de terciopelo mantenido por un cerco de oro cincelado; una corona para andar por casa. Estaba rodeado de su primogénito, Felipe de Valois, joven bien plantado, de gran nariz, que se apoyaba en el respaldo del trono, y por su yerno Roberto de Artois, sentado en un escabel, con sus grandes botas de cuero rojo extendidas ante el.

-Monseñor -dijo lentamente Mortimer-, si la ayuda de un hombre que es el primero entre los barones de las Marcas galesas, que ha gobernado el reino de Irlanda y ha dirigido diversas batallas, puede serviros de algo, aportaré de buen grado esta ayuda para la defensa de la cristiandad, y mi sangre está, desde ahora, a vuestra disposición.

Valois comprendió el orgullo de aquel personaje que hablaba de sus feudos de las Marcas como si los siguiera teniendo y al que sería necesario manejar bien para sacar partido de el.

-Tengo el honor, sire barón -respondió-, de ver agrupados bajo el pendón del rey de Francia, es decir, del mío, ya que se ha acordado desde ahora, que mi sobrino continuará gobernando el reino mientras yo dirijo la cruzada, de ver, digo, agrupados a príncipes soberanos de Europa: mi pariente Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia; mi cuñado Roberto de Nápoles y Sicilia; mi primo Alfonso, de España; y a las repúblicas de Génova y Venecia, que, a petición del Padre Santo, nos aportarán el apoyo de sus galeras. No estaréis en mala compañía, síre barón, y haré que todos os respeten y honren como alto señor que sois. Francia, de donde provienen vuestros antepasados y lugar de nacimiento de vuestra madre, apreciará mejor vuestros méritos de lo que parece haberlo hecho Inglaterra.

Mortimer inclinó la cabeza en silencio. Esa seguridad valía algo; pero vigilaría que no se quedara en simple cortesía.

-Porque hace mas de cincuenta años -continuó monseñor de Valois- que no se hace nada grande en Europa en servicio de Dios; exactamente desde mi abuelo San Luis, que con ello gano el cielo y perdió la vida. Los infieles, envalentonados con nuestra ausencia, han levantado cabeza y se creen dueños de todo: saquean las costas, asaltan los barcos, ponen trabas al comercio y, con su sola presencia, profanan los Santos Lugares. Y nosotros, ¿que hemos hecho nosotros? Año tras año nos hemos replegado de todas nuestras posesiones, de todos nuestros establecimientos; hemos abandonado las fortalezas que construimos y hemos olvidado defender los sagrados derechos adquiridos. Son éstos tiempos revueltos. A comienzos de año, embajadores de la pequeña Armenia, vinieron a pedirnos socorro contra los turcos. Doy gracias a mi sobrino el rey Carlos IV por haber comprendido el interés de la petición y haber apoyado los pasos que he dado; a tal extremo, que

ahora se atribuye la idea. Pero, en fin, bueno es que crea en ella. Por lo tanto, dentro de poco, y una vez reunidas nuestras fuerzas, partiremos a atacar en tierras lejanas a los berberiscos.

Roberto de Artois, que escuchaba esta arenga por centésima vez, movía la cabeza con gesto de aprobación, divirtiéndose interiormente del ardor que mostraba su suegro en la exposición de la hermosa causa. Porque Roberto conocía los » secretos del juego. Sabía que efectivamente se tenía el proyecto de atacar a los turcos, pero atropellando un poco a los cristianos que estaban al paso; porque el emperador Andrónico Paleólogo, que reinaba en Bizancio no era propiamente defensor de Mahoma, que se sepa. Sin duda su Iglesia no era la legítima, pues hacía el signo de la cruz al revés, pero de todas formas era el signo de la cruz. Ahora bien, monseñor de Valois seguía con la idea de reconstruir en provecho propio el famoso imperio de Constantinopla, que se extendía no solamente sobre los territorios bizantinos, sino sobre Chipre, Rodas, Armenia y todos los antiguos reinos de Courtenay y Lusignan. Y cuando llegaran allá, el conde Carlos con todas sus mesnadas, Andrónico Paleólogo no sería presa difícil. Monseñor de Valois tenía sueños de César...

Vale decir que empleaba con bastante habilidad la técnica que consiste en pedir lo máximo para obtener un poco. Así, había intentado cambiar su mando de la cruzada y sus pretensiones al trono de Constantinopla por el pequeño reino de Arles, junto al Ródano, a condición de que se le agregara el Vienense. La negociación, entablada a principios de año con Juan de Luxemburgo, fracasó por la oposición del conde de Saboya, y sobre todo por la del rey de Nápoles, que poseía las tierras de Provenza y no quería de ningún modo que su turbulento pariente formara un reino independiente en la frontera de sus Estados. Entonces monseñor de Valois se lanzó con mas fuerza a la santa expedición. ¡Estaba escrito que la corona que se le había escapado en España, en Alemania, e incluso en Arles, tenía que irla a buscar al otro extremo de la tierra!

-Cierto es que no se han superado todavía los obstáculos -continuó monseñor de Valois-. Aún estamos discutiendo con el Padre Santo sobre el número de caballeros y la soldada que se les ha de dar. Queremos ocho mil caballeros y treinta mil hombres de a pie, y que cada barón reciba veinte sueldos diarios, y cada caballero, diez; siete sueldos y seis denarios, los escuderos; y dos sueldos los hombres de a pie. El papa Juan quiere que reduzca mi ejército a cuatro mil caballeros y quince mil hombres de a pie; me promete, sin embargo, doce galeras armadas. Nos ha autorizado el diezmo, pero pone mala cara ante la cifra de un millón doscientas mil libras por año, durante los cinco que durará la cruzada, tal como le hemos solicitado, y sobre todo, a las cuatrocientas mil libras que necesita el rey de Francia para los gastos accesorios...

«De las cuales, trescientas mil están previstas para el buen Carlos de Valois -pensó Roberto de Artois-. ¡A ese precio, ya se puede dirigir una cruzada! No debo burlarme, ya que yo tendré mi parte.»

-¡Ah! Si yo hubiera estado en Lyon, en lugar de mi difunto sobrino Felipe, cuando el último cónclave -exclamó Valois-, sin que quiera hablar mal del Santo Padre, hubiera elegido a un cardenal capaz de comprender más claramente el interés de la cristiandad y que se hiciera rogar menos.

-Sobre todo después que hicimos colgar a su sobrino en Montfaucon el pasado mes de mayo -observo Roberto de Artois.

Mortimer dio media vuelta en el asiento y, mirando a Roberto de Artois, dijo sorprendido:

-¿Un sobrino del Papa? ¿Qué sobrino?

-¿Como, primo mío, no lo sabéis? -dijo Roberto de Artois, aprovechando la ocasión para levantarse ya que no podía estar mucho tiempo inmóvil. Con la bota empujó los leños que ardían en el hogar.

Mortimer había dejado de ser «milord» convirtiéndose en «primo mío» debido a un parentesco lejano que habían descubierto por los Fiennes; dentro de poco seria «Roger» a secas.

-No, claro ¿cómo ibais a saberlo? Estabais encarcelado por gracia de vuestro amigo Eduardo... Se trata de un barón gascón, Jourdain de L'Isle, a quien el Santo Padre había dado una

sobrina suya por mujer y el cual cometió unas cuantas fechorías: robos, homicidios, violación de damas, desfloramiento de doncellas, además de algunas bribonadas con jovencitos. Estaba rodeado de ladrones, asesinos y demás gente de esa ralea, que despojaban por su cuenta a laicos y clérigos. Como el Papa lo protegía, se le disimulaban esos pecadillos, con la promesa de enmendarse. Jourdain no supo hacer nada mejor, para probar su arrepentimiento, que coger al sargento real que le habían enviado para entregarle un requerimiento y hacerlo empalar... ¿Sobre que? Sobre el mismo bastón flordelisado que llevaba el sargento.

Roberto soltó una carcajada que dejó al descubierto su natural inclinación por lo canallesco.

-A decir verdad, no se sabe que crimen fue mayor -prosiguió-: si matar a un oficial del rey o embadurnar la flor de lis con el excremento del sargento. El sire Jourdain fue colgado en el patíbulo de Montfaucon. Lo podéis ver todavía si pasáis por allí; los cuervos le han dejado poca carne. Desde entonces, son frías nuestras relaciones con Aviñón.

Y Roberto reanudó la risa, con la boca hacia el techo, y los pulgares en la cintura; y su alegría era tan sincera que el mismo Roger Mortimer se echó a reír por contagio; y lo mismo hicieron Valois y su hijo Felipe...

La risa los había unido más. Mortimer se veía de repente admitido en el grupo del poderoso Valois, y se tranquilizó un poco. Miraba con simpatía el rostro de monseñor Carlos, una cara grande, subida de color, de hombre que come demasiado y a quien el poder priva de hacer suficiente ejercicio. Mortimer no había vuelto a ver a Valois desde dos fugaces encuentros, una vez en Inglaterra con ocasión de las fiestas de la boda de Isabel, y otra en 1313, cuando acompañó a París a los soberanos ingleses para ir a rendir el primer homenaje. Y todo esto que parecía de ayer estaba ya muy lejos. ¡Diez años! Monseñor de Valois, hombre todavía joven en aquella época, se había convertido en ese personaje macizo, imponente... ¡Vamos! No podía perder el tiempo ni desperdiciar la ocasión de aventuras. Después de todo, aquella cruzada comenzaba a gustarle a Roger Mortimer.

-¿Y cuando levarán anclas nuestras naves, monseñor? -preguntó.

-Dentro de dieciocho meses -respondió Valois-. Voy a enviar a Aviñón una tercera embajada para arreglar definitivamente la cuestión de los subsidios, las bulas de indulgencia y la orden de combate.

-Será una hermosa cabalgada, monseñor de Mortimer, en la que hará falta bravura y en la que los vanidosos tendrán que enseñar algo más que en las justas -dijo Felipe de Valois, que no había hablado hasta entonces y cuyo rostro se coloreo levemente.

El primogénito de Carlos de Valois veía ya las velas hinchadas de las galeras, el desembarco en las lejanas costas, los pendones, las corazas, la carga de los caballeros franceses contra los infieles, la Media Luna pisoteada por las herraduras de los corceles, las jóvenes moriscas capturadas en el fondo de los palacios y las bellas esclavas desnudas que llegaban encadenadas... Nada impediría que Felipe de Valois saciara sus deseos con esas sucias. Se ensanchaban las aletas de su nariz, ya que Juana la Coja, su esposa amada, cuyos celos estallaban en furiosas escenas en cuanto él miraba el pecho de otra mujer, se quedaría en Francia. ¡Ah! no tenía buen carácter la hermana de Margarita de Borgoña. Se puede querer a la propia esposa y verse empujado por una fuerza natural a desear otras mujeres. Por lo menos era necesaria la cruzada para que el gran Felipe se atreviera a engañar a la Coja.

Mortimer se irguió ligeramente y estiró su negra cota. Quería volver al tema que le interesaba, y que no era el de la cruzada.

-Monseñor -dijo a Carlos de Valois-, podéis considerarme unido a vuestras filas. Pero yo he venido también a solicitar de vos...

Había pronunciado la palabra. El antiguo Gran Juez de Irlanda había pronunciado la palabra sin la que ningún peticionario recibe nada, sin la que ningún hombre poderoso concede su apoyo. Solicitar, pedir, rogar... Por otra parte, no hacía falta que hablara mas.

-Lo sé, lo sé -respondió Carlos de Valois-; mi yerno Roberto me ha puesto en antecedentes. Vos deseáis que abogue por vuestra causa ante el rey Eduardo. Pues bien, mi muy leal amigo...

De repente, porque había «solicitado», se había convertido en amigo.

-...pues bien, no lo haré, porque solo serviría para que me infligiera un nuevo ultraje. ¿Sabéis la respuesta que vuestro rey Eduardo me ha dado por mediación del conde de Bouville? Sí, seguramente la sabéis... ¡Y yo había solicitado ya dispensa matrimonial al Padre Santo! ¡Fijaos en qué situación he quedado! No puedo pedirle ahora que os restituya vuestras tierras, os restablezca en vuestros títulos y expulse a sus vergonzosos Despenser.

-Y que de este modo conceda a la reina Isabel...

-¡Mi pobre sobrina! -exclamó Valois-. ¡Lo se todo, leal amigo, lo se todo! ¿Creéis que yo puedo, o que el rey de Francia puede hacer cambiar al rey Eduardo de costumbres y de ministros? Sin embargo, no debéis ignorar que cuando nos ha enviado al obispo Rochester a reclamar vuestra entrega, nos hemos negado e incluso hemos rehusado recibir siquiera a su obispo. Es la primera afrenta que hago a Eduardo a cambio de la suya. Estamos ligados vos, monseñor Mortimer, y yo por los ultrajes que nos ha infligido. Y si llega la ocasión a uno u otro de vengarnos, os aseguro, querido sire, que nos vengaremos juntos.

Mortimer sintió, sin manifestarlo, que le invadía la desesperanza. La entrevista de la que Roberto le había prometido milagros... «Mi suegro Carlos lo puede todo; si se hace vuestro amigo, y se hará, sin duda, podéis estar seguro de triunfar...» la entrevista parecía terminada. ¿Y con qué resultado? Nulo. La promesa de un vago mando, dentro de dieciocho meses, en los países de los turcos. Roger Mortimer pensó abandonar París y visitar al Papa, y si de ese lado no obtenía nada, iría a ver al emperador de Alemania... ¡Ah, eran amargas las decepciones del destierro! Su tío de Chirk se lo había predicho...

Entonces Roberto de Artois rompió el incómodo silencio que se había hecho:

-¿Por que no buscar esa ocasión de venganza de que habláis, Carlos?

Era la única persona de la corte que llamaba por su nombre al conde de Valois, siguiendo su costumbre del tiempo en que solamente eran primos; además, su estatura, fuerza y truculencia le concedían derechos que únicamente podía tener él.

-Roberto tiene razón -dijo Felipe de Valois-. Se podría, por ejemplo, invitar al rey Eduardo a la cruzada, y allí...

Acabó su pensamiento con un gesto vago. Decididamente, era imaginativo el largo Felipe. Veía el paso de un vado, o mejor aun una cabalgada en pleno desierto, el encuentro con una partida de infieles, la carga de Eduardo y abandonarlo fríamente en manos de los turcos... ¡Eso era una hermosa venganza!

-¡Jamás! -exclamó Carlos de Valois-. Jamás unirá Eduardo sus pendones a los míos. En primer lugar, ¿se le puede considerar como un príncipe cristiano? ¡Sólo los moros tienen costumbres iguales a las suyas!

A pesar de esta indignación, Mortimer se sintió inquieto; sabía demasiado bien el valor que se podía conceder a las palabras de los príncipes, y como los enemigos de ayer se reconcilian a la mañana siguiente, aunque sea falsamente, cuando les interesa. Si a monseñor de Valois se le ocurría la idea de invitar a Eduardo para aumentar su cruzada, y si éste fingía aceptar...

-Aunque lo hicierais, monseñor -dijo Mortimer-, hay pocas posibilidades de que el rey Eduardo acepte vuestra invitación. Le gustan los juegos corporales, pero detesta las armas, y os aseguro que no fue el quien me venció en Shrewsbury. Eduardo se excusará, y con justa razón, con los peligros que corre debido a los escoceses...

-Pero yo quiero que vengan los escoceses en mi cruzada -dijo Valois.

Roberto golpeó uno contra otro sus enormes puños. La cruzada le era totalmente indiferente, y a decir verdad, no la deseaba. En primer lugar se mareaba en la mar. En tierra, todo lo que quisieran, pero en la mar un niño de pecho era mas fuerte que el. Además, su pensamiento estaba

puesto en la recuperación de su condado de Artois, y la estancia de cinco años en el otro extremo del mundo no le ayudaría a arreglar sus asuntos. El trono de Constantinopla no era su herencia y no le agradaba la idea de verse un día mandando cualquier isla perdida en medio de aguas remotas. Tampoco estaba interesado en el comercio de las especias, ni necesitaba ir a robar mujeres a los turcos. París estaba rebosante de huríes por cincuenta sueldos y de burguesas que aun costaban menos; y la señora de Beaumont, su esposa, hija de monseñor de Valois, cerraba los ojos a todas sus andanzas. Por lo tanto, Roberto deseaba aplazar lo mas posible esta cruzada y, fingiendo alentarla, no hacía mas que retardarla. Tenía sus planes, y no en vano había llevado a Roger Mortimer ante su suegro.

-Me pregunto, Carlos -dijo-, si será prudente dejar durante tanto tiempo el reino de Francia desprovisto de hombres, privado de su nobleza y de vuestro mando, a merced del rey de Inglaterra, quien nos demuestra no querernos bien.

-Los castillos quedarán bien provistos, Roberto; dejaremos en ellos guarniciones suficientes - respondió Valois.

-Pero, repito, sin la nobleza, sin la mayoría de los caballeros y sin vos, que sois nuestro gran guerrero, ¿quién defenderá el reino en nuestra ausencia? ¿El condestable, que pronto cumplirá setenta y cinco años, y que es milagro que se mantenga en la montura? ¿Nuestro rey Carlos? Si a Eduardo, como dice Lord Mortimer, le gustan poco las batallas, a nuestro gentil primo le agradan menos. ¿No se dedica solamente a mostrarse fresco y sonriente ante su pueblo? Sería una locura dejar el campo libre a las maldades de Eduardo, sin haberlo debilitado antes con una derrota.

-Ayudemos, pues, a los escoceses -propuso Felipe de Valois-. Desembarquemos en sus costas y apoyemos su lucha. Por mi parte estoy dispuesto.

Roberto de Artois bajó la cabeza para no mostrar lo que pensaba. Se verían cosas muy divertidas si el bravo Felipe tomaba el mando de un ejército en Escocia. El heredero de los Valois había demostrado ya sus aptitudes en Italia, a donde lo enviaron para ayudar al legado del Papa contra los Visconti de Milán. Felipe había llegado con sus pendones, se había dejado maniobrar y engañar por Galeazzo Visconti, a quien cedió en todo pensando haber ganado en todo; y retornó sin haber librado la menor batalla.

Roger Mortimer, por su parte, se sintió herido ligeramente al escuchar la proposición de Felipe de Valois. Era adversario y enemigo del rey Eduardo, pero Inglaterra era su patria.

-Por el momento -dijo-, los escoceses están bastante calmados y parecen decididos a respetar el tratado que nos impusieron el año pasado.

-Además, Escocia, Escocia... -encareció Roberto-, hay que pasar el mar. Reservemos nuestras naves para la cruzada. Tenemos un lugar mejor para desafiar a este bribón de Eduardo. No ha prestado homenaje por Aquitania. Si le obligamos a venir a defender sus derechos en Francia, en su ducado, y con esta ocasión lo aplastamos, quedaremos todos vengados y además se mantendría en calma durante nuestra ausencia.

Valois daba vueltas a sus anillos y reflexionaba. Una vez mas, Roberto se mostraba buen consejero. La idea era vaga todavía, pero Valois vislumbraba su posible desarrollo. Para empezar, Aquitania no era para el tierra desconocida; en ella había hecho su primera gran campaña victoriosa, en 1294.

-Sin ninguna duda, sería un buen entrenamiento para nuestra caballería, que no ha guerreado desde hace largo tiempo, y una ocasión para probar esa artillería de pólvora que empiezan a usar los italianos y que nuestro viejo amigo Tolomei se ofrece a proporcionarnos. Cierto, el rey de Francia puede poner el ducado de Aquitania bajo su mando por falta de homenaje...

Permaneció pensativo un instante.

-Pero no habrá forzosamente guerra -concluyó-. Se negociará como de costumbre; se convertirá en asunto de parlamentos y embajadas. Y después, a regañadientes, rendirá homenaje. No es suficiente motivo.

Roberto de Artois volvió a sentarse, apoyando los codos en las rodillas y la barbilla en los puños.

-Se puede encontrar un pretexto más eficaz que la falta de homenaje -dijo-. No es a vos, primo Mortimer, a quien he de informar sobre las dificultades, pleitos y batallas surgidos por Aquitania desde que la duquesa Alienor, después de decorar con hermosos cuernos la frente de su primer marido, nuestro rey Luis VII, llevó, por su segundo matrimonio, su cuerpo retozón, así como su ducado, a vuestro Enrique II de Inglaterra. Ni voy tampoco a informaros del tratado por el que el buen rey San Luis, a quien se le metió en la cabeza arreglar todas las cosas con equidad, quiso poner fin a cien años de guerra. Pero la equidad no vale nada para arreglar las diferencias entre los reinos. El tratado de 1259 no fue mas que un nido de embrollos. El mismo senescal de Joinville, tío abuelo de vuestra esposa, primo Mortimer, que era muy devoto del santo rey, le aconsejó que no lo firmara. Reconozcámoslo con toda franqueza, aquel tratado fue una tontería. Desde la muerte de San Luis, no hay mas que disputas, discusiones, tratados concluidos, tratados denunciados, homenajes rendidos pero con reservas, audiencias de parlamentarios, querellas denegadas, querellantes condenados, sangrientas revueltas y nuevas audiencias de justicia. Pero vos mismo, Carlos -preguntó Roberto, volviéndose hacia Valois-, cuando fuísteis enviado por vuestro hermano Felipe el Hermoso a Aquitania, donde restablecisteis el orden tan bellamente, ¿cuál fue el motivo de vuestra ida?

-Una gran revuelta que estalló en Bayona, en la que marineros de Francia e Inglaterra llegaron a las manos, con efusión de sangre.

-Pues bien -exclamó Roberto-, sólo nos falta buscar la ocasión de otra revuelta de Bayona. Basta influir en cualquier lugar para que la gente de los dos reyes se golpee con fuerza y se mate. Y me parece que ya he encontrado el lugar apropiado.

Apuntó a sus interlocutores con su enorme índice, y prosiguió:

-En el tratado de París, confirmado por la paz del año 1303, revisado en Perigueux el año 1311, quedó reservado el caso de ciertos señoríos, llamados privilegiados, que, aún encontrándose en tierra de Aquitania, están sometidos directamente al rey de Francia. Ahora bien, estos mismos señoríos tienen dependencias vasallas en Aquitania. No se ha determinado nunca si estas tierras vasallas dependen también del rey de Francia, o bien del duque de Aquitania. ¿Comprendéis?

-Comprendo -dijo monseñor de Valois.

Su hijo Felipe no comprendía. En sus grandes ojos azules había un gesto de sorpresa, y su incomprensión era tan manifiesta que su padre le explicó:

-Está claro, hijo mío. Imagina que te concedo este palacio, como si fuera un feudo; pero me reservo el uso y disposición de la sala en que estamos. Ahora bien, de esta sala depende el gabinete de paso que domina esta puerta. ¿Quién de los dos disfruta del gabinete de paso y ha de suministrar el mobiliario y realizar la limpieza? Lo importante -agregó Valois volviéndose a Roberto- es encontrar una dependencia suficientemente importante para que la acción que intentamos determine a Eduardo a actuar.

-Vos tenéis una dependencia bien señalada, que es la tierra de Saint-Sardos, que depende del priorato de Sarlat, en la diócesis de Perigueux. Su situación fue debatida ya cuando Felipe el Hermoso concluyó con el prior de Sarlat un tratado de condominio que hacía al rey de Francia condueño de este señorío. Eduardo I apeló al Parlamento de París pero no se resolvió nada. ¿Que hará el rey de Inglaterra, duque de Aquitania, si en la dependencia de Saint-Sardos el rey de Francia, condueño de Sarlat, construye una fortaleza para establecer una guarnición que amenace los contornos? Dará a su senescal orden de que se oponga, y querrá a su vez establecer su guarnición. Al primer altercado entre dos soldados, al primer oficial del rey que maltrate o simplemente insulte...

Roberto abrió sus grandes manos, como si la conclusión se desprendiera por si misma. Monseñor de Valois, envuelto en terciopelo azul bordado de oro, se levantó de su trono. Ya se veía

sobre la montura a la cabeza de sus mesnadas volviendo a Guyena, donde hacía treinta años había hecho triunfar al rey de Francia.

-Admiro de verdad, hermano mío -exclamó Felipe de Valois-, que un gran caballero como vos conozca los procedimientos tan bien como un clérigo.

-¡Bah!, hermano mío, no tiene ningún mérito. No ha sido mi afición, sino mi proceso de Artois, el que me ha obligado a informarme de las costumbres de Francia y de las sentencias de los parlamentos. Y aunque hasta ahora no me ha servido de nada, espero que al menos sirva a mis amigos -concluyó Roberto de Artois inclinándose ante Roger Mortimer como si la vasta maquinación proyectada no tuviera otro motivo ni finalidad que complacer al refugiado.

-Vuestra llegada nos es de gran ayuda, sire barón -dijo Carlos de Valois-, ya que nuestras causas están unidas y no dejaremos de solicitar celosamente vuestros consejos en esta empresa... que Dios quiera proteger. Puede suceder que dentro de poco marchemos juntos hacia Aquitania.

Mortimer se sintió desorientado, superado. No había hecho nada, no había dicho ni sugerido nada; su sola presencia había dado motivo a que los otros concretaran sus aspiraciones. Y ahora le invitaban a participar en una guerra contra su propio país, sin posibilidad de elección.

Así, si Dios no lo remediaba, los franceses iban a hacer la guerra en Francia a súbditos franceses del rey de Inglaterra, con la participación de un gran señor inglés y con el dinero proporcionado por el Papa para liberar a Armenia de los turcos.

V
La espera.

Pasó el fin del otoño, y todo el invierno, y la primavera también y el comienzo del verano. Lord Mortimer vio pasar sobre París las cuatro estaciones, espesarse la nieve en las estrechas calles, cubrirse de nieve los tejados y los prados de Saint-Germain, abrirse las yemas de los árboles de las orillas del Sena, y brillar el sol en la torre cuadrada del Louvre, en la redonda torre de Nesle y en la aguda flecha de la SainteChapelle.

Un emigrado espera. Diríase que ese es su papel, casi su función. Espera que pase la mala suerte, espera que la gente del país donde se ha refugiado termine de arreglar sus asuntos para que finalmente se preocupe de los suyos. Pasados los primeros días de su llegada, en los que sus reveses suscitaban la curiosidad, y todos quieren apoderarse de el como si fuera un animal de exhibición, la presencia del emigrado se hace pronto molesta, casi fastidiosa. Parece ser portador de un mudo reproche. No pueden atenderlo en todo momento; después de todo, el es quien solicita y debe tener paciencia.

Por tanto, Roger Mortimer esperaba, como lo había hecho durante dos meses en Picardía, en casa de su primo Juan de Fiennes, que la corte de Francia volviera a París; como había esperado que monseñor de Valois encontrara, entre todas sus ocupaciones, un rato para recibirlo... Ahora esperaba una guerra en Guyena, lo único que podía cambiar su destino.

Monseñor de Valois no había tardado en dar las órdenes. Oficiales del rey de Francia, tal como había aconsejado Roberto, habían comenzado a señalar en Saint-Sardos, en las dependencias en litigio del señorío de Sarlat, la cimentación de una fortaleza. Pero una fortaleza no se levantaba en un día, ni siquiera en tres meses, y la gente del rey de Inglaterra no parecía haberse alarmado, al menos al principio. Había que esperar que se produjeran incidentes.

Roger Mortimer aprovechaba su ocio para recorrer aquella capital que apenas había entrevisto en un viaje realizado diez años antes, y para observar al gran pueblo de Francia, que conocía tan mal. ¡Que nación tan rica y poblada, y cuán diferente de Inglaterra! A ambos lados del mar la gente se creía semejante porque en los dos países la nobleza pertenecía al mismo tronco; pero viendo las cosas de cerca se observaban muchas disparidades. La población del reino de

Inglaterra con sus dos millones de almas, no llegaba a la décima parte del total de los súbditos del rey de Francia, que alcanzaba la cifra de casi veintidós millones. Solo París tenía trescientos mil habitantes, mientras que Londres no contaba más que cuarenta mil. ¡Y que bullicio en sus calles, que actividad comercial e industrial, que gasto! Para convencerse bastaba pasearse por el Pont-au-Change o a lo largo del muelle de los Orfevres, y escuchar el ruido que producían en las tiendas los pequeños martillos que batían el oro; atravesar, tapándose la nariz, el barrio de la Grande Boucherie, detrás del Chatelet, donde trabajaban los triperos y los matarifes; seguir la calle de Saint-Denis, donde se encontraban los merceros; ir a palpar las telas en los grandes mercados de los Pañeros... En la calle de los Lombardos, mas silenciosa, que Lord Mortimer ahora conocía bien, se trataban grandes asuntos.

Cerca de trescientas cincuenta corporaciones y maestrías reglamentaban y dominaban la vida de todos estos oficios; cada una tenía sus leyes, costumbres y fiestas, y prácticamente no había día del año en que, después de oír misa y discutir en el locutorio, no se reunieran en un gran banquete maestros y compañeros, ya se tratase de sombrereros, fabricantes de cirios, curtidores... En la montaña de Sainte-Genevieve, todo un pueblo de clérigos y de doctores con bonete disputaban en latín, y el eco de sus controversias sobre apologética o sobre los principios de Aristóteles iba a originar nuevos debates en toda la cristiandad.

Los grandes barones y prelados, y muchos reyes extranjeros, tenían residencia en la ciudad con una especie de corte. La nobleza frecuentaba las calles de la Cité, la galería de los merceros del Palacio Real, los alrededores de los palacios de Valois, de Artois, de Borgoña y de Saboya. Cada uno de estos palacios era como una representación permanente de los grandes feudos; los intereses de cada provincia se concentraban allí. Y la ciudad crecía, crecía sin cesar, empujando sus arrabales sobre jardines y campos, fuera del recinto amurallado de Felipe Augusto, que comenzaba a desaparecer, tragado por las nuevas construcciones.

Si se salía un poco de París, se veía que la campiña era próspera. Simples porqueros o vaqueros poseían una viña o un campo. Las mujeres empleadas en los trabajos agrícolas y en otros trabajos tenían fiesta el sábado por la tarde, fiesta que les era pagada; por otra parte, en casi todos los sitios el trabajo del sábado terminaba al tercer toque de vísperas. Las numerosas celebraciones religiosas eran festivas, al igual que las fiestas de las corporaciones. Y sin embargo, la gente se quejaba. ¿Cuales eran los principales motivos de queja? Las tallas, los impuestos, como en todo tiempo y en todos los países y también el hecho de estar siempre bajo alguien de quien dependían. Tenían la sensación de trabajar solamente para provecho del prójimo, sin poder disponer verdaderamente de sí mismos o del fruto de su esfuerzo. A pesar de las ordenanzas de Felipe V, que no se observaban de manera estricta, había en Francia muchos mas siervos que en Inglaterra, donde la mayoría de los campesinos eran hombres libres, obligados, por otra parte, a formar en el ejército, y tenían cierta representación en las asambleas reales. Esto ayudaba a comprender mejor que el pueblo de Inglaterra hubiera exigido cartas a sus soberanos.

Por lo contrario, la nobleza de Francia no estaba tan dividida como la de Inglaterra; había en ella muchos enemigos por cuestiones de intereses como el conde de Artois y su tía Mahaut, y se formaban clanes, camarillas, pero la nobleza se cohesionaba cuando se trataba de sus intereses generales o de la defensa del reino. La idea de nación era mas concreta y mas fuerte entre la nobleza francesa.

La única verdadera semejanza que había en aquel tiempo entre los dos países se debía al carácter de los dos reyes. Tanto en Londres como en París las coronas habían caído sobre hombres débiles, ignorantes de la verdadera preocupación de la cosa pública, sin la cual el príncipe sólo lo es de nombre.

Mortimer había sido presentado al rey de Francia, y lo había vuelto a ver en varias ocasiones; no le fue posible formarse una alta opinión de aquel hombre de veintinueve años, a

Librodot

quien los señores acostumbraban llamar Carlos el Hermoso, debido a que se parecía bastante a su padre, pero que, bajo esta noble apariencia, no tenía ni pizca de talento.

-¿Habéis encontrado alojamiento apropiado, messire de Mortimer? ¿Está con vos vuestra esposa? ¡Ah, como debéis de sentir estar sin ella! ¿Cuantos hijos os ha dado?

Poco mas o menos, estas eran las palabras que le había dirigido el rey al desterrado, y cada vez que lo veía volvía a preguntarle: «¿Está con vos vuestra esposa? ¿Cuántos hijos habéis tenido?», ya que había olvidado la respuesta. Sus preocupaciones parecían ser únicamente de orden doméstico y conyugal. Su triste matrimonio con Blanca de Borgoña, cuya decepción aún sentía, había quedado disuelto por una anulación en la que no hizo muy bella figura. Lo habían vuelto a casar en seguida con María de Luxemburgo, joven hermana del rey de Bohemia, con el que Valois estaba intentando precisamente aquellos días entenderse a propósito del reino de Arles. Ahora María de Luxemburgo estaba encinta y Carlos el Hermoso la rodeaba de atenciones un poco tontas.

La incompetencia del rey no impedía que Francia se ocupara de los asuntos del mundo entero. El Consejo gobernaba en nombre del rey; y monseñor de Valois, en el del Consejo. Se aconsejaba de continuo al papado, y varios correos, que ganaban ocho libras y algunos denarios por viaje -verdadero patrimonio- tenían por único trabajo llevar las cartas a Aviñón. Había otros para Nápoles, Aragón o Alemania. Se prestaba gran atención a los asuntos de Alemania, ya que Carlos de Valois y su cómplice Juan de Luxemburgo habían logrado que el Papa excomulgara al emperador Luis de Baviera, con el fin de que la corona del Sacro Imperio pudiera ofrecerse... ¿a quien? ¡A monseñor de Valois, naturalmente! Ese era su viejo sueño. Cada vez que el Sacro Imperio quedaba vacante, monseñor de Valois presentaba su candidatura. ¡Cómo se acrecentaría el prestigio de la cruzada si su organizador se veía convertido en emperador!

Pero no había que olvidar los problemas de Flandes, de ese Flandes que causaba permanentes preocupaciones a la corona, ya porque la población se rebelaba contra su conde cuando este se mostraba fiel al rey de Francia, ya porque el propio conde se oponía al rey para satisfacer a la población. Por último, estaba Inglaterra, y Valois llamaba a Roger Mortimer cada vez que se planteaba un problema por este lado.

Mortimer había alquilado su residencia cerca del palacio de Roberto de Artois, en la calle de Saint-Germain-des-Pres, delante del palacio de Navarra. Gerardo de Alspaye, que lo seguía desde su evasión de la Torre, gobernaba la casa, y el barbero Ogle hacia las veces de ayuda de cámara; grupo que se engrosaba por otros desterrados ingleses, que habían tenido que salir de Inglaterra por el odio de los Despenser. Uno era Juan Maltravers, señor inglés del partido de Mortimer, descendiente como él de un compañero del Conquistador. Este Maltravers tenia la cara larga y sombría, dientes enormes y cabellos lacios; guardaba cierta semejanza con su caballo. No era compañero muy agradable y sobresaltaba a la gente con su risa nerviosa, casi de relincho, cuyo motivo se ignoraba. Pero en el destierro no se puede elegir a los amigos: el infortunio común los impone. Por Maltravers supo Mortimer que habían trasladado a su mujer al castillo de Skypton, en el condado de York, acompañada de un séquito formado solamente por una dama, un escudero, una lavandera, un criado y un paje, y que recibía trece chelines y cuatro denarios por semana para su manutención y la de su gente; casi como en la prisión...

En cuanto a la reina Isabel, su situación era cada día mas penosa. Los Despenser le robaban, la despojaban, la humillaban, con cuidadosa perfección en la crueldad. «Lo único que me queda es la vida, y temo que se preparen a quitármela. Dad prisa a mi hermano para que me defienda», le decía a Mortimer.

Pero el rey de Francia... «¿Está con vos vuestra esposa? ¿Tenéis hijos?»... se remitía a la opinión de monseñor de Valois, que lo supeditaba todo al resultado de su acción en Aquitania. ¿Y si mientras tanto los Despenser asesinan a la reina?

-No se atreverán -respondía Valois.

Mortimer iba a espigar nuevas noticias a casa del banquero Tolomei, quien le hacía pasar su correo al otro lado de la Mancha. Los Lombardos tenían mejor red de comunicaciones que la corte, y sus viajantes eran más hábiles para disimular los mensajes. De esta manera la correspondencia entre Mortimer y el obispo Orleton era casi regular.

El obispo de Hereford había pagado caro su papel de promotor en la evasión de Mortimer, pero era valeroso y se mantenía firme ante el rey. Primer prelado de Inglaterra a quien juzgaba una jurisdicción laica, y apoyado además por todos los arzobispos del reino, que veían amenazados sus privilegios, se había negado a responder a sus acusadores. Eduardo continuó el proceso, hizo condenar a Orleton y ordenó la confiscación de sus bienes. Eduardo acababa de escribir al Papa para solicitarle la deposición del obispo por rebelde; era preciso que monseñor de Valois interviniera cerca de Juan XXII para impedir tal medida, cuya consecuencia hubiera sido llevar al tajo la cabeza de Orleton.

La situación de Enrique Cuello-Torcido era confusa. Eduardo lo había nombrado conde de Lancaster en marzo, devolviéndole los títulos y bienes de su hermano ejecutado, entre ellos el gran castillo de Kenilworth. Poco después, al conocer una carta dirigida a Orleton en la que le daba ánimos y pruebas de amistad, Eduardo había acusado a Cuello-Torcido de alta traición.

Cada vez que Mortimer visitaba a Tolomei, este no dejaba de decirle:

-Puesto que veis con frecuencia a los monseñores de Valois y de Artois y sois su amigo, recordadles, os ruego, esas piezas de artillería que se acaban de probar en Italia y que serán de gran utilidad en el asedio de las ciudades. Pueden proporcionarlas mi sobrino desde Siena, y los Bardi desde Florencia. Son piezas de artillería más fáciles de colocar que las grandes catapultas de balancín, y producen mas estragos. Monseñor de Valois haría bien en equipar con ellas su cruzada.

Al principio, las mujeres se habían interesado bastante por Mortimer, aquel extranjero de bella estampa, vestido siempre de negro, austero, misterioso, que mordisqueaba la blanca cicatriz que tenía en el labio. Le habían hecho contar veinte veces su evasión y, mientras hablaba, se veían levantar los hermosos senos femeninos bajo las trasparentes gorgeras de lino blanco. Su voz grave, casi ronca, que acentuaba inesperadamente ciertas palabras, emocionaba los corazones ociosos. Repetidas veces Roberto de Artois había deseado lanzar al barón inglés sobre aquellos brazos que solo deseaban abrirse; le había ofrecido también, si es que sentía preferencia por ellas, algunas mujeres de mala fama, por pares o tríos para que distrajera sus preocupaciones. Sin embargo, Mortimer no había cedido a ninguna tentación, y comenzaron a preguntarse cual era la causa de aquella virtud, y si no tenía las costumbres de su rey.

Nadie podía imaginar la verdad: que este hombre que había apostado su salvación con la muerte de un cuervo, había prometido no tocar mujer hasta volver a Inglaterra y recobrar sus tierras, títulos y poder. Era voto de caballero, como hubiera podido hacerlo un Lanzarote, un Amadis o un caballero del rey Arturo. Sin embargo, Roger Mortimer tuvo que confesarse, después de tantos meses, que había hecho el voto un poco a la ligera, y que ello contribuía a agriarle el humor.

Por fin, llegaron buenas noticias de Aquitania. El senescal del rey de Inglaterra en Guyena, messire Basset (*) tanto mas puntilloso cuanto que su nombre Incitaba risa, comenzó a inquietarse por la fortaleza que se levantaba en SaintSardos. Vio en ello una usurpación de los derechos de su dueño el rey de Inglaterra y un insulto a su propia persona.

(*) Basset, perro pachón, de patas cortas y, a veces, torcidas.

Reunió tropas y entró de improviso en Saínt-Sardos, saqueó la aldea, apresó a los oficiales encargados de vigilar los trabajos y los colgó en los postes que, con sus escudos de flores de lis, señalaban la soberanía del rey de Francia. Messire Ralph Basset no iba solo en esta expedición; le acompañaban varios señores de la región.

En cuanto se enteró Roberto de Artois, fue a buscar a Mortimer y lo llevó a casa de Carlos de Valois. Monseñor de Artois desbordaba alegría y orgullo; reía más fuerte que de costumbre y

daba a sus familiares amigables manotazos que los enviaban contra la pared. ¡Al fin tenían un pretexto, y surgido de su inventivo cerebro!

Inmediatamente se trató el asunto en el Consejo Privado; se hicieron las diligencias de costumbre, y a los culpables del saqueo de Saint-Sardos se les intimó a presentarse ante el Parlamento de Toulouse. ¿Irían a reconocer su desaguisado y someterse? Eso se temía.

Por suerte, uno de ellos, uno solo, Raymond Bernard de Montpezat, se negó a ir a la convocatoria. No hacía falta mas. Se le condenó en rebeldía, y se confiscaron sus bienes, y Juan de Roye, que había sucedido a Pedro-Hector de Galard en el cargo de gran maestre de los ballesteros, fue enviado a Guyena con una pequeña escolta a detener al sire de Montpezat, apoderarse de sus bienes y desmantelar su castillo. Sin embargo, fue sire de Montpezat quien se sobrepuso; hizo prisionero al oficial real y exigió rescate para entregarlo. El rey Eduardo estaba ajeno a todo, pero el caso se agravaba por la fuerza de las cosas. Y Roberto de Artois exultaba. ¡No se podía hacer desaparecer a un gran maestre de ballesteros sin que siguieran graves consecuencias!

Se hicieron nuevas diligencias, esta vez ante el mismo rey de Inglaterra, acompañadas de una amenaza de confiscación del ducado. A principios de abril, París vio llegar al conde de Kent, hermanastro del rey Eduardo, acompañado por el arzobispo de Dublín; venían a proponer a Carlos IV, para el arreglo de sus diferencias, que renunciara sencillamente al homenaje que le debía Eduardo. Mortimer, que vio a Kent en aquella ocasión (sus entrevistas fueron corteses a pesar de la difícil situación de ambos) le hizo ver la total inutilidad de su embajada. El mismo conde de Kent estaba convencido de ello; y se había hecho cargo de su misión a disgusto. Regresó con la negativa del rey de Francia, transmitida de manera despectiva por Carlos de Valois. La guerra maquinada por Roberto de Artois estaba a punto de estallar.

Pero he aquí que aquellos días la nueva reina, María de Luxemburgo, murió de improviso en Issoudon tras un aborto.

Decentemente no se podía declarar la guerra durante un duelo, y mas teniendo en cuenta que el rey Carlos estaba muy abatido y casi incapacitado para presidir los Consejos. La desgracia perseguía sin duda su destino de esposo. Primero engañado, luego viudo... Fue preciso que monseñor de Valois abandonara todos sus problemas y se dedicara a encontrarle una tercera esposa al rey, que se mostraba inquieto, malhumorado, y reprochaba a todos la falta de heredero en que se encontraba el reino.

Mortimer tuvo que esperar pues a que se arreglara este asunto...

Carlos de Valois hubiera propuesto de buen grado a su sobrino una de sus hijas solteras, si su edad hubiera estado de acuerdo; desgraciadamente hasta la mayor, la que había propuesto en matrimonio al príncipe heredero de Inglaterra, no contaba ni doce años. Y Carlos el Hermoso no estaba inclinado a esperar.

Quedaba otra prima hermana, hija de monseñor Luis de Evreux, ya fallecido, y sobrina de Roberto de Artois. Esta Juana de Evreux no era una mujer espléndida, pero estaba bien formada y, sobre todo, tenía edad para ser madre. Monseñor de Valois, para librarse de largas y difíciles tentativas mas allá de las fronteras, indujo a toda la corte a que empujara a Carlos a aquella unión. Tres meses después de la muerte de María de Luxemburgo se solicitó una nueva dispensa al Papa.

La boda se celebró el 5 de julio. Cuatro días antes, Carlos había decidido la confiscación de Aquitania y Ponthieu por rebelión y falta de homenaje. El Papa Juan XXII, tal como creía que era su misión siempre que se suscitaba un conflicto entre dos soberanos, escribió al rey Eduardo solicitándole que fuera a prestar homenaje para eliminar al menos uno de los puntos en litigio. Pero el ejército de Francia estaba ya en pie de guerra y se concentraba en Orleans, mientras que en los puertos se equipaba una flota para atacar las costas inglesas.

Al mismo tiempo, el rey de Inglaterra había ordenado algunas levas en Aquitania, y messire Ralph Basset reunía sus mesnadas y el conde de Kent volvía a Francia, para ejercer en el ducado la tenencia que le había encomendado su hermanastro.

¿Se ponía en marcha el ejército? No, porque todavía era necesario que monseñor de Valois corriera a Bar-sur-Aube para tratar con Leopoldo de Habsburgo de la elección al Sacro Imperio, y cerrar un tratado por el cual Leopoldo se comprometía a no presentar su candidatura, mediante determinadas sumas de dinero, pensiones y rentas fijadas ya para el caso de que Valois fuera elegido emperador. Roger Mortimer seguía esperando...

Por fin, el 1º de agosto, con un calor sofocante que cocía a los caballeros en sus corazas como en una marmita, Carlos de Valois, soberbio, pesado, con cimera y cota de oro por encima de su armadura, se hizo subir al caballo. A sus lados llevaba a su segundo hijo, el conde de Alençon, a su sobrino Felipe de Evreux, nuevo cuñado del rey, al condestable Gaucher de Châtillon, a lord Mortimer de Wigmore y a Roberto de Artois, que, montado en un caballo adecuado a su estatura, sobrepasaba a todo el ejército.

Monseñor de Valois, al partir para esta campaña, su segunda en Guyena, que había querido, decidido y casi inventado, ¿estaba alegre, feliz, o simplemente satisfecho? Nada de eso. Estaba rabioso, ya que Carlos IV se había negado a firmar su nombramiento de lugarteniente del rey en Aquitania. Si alguno tenía derecho a este título, ¿no era Carlos de Valois? ¡Y en que situación quedaba ante el conde de Kent, ese galancete, ese bebé... que había recibido la tenencia del rey Eduardo!

Carlos el Hermoso, que era incapaz de decidir nada, tenía también negativas bruscas y obstinadas para rehusar lo que se le pedía como más evidentemente necesario. Carlos de Valois echó pestes de firme aquel día y no ocultaba a sus acompañantes la pobre opinión que tenía de su sobrino y soberano. En realidad, ¿valía la pena de tomarse tanto trabajo en gobernar el reino en nombre de aquel bobo coronado, de aquel ganso?

El anciano condestable Gaucher de Châtillon, que mandaba teóricamente el ejército, ya que Valois no tenía nombramiento oficial, plegaba sus párpados de tortuga bajo el yelmo pasado de moda. Era un poco sordo, pero a los setenta y cuatro años todavía hacía buena figura sobre el caballo.

Lord Mortimer había comprado las armas en casa de Tolomei. Bajo la levantada visera del casco se veían brillar sus ojos de duros reflejos, del mismo color que el acero. Como marchaba, por culpa de su rey, en contra de su país, llevaba una cota de guerra de terciopelo negro, en señal de luto. Jamás olvidaría la fecha de partida: era el 1º de agosto de 1324, festividad de San Pedro ad Vincula, y hacía un año, día por día, que se había escapado de la Torre de Londres.

VI
Las bocas de fuego.

La alarma sorprendió al joven conde Edmundo de Kent echado sobre el enlosado de una habitación del castillo, donde buscaba en vano encontrar algún frescor. Estaba medio desnudo, solamente con calzas de seda, el torso al descubierto, los brazos apartados, inmóviles, abatido por el calor bordelés. Su galgo favorito jadeaba a su lado.

El primero en oír el toque de alarma fue el perro. Se levantó sobre las patas delanteras, hocico al aire, y sus orejas comenzaron a agitarse. El joven conde de Kent despertó de su duermevela, se estiró y comprendió en seguida que el alboroto lo producía el repiqueteo de todas las campanas de La Réole. Se puso en pie, cogió su camisa de fina batista que había echado en su asiento, y se la puso rápidamente.

Oyó pasos que se apresuraban hacia la puerta. Messire Ralph Basset, el senescal, entró seguido de varios señores locales: el sire de Bergerac, los barones de Budos y de Mauvezin, y el sire de Montpezat, por quien -así al menos lo creía él para vanagloriarse- había estallado la guerra.

Librodot

El senescal Basset era realmente muy pequeño; el joven conde de Kent se sorprendía cada vez que lo veía aparecer. Estaba redondo como un tonel y siempre a punto de encolerizarse, hinchado el cuello y saltones los ojos.

El senescal no era del agrado del galgo, que en cuanto lo veía comenzaba a ladrar.

-¿Se trata de un incendio o de los franceses, messire senescal? -preguntó el conde de Kent.

-¡Los franceses, los franceses, monseñor! -exclamó el senescal, casi asombrado por la pregunta-. Venid a ver; ya se les divisa.

El conde de Kent se inclinó hacia un espejo de estaño para poner en orden su cabello rubio sobre las orejas, y siguió al senescal. Con su camisa blanca abierta por el pecho, sin espuelas ni sombrero, entre los barones vestidos con mallas de hierro y completamente armados, daba una extraña impresión de intrepidez y gracia, incluso de falta de seriedad.

El intenso alboroto de las campanas le sorprendió al salir del torreón y el fuerte sol de agosto lo ofuscó. El galgo se puso a dar aullidos.

Subieron hasta la cima de la Thomasse, gran torre circular construida por Ricardo Corazón de León. ¿Qué no había construido aquel antepasado? El recinto de la Torre de Londres, el Château-Gaillard en Normandía, la fortaleza de La Réole...

El Garona, ancho y reverberante, corría al pie del collado casi cortado a pico, y su curso dibujaba meandros a través de la gran llanura fértil, donde se perdía la mirada hasta la lejana línea azul de los montes de Agen.

-No distingo nada -dijo el conde de Kent, que esperaba ver las vanguardias francesas en los alrededores de la ciudad.

-SI, monseñor -le respondieron gritando para dominar el ruido de las campanas-. A lo largo del río, arriba, hacia Sainte-Bazeille.

El conde de Kent, entornando los ojos y poniendo la mano a manera de visera, consiguió distinguir una cinta centelleante paralela a la del río. Le dijeron que era el reflejo del sol en las corazas y en los caparazones de los caballos.

¡Y continuaba el estrépito campanil! Los campaneros debían de tener los brazos molidos. En las calles de la ciudad, y sobre todo alrededor del Ayuntamiento, la población se agitaba hormigueante. ¡Qué pequeños parecían los hombres desde las almenas de la ciudadela! Eran como insectos. Por todos los caminos que conducían a la ciudad se apresuraban los campesinos llenos de miedo, unos tirando de su vaca, otros empujando a sus cabras o aguijoneando a los bueyes de sus yuntas. Abandonaban los campos corriendo; en seguida llegaría la gente de los pueblos con sus bultos cargados a la espalda o apretados en las carretas, y se alojarían como pudieran en una ciudad superpoblada por la tropa y los caballeros de Guyena...

-No podemos empezar a contar los franceses hasta dentro de dos horas y no estarán delante de las murallas antes de llegar la noche -dijo el senescal.

-Es mala época para hacer la guerra -dijo el sire de Bergerac que, ante el avance francés, había tenido que huir unos días antes de Sainte-Foy-la-Grande.

-¿Por qué no es buena época? -preguntó el conde de Kent, mostrando el limpio cielo y la campiña que se extendía a sus pies.

Hacía un poco de calor, es verdad, pero, ¿no era eso mejor que la lluvia y el barro? Si esta gente de Aquitania hubiera conocido las guerras de Escocia, se guardaría muy bien de quejarse.

-Porque están cerca de la vendimia, monseñor -dijo el sire de Montpezat-, porque los villanos gemirán al ver pisoteadas sus cosechas y nos tendrán mala voluntad.

El conde de Valois sabía lo que se hacía; ya en 1294 actuó de esta manera; devastarlo todo para cansar al país lo mas pronto posible.

El duque de Kent se encogió de hombros. El país bordelés no producía sólo unas cuantas barricas y, hubiera o no guerra, se podía seguir bebiendo el clarete. En lo alto de la Thomasse corría una pequeña brisa inesperada que penetraba por la camisa abierta del joven príncipe y se deslizaba

agradablemente por la piel. ¡Que maravillosa sensación podía proporcionar a veces el mero hecho de vivir!

Acodado en las tibias piedras de la almena, el conde de Kent se sumió en sus ensueños. A los veinte años era lugarteniente del rey para todo un ducado, es decir, poseía todos los poderes reales, y figuraba en su persona al mismo rey. Si decía «quiero», nadie le replicaba. Podía ordenar «¡ahorcadlo!»... No tenía intención de decirlo, pero podía hacerlo. Y sobre todo estaba lejos de Inglaterra, de la corte de Westminster, de su hermanastro Eduardo II y de sus caprichos, coletas y sospechas; lejos de los Despenser. Aquí se encontraba por fin dueño de sí mismo y dueño de todo lo que le rodeaba. A su encuentro venía un ejército, sobre el que cargaría y al que vencería sin ninguna duda. Un astrólogo le había anunciado que entre los veinticuatro y los veinticinco años realizaría las más brillantes acciones, que le darían gran notoriedad... Sus sueños de la infancia se convertían de pronto en realidad. Una gran llanura, corazas y poder soberano...

No, nunca se había sentido tan feliz. La cabeza le bailaba un poco debido a la embriaguez que le venía de sí mismo, de la brisa que rozaba su pecho y de aquel amplio horizonte...

-¿Vuestras órdenes, monseñor? -preguntó messire Basset, que comenzaba a impacientarse.

El conde de Kent se volvió y miró al pequeño senescal con un matiz de altivo asombro.

-¿Mis órdenes? -dijo-. Haced sonar las trompetas, messire senescal, y que todo el mundo se ponga a caballo. Vamos a adelantarnos y cargar.

-¿Pero con que, monseñor?

-¡Pardiez, con nuestras tropas, Basset!

-Monseñor, apenas contamos con doscientas armaduras y, según nuestros informes nos vienen al encuentro mas de mil quinientas. ¿No es verdad, messire de Bergerac?

El sire Reginaldo de Pons de Bergerac aprobó con la cabeza. El rechoncho senescal tenía el cuello mas hinchado y rojo que de costumbre; la verdad es que estaba inquieto, a punto de estallar ante tal inconsciente ligereza.

-¿No hay noticia de los refuerzos? -dijo el conde de Kent.

-No, monseñor, nada se sabe. Vuestro hermano el rey, y perdonad mi frase, nos deja caer.

Hacía cuatro semanas que esperaban estos famosos refuerzos de Inglaterra; y el condestable de Burdeos, que tenía tropas, no las movía pretextando que había recibido órdenes del rey Eduardo de ponerse en camino en cuanto llegaran los refuerzos. El joven conde de Kent no era tan soberano como parecía...

Esta espera y esta falta de hombres -cabía pensar si los refuerzos anunciados habían embarcado siquiera- permitieron a monseñor de Valois pasearse a través del país, desde Agen a Marmande y desde Bergerac a Duras, como si lo hiciera por un parque de paseo. ¡Y ahora que Valois estaba allí, a la vista, con su gran cinta de acero, no se podía hacer nada!

-¿Ésa es también vuestra opinión, Montpezat? -preguntó el conde de Kent.

-Con pesar debo deciros que si, monseñor, con todo pesar -respondió el barón de Montpezat mordiéndose los negros bigotes.

-¿Y vos, Bergerac? -preguntó de nuevo Kent.

-Estoy llorando de rabia -dijo Pons de Bergerac con el fuerte acento, muy cantarino, común a los señores de la región.

Edmundo de Kent se abstuvo de interrogar a los barones de Budos y de Fargues de Mauvezin, ya que estos no hablaban francés ni inglés, sino solamente gascón, y Kent no entendía una palabra. Sus rostros, por otra parte, expresaban bien a las claras su pensamiento.

-Entonces, haced cerrar las puertas, messire senescal, y preparémonos para el asedio. Cuando lleguen los refuerzos cogerán a los franceses por la espalda, y tal vez sea mejor así -dijo el conde de Kent para consolarse.

Acarició con la punta de los dedos la frente de su galgo, y se volvió a acodar en las tibias piedras para observar el valle. Un viejo adagio decía: «Quien tiene la Reole, tiene la Guyena. » La conservaría el tiempo que hiciera falta.

Para la tropa, el avance demasiado fácil es casi tan agotador como la retirada. El ejército de Francia, sin encontrar resistencia que le obligara a detenerse, aunque fuera sólo una jornada para tomar aliento, marchaba sin descanso desde hacia mas de tres semanas, exactamente veinticinco días. El gran ejército, con sus pendones, armaduras, escuderos, arqueros, carretones, forjas y cocinas, además de los mercaderes y rameras que lo seguían, se extendía a lo largo de mas de una legua. Los caballos sangraban en la cruz y no pasaba un cuarto de hora sin que se desherrara alguno. Muchos caballeros habían tenido que renunciar a llevar las corazas, que, a causa del calor, les producían llagas o forúnculos en las junturas. La gente de a pie arrastraba sus pesados zapatos claveteados. Además, las hermosas ciruelas de Agen, que en los árboles parecían maduras, habían purgado a los sedientos y rapaces soldados; se les veía abandonar la columna a cada momento y bajarse las calzas a lo largo del camino.

El condestable Gaucher de Châtillon dormitaba sobre el caballo. Sus cincuenta años de oficio en las armas y ocho guerras o campañas le habían dado cierta costumbre.

-Voy a dormir un poco -decía a sus dos escuderos.

Y estos regulaban el paso de sus monturas y se colocaban a ambos lados del condestable para sostenerlo en caso de que se deslizara de lado; y el viejo jefe, apoyando los riñones en el arzón, roncaba bajo el yelmo.

Roberto de Artois sudaba sin adelgazar y extendía a veinte pasos su olor a fiera. Había hecho amistad con uno de los ingleses que seguían a Mortimer, aquel barón de Maltravers, que se parecía a un caballo, y le había ofrecido que marchase en su pendón, ya que el barón era gran jugador y estaba siempre dispuesto, en las paradas, a manejar el cubilete de los dados.

Carlos de Valois seguía encolerizado. Rodeado de su hijo Alençon, de su sobrino Evreux, de los dos mariscales Mateo de Trye y Juan des Barres, y de su primo Alfonso de España, echaba pestes contra todo: contra el clima intolerable, el tufo de las noches y la hoguera de los días, las moscas y el alimento demasiado grasiento. El vino que le servían no era mas que aguapie propio para villanos. ¿No estaban en un país famoso por sus caldos? ¿Dónde escondía, pues, la gente sus buenos toneles? Los huevos tenían mal gusto, la leche estaba agria. Monseñor de Valois sentía a veces náuseas y, desde hacía unos días, notaba en el pecho un dolor sordo que lo inquietaba. Además, la gente de a pie no avanzaba, ni tampoco las grandes bocas de fuego suministradas por los italianos, cuyos patines parecían pegarse en el suelo. ¡Ah, si se pudiera hacer la guerra solamente con caballería!

-Parece que me he consagrado al sol -decía Valois-. Mi primera campaña, cuando tenía quince años, la hice también bajo un calor asfixiante, en vuestro pelado Aragón, primo Alfonso, donde fui por un momento rey, en contra de vuestro abuelo.

Se dirigía a Alfonso de España, heredero del trono de Aragón, recordándole sin miramientos las luchas que habían dividido a sus familias. Podía hacerlo, ya que Alfonso era muy bondadoso, dispuesto a aceptarlo todo para contentar a todo el mundo, a participar en la cruzada porque se lo habían pedido y a combatir contra los ingleses a manera de entrenamiento para la cruzada.

-¡Ah, la toma de Gerona! -continuó Valois-. ¡Me acordaré siempre! ¡Que lío! El cardenal de Cholte, como no tenía corona a mano para mi consagración, me caló su sombrero. Me ahogaba bajo aquel fieltro rojo. Sí, tenía quince años... Mi noble padre, el rey Felipe el Temerario, murió en Perpignan de las fiebres que contrajo allá abajo.. .

Se entristeció al hablar de su padre. Pensaba que éste había muerto a los cuarenta años. Su hermano mayor, Felipe el Hermoso, había fallecido a los cuarenta y seis; y su hermanastro Luis de Evreux, a los cuarenta y tres. Él había cumplido cincuenta y cuatro en marzo; había demostrado que era el mas fuerte de la familia. Pero, ¿cuánto tiempo le concedería la Providencia?

-También hace calor en Campania, Romaña y Toscana -prosiguió-. Para saber lo que es calor hay que atravesar toda Italia en pleno verano, desde Nápoles hasta Siena y Florencia, para expulsar a los Gibelinos, como lo hice yo, hace... dejadme contar... en 1301, o sea veintitrés años. Y también era verano durante mi campaña de Guyena, el año 94. Siempre verano.

-Todavía hará más calor en la cruzada, Carlos -dijo irónicamente Roberto de Artois-. ¿Os imagináis cabalgando contra el sultán de Egipto? Y allí parece que no se cultivan muchos viñedos. Habrá que chupar la arena.

-¡Oh, la cruzada, la cruzada...! -respondió Valois con irritado cansancio-. Con todos los obstáculos que me ponen, no sé si se podrá hacer. Es hermoso consagrar la vida al servicio de los reinos y de la Iglesia, pero uno llega a cansarse de gastar sus fuerzas en provecho de ingratos.

Los ingratos eran el Papa Juan XXII, que rehusaba conceder los subsidios, como si quisiera entorpecer la expedición, y sobre todo el rey Carlos IV que no solamente retrasaba el envío a Valois del nombramiento de teniente real, sino que se aprovechaba del alejamiento de su tío para presentar su candidatura a la corona imperial, Por lo tanto, toda la maquinación de Valois con Leopoldo de Habsburgo, no valía para nada. Valois acababa de recibir la noticia aquel mismo día, 25 de agosto. ¡Mal día de San Luis!

Estaba de tan mal humor y tan ocupado en apartarse las moscas, que se olvidó de mirar el paisaje. Sólo vio La Réole cuando la tuvo delante a cuatro o cinco tiros de ballesta.

La Réole, levantada sobre un espolón rocoso y rodeada de un círculo de verdes colinas, dominaba al Garona. Recortada sobre el cielo pálido, cercada de murallas de piedra ocre que doraba el sol en el ocaso, mostrando sus campanarios, las torres de su castillo, la alta armadura del ayuntamiento con su torrecilla horadada, y sus rojos tejados, parecía una de estas miniaturas de los devocionarios que representan a Jerusalén. Verdaderamente, una hermosa ciudad. Además, su posición elevada la hacía una plaza ideal de guerra; el conde de Kent no había sido tonto al encerrarse en ella. No sería fácil apoderarse de esta fortaleza.

El ejército se había detenido en espera de órdenes, pero monseñor de Valois no las daba. Estaba mohíno. Que el condestable y los mariscales tomaran las disposiciones que creyeran oportunas. Él no era teniente del rey, no tenía ningún poder, y no quería cargar con ninguna responsabilidad.

-Venid, Alfonso, vamos a refrescarnos -dijo a su primo de España.

El condestable volvía la cabeza dentro de su yelmo para escuchar lo que decían sus jefes de pendón. Envió de reconocimiento al conde de Boulogne, quien volvió al cabo de una hora, después de haber dado un rodeo a la ciudad por las colinas. Todas las puertas estaban cerradas, y la guarnición no daba ninguna señal de intentar la salida. Se decidió, pues, acampar, y las mesnadas se instalaron un poco como quisieron. Las viñas, que estiraban sus sarmientos entre los árboles y los altos rodrigones, constituían agradable refugio en forma de cenadores. El ejército estaba extenuado y se durmió bajo el claro crepúsculo, al aparecer las primeras estrellas.

El joven conde de Kent no pudo resistir la tentación. Después de una noche de insomnio que había pasado jugando a los dados con sus escuderos, hizo venir al senescal Basset y le ordenó que armara a su caballería y, antes del alba, sin hacer sonar la trompa, saliera de la ciudad por una baja poterna.

Los franceses, que roncaban en las viñas, sólo se despertaron cuando tuvieron encima a los caballeros gascones. Levantaron sus asombradas cabezas y las bajaron en seguida al ver los cascos de los caballos pasarles junto a la frente. Edmundo de Kent y sus compañeros acometieron a placer entre los grupos adormilados, tajando con sus espadas, golpeando con sus mazas, abatiendo sus pesados manguales sobre piernas y costados no protegidos por mallas y corazas. Se oía la rotura de los huesos y una algarabía de alaridos se elevaba del campo francés. Las tiendas de algunos grandes señores se desplomaron. Pero pronto una ruda voz dominó la refriega, una voz que gritaba: «¡A mí, Châtillon!» Y la bandera del condestable, de gules de tres palos de vero con jefe de oro, un dragón

por cimera y dos leones de oro, flotó bajo el sol naciente. Era el viejo Gaucher, que prudentemente había hecho acampar a sus caballeros vasallos un poco a la retaguardia, y corría ahora en ayuda de sus compañeros. A derecha e izquierda respondieron las llamadas de «¡Adelante, Artois!» y «¡A mí, Valois!» y los caballeros franceses, medio equipados, unos a caballo y otros a pie, se lanzaron contra el adversario.

El campamento era demasiado amplio y diseminado y los caballeros franceses eran demasiado numerosos para que el conde de Kent pudiera continuar sus estragos. Los gascones vieron ante ellos un movimiento de tenaza, y Kent no tuvo tiempo mas que para retirarse y pasar al galope las puertas de La Réole. Luego, después de felicitar a todos y desatarse la armadura, se fue a dormir, con su honor a salvo.

La consternación reinaba en el campamento francés, donde se oía gemir a los heridos. Entre los muertos, cuyo número se elevaba casi a sesenta, se encontraba Juan des Barres, uno de los mariscales, y el conde de Boulogne, comandante de la vanguardia. Todos deploraban que estos dos señores, valientes guerreros, hubieran tenido un fin tan repentino y absurdo. ¡Acogotados al despertar!

La proeza de Kent inspiró respeto. El mismo Carlos de Valois, que la víspera declaraba que el joven conde no le duraría nada si lo encontraba en palenque cerrado, adoptó un tono pensativo y como orgulloso al decir:

-¡Eh, monseñores, no olvidéis que es mi sobrino!

y olvidando de golpe su amor propio herido, su malestar y la desazón del calor, después de rendir solemnes honores fúnebres al mariscal des Barres, se puso a preparar el asedio de la ciudad. Mostraba tanta actividad como competencia, ya que, a pesar de su gran vanidad, era notable guerrero.

Cortaron todos los caminos de acceso a la Reole, y la región quedó vigilada por puestos colocados en profundidad. A corta distancia de las murallas hicieron fosas, terraplenes y otras obras para defensa de los arqueros. En los lugares mas apropiados construyeron plataformas para instalar las bocas de fuego. Al mismo tiempo levantaron andamiajes para los ballesteros. Monseñor de Valois estaba en todas partes, inspeccionando, ordenando y activando las obras. En la retaguardia, en el anfiteatro de colinas, los caballeros habían levantado sus tiendas circulares, en cuya cima flotaban los pendones. La tienda de Carlos de Valois, colocada en un sitio que dominaba el campamento y la ciudad asediada, era un verdadero castillo de tela dorada.

El 30 de agosto Valois recibió por fin su tan esperado nombramiento. Entonces su humor acabó de cambiar y pareció no tener la mas pequeña duda de que la guerra estaba ya ganada.

Dos días después, el mariscal superviviente Mateo de Trye, Pedro de Cugnieres y Alfonso de España, precedidos de trompetería y del pendón blanco de parlamentarios, avanzaron hasta el pie de las murallas de la Reole para intimar al conde de Kent, de orden del poderoso y gran señor Carlos, conde de Valois, teniente del rey de Francia en Gascuña y Aquitania, que se rindiera y entregara el ducado por no haber prestado homenaje.

A lo cual, el senescal Basset, levantándose de puntillas para asomarse por las almenas, respondió por orden del conde Edmundo de Kent, teniente del rey de Inglaterra en Aquitania y Gascuña, que el requerimiento era inadmisible y que el conde no abandonaría la ciudad ni entregaría el ducado mas que por la fuerza.

Una vez hecha la reglamentaria declaración de asedio, cada uno volvió a su tarea.

Monseñor de Valois ordenó que empezaran su trabajo los treinta zapadores que le había prestado el obispo de Metz. Estos zapadores debían hacer una galería subterránea hasta el pie de la muralla, y colocar barriles de pólvora para prenderles fuego. El ingeniator Hugo, que pertenecía al duque de Lorena, prometía milagros de esta operación. Los muros se abrirían como flores en primavera.

Librodot

Pero los asediados, alarmados por los golpes sordos que oían, dispusieron recipientes de agua en los caminos de ronda; y allí donde veían arrugarse la superficie, comprendían que los franceses estaban haciendo debajo una labor de zapa. Ellos hicieron lo mismo por su parte, trabajando de noche, mientras que los minadores de Lorena trabajaban de día. Una mañana, al juntarse las dos galerías, se originó a la luz de los candiles una atroz carnicería, de la que los supervivientes salieron llenos de sudor, de polvo negro y de sangre, con la mirada alocada como si subieran de los infiernos.

Entonces, dispuestas ya las plataformas de tiro, monseñor de Valois decidió utilizar las bocas de fuego.

Eran gruesos tubos de bronce, con cercos de hierro, que descansaban sobre cureñas de madera sin ruedas. Se necesitaban diez caballos para arrastrar cada uno de estos monstruos y veinte hombres para apuntarlos, calzarlos y cargarlos. Alrededor de ellos construían una especie de caja, hecha con gruesos maderos, destinada a proteger a los sirvientes en caso de que estallara el artefacto. Estas piezas provenían de Pisa. Los sirvientes italianos las llamaban lombardas debido al ruido que hacían. Todos los grandes señores y los jefes de mesnada se habían reunido para ver funcionar las lombardas. El condestable Gaucher se encogió de hombros y declaró, con aire gruñón, que no creía en las virtudes destructoras de aquellas máquinas. ¿Por qué confiar siempre en «novedades», cuando podemos utilizar buenos manganos, trabuquetes y guerreros que desde hace siglos han demostrado su eficacia? ¿había necesitado él a los fundidores de Lombardía para rendir a las ciudades que conquistó? Las guerras se ganaban con el valor del ánimo y la fuerza de los brazos y no recurriendo a polvos de alquimistas que olían demasiado a azufre de Satanás.

Los sirvientes habían encendido cerca de cada una de las máquinas un brasero en el que se enrojecía una vara de hierro. Después de introducir la pólvora con ayuda de grandes cucharas de hierro batido, cargaron las lombardas con un taco de estopa y luego pusieron una gran bala de piedra de casi cien libras, todo ello por la boca. Depositaron un poco de pólvora en una garganta situada encima de la culata, que comunicaba con la carga interior por un pequeño orificio.

Se invitó a los asistentes a retirarse cincuenta pasos. Los sirvientes de las piezas se tumbaron, con las manos sobre las orejas; solo quedó en pie un sirviente al lado de cada lombarda para prender fuego a la pólvora por medio de las varas de hierro enrojecidas al fuego. Una vez hecho esto, se lanzaron al suelo, apretándose contra las cajas de las cureñas.

Surgieron rojas llamas y tembló la tierra. El ruido repercutió en el valle del Garona y se oyó desde Marmande a Langon.

El aire se ennegreció alrededor de las piezas, cuya parte posterior se empotró en el suelo por efecto del reculón. El condestable tosía, escupía y juraba. Cuando se disipó un poco el humo se vio que una de las balas había caído en campo francés; y que una techumbre de la ciudad había volado.

-Mucho ruido y pocos daños -dijo el condestable-. Con las viejas catapultas todas las balas hubieran dado en su objetivo sin peligro de ahogarse como ahora.

Pero en el interior de La Réole nadie comprendía por que había caído repentinamente a la calle una gran cascada de tejas de la casa del notario Delpuch; tampoco comprendían de donde procedía el trueno que acababan de oír, ya que el cielo estaba sin nubes. El notario Delpuch salió de su casa dando alaridos: una gran bala de piedra había penetrado en su cocina.

Entonces la población corrió a las murallas y comprobó que en el campamento francés no había ninguna de aquellas grandes máquinas que formaban el equipo habitual de los asedios. A la segunda salva, la gente tuvo que admitir que ruido y proyectiles surgían de aquellos largos tubos recostados en la colina y que proyectaban un penacho de humo. Todos quedaron espantados, y las mujeres corrieron hacia las iglesias para rogar a Dios que apartara aquella invención del demonio.

Acababa de dispararse el primer cañonazo de las guerras de Occidente.

El 22 de septiembre por la mañana le rogaron al conde de Kent que recibiera a los messires Ramón de Labison, Juan de Miral, Imbert Esclau, los hermanos Doat y Barsan de Pins, y al notario

Helie de Malenat, todos ellos jurados de La Réole, así como a varios burgueses que los acompañaban.

Los jurados presentaron sus muchas quejas al teniente del rey de Inglaterra con tono poco sumiso y nada respetuoso. La ciudad estaba sin víveres, sin agua y sin tejados. Se podía ver el fondo de las cisternas y barrer el suelo de los graneros; y la población estaba harta de aquella lluvia de balas que caía cada cuarto de hora desde hacía tres semanas. El hospital rebosaba de enfermos y heridos. En las criptas de las iglesias se amontonaban los muertos en las calles y los niños destrozados en sus camas. El campanario de la iglesia de San Pedro había sido alcanzado y las campanas se habían derribado con un estrépito infernal, lo que demostraba que Dios no protegía la causa inglesa. Además había llegado el tiempo de la vendimia, al menos para los viñedos que no habían devastado los franceses, y no podían dejar pudrir la cosecha en las cepas. La población, alentada por los propietarios y negociantes, estaba dispuesta a rebelarse y a batirse contra los soldados del senescal, si era necesario, para obtener la rendición.

Mientras hablaban los jurados, se oyó el silbido de una bala y el desplome de un armazón. El galgo del conde de Kent se puso a aullar, y su dueño lo hizo callar con un gesto tranquilo.

Hacía varios días que Edmundo de Kent sabía que tendría que irse. Se obstinaba en resistir sin ningún motivo razonable, y sus menguadas tropas, deprimidas por el asedio, eran incapaces de aguantar un asalto; e intentar una nueva salida contra un adversario que estaba solidamente atrincherado hubiera sido una locura. Y ahora los habitantes de La Réole amenazaban con rebelarse.

Kent se volvió hacia el senescal Basset.

-¿Creéis que llegarán los refuerzos de Burdeos, messire Ralph? -preguntó.

El mariscal no creía nada. Agotada su resistencia, no vacilaba en acusar al rey Eduardo y a sus Despenser de haber dejado a los defensores de La Réole en un abandono que parecía mucho una traición.

Los sires de Bergerac, de Budos y de Montpezat tampoco mostraban semblante apacible. Nadie quería morir por un rey que se despreocupaba de sus mejores servidores y pagaba tan mal la fidelidad.

-¿Tenéis una bandera blanca, messire senescal? -dijo el conde de Kent-. Izadla, pues, en la cima del castillo.

Minutos después callaron las lombardas, y sobre el campamento francés cayo ese silencio de sorpresa que acoge a los hechos largo tiempo esperados. Salieron parlamentarios de La Réole que fueron conducidos a la tienda del mariscal de Trye, quien les comunicó las condiciones generales de la rendición. La ciudad, naturalmente, sería entregada; además, el conde de Kent tendría que firmar y proclamar la entrega del ducado al teniente del rey de Francia. No habría saqueo ni prisioneros, sino solamente rehenes y una indemnización de guerra que fijarían. Por otra parte, el conde de Valois rogaba al conde de Kent que aceptara aquel día compartir su mesa.

Se preparó un gran festín en la tienda bordada con las flores de lis francesas, donde vivía monseñor de Valois desde hacia casi un mes. El conde de Kent llegó con sus mejores armas, aunque pálido y esforzándose en ocultar, bajo una máscara de dignidad, su humillación y desesperación. Iba escoltado por el senescal Basset y varios señores gascones.

Los dos tenientes reales, el vencedor y el vencido, se hablaron con cierta frialdad, llamándose, sin embargo, «monseñor sobrino mío», y «monseñor tío mío», como personas para quienes la guerra no rompe los lazos familiares.

Monseñor de Valois hizo sentar a la mesa al conde de Kent frente a su asiento. Los caballeros gascones comenzaron a hartarse, como si no hubieran tenido ocasión de hacerlo desde hacía semanas.

Todos se esforzaban en ser corteses y cumplimentar al adversario por su valentía. El conde de Kent fue felicitado por su fogosa salida que había costado un mariscal a los franceses, y Kent

respondió señalando la gran consideración que le merecía su tío por su dispositivo de asedio y el empleo de la artillería de fuego.

-¿Oís, mesfire condestable y vosotros, monseñores, lo que declara mi noble sobrino...? Que sin nuestras lombardas, la ciudad hubiera resistido cuatro meses. ¡Acordaos de esto!

Kent y Mortimer se observaban por encima de los platos, copas y jarros.

En cuanto acabó el banquete, los principales jefes se encerraron a redactar el acta de tregua, cuyos artículos eran numerosos. Kent estaba dispuesto a ceder en todo, salvo en ciertas fórmulas que podían poner en duda la legitimidad del poder del rey de Inglaterra, así como la inscripción del senescal Basset y del sire de Montpezat a la cabeza de la lista de los rehenes, ya que, como éstos últimos habían secuestrado y colgado a oficiales del rey de Francia, su suerte estaba bien clara. Pero Valois exigía que le entregaran al senescal y al responsable de la revuelta de Saint-Sardos.

Lord Mortimer, que participaba en las negociaciones, sugirió tener una entrevista privada con el conde de Kent, a lo que se opuso el condestable. ¡No se podía permitir que un tránsfuga del campo adversario discutiera la tregua! Pero Roberto de Artois y Carlos de Valois tenían confianza en Mortimer. Los dos ingleses se apartaron a un rincón de la tienda.

-¿Tenéis gran interés, my Lord, en volver en seguida a Inglaterra? -preguntó Mortimer.

Kent no respondió.

-...¿Y afrontar a vuestro hermano el rey Eduardo cuya injusticia bastante conocéis -continuó Mortimer-, y que os reprochará esta derrota que los Despenser os han preparado? Porque vos habéis sido traicionado, my Lord, no lo podéis ignorar. Nosotros sabíamos que os habían prometido refuerzos que no han salido siquiera de Inglaterra. ¿Y no es una traición la orden dada al senescal de Burdeos de que no fuera en vuestra ayuda antes de la llegada de tales refuerzos? No os sorprendáis de verme tan bien informado; se lo debo a los banqueros lombardos... ¿Os habéis preguntado la causa de tan infame negligencia? ¿No veis su objetivo?

Kent seguía callado, con la cabeza ligeramente inclinada y contemplándose las manos.

-Si hubierais vencido aquí, my Lord, os hubierais hecho temible a los Despenser -prosiguió Mortimer- por vuestra importancia en el reino. Han preferido que os desacreditarais con una derrota, aun a costa de Aquitania, lo cual importa poco a los hombres que no se preocupan mas que de robar una tras otra las baronías de las Marcas. ¿Comprendéis ahora el motivo que me obligó hace tres años a rebelarme por Inglaterra contra su rey, o por el rey contra él mismo? ¿Quién os asegura que en cuanto regreséis no se os acusará de traición y os encerrarán en un castillo? Todavía sois joven, my Lord, y no sabéis de lo que es capaz esa mala gente.

Kent se echó atrás los rubios cabellos, y respondió:

-Comienzo, my Lord, a conocerlos a mi costa.

-¿Os repugnaría ofreceros como primer rehén con la garantía, naturalmente, de recibir trato de príncipe? Ahora que se ha perdido Aquitania, y me temo que para siempre, lo que tenemos que salvar es el reino, y desde aquí lo podemos hacer mejor.

El joven miró con sorpresa a Mortimer.

-Hace dos horas todavía era teniente de mi hermano el rey ¿y me invitáis ya a rebelarme?

-Sin que lo parezca, my Lord, sin que lo parezca. Las grandes acciones se deciden en unos instantes.

-¿Cuanto tiempo me concedéis?

-No hace ninguna falta, my Lord, puesto que ya habéis decidido.

No fue pequeño el éxito de Roger Mortimer cuando el joven conde Edmundo de Kent, al sentarse de nuevo a la mesa, anunció que se ofrecía como primer rehén.

Mortimer, inclinándose hacia él, le dijo:

-Ahora tenemos que salvar a vuestra cuñada y prima la reina. Merece nuestro amor, y nos puede ser de la mayor ayuda.

SEGUNDA PARTE.
Isabel en amores.

I.
La mesa del Papa Juan.

La iglesia Saint-Agricol acababa de ser enteramente reconstruida. La catedral de Doms, la iglesia de los Hermanos Menores, la de los Frailes Predicadores y la de los Agustinos habían sido agrandadas y renovadas. Los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén se habían construido una magnífica encomienda. Mas allá de la plaza Change se levantaba una nueva capilla a San Antonio, y se estaban echando los cimientos de la futura iglesia de Saint-Didier.

El conde de Bouville recorría desde hacía una semana Aviñón sin reconocerla, sin encontrar en ella los recuerdos que había dejado. Cada paseo, cada trayecto le causaba sorpresa y maravilla. ¿Como había podido cambiar tan enteramente de aspecto una ciudad en ocho años?

Porque no sólo eran nuevos santuarios los que habían surgido de la tierra o se les había remozado la fachada a los antiguos, que mostraban sus flechas, ojivas, rosetones y sus bordados de piedra blanca, dorados ligeramente por el sol de invierno y por los que silbaba el viento del Ródano; también por todas partes se elevaban palacios principescos, habitaciones de prelados, residencias de burgueses enriquecidos, casas de compañías lombardas, almacenes y tiendas. Por doquier se oía el ruido incesante, parecido a la lluvia, del martillo de los canteros, de millones de golpes dados por el metal contra la tierna roca y por los cuales se edifican las ciudades. Por todas partes, una inmensa muchedumbre, apartada frecuentemente por el cortejo de algún cardenal; por todas partes una muchedumbre activa, vivaz, atareada, que marchaba sobre los cascotes, el serrín y el polvo calizo. Es signo de riqueza ver los zapatos bordados de los poderosos ensuciarse con los restos que deja la albañilería.

No, Hugo de Bouville no reconocía nada. El mistral le echaba a los ojos, al mismo tiempo que el polvo de los trabajos, un constante deslumbramiento. Las tiendas, que se honraban todas con ser proveedoras del Padre Santo o de las eminencias de su sagrado colegio, rebosaban de las mas suntuosas mercancías de la tierra: espesos terciopelos, sedas, telas de oro y pesadas pasamanerías, joyas sacerdotales, cruces pectorales, báculos, anillos, copones, custodias, patenas, además de platos, cucharas, cubiletes y jarros grabados con las armas cardenalicias, se apiñaban en los aparadores del sienés Tauro, del comerciante Corboli y del maestro Cachette, todos ellos plateros.

Se necesitaban pintores para decorar todas aquellas naves y bóvedas, aquellos claustros y salas destinadas a las audiencias; los tres Pedros: Pedro de Puy, Pedro de Carmelere y Pedro Gaudrac, ayudados por sus numerosos discípulos extendían el oro, azul y carmín y sembraban los signos del zodiaco alrededor de las escenas de los dos Testamentos. Hacían falta escultores; el maestro Macciolo de Spoletto tallaba en roble o en nogal las efigies de los santos que después pintaba o recubría de oro. Y en las calles saludaban con profunda reverencia a un hombre que no era cardenal, pero que iba siempre escoltado por ayudantes y servidores cargados de toesas y grandes rollos de vitela. Este hombre era Guillermo de Coucouron, jefe de todos los arquitectos pontificios, que, desde el año 1317, reconstruía a Aviñón invirtiendo la fabulosa suma de cinco mil florines de oro.

En esta metrópoli religiosa las mujeres iban mejor vestidas que en cualquier otra parte del mundo. Era un encanto para la mirada verlas salir de los oficios, atravesar las calles, recorrer las tiendas, reunirse en plena calle, frívolas y sonrientes, con sus mantos forrados, entre los señores apresurados y el paso vivo de los clérigos. Algunas de estas damas iban a sus anchas del brazo de

un canónigo o de un obispo, y ambas faldas avanzaban al compás, barriendo el blanco polvo de las calles.

El Tesoro de la Iglesia hacía prosperar todas las actividades humanas. Se había tenido que construir nuevos burdeles y ensanchar el barrio de las prostitutas, ya que no todos los frailes y frailecillos, clérigos, diáconos y subdiáconos, que frecuentaban a Aviñón tenían que ser forzosamente santos. Los cónsules habían hecho colgar severas ordenanzas: «Está prohibido a las mujeres públicas y alcahuetas permanecer en las calles decentes, ataviarse con los adornos de las mujeres honestas, llevar velo en público y tocar en las tiendas el pan y los frutos, bajo pena de verse obligadas a comprar las mercancías que hayan tocado. Las cortesanas casadas serán expulsadas de la ciudad, y denunciadas a los jueces si vuelven.»

Sin embargo, a pesar de las ordenanzas, las cortesanas vestían los mejores vestidos, compraban los frutos mas hermosos, caminaban por las calles de más categoría; y se casaban sin dificultad; tan prósperas eran y tan solicitadas. Miraban con altanería a las llamadas mujeres honestas, quienes no se portaban mejor que las otras, con la sola diferencia de que la suerte les había proporcionado amantes de más alto rango.

No solamente se transformaba Aviñón, sino toda la región que la rodeaba. Al otro lado del puente Saint-Benezet, en la orilla de Villeneuve, el cardenal Arnaldo de Via, sobrino del Papa, estaba construyendo una enorme villa colegial. Y a la torre de Felipe el Hermoso la llamaban «la torre vieja», porque databa de treinta años. ¿Habría existido todo esto sin Felipe el Hermoso, que había impuesto que el papado residiera en Aviñón? Nuevas iglesias y nuevos castillos surgían de la tierra en Bedarrides, Châteauneuf y en Noves.

Bouville sentía cierto orgullo personal, no solamente porque habiendo tenido durante muchos años el cargo de chambelán de Felipe el Hermoso, se sentía vinculado a todos los actos de este rey, sino también porque a él se debía en parte la designación del Papa actual. ¿No había sido él quien hacía nueve años, después de una agotadora carrera en busca de los cardenales diseminados entre Carpentras y Orange, había propuesto al cardenal Duèze como candidato de la corte de Francia? Los embajadores se creen fácilmente únicos promotores de sus misiones cuando estas tienen éxito. Y Bouville, mientras iba al banquete que el Papa Juan XXII ofrecía en su honor, hinchaba el vientre creyendo hinchar el pecho, se sacudía los blancos cabellos sobre el cuello de su manto de piel, y hablaba en voz bastante alta a sus escuderos, por las calles de Aviñón.

Una cosa parecía bien determinada: la Santa Sede no volvería a Italia. Se habían acabado las ilusiones abrigadas durante el pontificado anterior. Era inútil que gritaran los patricios romanos y amenazaran a Juan XXII con crear un cisma y elegir a otro Papa, que ocuparía verdaderamente el trono de San Pedro. El antiguo burgués de Cahors había sabido responder a los príncipes de Roma, concediéndoles sólo cuatro capelos de los dieciséis que había impuesto desde su coronación. Todos los demás habían sido para los franceses.

-Ya veis, messire conde -había dicho el papa Juan a Bouville días antes en la primera audiencia, y expresándose con aquel soplo de voz con el que gobernaba a la cristiandad...-, ya veis, hay que gobernar con los amigos en contra de los enemigos. Los príncipes que gastan tiempo y fuerzas para ganarse sus adversarios, descontentan a sus partidarios verdaderos y sólo se hacen falsos amigos, dispuestos siempre a traicionarles.

Para convencerse de la intención del Papa de permanecer en Francia, bastaba ver el castillo que acababa de construir sobre el terreno del antiguo obispado, y que dominaba la ciudad con sus almenas, torres y barbacanas. El interior estaba dividido en espaciosos claustros, salas de recepción y departamentos espléndidamente decorados de azul, tachonados de estrellas como el cielo. Había dos ujieres en la primera puerta, otros dos en la segunda, cinco en la tercera y catorce más en las restantes. El mariscal del palacio mandaba a cuarenta correos y sesenta y tres sargentos de armas.

«Todo esto no parece un establecimiento provisional», se decía Bouville, siguiendo al mariscal, que había salido a recibirlo hasta la puerta del palacio y lo guiaba a través de las salas.

Librodot

Y para saber de quienes se había rodeado el Papa para gobernar le bastaba a Bouville oír los nombres de los dignatarios que, en la sala de festines, llena de tapices de seda, acababan de sentarse a la larga mesa resplandeciente con la vajilla de oro y plata.

El cardenal arzobispo de Aviñón, Arnaldo de Via, era hijo de una hermana del Papa. El cardenal canciller de la Iglesia Romana, es decir, el primer ministro del mundo cristiano, era Gauzelin Duèze, hombre ancho y fuerte, bien enfundado en la púrpura, hijo de Pedro Duèze, hermano del Papa, al cual Felipe V había ennoblecido. Sobrino también del Papa era el cardenal Raimundo Le Roux. Otro sobrino, Pedro de Vichy, administraba la casa pontificia, daba las órdenes de pago y mandaba a los dos paneteros y cuatro sumilleres, a los encargados de las caballerizas y de la herrería, a los seis camareros, treinta capellanes, dieciséis confesores para los peregrinos de paso, a los encargados de las campanas, los barrenderos, acarreadores de agua, lavanderas, médicos, boticarios y barberos.

No era menos «sobrino» entre los sentados a la mesa pontificia el cardenal Bertrand du Pouget, legado itinerante en Italia, de quien se susurraba... -¿de quien no se susurraba algo allí?- que era hijo natural de Jacobo Duèze, del tiempo en que, cumplidos los cuarenta años, no había salido aun de su Quercy natal.

Todos los parientes del Papa Juan, hasta los primos de los primos hermanos, vivían en su palacio y compartían su comida; incluso dos de ellos habitaban en el entresuelo secreto, debajo del comedor. Todos ocupaban cargos, uno incluido en los cien caballeros nobles, otro limosnero, otro maestro de la cámara apostólica, que administraba todos los beneficios eclesiásticos, anatas, diezmos, subsidios caritativos, derechos de registro e impuestos de la Sagrada Penitenciaría. Más de cuatrocientas personas, cuyo gasto anual sobrepasaba los cuatro mil florines, formaban esta corte.

Ocho años antes, cuando el cónclave de Lyon había elevado al trono de San Pedro a un viejo agotado, transparente, de quien se creía, incluso se confiaba, que entregaría el alma a la semana siguiente, el tesoro pontificio estaba vacío. En ocho años este viejo, que avanzaba como sí fuera una pluma empujada por el viento, había administrado tan bien las finanzas de la Iglesia, había multado tan bien a los adúlteros, sodomítas, incestuosos, ladrones, criminales, malos sacerdotes u obispos culpables de violencias, había vendido tan caras las abadías y vigilado con tanta precisión los ingresos de todos los bienes eclesiásticos, que se había asegurado las mayores rentas del mundo y había podido reedificar una ciudad. Podía alimentar con largueza a su familia y reinar por ella. No escatimaba donativos a los pobres ni obsequios a los ricos; ofrecía a sus visitantes joyas y santas medallas de oro que le proporcionaba su abastecedor habitual, el judío Boncoeur.

Empotrado, mas bien que sentado, en su butaca de inmenso respaldo, con los pies apoyados en dos espesos cojines de oro, el papa Juan presidía aquella larga mesa que era a la vez consistorio y comida de familia. Bouville, a su derecha, lo miraba fascinado. ¡Cómo había cambiado el Padre Santo desde su elección! No en su aspecto físico; el tiempo no había dejado su huella en aquel delgado y arrugado rostro, cuyo cráneo se tocaba con un bonete forrado de piel; ni en sus pequeños ojos de ratón, sin cejas ni pestañas, ni en su boca extremadamente estrecha, cuyo labio superior se adentraba ligeramente en la encía sin dientes. Juan XXII llevaba sus ochenta años mejor que otros los cincuenta; lo demostraban sus manos lisas, apenas apergaminadas, cuyas junturas movía con entera libertad. El cambio se había operado en su actitud, frases y tono de voz. Aquel hombre, que debía su capelo a una falsificación de la firma real, y su tiara, a dos años de sordas intrigas y corrupción electoral, rematados con un mes de simulación de una enfermedad incurable, parecía haber adquirido una nueva alma por la gracia del vicariato supremo. Alcanzada la cima de las ambiciones humanas, sin desear ya nada para él, empleaba todas sus fuerzas, toda la terrible mecánica cerebral que lo había llevado a tan alto puesto, para el bien de la Iglesia, tal como el lo concebía. ¡Y qué actividad desarrollaba! ¡Cuánto se arrepentían de su elección los cardenales, que

habían creído que moriría pronto o que dejaría a la curia gobernar en su nombre! Juan XXII les hacía llevar una vida dura. Un gran soberano de la Iglesia en verdad.

Se ocupaba de todo, lo resolvía todo. El mes de marzo anterior no había vacilado en excomulgar al emperador de Alemania, Luis de Baviera, destituyéndolo al mismo tiempo y abriendo al Sacro Imperio esa sucesión por la que tanto trabajaban el rey de Francia y el conde de Valois. Intervenía en todas las diferencias de los príncipes cristianos, recordándoles, como era su misión de pastor universal, sus deberes de paz. Ahora se preocupaba del conflicto de Aquitania, y en las audiencias concedidas a Bouville había delineado ya las modalidades de su acción.

Rogaría a los soberanos de Francia e Inglaterra que prolongaran la tregua firmada por el conde de Kent en La Réole, que expiraba ese mes de diciembre. Monseñor de Valois no emplearía los cuatrocientos hombres de armas y los mil ballesteros de refresco que el rey Carlos IV le había enviado aquellos últimos días a Bergerac. El rey Eduardo sería invitado imperativamente a rendir homenaje al rey de Francia en el mas breve plazo. Los dos soberanos deberían dejar en libertad a los señores gascones que tenían respectivamente, sin tener ningún rigor con ellos por haber tomado el partido adversario. Por último, el Papa iba a escribir a la reina Isabel para que hiciera lo Posible por restablecer la concordia entre su esposo y el conde de Kent. Ni el Papa Juan ni Bouville se hacían ninguna ilusión sobre la influencia que la desgraciada reina tuviera sobre el rey. Pero el hecho de que el Padre Santo se dirigiera a ella, le concedería cierto crédito, y sus enemigos vacilarían en seguir maltratándola. Luego, Juan XXII aconsejaría que ella fuera a París, siempre en misión conciliatoria, con el fin de presidir la redacción del tratado que no dejaría a Inglaterra del ducado de Aquitania más que una pequeña franja costera con Saintes, Burdeos, Dax y Bayona. Así, los deseos políticos del conde de Valois, las maquinaciones de Roberto de Artois y los secretos deseos de Lord Mortimer iban a recibir una gran ayuda del Papa.

Bouville, una vez lograda la primera parte de su misión, podía comer con buen apetito el guisado de anguilas, deleitoso, perfumado, untuoso, que le acababan de servir en la escudilla de plata.

-Las anguilas provienen del estanque de Martigues -indicó el Papa a Bouville-. ¿Os gustan?

El gordinflón de Bouville, que tenía la boca llena, no pudo contestar mas que con una mirada de aprobación.

La cocina pontificia era suntuosa, e incluso las minutas del viernes constituían un exquisito regalo. Sobre rutilantes platos desfilaban en procesión atunes frescos, bacalaos de Noruega, lampreas y esturiones aderezados de veinte maneras y acompañados de diferentes salsas. El vino de Arbois corría en los cubiletes como si fuera oro. Los caldos de Borgoña, del Lot o del Ródano acompañaban las distintas clases de queso.

El Padre Santo se contentaba con una cucharada de pastel de lucio y un cubilete de leche. Se le había metido en la cabeza que el Papa sólo debía tomar alimentos blancos.

Bouville tenía que tratar de un segundo problema, más delicado, por cuenta de monseñor de Valois. Un embajador debe abordar indirectamente las cuestiones espinosas; así, Bouville pensó que obraba diplomáticamente al decir:

-Padre Santo, la corte de Francia siguió con suma atención el concilio de Valladolid, presidido hace dos años por vuestro legado, donde se ordenó que los clérigos dejaran a sus concubinas...

-...bajo pena, si no lo hacían -prosiguió el Papa Juan con voz rápida y ahogada-, de ser privados a los dos meses de la tercera parte de sus beneficios; de otro tercio, a los dos meses siguientes; y de quedar desposeídos del todo, al cabo de seis. El hombre, messire conde, es pecador aunque sea sacerdote, y sabemos que no conseguiremos suprimir todo pecado. Pero al menos los que se obstinen en pecar llenarán nuestros cofres, que sirven para hacer el bien. Y muchos evitarán hacer públicos sus escándalos.

Librodot

-Y así los obispos dejarán de asistir al bautismo y al matrimonio de sus hijos ilegítimos, como tienen la costumbre de hacer ahora.

Bouville enrojeció de pronto. ¿Estaba bien hablar de hijos ilegítimos delante del cardenal Pouget? Acababa de cometer una falta; pero nadie parecía haberse dado cuenta. Bouville se apresuró, pues, a continuar:

-¿A que se debe, Padre Santo, que se haya decretado castigo mas fuerte contra los sacerdotes cuyas concubinas no son cristianas?

-La razón es muy sencilla, sire conde -respondió el Papa Juan-. El decreto se dirige principalmente a España, donde hay gran cantidad de moros y donde nuestros clérigos reclutan con mucha facilidad compañeras a las que nada les reprime fornicar con la tonsura.

Se volvió ligeramente en el gran asiento, y en sus labios se dibujó una breve sonrisa. había comprendido a donde quería llegar el embajador del rey de Francia. Y ahora esperaba, con gesto desafiante y divertido a la vez, que messire de Bouville hubiera terminado de animarse con un trago y dijera con aire falsamente natural:

-Cierto es, Padre Santo, que ese concilio ha promulgado sabios edictos que nos serán de gran servicio en la cruzada. Porque en nuestros ejércitos llevaremos muchos clérigos y limosneros que se adentrarán en país moro; sería penoso que dieran ejemplo de mala conducta.

había pronunciado la palabra «cruzada». Tras lo cual, Bouville respiró mejor.

El Papa Juan cerró los ojos y juntó las manos.

-Sería igualmente penoso -respondió con calma- que proliferase la misma licencia en las naciones cristianas mientras sus ejércitos están ocupados en ultramar. Porque es un hecho comprobado, messire conde, que cuando los ejércitos van a luchar lejos, y se ha sacado de los pueblos a los guerreros más valientes, florece toda clase de vicios en esos reinos, como si con la fuerza se hubiera alejado también el respeto debido a las leyes de Dios. Las guerras son grandes ocasiones de pecar... ¿Sigue monseñor de Valois decidido a hacer esa cruzada con la que quiere honrar a nuestro pontificado?

-Padre Santo, los diputados de la pequeña Armenia...

-Ya lo se, ya lo se -dijo el Papa apartando y aproximando sus pequeñas manos-. Fui yo quien envié esos diputados a monseñor de Valois.

-De todas partes nos informan que los moros, en las orillas...

-Ya lo sé. Los informes me llegan al mismo tiempo que a monseñor de Valois.

A lo largo de la gran mesa se habían interrumpido las conversaciones. El obispo Pedro de Mortemart, que acompañaba a Bouvílle en su misión y del que se decía que sería nombrado cardenal en el primer consistorio, abría los oídos y todos los sobrinos, primos, prelados y dignatarios hacían otro tanto. Las cucharas se deslizaban por el fondo de los platos como si lo hicieran por encima de terciopelo. El soplo particularmente seguro, pero sin timbre, que salía del Padre Santo era difícil de entender, y se requería mucha costumbre para captarlo desde lejos,

-Messire de Valois, a quien quiero con amor muy paternal, nos ha hecho conceder el diezmo; pero hasta ahora este diezmo solo ha servido para apoderarse de Aquitania y para sostener su candidatura al Sacro Imperio. Son empresas muy nobles, pero no se llaman cruzadas. No estoy seguro de consentir el año próximo este diezmo, y menos aun, messire conde, los subsidios suplementarios que me pide para la expedición.

Bouville recibió un duro golpe. Si eso era todo lo que debía llevar a París, Carlos de Valois iba a enfurecerse de veras.

-Padre Santo -respondió, esforzándose en mantenerse tranquilo-, el conde de Valois y el rey Carlos creían que erais sensible al honor que la cristiandad pudiera sacar de...

-El honor de la cristiandad, mi querido hijo, es vivir en paz -interrumpió el Papa, palmoteando ligeramente la mano de Bouville.

-¿No es nuestro deber llevar a los infieles la verdadera fe y combatir en ellos la herejía?

-¡La herejía! ¡La herejía! -respondió el Papa Juan como en un susurro-. Ocupémonos primero de extirpar la que florece en nuestras naciones, sin preocuparnos de apretar los abscesos en la cara del vecino cuando la lepra corroe la nuestra. La herejía es mi mayor preocupación, y me cuido bien de perseguirla. Mis tribunales funcionan y, para acosarla, necesito la ayuda de todos mis clérigos y de todos los príncipes cristianos. Si la caballería de Europa toma el camino de Oriente, el diablo tendrá campo libre en Francia, España e Italia. ¿ Cuanto hace que están en paz los cátaros, albigenses y espirituales? ¿Por qué he fragmentado la gran diócesis de Toulouse, que era su guarida, y he creado dieciséis nuevos obispados en la de Languedoc? ¿Y no guiaba la herejía a vuestros «pastorcillos», cuyas bandas llegaron hasta aquí hace muy pocos años? Un mal como ese no se extirpa en una sola generación. Para acabar con él hay que esperar a los hijos de los nietos.

Todos los prelados presentes podían dar testimonio del rigor con que Juan XXII perseguía la herejía. había dado la consigna de mostrarse suave, mediante el consiguiente pago, con los pequeños pecados de la naturaleza humana, pero castigaba con la hoguera los errores del espíritu. Por la cristiandad circulaba un dicho de Bernardo Delicieux, monje franciscano que había querido luchar contra la Inquisición dominicana y había tenido la audacia de ir a predicar en Aviñón: «Si San Pedro y San Pablo volvieran a este mundo y fueran interrogados por los acusadores, no podrían evitar que se les tachara de herejes.» Delicieux fue condenado a reclusión perpetua.

Pero, al mismo tiempo, el Padre Santo difundía ciertas ideas extrañas, nacidas de su vivaz inteligencia que, emitidas desde el solio pontificio, provocaban gran conmoción entre los doctores de las facultades de teología. Así, se había pronunciado contra la Inmaculada Concepción de la Virgen María, que, aunque no obligada como dogma, era un principio generalmente aceptado. Cuando más, admitía que el Señor hubiera purificado a la Virgen antes de su nacimiento, pero en un momento, declaraba, difícil de precisar. Por otra parte, Juan XXII no creía en la Visión Beatífica, por lo menos hasta el día del Juicio Final, negando con esto, que hubiera aún ningún alma en el paraíso y, por consiguiente tampoco en el infierno.

Para muchos teólogos, tales creencias olían a azufre infernal. Sentado a la mesa se encontraba también un gran cisterciense llamado Jacobo Fournier, antiguo abad de Fontfroide, conocido por «el cardenal blanco», que empleaba todos los recursos de su ciencia apologética para sostener y justificar las audaces tesis del Padre Santo.

Juan XXII prosiguió:

-No os inquietéis, pues, messire conde, por la herejía de los moros. Protejamos nuestras costas contra sus navíos, pero dejémoslos al juicio del Señor Todopoderoso, cuyas criaturas son, después de todo, y que sin duda tiene sus designios acerca de ellos. ¿Quien puede afirmar lo que les sucede a las almas de los que no están tocados por la gracia de la Revelación?

-Van al Infierno -dijo inocentemente Bouville.

-¡El Infierno, el Infierno! -susurró el frágil Papa encogiéndose de hombros-. No habléis de lo que ignoráis. Y no queráis hacerme creer -somos viejos amigos, Bouville- que monseñor de Valois pide a mi tesoro un millón doscientas mil libras para salvar a los infieles. Por otra parte, se que el conde de Valois ya no tiene tanto interés en su cruzada.

-A decir verdad, Padre Santo -dijo Bouville vacilando un poco- ...sin estar lo informado que vos estáis, me parece, sin embargo...

«¡Oh, que mal embajador! -pensó el papa Juan-. Si yo estuviera en su lugar, haría creer que Valois había reunido ya sus pendones, y no cedería por menos de trescientas mil libras.»

Dejó que Bouville se confundiera lo bastante.

-Diréis a monseñor de Valois -declaró por fin- que el padre Santo renuncia a la cruzada; y como monseñor es hijo obediente y respetuoso de las decisiones de la Santa Iglesia, se que obedecerá.

Bouville se sentía muy desgraciado. Cierto es que todo el mundo deseaba renunciar a la cruzada, pero no de ese modo, en dos frases y sin contrapartida.

-No dudo, Padre Santo -respondió Bouville-, que monseñor de Valois os obedezca, pero ha comprometido, además de su propia autoridad, grandes sumas.

-¿Cuánto necesita monseñor de Valois para no sufrir demasiado por haber comprometido su autoridad personal?

-No lo se, Padre Santo -dijo Bouville enrojeciendo-. Monseñor de Valois no me ha encargado que responda a tal pregunta.

-¡Sí, si! Lo conozco bastante para saber que lo ha previsto. ¿Cuanto?

-Ha adelantado mucho a los caballeros de sus propios feudos para equipar a sus mesnadas...

-¿Cuanto?

-Se ha preocupado de esa nueva artillería de pólvora...

-¿Cuanto, Bouville?

-Ha hecho grandes pedidos de toda clase de armas...

-No soy hombre de guerra, messire, y no os pido la cuenta de las ballestas. Os pido solamente que digáis la cifra que monseñor de Valois desea para resarcirse.

Al mismo tiempo sonreía al ver en ascuas a su interlocutor. Y el mismo Bouville no podía reprimir una sonrisa al ver atravesadas sus grandes astucias como si fueran una espumadera. ¡había que decir la cifra! Adoptó una voz tan susurrante como la del Papa para decir:

-Cien mil libras...

Juan XXII movió la cabeza y dijo:

-Es lo que acostumbra a exigir el conde Carlos. Hasta me parece que los florentinos tuvieron que darle mas en otro tiempo para librarse de la ayuda que les había prestado. A los sieneses les costó menos para que consintiera en abandonar su ciudad. En otra ocasión, el rey de Anjou tuvo que arrancarse la misma suma para agradecerle un auxilio que no le había solicitado. Es un procedimiento financiero como otro cualquiera... Sabed, Bouville, que vuestro Valois es un ladrón. Vamos, llevadle la buena noticia... ¡Le daremos sus cien mil libras y nuestra bendición apostólica!

Estaba satisfecho de que le costase solo esta suma, Y Bouville se sentía feliz al ver cumplida su misión. ¡Le era muy penoso discutir con el soberano pontífice como si fuera cualquier negociante lombardo! Pero el Santo Padre tenía estas reacciones, que no eran exactamente de generosidad, sino una simple estimación del precio que había de pagar por su poder.

-¿Os acordáis, messire conde -continuó el Papa-, cuando me trajisteis aquí mismo cinco mil libras de parte del conde de Valois para asegurar en el cónclave la elección de un cardenal francés? La verdad es que aquel dinero fue colocado a buen interés.

Bouville se enternecía siempre con sus recuerdos. Volvía a ver aquella pradera brumosa al norte de Aviñón, aquel prado del Pontet, y reconstruía mentalmente la curiosa entrevista que habían mantenido los dos, sentados en un murete.

-Sí, me acuerdo, Padre Santo -dijo-, ¿Sabéis que cuando os vi acercaros creí que me habían engañado, que vos no erais cardenal, sino un joven clérigo a quien habían disfrazado para enviarlo en vuestro lugar?

El cumplido hizo sonreír al Papa Juan. También el se acordaba.

-¿Y qué se ha hecho de aquel joven Guccio Baglioni, aquel italiano que trabajaba en la banca, que os acompañaba entonces, y que luego me enviasteis a Lyon, donde tan bien me sirvió durante el cónclave murado? Lo hice paje mío. Creía que lo volvería a ver. Ha sido el único que me sirvió en otro tiempo y que no ha venido a solicitar una gracia o un cargo.

-No lo se, Padre Santo, no lo se. Regresó a su Italia natal, y tampoco yo he tenido noticias suyas.

Bouville se había turbado al responder, y esa turbación no pasó inadvertida al Papa.

-Si no recuerdo mal, había tenido un mal asunto de matrimonio, o de falso matrimonio, con una hija de la nobleza a la que había hecho madre. Los hermanos de ella lo perseguían. ¿No es así?

Sí, el Padre Santo se acordaba bien. ¡Ah, que memoria tenía!

-Me sorprende -insistió el Papa Juan-, que estando protegido por vos y por mi, y ejerciendo el oficio de banquero, no lo haya aprovechado para hacer fortuna. ¿Nació el hijo que esperaba? ¿Vive?

-Sí, sí, nació -dijo apresuradamente Bouville-. Vive con su madre en el campo.

Cada vez se mostraba mas turbado.

-Me dijeron... ¿quién me lo dijo?... -prosiguió el Papa- que esa joven había sido nodriza del pequeño rey póstumo que dio a luz la señora Clemencia de Hungría durante la regencia del conde de Poitiers. ¿Es cierto eso?

-Sí, si, Padre Santo, creo que fue ella.

Se advirtió un estremecimiento en las mil arrugas que surcaban la cara del Papa.

-¡Cómo! ¿Lo creéis solamente? ¿No erais curador del vientre de la señora Clemencia? ¿Y no estabais a su lado cuando tuvo la desgracia de perder a su hijo? Deberíais saber con seguridad quien era la nodriza.

Bouville se sintió enrojecer. Debió haber desconfiado cuando el Padre Santo pronunció el nombre de Guccio Baglioni, y debió haber pensado que ocultaba una segunda intención tras aquel recuerdo. La digresión del Papa había sido más hábil que la suya propia, cuando se había referido al concilio de Valladolid y a los moros de España para llegar al tema de las finanzas del conde de Valois. Seguramente el Papa debía de tener noticias de Guccio, pues sus banqueros, los Bardi, trabajaban con los Tolomei de Siena.

Los diminutos ojos grises del Papa no se apartaban de los de Bouville, y las preguntas continuaban:

-¿No tuvo la señora de Artois un gran proceso en que debisteis testimoniar? ¿Que hubo de verdad, querido sire conde, en aquel asunto?

-Nada más, Padre Santo, que lo que aclaró la justicia. Habladurías y malevolencias de los que se quiso justificar la señora Mahaut.

Terminaba el banquete, y los escuderos, pasando los aguamaniles y las bacías, echaban agua sobre las manos de los convidados. Se acercaron dos caballeros nobles para empujar ligeramente hacia atrás el asiento del Padre Santo.

-Sire conde -dijo el Papa-, me ha satisfecho en extremo volveros a ver. Debido a mi avanzada edad, no se si tendré esta alegría de nuevo...

Bouville, que se había levantado, respiró mejor. Parecía llegado el momento de la despedida, que pondría fin a aquel interrogatorio.

-...Por lo tanto, antes de partir -continuó el Papa-, quiero concederos la mayor gracia que se puede dispensar a un cristiano. Voy a confesaros, yo mismo. Acompañadme a mi habitación.

II.
Penitencia para el Padre Santo.

-¿Pecado de la carne? Ciertamente, ya que sois hombre... ¿Pecados de gula? Basta veros. Estáis gordo... ¿Pecados de orgullo? Sois gran señor... Pero vuestro mismo estado os obliga a la frecuencia en vuestras devociones; así, todos estos pecados, que son en el fondo comunes a la naturaleza humana, los confesáis y se os absuelven regularmente antes de acercaros a la Sagrada Mesa.

¡Extraña confesión en la que el primer vicario de la Iglesia romana pronunciaba a la vez las preguntas y respuestas! Su voz suave quedaba en ocasiones cubierta por gritos de pájaros, ya que el Papa tenía en su habitación un papagayo encadenado y, revoloteando en una jaula, cotorras, canarios y esos pequeños pájaros rojos de las islas llamados cardenales.

El pavimento de la pieza era de baldosas pintadas sobre las que se habían extendido alfombras de España. Las paredes y asientos estaban tapizados de verde, y las cortinas de las ventanas y del lecho eran de lino verde. Sobre este color de follaje, de bosques, los pájaros ponían manchas coloradas, como flores. En un ángulo se había instalado una sala de baño, con una bañera de mármol. El guardarropa, al lado de la habitación, estaba abarrotado de colgadores con capas blancas, mucetas granate y ornamentos sacerdotales.

El gordinflón de Bouville, al entrar, había hecho el gesto de arrodillarse, pero el Padre Santo le hizo sentar a su lado en uno de los sillones verdes. La verdad es que no se podía tratar a un penitente con mayor consideración. El antiguo chambelán de Felipe el Hermoso estaba aturdido y tranquilizado al mismo tiempo, ya que sentía miedo de confesar -él, que era un gran dignatario y al soberano pontífice-, todas las manchas de su vida, las pequeñas escorias, los malos deseos, las villanas acciones, el poso que va quedando en el fondo del alma con los días y los años. Ahora bien, el Padre Santo parecía considerar estos pecados como de poca monta, propios, a todo lo más, de la competencia de humildes sacerdotes. Pero Bouville no se había dado cuenta, al levantarse de la mesa, de las miradas intercambiadas por el cardenal Gaucelin Duèze, el cardenal Pouget y el «cardenal blanco». Estos conocían bien la treta habitual del papa Juan: la confesión después de la comida, de la que se servía para entrevistarse a solas con un interlocutor importante, y que le permitía informarse de los secretos de Estado. ¿Quién podía negarse a esta inesperada propuesta, tan halagadora como aterradora? Todo se combinaba para ablandar las conciencias: la sorpresa, el temor religioso y los primeros efectos de la digestión.

-Lo esencial para un hombre -prosiguió el Papa- es haber desempeñado bien el papel que Dios le ha encomendado en este mundo, y en este aspecto sus faltas le son severamente castigadas. Habeis sido, hijo mío, chambelán de un rey, y otros tres os han encargado las mas altas misiones. ¿Habéis sido siempre fiel cumplidor de las tareas que os han encomendado?

-Creo, padre, quiero decir Padre Santo, que me he entregado con celo a mis tareas, y en todo lo posible he sido leal servidor de mis soberanos...

Se interrumpió de pronto al darse cuenta de que no estaba allí para hacer su propio elogio. Cambió de tono y prosiguió:

-Debo acusarme de haber fracasado en ciertas misiones que hubiera podido llevar a buen término... Es decir, Padre Santo: no siempre he tenido la mente despejada y, a veces, me he dado cuenta demasiado tarde de los errores cometidos.

-No es pecado tener en ocasiones poca viveza mental; eso nos puede ocurrir a todos y es exactamente lo contrario del espíritu de malicia. Pero, ¿no habéis cometido, en vuestras misiones, o incluso por ellas mismas, faltas graves, tales como falso testimonio... homicidio...?

Bouville movió la cabeza de derecha a izquierda, indicando negación.

Sin embargo, los pequeños ojos grises, sin cejas ni pestañas, brillantes y luminosos en el rostro arrugado, permanecieron fijos sobre él.

-¿Estáis seguro? Ahora tenéis ocasión de purificar por completo vuestra alma. ¿Nunca habéis dicho falso testimonio? -preguntó el Papa.

Bouville se sintió de nuevo inquieto. ¿Qué significaba esa insistencia? El papagayo lanzó un grito ronco desde el palo de la jaula, y Bouvílle se sobresaltó.

-A decir verdad, Padre Santo, una cosa me inquieta el alma, pero no se si es pecado, ni que nombre darle. Os juro que no he cometido homicidio, pero no he sabido impedirlo. Y luego tuve que decir falso testimonio, pero no podía obrar de otra manera.

-Contadme eso, Bouville -dijo el Papa.

Ahora fue él quien tuvo que recobrarse:

-Confesadme ese secreto que tanto os pesa, hijo mío.

-Cierto es que me pesa -dijo Bouville-, y más aún desde la muerte de mi buena esposa Margarita, con la que lo compartía. Frecuentemente pienso que si me muriera sin haberlo confiado a nadie...

De repente se le saltaron las lágrimas.

-¿Cómo no he pensado antes en confiároslo, Padre Santo? Ya os lo decía: con frecuencia soy lento de pensamiento... Fue después de la muerte del rey Luis X, primogénito de mi señor Felipe el Hermoso...

Bouville miró al papa y se sintió ya casi aliviado. Por fin iba a poder descargar su alma de aquel peso que llevaba desde hacía ocho años. Sin ninguna duda, había sido el peor momento de su vida, y desde entonces el remordimiento no le había dado tregua. ¿Por qué no había venido antes a confesar todo eso al Papa?

Ahora Bouville hablaba con facilidad. Contó que, habiendo sido nombrado curador del vientre de la reina Clemencia, después del fallecimiento de Luis el Turbulento, había temido que la condesa Mahaut de Artois cometiera una acción criminal contra la reina y el hijo que llevaba en su seno. En aquel tiempo, monseñor Felipe de Poitiers, hermano del rey fallecido, reclamaba la regencia en contra del conde de Valois y del duque de Borgoña.

Ante ese recuerdo, Juan XXII levantó por un instante la mirada hacia las pintadas vigas de madera del techo, y por su estrecha cara pasó una expresión soñadora. Porque había sido él quien había ido a anunciar a Felipe de Poitiers la muerte de su hermano, que conocía por aquel joven lombardo llamado Baglioni.

Bouville temió que la condesa cometiera un crimen, un nuevo crimen, ya que eran muchos los que decían que ella había envenenado a Luis el Turbulento. La condesa tenía toda la razón para odiarlo, puesto que acababa de confiscarle su condado; pero, desaparecido Luis, tenía también buenas razones para desear que el conde de Poitiers, su yerno, ascendiera al trono. El único obstáculo era el hijo que llevaba en su seno la reina; que naciera y que fuera varón.

-Infortunada reina Clemencia... -dijo el Papa.

Mahaut de Artois, designada madrina, debía, por este título, llevar al nuevo rey ante los barones en la ceremonia de presentación. Bouville y su mujer estaban seguros de que, si la terrible Mahaut quería cometer un crimen, no vacilaría en hacerlo durante la ceremonia de la presentación, única ocasión que tendría de llevar al niño. Bouville y su mujer decidieron esconder al infante durante esas horas, y poner en su lugar en los brazos de Mahaut al hijo de una nodriza, que sólo tenía unos días más. Bajo los fastuosos pañales nadie se daría cuenta de la sustitución, puesto que nadie había visto al hijo de la reina Clemencia, ni siquiera esta, ya que estaba con muy alta fiebre y casi moribunda.

-Y luego, efectivamente, Santo Padre -dijo Bouville-, el niño que yo había entregado a la condesa Mahaut, el cual estaba perfectamente bien una hora antes, murió en un instante delante de todos los barones. Yo entregué a la muerte a esa pequeña criatura inocente; y el crimen se cometió tan rápidamente, y yo estaba tan turbado, que no pensé en gritar en seguida: «¡No es el verdadero!» Después fue demasiado tarde. ¡Cómo explicar...!

El Papa, ligeramente inclinado hacia adelante y con las manos juntas sobre su túnica, no perdía palabra.

-Entonces, Bouville, ¿qué se ha hecho del otro niño, del pequeño rey? ¿Que habéis hecho de el?

-Existe, Padre Santo, vive. Mi difunta mujer y yo lo confiamos a la nodriza. Nos costó gran esfuerzo, ya que la desgraciada nos odiaba y gemía de dolor. A fuerza de súplicas y amenazas le hicimos jurar sobre los Evangelios que guardaría al pequeño rey como si fuera su propio hijo, y que no revelaría nada a nadie, ni siquiera en confesión.

-¡Oh, oh...! -murmuró el Padre Santo.

-El pequeño rey Juan, el verdadero rey de Francia, se cría actualmente en una casa solariega de la Isla-de-Francia, sin saber quien es, sin que nadie lo sepa, a excepción de esa mujer que pasa por su madre... y yo.

-¿Y esa mujer...?

-...es María de Cressay, la esposa del joven lombardo Guccio Baglioni.

Todo se le aclaró al Papa.

-¿Y Baglioni lo ignora todo?

-Todo, estoy seguro, Padre Santo. La dama de Cressay, para mantener su juramento, se negó a volver a verlo, tal como nosotros se lo ordenamos; y el joven partió inmediatamente para Italia. Él cree que su hijo vive. A veces se inquieta en las cartas a su tío, el banquero Tolomei...

-¿Pero por qué, Bouville, por que no denunciasteis a la condesa Mahaut, teniendo la prueba del crimen...? Cuando pienso -agregó el papa Juan- que en ese tiempo ella me envió su canciller para que yo apoyara su causa contra su sobrino Roberto...

El Papa pensó de pronto que aquel Roberto de Artois, aquel alborotador, y sembrador de líos, y tal vez asesino -ya que parecía estar complicado en el asesinato de Margarita de Borgoña en Château-Gaillard-; aquel gran barón de Francia quizá fuera mejor que su cruel tía, y en su lucha contra la condesa probablemente no toda la culpa fuera de él. ¡Que mundo de lobos era aquel de las cortes soberanas! Y en todos los reinos ocurría lo mismo. ¿Era para gobernar, apaciguar y conducir a este rebaño de fieras por lo que le había inspirado Dios, a él, que era un miserable burgués de Cahors, aquella gran ambición por la tiara que ya empezaba a pesarle...?

-Me callé, Padre Santo -prosiguió Bouville-, sobre todo por consejo de mi difunta esposa. Como había dejado pasar el momento oportuno para confundir a la asesina, mi esposa hizo ver que si revelaba la verdad, Mahaut se encarnizaría con el pequeño rey y con nosotros. Era preciso dejarle creer que su crimen había tenido éxito. Fue, pues, el hijo de la nodriza el que fue inhumado en Saint-Denis entre los reyes.

El Papa reflexionaba.

-Entonces, en el proceso que se le siguió a la señora de Mahaut, el año siguiente, las acusaciones eran fundadas -dijo.

-Cierto, Padre Santo, lo eran. Monseñor Roberto pudo coger a una envenenadora, una nigromántica, llamada Isabel de Fériennes, que había entregado a una doncella de la condesa Mahaut el veneno con que mató primero al rey Luis y luego al niño presentado a los barones. Esta Isabel de Feriennes, así como su hijo Juan, fueron conducidos a París para que declararan en contra de Mahaut. ¡Ya podéis imaginar la baza que tenía en las manos monseñor Roberto! Sus declaraciones revelaron claramente que eran los abastecedores de la condesa, ya que en otra ocasión le habían procurado el filtro con que ella se vanagloriaba de haber reconciliado a su hija Juana con su marido el conde de Poitiers...

-¡Magia, brujería! Podíais haber hecho quemar a la condesa -susurró el Papa.

-No en aquel momento, Padre Santo, no en aquel momento. Porque el conde de Poitiers se había convertido en rey y protegía mucho a la señora Mahaut; tanto que estoy seguro de que estaba ligado con ella, al menos en el segundo crimen.

El rostro del Papa se arrugó aún más bajo el bonete de piel. Las últimas palabras le habían resultado dolorosas; pues había sentido gran afecto por el rey Felipe V, a quien debía la tiara y con el que siempre se había entendido perfectamente en todas las cuestiones de gobierno.

-Sobre uno y otra cayó el castigo de Dios -prosiguió Bouville-, pues ambos perdieron ese año a su único heredero varón. La condesa vio morir a su hijo, que contaba diecisiete años; y el joven rey Felipe, al suyo, que tenía unos meses y ya no pudo tener más... Pero la condesa supo defenderse de la acusación lanzada contra ella. Invocó la irregularidad del procedimiento seguido ante el Parlamento, la indignidad de sus acusadores, y señaló que por su rango de par de Francia no podía ser juzgada más que por la Cámara de los Barones. Sin embargo, con el fin de que triunfara

su inocencia -según dijo-, suplicó a su yerno (fue una bonita escena de falsedad pública) que mandara proseguir la prueba judicial para tener oportunidad de confundir a sus enemigos. Declararon de nuevo la nigromántica de Feriennes y su hijo, pero después de haber sufrido tormento; su estado era pésimo y la sangre les corría por todo el cuerpo. Se retractaron por entero, afirmaron que sus primeras acusaciones eran mentira y pretendieron que habían sido llevados allí por ruegos, promesas y violencias de personas cuyos nombres, según el acta de los escribanos, convenía callar por el momento, una manera de designar a monseñor Roberto. Luego, el mismo rey Felipe el Largo se constituyó en juez, e hizo comparecer a todos los miembros de su familia y de la de su difunto hermano: el conde de Valois, el conde de Evreux, monseñor de Bourbon, monseñor Gaucher, el condestable, monseñor de Beaumont, y la misma reina Clemencia, y les preguntó bajo juramento si sabían o creían que el rey Luis y su hijo Juan habían muerto de causa que no fuera natural. Como no se podía presentar ninguna prueba, la sesión se celebraba delante de todos, y la condesa Mahaut estaba sentada al lado del rey, todos declararon que esas muertes habían sido naturales, aunque muchos no lo creían.

-¿Y vos no comparecisteis?

El gordinflón de Bouville bajó la cabeza.

-Incurrí en falso testimonio, Padre Santo -dijo-. ¿Qué otra cosa podía hacer si toda la corte, los pares, los tíos del rey, los servidores más próximos y la misma reina viuda habían certificado bajo juramento la inocencia de la señora Mahaut? Me hubieran acusado de embustero y me hubieran colgado en Montfaucon.

Parecía tan desgraciado, abatido y triste, que en su rostro carnoso se adivinaban los rastros del joven que había sido medio siglo antes. El Papa se apiadó.

-Calmaos, Bouville -dijo inclinándose y poniéndole la mano en el hombro-. Y no os reprochéis haber obrado mal. Dios os puso un problema demasiado difícil para vos. Tomo en cuenta vuestro secreto. El porvenir dirá si hicisteis bien. Quisisteis salvar una vida que habían confiado a vuestro cargo, y la salvasteis. De haber hablado, hubierais expuesto otras muchas vidas .

-Si, Padre Santo, estoy calmado -dijo el antiguo chambelán-. ¿Pero qué va a ser del pequeño rey? ¿Qué se puede hacer?

-Esperar sin hacer ningún cambio. Ya lo pensaré y os lo haré saber. Id en paz, Bouville... En cuanto a monseñor de Valois, esas cien mil libras son para él, pero ni un florín más. Que me deje tranquilo con su cruzada, y que haga la paz con Inglaterra.

Bouville se arrodilló, llevó efusivamente la mano del Padre Santo a sus labios, se levantó y se dirigió a la puerta caminando de espaldas, ya que la audiencia parecía terminada.

El Papa lo llamó con un gesto.

-¿Y vuestra absolución, Bouville? ¿No la queréis...?

Poco después el Papa, ya solo, recorría con sus pasos escurridizos el gabinete de trabajo. El viento del Ródano pasaba bajo las puertas y gemía a través del hermoso palacio nuevo. Chillaban las cotorras en sus jaulas, los tizones del brasero se habían ennegrecido.

Juan XXII reflexionaba sobre el difícil problema de conciencia y de Estado que se le presentaba. El verdadero heredero de la corona de Francia era un niño desconocido, recluido en una casa solariega. Solamente lo sabían dos personas en el mundo, ahora tres. El miedo impedía hablar a las dos primeras. ¿Qué debía hacer el, ahora que se habían sucedido dos reyes en el trono de Francia, dos reyes debidamente consagrados, ungidos con el santo óleo, y que en realidad no eran mas que usurpadores? ¿Qué partido tomar? ¿Revelar el asunto y lanzar a Francia al más terrible desorden dinástico? ¿Sembrar la guerra de nuevo?

Otro sentimiento le incitaba también a guardar silencio: el recuerdo del rey Felipe el Largo. Sí, Juan XXII había sentido gran afecto por aquel joven, y le había ayudado en todo lo que pudo. Era el único soberano a quien había admirado y al que estaba agradecido. Para Juan XXII empañar el recuerdo de aquel rey era empañar el suyo propio, porque... ¿Hubiera llegado a ser Papa sin

Felipe el Largo? ¡Y he aquí que ese querido Felipe había sido un criminal, por lo menos cómplice de una asesina! ¿Pero podía el Papa Juan, podía Jacobo Duèze tirar la primera piedra, él que debía su púrpura y tiara a tan grandes trapacerías? Y sí para asegurar su elección hubiera sido absolutamente necesario cometer un asesinato...

«Señor, Señor, gracias por haberme ahorrado esta tentación... ¿Pero era yo quién debía encargarme del cuidado de vuestras criaturas ... ? ¿Y qué sucederá si la nodriza habla un día? ¿Puede uno fiarse de boca de mujer? ¡Sería bueno, Señor, que a veces me iluminarais! He absuelto a Bouville, pero la penitencia es para mí.»

Se postró en el cojín verde de su reclinatorio y permaneció así largo tiempo, con la arrugada cara escondida entre las manos.

III.
El camino de París.

¡Qué claro sonaba, bajo el casco de los caballos, el suelo de los caminos franceses! ¡Qué feliz música producía el rechinar de la gruesa arena! ¡Y qué maravilloso perfume, qué asombroso sabor tenía el aire que se respiraba, el ligero aire de la mañana atravesado por el sol! Las yemas comenzaban a abrirse, y las hojas verdes, tiernas y plegadas, se acercaban hasta la mitad del camino para acariciar la frente de los viajeros. En los declives y prados de la Isla-de-Francia había menos hierba que en Inglaterra; pero para la reina Isabel era hierba de libertad y de esperanza.

Las crines de la yegua blanca se balanceaban al ritmo de la marcha. A pocas toesas seguía una litera, llevada por dos mulas. Sin embargo, la reina, demasiado feliz e impaciente para permanecer encerrada en ella, prefirió montar en su hacanea, y por gusto la hubiera hecho galopar por la hierba de los prados.

Había hecho paradas en Boulogne, donde se había casado hacía quince años, en Montreuil, Abbeville y Beauvais. Acababa de pasar la noche en Maubuisson, cerca de Pontoise, en la real casa solariega donde había visto por última vez a su padre, Felipe el Hermoso. Su ruta era como un peregrinaje Por su propio pasado. Creía remontar las etapas de su existencia para volver a su punto de partida. Pero ¿se podían suprimir quince años desventurados?

-Sin duda vuestro hermano Carlos la hubiera vuelto a aceptar -decía Roberto de Artois, que caminaba al lado de ella-, y nos la hubiera impuesto como reina; tanto seguía queriéndola y tan poca decisión tenía para encontrar nueva esposa.

¿De que hablaba Roberto? ¡Ah, sí! De Blanca de Borgoña. Se había acordado de ella en Maubuisson, a donde había ido a recibir a la viajera una cabalgata compuesta por Enrique de Sully, Juan de Roye, el conde de Kent, Lord Mortimer, dicho Roberto de Artois y una tropa de señores. Isabel había tenido gran placer al verse tratada de nuevo como reina.

-Creo que Carlos tenía cierto secreto deleite en acariciarse los cuernos que ella le había puesto -continuó Roberto-. Por desgracia, o mas bien por fortuna, la dulce Blanca se había dejado embarazar por el carcelero, el año anterior a la coronación de Carlos.

El gigante cabalgaba a la izquierda, del lado del sol, y montado en un enorme percherón tordillo, daba sombra a la reina. Esta espoleaba la hacanea para que le tocara el sol. Roberto hablaba sin cesar, entusiasmado con el encuentro, buscando al mismo tiempo desde las primeras leguas, reanudar los lazos de primazgo y la antigua amistad.

Isabel no lo había visto desde hacía once años; apenas había cambiado. Tenía la misma voz de siempre y el mismo olor de gran comedor de caza, que desprendía su cuerpo al compás de la marcha y que la brisa extendía a ráfagas. Tenía las manos rojizas y vellosas hasta las uñas, la mirada maligna aun cuando él creía haberla hecho amable, la panza dilatada por encima de la cintura, como si se hubiera tragado una campana. Pero la seguridad de su palabra y gesto era menos

fingida y pertenecía definitivamente a su carácter; la arruga que enmarcaba su boca se había inscrito mas profundamente en la grasa.

-Y la buena zorra de mi tía Mahaut tuvo que resignarse a la anulación del matrimonio de su hija, no sin protestar y pleitear ante los obispos. Pero finalmente se vio confundida. El primo Carlos, por una vez, se mostró obstinado, debido al asunto del carcelero y del embarazo. Y cuando este hombre débil se obstina en un tema, no hay forma de hacerle cambiar de opinión. En el proceso de anulación se plantearon no menos de treinta cuestiones. Se desempolvó la dispensa concedida por Clemente V, que permitía a Carlos casarse con una de sus parientas, pero no especificaba el nombre. ¿Quién en nuestra familia se casa con una persona que no sea su prima o sobrina? Entonces monseñor Juan de Marigny, con gran habilidad, sacó a relucir el impedimento de parentesco espiritual. Mahaut había sido madrina de Carlos. Ella aseguró que no, que había asistido al bautismo solo en calidad de asistente y comadre. Entonces comparecieron barones, camareros, criados, clérigos, burgueses de Creil, donde se había celebrado el bautismo, y todos respondieron que había tenido en sus brazos al niño y se lo había pasado luego a Carlos de Valois, y que no se engañaban, ya que ella era la mujer mas alta que había en la capilla, y que pasaba a todos por una cabeza. ¡Para que veáis lo embustera que es!

Isabel se esforzaba en escuchar, pero la verdad es que sólo prestaba atención a si misma y a un contacto insólito que le había emocionado. ¡Que sorpresa habían experimentado sus dedos al tocar cabellos de hombre!

La reina levantó los ojos hacia Roger Mortimer, que se había colocado a su derecha con un movimiento autoritario y natural, como si fuera su protector y guardián. Ella miraba los bucles espesos que surgían del sombrero del jinete. ¡Nunca se hubiera imaginado que aquellos cabellos fueran tan sedosos al tacto!

Había ocurrido por casualidad, en el primer momento del encuentro. Isabel se sorprendió al ver aparecer a Mortimer al lado del conde de Kent. Así pues, en Francia, el rebelde, el evadido, el proscrito Mortimer, marchaba al lado del hermano del rey de Inglaterra e incluso parecía tener preeminencia sobre él.

Y Mortimer, saltando a tierra, se abalanzó hacia la reina para besar el pliegue de su vestido; pero la hacanea hizo un extraño, y los labios de Roger rozaron la rodilla de Isabel, quien maquinalmente había puesto la mano sobre la cabeza descubierta de este amigo reencontrado. Y al cabalgar ahora por la ruta estriada por las sombras que daban las ramas, el contacto sedoso de esos cabellos se prolongaba, todavía perceptible y encerrado en el terciopelo del guante.

-Pero el motivo mas grande para pronunciar la nulidad del matrimonio fue, aparte del que los contrayentes no tenían la edad canónica para copular, ni siquiera la posibilidad natural de hacerlo, el hecho de que vuestro hermano, cuando se caso, carecía de discernimiento para buscar mujer, y de voluntad para expresar su elección, ya que era incapaz, simple y débil, y, por consiguiente, el contrato carecía de valor. ¡Inhabilis, simplex et imbecillis...! Y todos, desde vuestro tío Valois hasta la última camarera, estuvieron de acuerdo al decir que era verdad, y que la mejor prueba era que su difunta madre la reina lo consideraba tan tonto que lo llamaba «ganso». Perdonad, prima mía, que os hable así de vuestro hermano, pero en fin, ese es el rey que tenemos. Gentil compañero por lo demás, y de hermoso rostro, pero poco dispuesto. Ya comprenderéis que es preciso gobernar en su lugar. No esperéis ayuda de él.

A la izquierda de Isabel rondaba la voz incansable de Roberto de Artois y flotaba su perfume de fiera. A su derecha, Isabel sentía la mirada de Roger Mortimer fija en ella con turbadora insistencia. Levantó los ojos hacia aquellas pupilas de color pedernal, hacia aquel rostro bien formado en el que un profundo surco dividía la barbilla. Le sorprendía no acordarse de la cicatriz blanca que repulgaba el labio inferior del barón inglés.

-¿Y seguís con vuestra castidad, hermosa prima mía? -preguntó de repente Roberto de Artois.

La reina enrojeció y levantó furtivamente los ojos hacia los de Roger Mortimer, como si la pregunta la hiciera culpable, de manera inexplicable, con respecto a Roger Mortimer.

-Me veo obligada -respondió.

-¿Os acordáis, prima, de nuestra entrevista sostenida en Londres?

Enrojeció más. ¿A qué venía ese recuerdo, y qué iba a pensar Mortimer? Un ligero abandono en un momento de adiós..., ni siquiera un beso, solamente una frente que se apoya en el pecho de un hombre y busca refugio... ¿Roberto seguía, pues, pensando en aquello después de once años? Se sintió halagada, pero no emocionada. ¿Había considerado él como confesión de un deseo lo que no había sido más que un momento de confusión? Tal vez aquel día, pero sólo aquel día, si no hubiera sido reina, si el no hubiera tenido que regresar apresuradamente para denunciar a las hermanas Borgoña...

-En fin, si se os ocurre cambiar de costumbre... -insistió Roberto con tono alegre-. Al pensar en vos siempre tengo una sensación como de crédito no cobrado...

Se interrumpió al cruzarse su mirada con la de Mortimer, mirada de hombre dispuesto a sacar la espada si seguía oyendo cosas parecidas. La reina se dio cuenta de las miradas y, para ocultar su emoción, acarició la crin blanca de su yegua. ¡Querido Mortimer! ¡Cuanta nobleza y caballerosidad había en aquel hombre! ¡Y que agradable era respirar el aire de Francia, y que hermosa aquella ruta, con sus sombras y claridades!

Roberto de Artois esbozó apenas una sonrisa irónica. Ya no debía seguir pensando en su crédito, según la expresión que había empleado, creyéndola delicada. Estaba seguro de que Lord Mortimer amaba a Isabel y de que Isabel amaba a Mortimer.

«¡Bien -pensó-, mi buena prima se va a divertir con ese templario!»

IV
El rey Carlos.

Tardaron casi un cuarto de hora en atravesar la ciudad, desde las puertas hasta el palacio de la Cité. Las lágrimas asomaron a los ojos de la reina Isabel cuando se apeó en el patio de la residencia que había visto edificar a su padre, y que ya había recibido la ligera pátina del tiempo.

Se abrieron las puertas en lo alto de la gran escalera, e Isabel creyó por un momento que iba a aparecer el rostro imponente, glacial, soberano, del rey Felipe el Hermoso. ¡Cuantas veces había contemplado a su padre en lo alto de la escalera, dispuesto a descender hacia su ciudad!

El joven que apareció con cota corta, las piernas bien enfundadas en calzas blancas y seguido de sus chambelanes, por su estatura y rasgos se parecía al gran monarca desaparecido, pero de su persona no emanaba ninguna fuerza, ninguna majestad. No era más que una pálida copia, una máscara de yeso de una estatua yacente. Y, sin embargo, como la sombra del Rey de Hierro estaba presente detrás de este personaje sin fuerza, como la realeza de Francia se encontraba en él, Isabel intentó por tres o cuatro veces arrodillarse; y otras tantas su hermano la detuvo por la mano, diciéndole:

-Bien venida, mi dulce hermana, bien venida.

La obligó a levantarse y, teniéndola todavía de la mano, la condujo por las galerías hasta el gabinete bastante espacioso que ocupaba habitualmente, y se informó del viaje de la reina. ¿La había recibido bien en Boulogne el capitán de la ciudad?

Se preocupó por saber si los chambelanes vigilaban el equipaje y recomendó que no dejaran caer los cofres.

-Las telas se arrugan -explicó-. En mi último viaje a Languedoc vi lo mucho que se estropearon mis ropas.

Librodot

¿Concentraba su atención en esta clase de preocupaciones para ocultar su emocionada turbación? Después de sentarse, Carlos el Hermoso dijo:

-¿Como os va, mi querida hermana?

-No muy bien, hermano mío -respondió.

-¿Cuál es el objeto de vuestro viaje?

El rostro de Isabel denotó una expresión de apenada sorpresa. ¿No estaba pues al corriente su hermano? Roberto de Artois, que había entrado en el palacio con los jefes de escolta, dirigió a Isabel una mirada que significaba: «¿No os lo había dicho?»

-Hermano mío, vengo a concertar con vos el tratado que nuestros dos reinos deben firmar, si quieren dejar de perjudicarse.

Carlos el Hermoso permaneció callado un momento como si reflexionara. La verdad es que no pensaba en nada concreto. Como en las audiencias concedidas a Mortimer y en todas las demás hacía las preguntas y no prestaba atención a las respuestas.

-El tratado... -acabó por decir-. Sí, estoy dispuesto a recibir el homenaje de vuestro esposo Eduardo. Hablad con nuestro tío Carlos, a quien ya le he dado la orden. ¿No os ha incomodado el mar? ¿Sabéis que nunca he navegado? ¿Qué se siente sobre esa agua movediza?

La reina tuvo que esperar a que su hermano dijera algunas trivialidades más antes de presentarle al obispo de Norwich, que debía llevar las negociaciones, y a Lord Cronwell, que mandaba la escolta inglesa. Los saludó con cortesía, pero, visiblemente, sin ningún interés.

Carlos IV no era mucho más tonto que miles de hombres de su misma edad, que en su reino rastrillaban al revés los campos, rompían las lanzaderas en su oficio de tejedores, o vendían la pez y el sebo equivocándose al hacer las cuentas; la desgracia lo había hecho rey a pesar de tener tan pocas facultades para ello.

-Vengo también, hermano mío -dijo Isabel-, a solicitar vuestra ayuda y a poner mi persona bajo vuestra protección, ya que me han quitado todos mis bienes y en último lugar el condado de Cornouailles, inscrito en el tratado de boda.

-Exponed vuestras quejas a nuestro tío Carlos; es un hombre de buen consejo, y yo aprobaré, hermana mía, todo lo que él decida por vuestro bien. Voy a llevaros a vuestras habitaciones.

Carlos IV dejó la reunión para mostrar a su hermana las habitaciones que le había reservado: cinco piezas con una escalera independiente.

-Para vuestras visitas personales -creyó conveniente explicar.

Le hizo observar igualmente el mobiliario, que era nuevo, y los tapices de figuras que cubrían las paredes. Actuaba como una buena ama de casa; tocó la tela de la colcha, y rogó a su hermana que no vacilara en solicitar toda la brasa que necesitara para calentar la cama. No podía ser más atento, ni más amable.

-Para el alojamiento de vuestro séquito, messire de Mortimer lo arreglará con mis chambelanes. Deseo que todos sean bien tratados.

Pronunció el nombre de Mortimer sin intención especial, simplemente porque cuando se trataba de asuntos ingleses sonaba siempre ese nombre. Le parecía normal que Lord Mortimer se ocupara de la casa de la reina de Inglaterra. Había olvidado que el rey Eduardo reclamaba la cabeza de aquel hombre.

Continuó dando vueltas por la habitación, corrigiendo el pliegue de una cortina y comprobando la cerradura de los postigos interiores. Luego, de repente, se detuvo, con la cabeza un poco inclinada y las manos a la espalda, y dijo:

-No hemos sido felices en nuestras uniones, hermana mía. Creí que Dios me haría mas dichoso al darme por esposa a mi querida María de Luxemburgo, de lo que había sido con Blanca...

Dirigió una breve mirada a Isabel, en la que ésta adivinó un vago resentimiento contra ella por haber puesto al descubierto la mala conducta de su primera esposa.

-...y la muerte se llevó a María, y con ella al heredero del trono. Y ahora me han hecho casar con nuestra prima Evreux, a la que veréis en seguida. Es una amable compañera, y creo que me quiere. Nos casamos en julio último; estamos en marzo, y no da señales de estar encinta. Me atrevo a hablaros de cosas que solo puedo decir a una hermana... Con vuestro mal esposo, que no aprecia vuestro sexo, habéis tenido cuatro hijos. Y yo, con mis tres esposas... Sin embargo, os aseguro que he cumplido mis deberes conyugales con mucha frecuencia y gran placer. ¿Qué pasa entonces, hermana mía? ¿No creéis en la maldición que mi pueblo dice que pesa sobre nuestra familia y nuestra casa?

Isabel lo contemplaba con tristeza. Se mostraba de golpe muy conmovedor por las dudas que lo asaltaban y que debían de ser su constante preocupación. El más humilde jardinero no se hubiera expresado de otra manera para llorar sus infortunios o la esterilidad de su mujer. ¿Qué deseaba ese pobre rey? ¿Un heredero del trono o un hijo para el hogar?

¿Y qué realeza había en Juana de Evreux, que entró poco después a saludar a Isabel? La cara un poco blanda, la expresión dócil; llevaba con humildad su condición de tercera esposa, que habían buscado en el seno de la familia, porque hacía falta una reina en Francia. Estaba triste; espiaba constantemente en el rostro de su marido la obsesión que conocía bien, y que debía de ser el único tema de sus conversaciones nocturnas.

Isabel encontró al verdadero rey en Carlos de Valois. En cuanto se enteró de la llegada de su sobrina, corrió a Palacio, la abrazó y la besó en las mejillas. Isabel comprendió en seguida que el poder estaba en aquellos brazos y en ninguna otra parte.

La cena fue breve y reunió alrededor de los soberanos a los condes de Valois, de Artois y a sus esposas, al conde de Kent, al obispo de Norwich y a Lord Mortimer. A Carlos el Hermoso le gustaba acostarse pronto.

Todos los ingleses se reunieron luego en el departamento de la reina para conferenciar. Cuando se retiraban, Mortimer fue el último en el umbral de la puerta. Isabel lo retuvo, por un instante según dijo; tenía que entregarle un mensaje.

V
La cruz de sangre.

No tenía ni idea del tiempo transcurrido. El vino licoroso, perfumado de romero, rosa y granada, estaba casi agotado en el cántaro de cristal; las brasas se consumían en el hogar.

Ni siquiera habían oído los gritos de la ronda que se elevaban lejanos, de hora en hora, durante la noche. No podían dejar de hablar, sobre todo la reina, quien, por primera vez después de tantos años, no temía que estuviera escondido un espía tras de los tapices, para repetir sus frases mas triviales. No creía que un día podría hablar tan libremente; había perdido hasta la memoria de la libertad. No recordaba haberse hallado nunca delante de un hombre que la escuchara con tanto interés, que le respondiera con tanta exactitud, y cuya atención estuviera tan llena de generosidad. Aunque tenían ante ellos muchos días para hablar, no se decidían a interrumpir aquel torrente de confidencias. Tenían que decirse todo sobre el estado de los reinos, el tratado de paz, las cartas del Papa, y sobre sus enemigos comunes; Mortimer tenía que contar su prisión, evasión y destierro, y la reina confesar sus tormentos y los ultrajes sufridos.

Isabel tenía intención de permanecer en Francia hasta que Eduardo viniera a rendir homenaje; ese era el consejo que le había dado Orletón, con quien había tenido una entrevista secreta entre Londres y Douvres.

-No podéis volver a Inglaterra antes de que sean expulsados los Despenser, señora -dijo Mortimer-. No podéis, ni debéis.

Librodot

-Estaba clara su finalidad al atormentarme tan cruelmente durante estos últimos meses. Esperaban que cometiera alguna loca acción de rebeldía para encerrarme en algún convento o castillo lejano, como han hecho con vuestra esposa.

-Pobre amiga Juana -dijo Mortimer-. Ha sufrido mucho por mí.

Y fue a poner un leño en el hogar.

-Fue ella quien me mostró la clase de hombre que erais -prosiguió Isabel-. Debido al miedo que tenía a que me asesinaran, muchas veces la hacía dormir a mi lado. Y ella me hablaba de vos, siempre de vos... Así supe de los preparativos de vuestra evasión, y pude contribuir a ella. Os conozco mejor de lo que creéis, Lord Mortimer.

Hubo un momento como de espera para ambos y también de ligera turbación. Mortimer permanecía inclinado sobre el hogar, cuyo brillo iluminaba su barbilla profundamente cortada y sus espesas cejas.

-Sin esta guerra de Aquitania -continuó la reina-, sin las cartas del Papa, sin esta misión cerca de mi hermano, estoy segura de que me hubiera ocurrido una gran desgracia.

-Sabía, señora, que era el único medio. Creed que no me gustaba esta guerra contra el reino. Si acepté participar en esta empresa y hacer el papel de traidor... porque rebelarse para defender el propio derecho es una cosa, pero pasarse al ejército adversario es otra...

Le dolía su campaña de Aquitania y quería disculparse.

-...fue porque sabía que el Único medio de liberaros era debilitar al rey Eduardo. Fui yo quien concebí vuestra venida a Francia, señora, y no he parado hasta conseguirlo.

La voz de Mortimer estaba animada de una vibración grave. Los párpados de Isabel se entrecerraron. Su mano arregló maquinalmente una de sus trenzas rubias que enmarcaban su rostro como asas de ánfora.

-¿Que herida es ésa que tenéis en el labio, que yo no conocía? -preguntó.

-Un regalo de vuestro esposo, señora, un golpe de mangual que me asestaron los de su partido dentro de la armadura cuando me derribaron en Shrewsbury, donde fui muy desgraciado. Desgraciado, señora, menos por mi mismo, menos por haber arriesgado mi vida y por la prisión sufrida, que por haber fracasado en llevaros la cabeza de los Despenser, después del combate librado por vos.

Eso no era toda la verdad; la salvaguardia de sus dominios y prerrogativas había pesado tanto en las decisiones militares del barón de las Marcas como el deseo de servir a la reina.

Pero en ese momento estaba sinceramente convencido de haber actuado sólo por defenderla. E Isabel lo creyó. ¡Había deseado tanto poder creerlo! ¡Había esperado tanto que se levantara un día un campeón de su causa! Y ahora ese campeón estaba allí ante ella, con su gran mano delgada que había llevado la espada, y la señal en el rostro, ligera pero indeleble, de una herida sufrida por ella. Con su negro vestido parecía arrancado de un libro de caballería.

-¿Os acordáis, amigo Mortimer... os acordáis de la endecha del caballero de Graélent?

Frunció sus espesas cejas. ¿Graélent? Le sonaba el nombre, pero no se acordaba del asunto.

-Está en un libro de María de Francia, libro que me robaron, como todo lo demás -prosiguió Isabel-. Ese Graélent era un caballero tan fuerte, tan hermosamente leal, y su fama era tan grande, que la reina de aquel tiempo se enamoró de el sin conocerlo. Lo mandó buscar, y las primeras palabras que le dijo cuando lo tuvo delante, fueron: «Amigo Graélent, nunca he amado a mi esposo; pero a vos os amo tanto como se puede amar, y soy vuestra.»

Se asombró de su audacia y de que su memoria le hubiera traído tan a propósito las palabras que expresaban exactamente sus sentimientos. Durante varios segundos le pareció que el sonido de su voz se prolongaba en sus tímpanos. Esperaba ansiosa y turbada, confusa y ardiente, la respuesta de este nuevo Graélent.

«¿Puedo confesarle ahora que la amo?», se preguntaba Roger Mortimer como si no fuera esto lo único que podía decir. Pero hay terrenos en que los hombres mas bravos en la batalla se muestran singularmente inhábiles.

-¿Habéis amado alguna vez al rey Eduardo? -dijo.

Los dos se sintieron igualmente decepcionados. ¿Era necesario, en aquel momento, nombrar a Eduardo? La reina se incorporó ligeramente en su asiento.

-Creí amarlo -dijo-. Me esforcé en hacerlo, con sentimientos preconcebidos; luego, conocí en seguida con que hombre me había unido. Ahora le odio, con un odio tan intenso que sólo puede desaparecer con él... o conmigo. ¿Sabéis que durante largos años creí que el disgusto de Eduardo hacia mí provenía de un defecto de mi naturaleza? ¿Sabéis, amigo Mortimer, puesto que debo confesároslo todo, y por otra parte vuestra esposa lo sabe bien, que las últimas veces que se esforzó en frecuentar mi cama, cuando concebí a mi última hija, me impuso que el joven Hugh lo acompañara hasta mi lecho, y para poder cumplir su acto de esposo tenía que acariciarse antes con él, diciéndome que debía amar a Hugh como a el mismo, puesto que estaban tan unidos que no eran mas que uno? Entonces fue cuando lo amenacé con escribir al Papa...

El furor había enrojecido la cara de Mortimer. Era un golpe contra su honor e igualmente contra su sentimiento amoroso. Eduardo era verdaderamente indigno de ser rey. ¡Cuándo se podría gritar a todos sus vasallos: «¡Mirad quién es vuestro soberano, ved ante quien os arrodilláis y habéis prestado homenaje! ¡Retractaos de vuestro juramento!» ¿Y no era injusto, habiendo en el mundo tantas mujeres infieles, que este hombre tuviera una esposa tan virtuosa? ¿No merecía que ella se hubiera entregado al primero que llegara, para envilecerlo? ¿Pero había permanecido ella absolutamente fiel? ¿Había llenado algún secreto amor tan desesperante soledad?

-¿Y nunca os habéis abandonado a otros brazos? -preguntó Mortimer con voz ya celosa, esa voz que complace tanto, que emociona tan intensamente a la mujer, al comienzo de un sentimiento, y que cansa tanto al final de una relación.

-Jamás -respondió.

-¿Ni siquiera en los de vuestro primo el conde de Artois, que parecía mostraros esta mañana bien claramente que estaba enamorado de vos?

Ella se encogió de hombros.

-Ya conocéis a mi primo Roberto; para él cualquier caza es buena. No le importa que sea reina o pícara. Un día lejano, en Westmoustiers, le confié mi desamparo y el se ofreció a consolarme; nada mas. Por otra parte, ya le habéis oído decir: «¿Y seguís con vuestra castidad, prima mía...?» No, gentil Mortimer, mi corazón está desoladamente vacío... y muy cansado de estarlo.

-¡Ah, y yo no me he atrevido a deciros, señora, que desde hace mucho tiempo vos érais la única dama de mis pensamientos! -exclamó Mortimer.

-¿Es verdad eso, mi dulce amigo? ¿Hace mucho tiempo?

-Creo, señora, que desde la primera vez que os vi. Pero me dí cuenta claramente un día en Windsor, al ver cómo se os saltaban las lágrimas por alguna afrenta que os había hecho el rey Eduardo. ¿Creéis que en la prisión no había ni día ni noche en que no pensara en vos, y que la primera pregunta que hice al escaparme de la Torre...?

-Lo sé, amigo Roger, lo sé; me lo dijo el obispo Orletón; entonces me sentí dichosa de haberos ayudado con mi tesoro para que recuperarais la libertad; no por el oro, que nada suponía, sino por el peligro que era grande. Vuestra evasión acrecentó mis tormentos...

Mortimer se inclinó profundamente, arrodillándose casi, para indicar su gratitud.

-¿Sabéis, señora -dijo con tono todavía más grave-, que desde que pisé tierra francesa hice voto de vestirme de negro hasta recobrar a Inglaterra, y... no tocar mujer hasta libertaros?

Alteraba ligeramente los términos iniciales de su voto, y confundía a la reina con el reino. Pero a los ojos de Isabel cada vez se identificaba mas con Graélent, Parsifal, Lanzarote...

-¿Y habéis mantenido vuestro voto? -preguntó la reina.

-¿Lo dudáis?

Ella le dio las gracias con una sonrisa, con un vaho que subió a sus grandes ojos azules, y con la mano tendida, una mano frágil que fue a posarse como un pájaro en la del gran barón. Se entreabrieron los dedos, se enlazaron, se cruzaron...

-¿Creéis que tenemos derecho? -dijo ella tras un silencio-. Prometí fidelidad a mi esposo, por malo que sea. Y vos tenéis una esposa a la que no Se le puede hacer ningún reproche. Hemos contraído lazos ante Dios. Y yo he sido dura con los pecados ajenos...

¿Quería defenderse de si misma o deseaba cargar el pecado sobre el?

Mortimer se levantó.

-Ni vos ni yo, reina mía, nos casamos a gusto nuestro. Pronunciamos el juramento; pero en elecciones que no habíamos hecho nosotros. Obedecimos a decisiones de nuestras familias y no a la voluntad de nuestro corazón. Para almas como las nuestras...

Se interrumpió. El amor que teme ser nombrado empuja a las acciones mas extrañas; el deseo da grandes rodeos para requerir sus derechos. Mortimer estaba en pie delante de Isabel, y sus manos seguían enlazadas.

-¿Queréis, reina mía, que nos hermanemos? ¿Aceptáis intercambiar nuestra sangre para que yo sea siempre vuestro apoyo, y vos siempre mi dama?

Su voz temblaba ante aquella inspiración repentina y desmesurada que había tenido; y los hombros de la reina se estremecieron. Porque había brujería, pasión y fe al mismo tiempo, y una mezcla de todas las cosas divinas y diabólicas, caballerescas y carnales a la vez en lo que acababa de proponer. Era el ligamen de sangre de los hermanos de armas y el de los amantes legendarios, el ligamen de los Templarios traído de Oriente por las cruzadas, el ligamen de amor que unía a la esposa mal casada con el amante elegido, y a veces por encima del marido mismo, a condición de que el amor fuera casto... ó que se creyera que lo sería. Era el juramento de los cuerpos, mas poderoso que el de las palabras y que no se podía romper, retractar ni anular. Las dos criaturas humanas que lo pronunciaban quedaban más unidas que los mellizos, debían protegerse en todo y no podían sobrevivirse. «Deben de estar hermanadas»..., se decía de ciertas parejas, con un pequeño estremecimiento de temor y de envidia.

-¿Podría solicitaros todo? -dijo Isabel con voz muy baja.

Mortimer respondió cerrando los párpados.

-Me entrego a vos -dijo él-. Podéis exigirme lo que os plazca, y no darme mas que lo que vos queráis. Mi amor será lo que vos deseéis. Puedo acostarme a vuestro lado, desnudos ambos, y no tocaros si me lo habéis prohibido.

No respondían estas palabras al deseo de los dos, sino a una especie de rito de honor que se debían, conforme a las tradiciones caballerescas. El amante se obligaba a mostrar la fuerza de su alma y la pujanza de su respeto. Se ofrecía a la prueba cortés, cuya duración se dejaba a la decisión de la amante; dependía de ella que durara siempre o que fuera abolida inmediatamente.

-¿Consentís, reina mía? -dijo.

Ahora fue ella la que respondió bajando los párpados.

-¿En el dedo? ¿En la frente? ¿En el corazón? -preguntó Mortimer.

Podían hacerse una incisión en el dedo, dejar que su sangre goteara en un vaso, mezclarlas y beber por turno. Podían hacerse una incisión en la frente, al nacimiento de los cabellos, y juntando las cabezas, intercambiar mutuamente sus pensamientos...

-En el corazón -respondió Isabel.

Era la respuesta que el deseaba.

Cantó un gallo en los alrededores, y su grito rasgó la noche silenciosa. Isabel pensó que el día que iba a levantarse sería el primero de primavera.

Roger Mortimer se abrió la cota, la dejó caer al suelo y se arrancó la camisa. Ante la mirada de Isabel apareció con el torso desnudo, bombeado.

La reina se desprendió el corpiño; con un movimiento flexible de los hombros sacó de las mangas sus brazos finos y blancos, y descubrió sus senos, a los que cuatro maternidades no habían hecho caer; su gesto tenía un orgullo decidido, casi desafiante.

Mortimer se sacó la daga de la cintura, e Isabel el largo alfiler, terminado en una perla, que retenía sus trenzas, y las asas de ánfora cayeron con suave caída. Mortimer, sin apartar la mirada de los ojos de la reina, con mano firme, se hirió en la piel; la sangre corrió, como un minúsculo arroyo rojo a través de su vello castaño. Isabel hizo lo mismo con el alfiler, en el nacimiento del seno izquierdo, y la sangre brotó como el jugo de un fruto. El miedo al dolor, más que el dolor mismo, le crispó por un instante la comisura de los labios. Luego ella avanzó un paso hacia Mortimer y apoyó sus senos contra su torso levantándose sobre las puntas de los pies para juntar las dos heridas. Cada uno de ellos sintió el contacto de la carne que se aproximaba por primera vez y de aquella sangre tibia que les pertenecía a los dos.

-Amigo -dijo ella-, os entrego mi corazón y tomo el vuestro, que me hace vivir.

-Amiga -respondió el-, lo retengo con la promesa de guardarlo en lugar del mío.

No se desprendieron; prolongaron indefinidamente este extraño beso de los labios que se habían abierto voluntariamente en el pecho. Sus corazones, repercutiendo uno en el del otro, batían al unísono, rápidos y violentos. Tres años de castidad de el y quince de espera amorosa de ella.

-Apriétame fuerte, amigo -murmuró ella.

Su boca se elevó hacia la blanca cicatriz que dividía el labio de Mortimer, y sus dientes de pequeño carnicero se entreabrieron para morder.

El rebelde de Inglaterra, el evadido de la Torre de Londres, el gran señor de las Marcas galesas, el antiguo Gran juez de Irlanda, Lord Mortimer de Wigmore, amante de la reina Isabel desde hacia dos horas, acababa de salir triunfante, pletórico de sueños, por la escalera privada.

La reina no tenía sueño. Tal vez más adelante se apoderaría de ella el cansancio; por el momento estaba deslumbrada, estupefacta como si un cometa continuara girando alrededor de ella. Contemplaba con emocionada gratitud el lecho revuelto. Saboreaba la sorpresa de la felicidad hasta entonces desconocida. Nunca había imaginado que se pudiera aplastar la boca contra un hombro para ahogar un grito. Permanecía en pie cerca de la ventana, cuyos postigos pintados había abierto. Sobre París surgía el día, brumoso y mágico. ¿Era verdad que había llegado la víspera por la tarde? ¿Había existido hasta esa noche? ¿Era esta misma ciudad la que había conocido en su infancia? El mundo nacía de repente.

El Sena corría, gris, a los pies de palacio, y allá, en la otra orilla se levantaba la vieja Torre de Nesle. Isabel se acordó de pronto de su cuñada Margarita de Borgoña. Un gran pánico se apoderó de ella: «¿Qué hice entonces? -pensó- ¿Qué hice...? ¡Si hubiera sabido...!»

Todas las mujeres enamoradas desde el comienzo de los tiempos le parecían criaturas elegidas, hermanas suyas... «¡He tenido el placer, que vale más que todas las coronas del mundo, y no lamento nada...!» Estas palabras, este grito que Margarita, ahora muerta, le había lanzado desPués del juicio de Maubuisson, ¡cuantas veces se lo había repetido Isabel sin comprenderlo! Y, por fin, esa mañana de primavera, la fuerza de un hombre, la alegría de tomar y ser tomada, se lo había hecho comprender. «Seguramente, hoy no la denunciaría.» Y, de repente, sintió remordimiento y vergüenza de aquel acto que había creído de justicia real y ahora le parecía el único pecado de su vida.

VI

Aquel hermoso año de 1325.

Librodot

Para la reina Isabel la primavera del año 1325 fue encantadora. Se maravillaba de las soleadas mañanas en las que centelleaban los tejados de la ciudad; millares de pájaros piaban en los jardines; las campanas de todas las iglesias, conventos, monasterios, incluso la campana mayor de Notre-Dame, parecía dar horas de felicidad. Las lilas embalsamaban las noches, bajo un cielo estrellado.

Cada jornada aportaba su brazada de placeres: justas, fiestas, torneos, partidas de caza y de campo. La capital tenía aspecto próspero, y en todas partes se notaba un gran deseo de divertirse. Se gastaba profusamente en diversiones públicas, a pesar de que el presupuesto del Tesoro había señalado el año anterior una pérdida de trece mil seiscientas libras, cuya causa,« según reconocían todos, había sido la guerra de Aquitania. Para conseguir ingresos, multaron con doce, quince y cincuenta mil libras a los obispos de Ruan, Langres y Lisieux, respectivamente, por las violencias cometidas contra sus cabildos o la gente del rey; de tal forma estos prelados, demasiado autoritarios, habían cubierto el déficit militar. Además, se ordenó a los Lombardos una vez más que volvieran a comprar su derecho de burguesía.

Así se alimentaba el lujo de la corte; todos se daban prisa en divertirse y gozaban de ese primer placer que consiste en darse como espectáculo a los demás. Y lo que ocurría en la nobleza ocurría en la burguesía y hasta en el bajo pueblo; todos gastaban más allá de sus medios en cosas que sólo concernían a la alegría de vivir. Hay años de esta clase, en los que el destino parece sonreír: son un reposo, un respiro, en medio de las dificultades de los tiempos... Se vende y se compra lo que se llama superfluo, como si fuera superfluo adornarse, seducir, conquistar, entregarse a los derechos del amor, probar las cosas raras que son fruto del ingenio humano, aprovechar todo lo que la providencia o la naturaleza ha dado al hombre para que se deleite por su excepcional condición en el universo.

Naturalmente, se quejaban; pero no por miserables, sino por no poder saciar todos sus deseos. Se quejaban de ser menos ricos que los mas ricos, de no tener tanto como los que lo tenían todo. La estación era excepcionalmente benigna; los negocios, milagrosamente prósperos. Se había renunciado a la cruzada, no se hablaba de poner en pie al ejército ni de rebajar el valor de la libra; el Consejo privado se ocupaba de impedir el despoblamiento de los ríos; y los pescadores de caña, instalados en hileras en las dos orillas del Sena, se calentaban al suave sol de mayo.

Se respiraba amor en aquella primavera; y hubo más matrimonios, y también más bastardos que desde hacía mucho tiempo. Las jóvenes estaban alegres y cortejadas; los muchachos, decididos y jactanciosos. Los viajeros no tenían bastantes ojos para descubrir las maravillas de la ciudad, ni garganta suficientemente amplia para saborear todo el vino de las posadas, ni noches bastante largas para apurar tantos placeres que se les ofrecían.

¡Ah, cuanto se recordaría aquella primavera! Claro esta que había enfermedades, duelos, madres que llevaban al cementerio a sus hijos pequeños, paralíticos, maridos engañados debido a la ligereza de las costumbres, tenderos robados que acusaban a la ronda de no vigilar, incendios que dejaban a familias sin hogar, algunos crímenes; pero todo eso era imputable sólo a la desgracia, y no al rey o su Consejo.

Era una suerte vivir aquel 1325, ser joven o estar en el tiempo activo de la existencia, o simplemente tener salud. Y era una gran tontería no apreciarlo bastante, y no agradecer a Dios lo que otorgaba. El pueblo de París hubiera saboreado más aquella primavera de 1325 de haber sabido la forma en que iba a envejecer. Un verdadero cuento de hadas que, cuando se les contara, apenas creerían los niños concebidos durante esos meses exquisitos entre sábanas perfumadas con espliego. ¡Mil trescientos veinticinco! ¡Hermosa época! ¡Y que poco tiempo había de pasar para que se le llamara «el buen tiempo»!

¿Y la reina Isabel? La reina Isabel parecía resumir en su persona todo el prestigio y todas las alegrías. La gente se volvía a su paso, no solo porque era la soberana de Inglaterra e hija del gran

rey cuyos edictos financieros, hogueras y terribles procesos se habían olvidado, para recordar sólo sus sabias ordenanzas, sino también porque era hermosa y parecía satisfecha.

El pueblo decía que hubiera llevado mejor la corona que su hermano Carlos el Hermoso, príncipe muy gentil pero grotesco, y se preguntaba si había sido buena la ley promulgada por Felipe el Largo que prohibía a las mujeres ocupar el trono. ¡Qué necios eran los ingleses al causar molestias a tan gentil reina!

Isabel, a los treinta y tres años, exhibía un esplendor con el que ninguna mozuela, por lozana que fuera, podía rivalizar. Las más famosas bellezas de la juventud francesa quedaban ensombrecidas cuando aparecía ella. Y todas las jovencitas aspiraban a parecérsele y la tomaban como modelo: copiaban sus vestidos, sus gestos, sus trenzas levantadas, su forma de mirar y de sonreír.

Una mujer enamorada se distingue en el andar, hasta por detrás; los hombros, caderas y paso de Isabel expresaban su felicidad. Casi siempre iba acompañada por Lord Mortimer, quien había conquistado a la ciudad desde la llegada de la reina. La gente, que el año anterior lo consideraba sombrío, orgulloso, demasiado altivo para ser un desterrado, y que encontraban en su virtud cierto aire de reproche, descubrió de pronto en Mortimer un hombre de gran carácter y seducción, muy digno de ser admirado. Se dejó de considerar lúgubre su vestimenta negra, realzada solamente por algunos broches de plata; en su manera de vestir no veían ahora más que la elegante ostentación de un hombre que lleva luto por su patria perdida.

Aunque no tenía ninguna misión oficial cerca de la reina, lo que hubiera significado una provocación demasiado clara al rey Eduardo, en realidad Mortimer dirigía las negociaciones. El obispo de Norwich sufría su ascendiente; Juan de Cromwell no se recataba de declarar que se había hecho injusticia al barón de Wigmore, y que había sido una locura del soberano haberse enajenado la amistad de un señor de tan altos méritos; el conde de Kent se había hecho gran amigo de Mortimer, y no decidía nada sin su consejo.

Era sabido y admitido que Lord Mortimer se quedaba después de cenar con la reina, quien, según ella, requería «su consejo». Todas las noches, al salir del departamento de Isabel, sacudía por el hombro a Ogle, el antiguo barbero de la Torre de Londres, ascendido a ayuda de cámara, que lo esperaba dormitando sobre un cofre. Pasaban por encima de los servidores dormidos a lo largo de los pasillos, quienes ni siquiera se quitaban de la cara el faldón de su manto, acostumbrados como estaban a aquellos pasos familiares.

Aspirando con expresión triunfal el fresco de la madrugada, llegaba Mortimer a su alojamiento de Saint-Germain-des-Pres, donde lo recibía el rubio y atento Alspaye, a quien él creía... ¡ingenuos amantes!... único confidente de su relación con la reina.

Ahora estaba claro que ésta no regresaría a Inglaterra hasta que pudiera hacerlo Mortimer. El ligamen que se habían jurado se hacía, de día en día y de noche en noche, cada vez mas estrecho, mas sólido; y la pequeña cicatriz blanca en el pecho de Isabel, donde él ponía los labios antes de dejarla, como si fuera un ritual, seguía siendo la huella visible del intercambio de sus voluntades.

Aunque una mujer sea reina, su amante siempre es su dueño; Isabel de Inglaterra, capaz de hacer frente sola a las discordias conyugales, a las traiciones de un rey, al odio de una corte, se estremecía cuando Mortimer posaba la mano sobre su hombro, se sentía desfallecer cuando él salía de su habitación, y llevaba cirios a las iglesias para agradecer a Dios haberle permitido un pecado tan maravilloso. Cuando Mortimer estaba ausente, aunque sólo fuera por una hora, se lo figuraba sentado a su lado, y le hablaba en voz baja. Todas las mañanas, al despertar, antes de llamar a sus servidoras, se deslizaba en el lecho hacia el lugar donde momentos antes había estado su amante. Una matrona le había enseñado ciertos secretos útiles para las damas que buscan placer fuera del matrimonio. Y en los círculos de la corte se susurraba, sin reproche alguno, que la reina Isabel estaba en amores, como si se hubiera dicho que estaba en el campo, o mejor aun, extasiada.

Los preliminares del tratado, que alguien había hecho durar, fueron prácticamente firmados el 21 de mayo por Isabel y su hermano, con el consentimiento reticente de Eduardo, quien recuperaba su dominio de Aquitania pero con la amputación de Agen y Bazadais, es decir, las regiones que el ejército francés había ocupado años atrás y además, mediante el pago de sesenta mil libras. Valois se había mostrado inflexible en esto. Fue necesaria hasta la mediación del Papa para llegar a un acuerdo, supeditado a la expresa condición de que Eduardo fuera a rendir homenaje, lo cual le repugnaba visiblemente, ahora no sólo por motivos de prestigio, sino por razones de seguridad. Se convino entonces un subterfugio que pareció satisfacer a todos. Sería fijada una fecha para este famoso homenaje; luego, Eduardo, en el último momento, fingiría estar enfermo, lo cual, por otra parte, apenas sería mentira, ya que ahora con sólo pensar en poner el pie en Francia se apoderaba de el una gran ansiedad, palidecía, se ahogaba, perdía pulsaciones y debía acostarse, jadeante durante una hora. Entregaría entonces a su primogénito, el joven Eduardo, los títulos y posesiones de duque de Aquitania, y lo enviaría en su lugar a prestar juramento.

Todos creían salir gananciosos con esta combinación. Eduardo eludía la obligación de un viaje temido; los Despenser evitaban el peligro de perder su influencia sobre el rey; Isabel recobraba a su hijo preferido, cuya separación le hacía sufrir; y Mortimer veía el refuerzo que suponía para sus futuros proyectos la presencia del príncipe heredero en el partido de la reina.

Este partido no dejaba de crecer, incluso en la misma Francia. Eduardo se asombraba de que, a fines de aquella primavera, varios de sus barones hubieran tenido necesidad de ir a visitar sus posesiones francesas, y se inquietaba todavía más al saber que ninguno volvía. Por otra parte, los Despenser tenían varios espías en París, que informaban a Eduardo sobre la actitud del conde de Kent, sobre la presencia de Maltravers al lado de Mortimer, y sobre la oposición que se centraba en la corte de Francia alrededor de la reina. La correspondencia oficial entre los dos esposos seguía siendo cortés, e Isabel, en largos mensajes donde explicaba la lentitud de las negociaciones, llamaba a Eduardo «dulce corazón». Pero Eduardo había ordenado a los almirantes y sherifs de los puertos que interceptaran a todos los mensajeros de cualquier condición que llevaran cartas enviadas a quienquiera que fuese, por la reina, el obispo de Norwich o toda otra persona del séquito. Estos mensajeros tenían que ser enviados ante el rey bajo fuerte escolta. Pero, ¿se podía detener a todos los lombardos que circulaban con letras de cambio?

En París, un día que Roger Mortimer caminaba por el barrio del Temple, acompañado de Alspaye y Ogle, le pasó rozando un bloque de piedra caído de un edificio en construcción. Se salvó de morir aplastado por el ruido que hizo el bloque al chocar con una tabla del andamiaje. Consideró el hecho como simple accidente; pero tres días después, al salir de casa de Roberto de Artois, cayó una escalera delante de su caballo. Mortimer fue a entrevistarse con Tolomei, que conocía el París secreto mejor que nadie. El sienés hizo venir a uno de los jefes de los compañeros albañiles del Temple, que habían conservado su inmunidad a pesar de la dispersión de los caballeros de la Orden; y cesaron los atentados contra Mortimer.

Hasta dirigían desde los andamios grandes saludos, quitándose los gorros, al señor inglés vestido de negro. Sin embargo, Mortimer adoptó la costumbre de ir fuertemente escoltado y de hacer probar su vino con un cuerno de narval, precaución contra el veneno. Se ordenó a los truhanes que vivían a expensas de Roberto de Artois que abrieran bien los ojos y las orejas. Las amenazas que rodeaban a Mortimer no hicieron más que intensificar el amor que la reina Isabel sentía por él.

Y de repente, a comienzos de agosto, poco antes del tiempo señalado para el homenaje inglés, monseñor de Valois, tan sólidamente instalado en el poder que se llamaba el «segundo rey», se desplomó a los cincuenta y cinco años.

Desde hacía varias semanas estaba muy colérico, se irritaba por todo.

Particularmente, tuvo un fuerte arrebato al recibir del rey Eduardo la inesperada proposición de casar a sus dos hijos más jóvenes, Luis de Valois y Juana de Inglaterra, que frisaban en los siete

Librodot

años. ¿Había comprendido Eduardo el error cometido dos años antes, al rehusar el matrimonio de su primogénito, y pensaba atraer de esa manera a Valois a su juego? Monseñor Carlos, con una reacción incomprensible, había considerado esta proposición como un segundo insulto, y se encolerizó tanto que empezó a romper los objetos de su mesa. Al mismo tiempo, demostraba gran actividad en los asuntos de gobierno, se impacientaba por la lentitud del Parlamento en aprobar las disposiciones, y discutía con Miles de Noyers las cifras proporcionadas por la Cámara de Cuentas; luego se quejaba de la fatiga que le producían estas tareas.

Una mañana que estaba en consejo e iba a rubricar un acta, dejó caer la pluma de ganso que le tendían y manchó de tinta la cota azul de que iba vestido. La mano le quedó colgando al lado de la pierna, y los dedos se le volvieron de piedra. Se sorprendió del silencio que se hacía alrededor de él, y no se dio cuenta de que caía del asiento.

Lo levantaron, fijos los ojos hacia la izquierda, en lo alto de las órbitas; la boca torcida hacia el mismo lado, y sin conocimiento. Tenía la cara muy colorada, casi violeta, y se apresuraron a ir en busca de un médico para que lo sangrara. Al igual que le había ocurrido once años antes a su hermano Felipe el Hermoso, Valois acababa de ser golpeado en la cabeza, en los engranajes misteriosos de la voluntad. Creyeron que se moría, y en su palacio, a donde lo llevaron, toda la casa empezó a gimotear como si estuviera ya de duelo.

Sin embargo, después de unos días en que daba muestras de estar vivo más por la respiración que por el pensamiento, recuperó a medias el conocimiento. Recobró la palabra, aunque vacilante, mal articulada, sin aquella energía y altisonancia que la caracterizaban anteriormente; la pierna derecha no le obedecía, ni tampoco la mano que había dejado caer la pluma.

Inmóvil en su asiento, ahogado por el calor de las mantas, con las que creían conveniente arroparlo, el ex rey de Aragón, ex emperador de Constantinopla, conde de Romaña, el par francés perpetuo candidato al Imperio de Alemania, el dominador de Florencia, el vencedor de Aquitania y organizador de cruzadas, pensaba de repente que todos los honores que un hombre puede alcanzar no son nada cuando se apodera de él la debilidad del cuerpo. Él, que desde su infancia no había tenido más ansiedad que la de conquistar los bienes de la tierra, descubría de pronto otras angustias. Exigió que lo llevaran a su castillo de Perray, cerca de Rambouillet, a donde no iba casi nunca y que de repente se le hizo grato, por esa extraña atracción que sienten los enfermos hacia los lugares donde imaginan que recobrarán la salud.

Su cerebro, cuya energía había disminuido, pero no su claridad, estaba obsesionado al identificar su enfermedad con la que había atacado a su hermano mayor. Buscaba en sus actos la causa de este castigo que le infligía el Todopoderoso. Al debilitarse se hacía piadoso. Pensaba en el juicio Final. Los orgullosos se justifican fácilmente; Valois no encontraba casi nada que reprocharse. En todas sus campañas, en todos los saqueos y matanzas que había ordenado, en todas las extorsiones que había hecho sufrir a las provincias conquistadas y liberadas por él, consideraba que había usado siempre sus poderes de jefe y príncipe. Sólo un recuerdo le causaba remordimiento, una sola acción le parecía el origen de su actual expiación, un solo nombre se detenía en los labios al hacer examen de su carrera: Marigny. Porque en realidad nunca había odiado a nadie, salvo a Marigny. A todos los otros que había atropellado, castigado, atormentado y enviado a la muerte, lo había hecho convencido de ser un bien general que él confundía con sus propias ambiciones. Pero con Marigny había sido un asunto de odio personal. Había mentido a sabiendas al acusar a Marigny, había prestado falso testimonio contra él, y había suscitado falsas deposiciones; no había retrocedido ante ninguna bajeza para enviar al antiguo primer ministro, coadjutor y rector del reino, más joven entonces que el ahora, a que se balancease en Montfaucon. Se había dejado llevar por el deseo de venganza, por el rencor que le producía ver, día tras día, que otro tenía en Francia mas poder que él.

Y ahora, sentado en el patio de su casa solariega de Perray, mientras observaba el paso de los pájaros y miraba a los escuderos sacar los hermosos caballos que no volvería a montar, Valois

Librodot

comenzó... ¡la palabra le sorprendía a él mismo, pero no había otra!... empezó a querer a Marigny, a sentir afecto por su recuerdo. Hubiera deseado que su enemigo estuviera vivo para poderse reconciliar con él, y hablarle de todas las cosas que habían conocido y vivido juntos, y sobre las que tanto habían disputado. Echaba menos en falta a su hermano mayor Felipe el Hermoso, a su hermano Luis de Evreux, incluso a sus dos primeras esposas, que a su rival; y en los momentos que creía que no lo observaban, lo sorprendían murmurando algunas frases de una conversación tenida con un muerto.

Todos los días enviaba a uno de sus chambelanes, provisto de un saquete de monedas, a repartir limosnas a los pobres de un barrio de París, parroquia por parroquia; y los chambelanes, al depositar las monedas en las mugrientas manos, debían decir: «Rogad, buena gente, rogad a Dios por monseñor Enguerrando de Marigny y por monseñor Carlos de Valois.» Creía que si se pronunciaba su nombre junto al de su víctima, en las mismas plegarias, se ganaría la clemencia del Cielo. El pueblo de París se sorprendía de que el poderoso y magnífico señor de Valois se hiciera nombrar junto a quien él había proclamado, en otro tiempo, responsable de todas las desgracias del reino, y había hecho colgar en las cadenas del patíbulo.

En el Consejo, el poder había pasado a Roberto de Artois, quien, por enfermedad de su suegro, se encontraba de repente ascendido al primer rango. El gigante recorría frecuentemente, con los estribos calzados a fondo, la ruta de Perray en compañía de Felipe de Valois, para solicitar la opinión del enfermo. Porque todos se daban cuenta, y Artois el primero, del vacío que se había abierto de pronto en la dirección de los asuntos de Francia. Cierto que a monseñor de Valois se le había considerado bastante embrollón, dispuesto a resolverlo todo sin reflexionar lo suficiente, y hecho a gobernar mas de capricho que prudentemente; pero por haber rodado de corte en corte, de París a España y de España a Nápoles; por haber defendido los intereses del Padre Santo en Toscana; por haber participado en todas las campañas de Flandes, por haber intrigado en busca del trono del Sacro Imperio y haberse sentado durante mas de treinta años en el Consejo de cuatro reyes de Francia, poseía la costumbre de plantear los problemas del reino dentro del conjunto de los asuntos de Europa. Y eso lo hacía de manera casi inconsciente.

Roberto de Artois, conocedor de las costumbres y gran pleitista, carecía de estas amplias perspectivas. Así, del conde de Valois se decía que era «el último», sin precisar bien lo que entendían por eso, como no fuera el Último representante de una gran manera de gobernar el mundo, y que sin duda iba a desaparecer.

El rey Carlos el Hermoso, indiferente, se paseaba de Orleáns a Saint-Maixent y Châteauneuf-sur-Loire, siempre a la espera de que su tercera esposa le diera la buena noticia de estar encinta.

La reina Isabel se había convertido en dueña, por decirlo así, del palacio de París, y alrededor de ella se creaba una especie de segunda corte inglesa.

La fecha del homenaje se había fijado para el 30 de agosto. Eduardo esperó la última semana del mes para ponerse en camino y, luego, fingirse enfermo en la abadía de Sandown, cerca de Douvres. El obispo de Wínchester fue enviado a París para certificar bajo juramento, si era necesario, cosa que no le exigieron, la validez de la excusa y proponer la sustitución del padre por el hijo, con el bien entendido de que el príncipe Eduardo, nombrado duque de Aquitania y conde de Ponthieu, llevaría las sesenta mil libras prometidas.

El joven príncipe llegó el 16 de septiembre, pero acompañado del obispo de Oxford y, sobre todo, de Walter Stapledon, obispo de Exeter y Lord tesorero. El rey Eduardo, al escoger a éste, que era uno de los más activos y acérrimos partidarios de Despenser, así como el hombre más hábil y astuto y uno de los más destacados, indicaba claramente su deseo de no cambiar de política. El obispo de Exeter no estaba encargado solamente de una misión de escolta.

El mismo día de la llegada y casi en el preciso momento en que la reina Isabel apretaba en sus brazos a su hijo, se supo que monseñor de Valois había sufrido una recaída y que se esperaba

Librodot

que entregara su alma a Dios de un momento a otro. En seguida, toda la familia, los grandes dignatarios, los barones que se encontraban en París, los enviados ingleses, todo el mundo se precipito a Perray, salvo el indiferente Carlos el Hermoso, que inspeccionaba en Vincennes unos arreglos interiores que había ordenado a su arquitecto Painfetiz.

Y el pueblo de Francia continuaba disfrutando de su hermoso año 1325.

VII
Cada príncipe que muere.

¡Cuanto había cambiado monseñor de Valois para los que no lo habían visto durante las ultimas semanas! Antes, estaba siempre tocado, ya con una gran corona centelleante de pedrerías los días de pompa, o bien con una caperuza de terciopelo bordado, cuya inmensa cresta dentellada le caía sobre el hombro, o con uno de aquellos bonetes con cerco de oro, que llevaba en sus habitaciones. Ahora, por primera vez, dejaba la cabeza descubierta y sus cabellos rubios, veteados de blanco, a los que la edad habla dado un color desvaído, colgaban a lo largo de sus mejillas y sobre los cojines. Su delgadez, en un hombre que antes era robusto y sanguíneo, resultaba impresionante, aunque menos que la inmóvil contracción de la mitad de la cara, que la boca ligeramente torcida de la que un sirviente limpiaba la saliva, menos incluso que la apagada fijeza de su mirada. Los paños recamados de oro, las cortinas azules sembradas de flores de lis, que, extendidas como un dosel pasaban por encima de la cabecera de la cama, no hacían mas que acentuar la decadencia física del moribundo.

Él mismo Valois, antes de recibir a toda aquella gente que se apretujaba en su habitación, había solicitado un espejo, y durante un momento había estudiado aquel rostro que dos meses antes impresionaba a pueblos y reyes. ¿Qué le importaban ahora el prestigio y el poder? ¿Dónde estaban las ambiciones que tanto había perseguido? ¿Qué significaba aquella satisfacción de caminar siempre con la cabeza levantada entre las frentes inclinadas, desde que en aquella cabeza habla estallado y oscilado todo? ¿No estaba muerta aquella mano que servidores, escuderos y vasallos se lanzaban a besar? Y la otra mano, que todavía podía mover, y de la que se serviría en seguida para firmar el testamento que iba a dictar -en el supuesto de que esa mano izquierda pudiera trazar los sígnos de la escritura-, ¿era mas suya que el sello grabado con el que sellaba sus órdenes, y que le quitarían del dedo después de su muerte? ¿Había poseído verdaderamente alguna cosa? La pierna derecha, totalmente inerte, parecía que ya estaba perdida. Dentro de su pecho se producía a veces como un vacío de abismo.

El hombre es una unidad pensante que actúa sobre los demás y transforma el mundo. Luego, de repente, la unidad se disgrega, se desliga, y entonces, ¿qué es el mundo y qué son los demás? Lo importante en ese momento, para monseñor de Valois, no eran los títulos, las posesiones, las coronas, los reinos, las prerrogativas del poder, la primacía de su persona entre los vivos. Los emblemas de su linaje, las adquisiciones de su fortuna, incluso sus descendientes agrupados alrededor de él: todo ello había perdido para el su valor esencial. Lo importante era el aire de septiembre, el follaje todavía verde, con vetas de color rojizo, que veía por las ventanas abiertas; pero sobre todo el aire, el aire que respiraba con dificultad y que era tragado por aquel abismo que llevaba en el fondo del pecho. Mientras sintiera entrar el aire por su garganta, el mundo continuaría existiendo con él en su centro, pero un centro frágil, semejante al final de la llama de un cirio. Luego, todo cesaría, o mas bien, todo continuaría, pero en la oscuridad total y en el mas espantoso silencio, como subsiste la catedral cuando se apaga el ultimo cirio.

Valois se acordaba de los últimos momentos de miembros de su familia. Volvía a escuchar las palabras de Felipe el Hermoso: «¡Mirad lo que vale el mundo. He aquí al rey de Francia!» Se acordaba de las palabras de su sobrino Felipe el Largo: «Ved aquí al rey de Francia, vuestro

soberano señor; no hay ninguno entre vosotros, por pobre que sea, con el que no quisiera cambiar mi suerte.» Había escuchado esas frases sin entenderlas. Eso era lo que habían sentido los príncipes de su familia en el momento de la muerte. No podían decir otras palabras, pero los que gozaban de salud no las podían comprender. Todo hombre que muere es el mas infeliz del universo.

Y cuando todo se hubiera desligado, apagado, disuelto; cuando la catedral se hubiera llenado de sombras, ¿que iba a descubrir ese pobre hombre mas allá? ¿Encontraría lo que le había enseñado la religión? ¿Pero qué eran esas enseñanzas sino inmensas, angustiosas incertidumbres? ¿Sería llevado ante un tribunal? ¿Cuál sería la cara del juez? ¿Y en qué balanza se pesarían todos los actos de su vida? ¿Qué pena puede infligir a quien ya no existe? El castigo... ¿Qué castigo? ¡Tal vez el castigo consistiera en conservar el entendimiento claro en el momento de atravesar el muro de Las sombras!

también Enguerrando de Marigny -Carlos de Valois no podía dejar de pensar en él- había tenido el entendimiento claro, el entendimiento más claro aún, del hombre que goza de buena salud, que está en su plenitud física y que va a morir, no por la rotura de algún engranaje secreto del ser, sino por la voluntad de otro. Para él la muerte no había sido el último resplandor de un cirio, sino el súbito apagón de todas las llamas.

Los mariscales, los dignatarios y grandes oficiales que habían acompañado a Marigny a la horca, los mismos o sus sucesores en los cargos, estaban en aquel momento allí, a su alrededor, llenando la habitación, desbordándose hasta la pieza contigua, con la mirada de hombres que asisten a la última pulsación de uno de los suyos, extraños al fin que observan, y teniendo ante ellos un porvenir del que queda eliminado el moribundo.

¡Ah! ¡Con qué gusto hubiera dado todas las coronas de Bizancio, todos los tronos de Alemania, todos los cetros y todo el oro de los rescates por una mirada, una sola, en la que no se sintiera eliminado! Pena, compasión, pesar, espanto y emoción del recuerdo, todo esto se leía en los ojos que rodeaban el lecho del príncipe moribundo; pero todos estos sentimientos no eran mas que una prueba de la eliminación.

Valois observaba a su primogénito, Felipe, mozo gallardo de gran nariz, que estaba en pie a su lado, bajo el dosel, y que mañana o un día muy próximo, tal vez dentro de un minuto, sería el único, el verdadero conde de Valois, el Valois vivo. Estaba triste, de acuerdo con las circunstancias el gran Felipe y apretaba la mano de su esposa Juana de Borgoña, la Coja; pero cuidadoso, a la vez, de su actitud, por el porvenir que se le presentaba, parecía decir a los asistentes: «¡Mirad, es mi padre el que muere!» En sus ojos Valois estaba también eliminado.

Y los otros hijos... Carlos de Alençon, que evitaba cruzar la mirada con el moribundo, apartándola lentamente hasta que la volvía a encontrar; el pequeño Luis, atemorizado, parecía enfermo de miedo, ya que era la primera agonía que veía... Y las hijas... Estaban varias presentes: la condesa de Hainaut, que, de vez en cuando, hacía una señal al sirviente encargado de limpiar la boca de Valois; y la menor, la condesa de Blois, y mas lejos la condesa de Beaumont junto a su gigante esposo, Roberto de Artois, ambos formando grupo con la reina Isabel de Inglaterra y el pequeño duque de Aquitania, mozuelo de largas pestañas, en actitud discreta como se está en la iglesia, y que sólo conservaría de su tío Valois este recuerdo. A Valois le pareció que también por aquel lado se fraguaba algo, un porvenir del que igualmente él quedaba eliminado...

Si inclinaba la cabeza hacia el otro lado de la cama, veía rígida, impertérrita, pero viuda ya, a Mahaut de ChâtillonSaint-Pol, su tercera esposa. Gaucher de Châtillon, el anciano condestable, con su cara de tortuga y sus setenta y siete años, estaba a punto de alcanzar otra victoria: estaba viendo morir a un hombre veinte años más joven que Él.

Esteban de Mornay y Juan de Cherchemont, ambos antiguos cancilleres de Valois antes de serlo de Francia; Miles de Noyers, legista y maestro de la Cámara de Cuentas; Roberto Bertrand, el caballero del verde león y nuevo mariscal; el hermano Tomás de Bourges, confesor, y Juan de Torpo, físico, estaban allí para ayudarle, cada uno en su menester. Pero, ¿quién puede ayudar a un

Librodot

hombre a morir? Hugo de Bouville se enjugaba una lágrima. ¿Por qué lloraba el grueso Bouville sino por su juventud ida, su vejez próxima y su vida ya pasada?

Ciertamente, un príncipe moribundo es un hombre más pobre que el más pobre siervo de su reino. Porque el siervo no tiene que morir en público; su mujer y sus hijos pueden engañarle sobre la inminencia de su muerte; no se ve rodeado de un boato que le señala su desaparición; no se le exige que deje, in extremis, constancia de su propio fin. Precisamente eso era lo que esperaban de Valois todos los grandes personajes reunidos. ¿No es el testamento la confesión que uno hace de su propia muerte? Una pieza destinada al porvenir de los demás... Su secretario particular esperaba, preparados tintero, vitela y pluma. ¡Vamos, había que empezar... o mejor dicho, acabar! Más que el esfuerzo físico, era difícil el esfuerzo del renunciamiento... El testamento empezaba como una plegaria...

-En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...

Carlos de Valois había hablado. Parecía que rezaba.

-Escribid, pues, amigo -dijo al secretario-. Oid bien lo que os voy a dictar. Yo, Carlos...

Se interrumpió, porque era una sensación dolorosa y aterradora oír su voz pronunciando su nombre por última vez. ¿No es el nombre el símbolo mismo de la existencia del ser y de su unidad? Valois hubiera deseado acabar aquí, porque nada le interesaba ya. Pero todas las miradas estaban fijas en él. Por última vez tenía que actuar para los demás, de quienes se sentía ya tan profundamente separado.

-Yo, Carlos, hijo del rey de Francia, conde de Valois, de Alençon, de Chartres y de Anjou, hago saber que, sano de espíritu aunque enfermo de cuerpo...

Si bien las frases quedaban parcialmente desfiguradas y la lengua se enredaba en ciertas palabras, a veces las más sencillas, la mecánica cerebral continuaba, en apariencia, funcionando con normalidad. Pero este dictado se efectuaba en una especie de desdoblamiento, como si el fuera su propio oyente; le parecía estar en medio de un brumoso río; su voz se dirigía a la orilla de la que se alejaba, y temblaba al pensar lo que ocurriría al tocar la otra orilla.

-...y rogando a Dios clemencia, temeroso del castigo de mi alma el día del Juicio Final, dispongo aquí de mí y de mis bienes, y hago testamento y mi ultima voluntad de la manera abajo escrita. En primer lugar entrego mí alma a Nuestro Señor Jesucristo y a su misericordiosa Madre, y a todos los Santos...

A una señal de la condesa de Hainaut, el sirviente limpió la saliva que corría por la comisura de los labios de Valois. Todas las conversaciones se interrumpieron, e incluso se evitaban los rozamientos de las telas. Los asistentes parecían sorprendidos de que en aquel cuerpo inmóvil, reducido, deformado por la enfermedad, conservara el pensamiento tanta precisión e incluso rebuscara la formulación de las frases.

Gaucher de Châtillon murmuró a uno de los que estaban a su lado:

-No morirá hoy.

Juan de Torpo, uno de los médicos, hizo una mueca negativa. Para él, monseñor de Valois no llegaría al amanecer. Pero Gaucher insistió:

-He visto a otros, he visto a otros, y os digo que en ese cuerpo hay vida todavía.

La condesa de Mahaut, con el dedo sobre la boca, rogó al condestable que callara; Gaucher era sordo, y no se daba cuenta del volumen de su susurro.

Valois continuaba su dictado:

-Quiero que depositen mi cuerpo en la iglesia de los Hermanos Menores de Paris, entre las sepulturas de mis dos primeras esposas...

Su mirada buscó el rostro de la tercera esposa, la viviente, bien pronto condesa viuda. En su vida habían pasado tres mujeres. La segunda, Catalina, fue la que mas había querido, tal vez debido a su mágica corona de Constantinopla. Una belleza, Catalina de Courtenay, digna de llevar un título de leyenda. Valois se asombraba de que en su desgraciado cuerpo, medio inerte y a punto de

anularse, hubiera un vago y difuso estremecimiento de los antiguos deseos que transmiten la vida. Reposaría, pues, al lado de Catalina, al lado de la emperatriz de Bizancio, y al otro lado tendría a su primera esposa, Margarita, hija del rey de Nápoles, ambas convertidas en polvo desde hacía mucho tiempo. ¡Que extraño es que pueda persistir el recuerdo de un deseo cuando ya no existe el cuerpo que lo inspiraba! ¿Y la resurrección...? Pero estaba la tercera esposa, la que lo miraba y había sido también una buena compañera. Tendría que dejarle algún fragmento carnal.

-Item, quiero que depositen mi corazón en la dicha ciudad, en el lugar donde mi compañera Mahaut de Saint-Pol elija su sepultura, y mis entrañas en la abadía de Chaalis, ya que el derecho a repartir mi cuerpo se me otorgó por bula de nuestro Padre Santo...

Vaciló, en busca de la fecha que no recordaba, y añadió:

...anteriormente.

¡Qué orgulloso se había sentido de esta autorización, concedida solamente a los reyes, de poder distribuir su cadáver, como se reparten las reliquias! Sería tratado como rey hasta en la tumba. Pero ahora pensaba en la resurrección, única esperanza que les queda a los que están en la última etapa. Si las enseñanzas de la religión eran ciertas, ¿cómo se las arreglaría el en esta resurrección? Las entrañas de Chaalís, el corazón donde eligiera Mahaut de Saint-Pol y el cuerpo en la iglesia de París... ¿Se levantaría delante de Catalina y de Margarita con el pecho vacío y el vientre lleno de paja y recosido con cáñamo? ¡Qué gran confusión si resucitaran juntos todos los antepasados, y todos los descendientes, y los asesinos frente a sus víctimas, y todas las queridas, y todos los traidores... ! ¿Se levantaría ante él Marigny?

-...Item, dejo a la abadía de Chaalis sesenta libras tornesas para que celebren mi aniversario.

El paño limpió de nuevo su barbilla. Durante un cuarto de hora enumeró todas las iglesias, abadías, fundaciones pías situadas en sus feudos, dejándoles cien libras, cincuenta, ciento veinte o una flor de lis para embellecer un relicario. Enumeración monótona, salvo para él, pues cada nombre pronunciado le recordaba un campanario, una ciudad, un burgo, de los que seguiría siendo señor durante horas o días. El color de una muralla, la silueta de una espadaña, la sonoridad de unos cantos rodados de una calle empinada, los perfumes de un área de mercados, todas las cosas poseídas por ultima vez, al nombrarlas. Los asistentes se distraían, como en las misas largas. Sólo Juana la Coja, que sufría de estar tanto tiempo sobre sus piernas desiguales, escuchaba con atención. Sumaba, calculaba. A cada cifra levantaba hacia su marido, Felipe de Valoís, su rostro agraciado, aunque afeado por los malos pensamientos de la avaricia. Todos estos legados cercenaban la herencia.

En el derrame de una ventana, Isabel cuchicheaba con Roberto de Artois: pero la inquietud que revelaba el rostro de la reina nada tenía que ver con la fúnebre circunstancia.

-Desconfiad de Stapledon, Roberto -murmuraba-. Ese obispo es la peor criatura del diablo, y Eduardo no lo ha enviado mas que para causar molestias a mí o a los que me apoyan. Nada tenía que hacer él hoy aquí, pero se ha impuesto, porque ha recibido la orden, dice, de escoltar a mi hijo en todas partes. Me espía... La última carta me ha llegado abierta, y con el sello vuelto a pegar...

Se oyó la voz de Carlos de Valois:

-Item, lego a la condesa mi compañera, el rubí que me regaló mi hija de Blois. Item, le dejo el mantel bordado que fue de mi madre la reina María...

Los ojos indiferentes o distraídos durante el enunciado de las pías donaciones se pusieron brillantes ahora que se trataba de joyas. La condesa de Blois arqueó las cejas y expresó cierta decepción. Su padre le podía haber devuelto el rubí que ella le había regalado.

-Item, el relicario que tengo de San Eduardo...

Al oír el nombre de Eduardo, el joven príncipe de Inglaterra levantó sus largas cejas. Pero no, el relicario iba también a Mahaut de Châtillon.

-Item, dejo a Felipe, mi primogénito, un rubí y todos mis arneses y armas, con excepción de una cota de mallas, trabajo de Acre, y la espada con la que combatió el señor de Harcourt, que dejo

a Carlos, mi hijo segundo. Item, a mi hija de Borgoña, mujer de mi hijo Felipe, la mas hermosa de todas mis esmeraldas.

Las mejillas de la Coja se colorearon ligeramente, y dio las gracias con una inclinación de cabeza que pareció una inconveniencia. Se podía tener la seguridad de que haría examinar las esmeraldas por un joyero para encontrar la mas bella.

-Item, a Carlos, mi hijo segundo, todos mis caballos y palafrenes, mi cáliz de oro, una fuente de plata y un misal.

Carlos de Alençon se echó a llorar, estúpidamente, como si sólo se diera cuenta de la agonía de su padre y de la pena que le causaba, cuando lo citaba el moribundo.

-Item, dejo a Luis, mi tercer hijo, toda mi vajilla de plata...

El niño estaba pegado a las faldas de Mahaut de Châtillon, quien le acarició la frente, con tierno gesto.

-Item, quiero y ordeno que todo lo que reste de mi capilla sea vendido para hacer rogar por mi alma... Item, que todos los efectos de mi guardarropa sean distribuidos entre los criados de mi habitación...

junto a las ventanas abiertas hubo un discreto rumor, y las cabezas se asomaron. Tres literas acababan de entrar en el patio de la casa solariega, que estaba cubierto de paja para amortiguar el paso de los caballos. De una gran litera, ornamentada con esculturas doradas y cortinas bordadas con los castillos de Artois, descendió la condesa de Mahaut, pesada, monumental, grises los cabellos bajo el velo, acompañada de Juana de Borgoña, viuda del rey Felipe el Largo. Seguían a la condesa su canciller, el canónigo Thierry de Hirson, y su dama de compañía, Beatriz, sobrina de éste. Mahaut llegaba de su castillo de Conflans, cerca de Vincennes, de donde no salía en aquellos tiempos hostiles a ella.

La segunda litera, toda blanca, era la de la reina Clemencia de Hungría, viuda de Luis el Turbulento.

De la tercera litera, modesta, con sencillos cortinajes de cuero negro, salía con gran dificultad y ayudado sólo por dos criados, maese Spinello Tolomei, capitán general de los Lombardos de París.

Por los pasillos de la casa solariega avanzaban dos ex reinas de Francia que se habían sucedido en el trono, dos mujeres jóvenes de la misma edad, de treinta y dos años, vestidas enteramente de blanco, según era costumbre en las reinas viudas, rubias y hermosas las dos, que parecían dos hermanas gemelas. Y delante de ellas caminaba, sobrepasándolas toda la cabeza, la terrible condesa Mahaut, de la que todos sabían, aunque no se habían atrevido a testimoniarlo, que había matado al marido de una para que reinara la otra. Por último, arrastrando la pierna, esparcidos los blancos cabellos sobre el cuello y marcado el rostro por el paso del tiempo, avanzaba el viejo Tolomei, que había estado mezclado, poco o mucho, en todas las intrigas. Porque la edad lo ennoblece todo y el dinero es el verdadero poder del mundo; porque sin Tolomei, monseñor de Valois no hubiera podido casarse con la emperatriz de Constantinopla; porque sin Tolomei, la corte de Francia no hubiera podido enviar a Bouville en busca de la reina Clemencia de Nápoles, ni mantener sus procesos Roberto de Artois ni casarse con la hija del conde de Valois; porque sin Tolomei, la reina de Inglaterra no hubiera podido reunirse con su hijo, se tuvieron con el viejo Lombardo, que había visto, prestado y callado tanto, consideraciones que solo se tienen con los príncipes.

Los asistentes se apretaban contra las paredes y se apartaban para dejar libre la puerta. Bouville se puso a temblar cuando le rozaron las faldas de Mahaut.

Isabel y Roberto intercambiaron una muda interrogación. ¿La entrada de Tolomei en compañía de Mahaut significaba que el viejo zorro toscano trabaja también para el adversario? Pero Tolomei, con una discreta sonrisa, tranquilizó a sus clientes. Esa llegada simultánea no era mas que un azar de la ruta.

La entrada de Mahaut había producido turbación en los asistentes. Valois dejó de dictar al ver aparecer a su antigua y gigantesca adversaria, que empujaba ante si a las dos viudas blancas, como si llevara a pacer a dos corderas. Luego Valois vio a Tolomei, su mano válida, en la que brillaba el rubí que pasaría al dedo de su primogénito, se agitó delante de su cara, y dijo:

-Marigny, Marigny...

Creyeron que perdía el juicio. Pero no; la vista de Tolomei le recordaba a su común enemigo. Sin la ayuda de los Lombardos jamás hubiera podido Valois deshacerse del coadjutor.

Entonces, Mahaut de Artois dijo:

-Dios os perdonará, Carlos, ya que vuestro arrepentimiento es sincero.

-¡La muy zorra! -dijo Roberto de Artois en voz bastante alta para que le oyeran los vecinos-. ¡Y se atreve a hablar de remordimientos!

Carlos de Valois, sin hacer caso de la condesa de Artois, hizo señal al Lombardo para que se acercara. El viejo sienés llegó hasta el borde de la cama, levantó la mano paralizada de Valois y la besó. Valois no sintió aquel beso.

-Rogamos por su curación, monseñor -dijo Tolomei.

¡Curación! ¡Era la única palabra confortadora que había oído Valois entre toda aquella gente de la que nadie ponía en duda su muerte y que esperaban su último suspiro como una formalidad necesaria! ¡Curación! ¿Le decía eso el banquero por complacerle o lo pensaba de verdad? Se miraron, y el moribundo vio en el único ojo abierto de Tolomei, en aquel ojo oscuro y astuto, una expresión de amistad. ¡Al fin encontraba una mirada que no lo consideraba eliminado!

-Item, ítem. -prosiguió Valois, apuntando con el dedo al secretario-, quiero y mando que todas mis deudas sean pagadas por mis hijos.

¡Ah! Para Tolomei estas palabras eran un buen regalo, más valioso que todos los rubíes y relicarios. Felipe de Valois, Carlos de Alençon, Juana la Coja y la condesa de Blois pusieron cara de desolación. ¡En buena hora había llegado aquel Lombardo!

-Item, a Aubert de Villepion, mi chambelán, una suma de doscientas libras tornesas; otro tanto a Juan de Cherchemont, que fue mi canciller antes de serlo de Francia; a Pedro de Montguillon, mi escudero...

Monseñor de Valois continuaba ostentando aquella largueza que tan cara le había costado a lo largo de su vida. Quería recompensar regiamente a los que le habían servido. Doscientas, trescientas libras... no eran legados enormes, pero, como se trataba de cuarenta o cincuenta, además de las donaciones pías... ¡No iba a bastar el oro del Papa, ya bastante disminuido, ni un año de rentas del patrimonio Valois! ¡Carlos sería prodigio hasta después de muerto!

Mahaut se acercó al grupo inglés. Saludó a Isabel con una mirada de antiguo odio, sonrió al pequeño príncipe como si fuera a morderlo, y por último miró a Roberto.

-Una desgracia, mi buen sobrino; era un verdadero padre para tí... -dijo en voz baja.

-Y para vos, mi buena tía, es un buen golpe -respondió en el mismo tono-. Tenéis casi la edad de Carlos; la edad en que se muere...

La gente salía y entraba de la sala. Isabel se dio cuenta de pronto de que el obispo Stapledon había desaparecido, o, más exactamente, estaba a punto de desaparecer, ya que lo vio atravesar la puerta con ese movimiento untuoso, furtivo y seguro que tienen los eclesiásticos para pasar entre los grupos. Tras él caminaba el canónigo Hirson, canciller de Mahaut. La giganta siguió también con la mirada aquella salida, y las dos mujeres se sorprendieron en su común observación...

Isabel se hizo en seguida inquietantes preguntas. ¿Qué tendrían que decirse Stapledon, enviado de sus enemigos, y el canciller de la condesa? ¿Y cómo se conocían si Stapledon había llegado la víspera? Era evidente que los espías de Inglaterra habían trabajado para Mahaut. «Tiene toda la razón para quererse vengar y perjudicarme -pensaba Isabel-. En otro tiempo denuncié a sus hijas... ¡Ojalá Roger estuviera aquí! ¿Por qué no habré insistido para que viniera?»

Librodot

Los dos eclesiásticos no tuvieron dificultad en reunirse. El canónigo Hirson se había hecho designar el enviado de Eduardo.

-Reverendissimus sanetissimusque Exeteris episcopus? -Le había preguntado-. Ego canonicus et comitissae Artesíensis cancellarius sum.

-¿Muy reverendo y santo obispo de Exeter? Yo soy canónigo y canciller de la condesa de Artois.

Tenían la misión de encontrarse en la primera ocasión. Y ésta acababa de presentarse. Ahora, sentados uno junto al otro en el derrame de una ventana, en el retiro de la antecámara, con el rosario en la mano, conversaban en latín, como si rezaran las plegarias de los agonizantes.

El canónigo Hirson poseía la copia de una carta muy interesante de cierto obispo inglés que firmaba «ó», dirigida a la reina Isabel, carta que había sido robada a un comerciante italiano mientras dormía en una posada de Artois. Este obispo «ó» aconsejaba a la destinataria que no regresara por el momento, que se hiciera el mayor número de partidarios que pudiera en Francia, y que reuniera a mil caballeros y desembarcara con ellos para expulsar a los Despenser y al dañino obispo Stapledon. Thierry de Hirson llevaba una copia. ¿Deseaba conocerla monseñor Stapledon? Pasó un papel de la muceta del canónigo a las manos del obispo, quien le echó una mirada y reconoció el estilo hábil y preciso de Adan Orletón. Si Lord Mortimer -añadía el obispo- se pone al frente de esta expedición, toda la nobleza inglesa se les unirá en pocos días.

El obispo Stapledon se mordió la punta del pulgar.

-Ille baro de Mortuo Mari concubinus Isabellae reginae aperte est.

-Ese barón Mortimer vive en abierto concubinato con la reina Isabel.

¿Quería pruebas el obispo? Hirson se las proporcionaría cuando quisiera. Bastaba con interrogar a los sirvientes, hacer vigilar las entradas y salidas del palacio de la Cité, preguntar simplemente su opinión a los familiares de la corte.

Stapledon se metió la carta en el vestido, debajo de la cruz pectoral.

Entretanto, monseñor de Valois había nombrado a los ejecutores de su testamento. Su gran sello, formado de un semillero de flores de lis rodeado de la inscripción «Caroli regis Franciae filii, comitis Vales¡ et Andegav¡ae», se había impreso en la cera dejada caer sobre los lazos que pendían por debajo del documento. Los asistentes empezaban a abandonar la habitación.

Carlos, hijo del rey de Francia, conde de Valois y de Anjou.

-Monseñor, ¿puedo presentar a vuestra alta y santa persona a mi sobrina Beatriz, dama de compañía de la condesa? -dijo Thierry de Hirson a Stapledon, mientras señalaba a la hermosa morena, de mirada caída y caderas ondulantes, que se acercaba a ellos.

Beatriz de Hirson besó el anillo del obispo; luego, su tío le dijo unas palabras en voz baja. La joven volvió al lado de la condesa Mahaut, y le susurró:

-Es cosa hecha, señora.

Y Mahaut, que se encontraba cerca de Isabel, adelantó su gran mano para acariciar la frente del joven príncipe Eduardo.

Luego, todos regresaron a París. Roberto de Artois y el canciller porque tenían que ocuparse en las tareas del gobierno; Tolomei porque así se lo exigían sus asuntos; Mahaut porque, una vez puesta en marcha su venganza, no tenía que hacer nada allí; Isabel porque deseaba hablar cuanto antes con Mortimer; y las reinas viudas porque no hubieran sabido donde alojarlas. Incluso Felipe de Valois tuvo que regresar a París para administrar el gran condado cuyo propietario ya era de hecho.

Al lado del moribundo no quedaron más que su tercera esposa y su hija mayor, la condesa de Hainaut; sus hijos más jóvenes y sus sirvientes. No mucha más gente que alrededor de un pequeño caballero de provincia; cuando su nombre y sus actos habían agitado el mundo desde el Océano hasta las orillas del Bósforo.

Y al día siguiente, y al otro, monseñor de Valois continuaba respirando. El condestable Gaucher lo había visto claro: la vida continuaba revolviéndose en aquel cuerpo fulminado.

Durante aquellos días toda la corte se trasladó a Vincennes para el homenaje que el joven príncipe Eduardo, duque de Aquitania, iba a rendir a su tío Carlos el Hermoso.

Después, un día en París una parte de un andamio cayó muy cerca de la cabeza del obispo Stapledon; al día siguiente, se quebró una pasarela bajo los cascos de la mula del clérigo que lo seguía; y una mañana, al salir de su alojamiento a la hora de la primera misa, se encontró frente a frente con Gerarde de Alspaye, antiguo lugarteniente de la Torre de Londres, y con el barbero Ogle. Los dos hombres parecían pasear preocupados; pero ¿se sale de casa a esa hora simplemente para oír cantar a los pájaros? En un rincón había también un pequeño grupo de hombres silenciosos, entre los cuales Stapledón creyó reconocer la larga cara de caballo del barón Maltravers. Un grupo de hortelanos que obstruía el paso de la calle permitió al obispo alcanzar precipitadamente su puerta. Aquella misma tarde, sin despedirse de nadie, emprendía la ruta de Boulogne, para embarcarse secretamente.

Además de la copia de la carta de Orletón, llevaba suficientes pruebas para acusar de complot y traición a la reina Isabel, a Mortimer, al conde de Kent y a todos los señores que los rodeaban.

En una casa solariega de la Isla-de-Francia, a una legua de Rambouillet, Carlos de Valois, abandonado por casi todos y recluido en su cuerpo como si estuviera ya en la tumba, seguía viviendo. El que había sido llamado segundo rey de Francia, solo estaba atento al aire que penetraba en sus pulmones con ritmo irregular, a veces con angustiosas pausas. Y continuaría respirando ese aire, del que se nutre toda criatura durante largas semanas todavía, hasta diciembre.

TERCERA PARTE:
El rey robado.

I.
Los esposos enemigos.

Hacía ocho meses que la reina Isabel vivía en Francia; había conocido la libertad y reencontrado el amor. Y había olvidado a su esposo, el rey Eduardo. Este solo existía en su pensamiento de una manera abstracta, como una mala herencia dejada por una antigua Isabel que había dejado de existir; él había caído en las zonas muertas del recuerdo. No recordaba ya, cuando se esforzaba en avivar sus resentimientos, el olor del cuerpo de su marido, ni el color exacto de sus ojos. Sólo entreveía la imagen vaga y confusa de una mandíbula demasiado larga bajo una barba rubia y el ondulado y desagradable movimiento de su espalda. Si el recuerdo se esfumaba, el odio, por lo contrario, permanecía tenaz.

La precipitada vuelta del obispo Stapledon a Londres justificó todos los temores de Eduardo, y le demostró que debía hacer regresar a su mujer con la mayor urgencia. Pero era necesario actuar con habilidad y, como decía Hugh, el Viejo, adormecer a la loba si querían que volviera a la madriguera. Por lo tanto, las cartas de Eduardo, durante algunas semanas, fueron las de un esposo amante, afligido por la ausencia de su Compañera. Los mismos Despenser participaron en este ardid, dirigiendo a la reina protestas de devoción y uniéndose a las súplicas del

rey para que les concediera la alegría de su pronto regreso. Eduardo había encargado igualmente al obispo de Winchester que usara de toda su posible influencia cerca de la reina.

Pero el 1º de diciembre todo cambió. Ese día Eduardo fue Víctima de una de aquellas cóleras repentinas y dementes, una de aquellas rabias tan poco reales, que a él le daban ilusión de autoridad. El obispo de Winchester acababa de transmitirle la respuesta de la reina: rehusaba volver a Inglaterra por el temor que le inspiraban los manejos del joven Hugh; y además, había hecho partícipe de este temor a su hermano el rey de Francia. No hizo falta más. El correo que Eduardo dictó en Westminster, durante cinco horas de una tirada, iba a sumir en la estupefacción a las cortes de Europa.

En primer lugar escribió a la reina. Ahora no era ya cuestión de «dulce corazón».

Señora -escribió Eduardo-, frecuentes veces os hemos mandado, tanto antes del homenaje como después, que, por el gran deseo de teneros a nuestro lado y la molestia que supone vuestra larga ausencia, regresarais a nos a toda prisa, sin excusa alguna.

Antes del homenaje estábais dispensada por el curso de los trabajos; pero después nos habéis mandado decir por el honorable padre obispo de Winchester que no regresaríais por duda y temor de Hugh Despenser; lo cual nos ha extrañado grandemente; porque vos le habéis hecho y el os ha hecho elogios en mi presencia, principalmente en el momento de vuestra partida, con promesas especiales y otras pruebas de confiada amistad, y después en vuestras cartas particulares, que él nos ha mostrado.

Sabemos bien, y vos lo sabéis igualmente, señora, que el dicho Hugh nos ha concedido siempre todo el honor que ha podido; y vos sabéis también que nunca os ha hecho ninguna villanía desde que sois mi compañera, a no ser una sola vez, casualmente, y por culpa vuestra; recordadlo, si os place.

Nos desagradaría mucho, ahora que se ha rendido homenaje a nuestro querido hermano el rey de Francia y con el que estamos en tan buena amistad, que fueseis vos, a quien enviamos en misión de paz, causa de algún distanciamiento entre nosotros, y por razones inexactas.

Por eso os mandamos, encargamos y ordenamos que, cesando en vuestras excusas y fingidos pretextos, regreséis a toda prisa a nuestro lado.

En cuanto a vuestros gastos, cuando hayáis vuelto, como debe volver toda mujer a su señor, ordenaremos de tal manera que nada os falte y nada pueda deshonraros.

Queremos también y os mandamos que hagáis venir con la mayor premura a nuestro muy querido hijo Eduardo, ya que tenemos grandes deseos de verlo y hablarle.

El honorable padre en Dios Wautier, obispo de Exeter, nos ha informado que algunos de nuestros enemígos y desterrados, que estaban junto a vos, lo acecharon para hacerle daño en el cuerpo, si hubieran tenido tiempo, y que, para escapar de tales peligros, se apresuró a venir a nuestro lado, con la fe y fidelidad que nos debe. Os decimos esto para que sepáis que el dicho obispo, al partir tan repentinamente de vuestro lado, no lo hizo por otras razones.

Dado en Westminster el primer día de diciembre de 1325.

EDUARDO

Su furor estallaba al comienzo de la misiva, seguía la mentira, y el veneno estaba sabiamente colocado al final.

Dirigió otra carta, más corta, al joven duque de Aquitania:

Muy querido hijo: Aunque seáis joven y de tierna edad, recordaréis bien lo que os encargamos y mandamos al despedirnos en Douvres, y lo que nos respondisteis entonces; lo cual mucho os agradecimos, y no traspaséis o contravengáis en ningún punto lo que os encargamos entonces.

Y puesto que ya habéis rendido vuestro homenaje, presentaos ante nuestro muy querido hermano el rey de Francia, vuestro tío, y despedíos de él, y regresad a nuestro lado en compañía de nuestra muy querida compañera la reina vuestra madre, si ella viene en seguida.

Y si ella no viene, regresad a toda prisa sin más demora, porque tenemos muchos deseos de veros y hablaros; y no dejéis de hacerlo de ninguna manera, ni por vuestra madre ni por nadie. Nuestra bendición.

Las cartas mostraban, además de un cierto desorden irritado en las frases, que la redacción no había sido confiada al canciller ni a ningún secretario, sino que era obra del propio rey. Casi se podía oír la voz de Eduardo dictando estos mensajes. No se olvidó de Carlos IV el Hermoso. La carta que le dirigió repetía, casi palabra por palabra, todos los conceptos de la enviada a la reina.

Habéis oído por gente digna de fe que nuestra compañera la reina de Inglaterra no se atreve a venir a nuestro lado por temor de su vida y por la duda que tiene sobre Hugh Despenser. Ciertamente, muy amado hermano, no debe dudar de él ni de ningún otro hombre que viva en nuestro reino; porque, por Dios, no hay Hugh ni ningún otro hombre que viva en nuestro territorio que le desee mal y, si lo supiéramos, lo castigaríamos de tal forma que los demás tomarían ejemplo, cosa que nos permite nuestro poder, gracias a Dios.

Por eso, muy querido y muy amado hermano, os rogamos especialmente, en vuestro honor y en el nuestro, y en el de nuestra dicha compañera, que hagáis cuanto os sea dable para que ella venga a nuestro lado lo mas de prisa que pueda, porque estamos muy apenados al vernos sin su compañía, y de ninguna manera la hubiéramos dejado partir si no hubiera sido por la gran seguridad y confianza que teníamos en vos y en vuestra buena fe para hacerla volver a voluntad nuestra.

Eduardo exigía igualmente la vuelta de su hijo y denunciaba las tentativas de asesinato contra el obispo de Exeter, imputables a los «enemigos y desterrados del otro lado del mar».

Ciertamente, la cólera de ese primer día de diciembre debió de ser fuerte, y las bóvedas de Westminster debieron de devolver durante largo rato vocingleros ecos. Porque con el mismo motivo y en igual tono, escribió Eduardo a los arzobispos de Reims y de Ruan, a Juan de Marigny, obispo de Beauvais, a los obispos de Langres y de Laon, todos ellos padres eclesiásticos; a los duques de Borgoña y de Bretaña, así como a los condes de Valois y de Flandes, pares laicos; al abad de SaintDenis, a Luis de Clermont-Borbon, gran camarero; a Roberto de Artois, a Miles de Noyers, presidente de la Cámara de Cuentas, y al condestable Gaucher de Châtillon.

El hecho de que Mahaut fuera el único par de Francia exceptuado de esta correspondencia demostraba bien a las claras su relación con Eduardo y que éste no había considerado necesario notificárselo de manera oficial.

Roberto, al desellar el pliego a él destinado, lleno de alegría, con grandes risotadas y golpeándose los muslos, se presentó en casa de su prima de Inglaterra. ¡Estupenda historia para saborearla! Así que el rey Eduardo enviaba jinetes a todas las partes del reino para informar a todo el mundo de sus disgustos conyugales, defender a su amigo del corazón y mostrar que no era capaz de hacer regresar a su esposa al hogar. ¡Pobre Inglaterra, y en qué manos de estopa había ido a caer el cetro de Guillermo el Conquistador! ¡No se había oído nada igual desde los embrollos de Luis el Piadoso y de Alienor de Aquitania!

-Hacedlo bien cornudo, prima mía -gritó Roberto-, y sin ninguna consideración; que vuestro Eduardo se vea obligado a inclinarse para poder pasar por las puertas de sus castillos. ¿No es verdad que merece esto, primo Roger?

Y golpeaba alegremente el hombro de Mortimer.

Librodot

En su arrebato, Eduardo había tomado también medidas de represalia, confiscando los bienes de su hermanastro el conde de Kent y los de Lord de Cromwell, jefe de la escolta de Isabel, y había hecho algo peor: acababa de firmar un acta Por la que se instituía «gobernador y administrador» de los feudos de su hijo, duque de Aquitania, y reclamaba en su nombre las posesiones perdidas. Eso era decir que invalidaba el tratado negociado por su mujer y el homenaje prestado por su hijo.

-Dejadlo, dejadlo -dijo Roberto de Artois-. Iremos a quitarle de nuevo su ducado; al menos lo que queda de él. ¡Las ballestas de la cruzada empiezan a oxidarse!

Para esto no era necesario poner en pie al ejército, ni enviar al condestable, que empezaba a debilitarse por la edad; los dos mariscales, a la cabeza de las tropas permanentes, bastaban para castigar un poco a los señores gascones que habían tenido la debilidad y la necedad de permanecer fieles al rey de Inglaterra. Esto ya se había convertido en costumbre; y cada vez se tenían que enfrentar con menos gente.

La carta de Eduardo fue una de las últimas que leyó Carlos de Valois, uno de los últimos ecos que le llegaron de los asuntos del mundo.

Monseñor Carlos murió a mediados de ese mes de diciembre; sus funerales fueron pomposos como lo había sido su vida. Toda la casa de Valois, cuyo número e importancia podía comprenderse mejor al verla en el cortejo, toda la familia de Francia, todos los dignatarios, la mayoría de los pares, las reinas viudas, el Parlamento, la Cámara de Cuentas, el condestable, los doctores de la Universidad, las corporaciones de París, los vasallos de los feudos patrimoniales, los clérigos de las iglesias y abadias citadas en el testamento, condujeron hasta la iglesia de los Franciscanos, para colocarlo entre sus dos primeras esposas, el cuerpo, bien aligerado por la enfermedad y el embalsamamiento, del hombre mas turbulento de su tiempo.

Las entrañas, tal como Valois había dispuesto, fueron llevadas a la abadía de Chaalis y su corazón, encerrado en una urna, fue entregado a su tercera esposa, en espera del momento en que ella tuviera sepultura.

Después de lo cual, cayó un extremado frío sobre el reino, como si los huesos de aquel príncipe, al ser enterrados, hubieran helado de golpe la tierra de Francia. Para la gente de esa época sería fácil acordarse del año de la muerte de Valois; no tendrían mas que decir: «Fue el invierno del gran frío.»

El Sena estaba completamente helado; se atravesaban a pie sus pequeños afluentes, tales como el arroyo de la Grange Bateliere; los pozos se habían helado, y el agua de las cisternas se sacaba no con cubos, sino a golpes de hacha. Por los jardines se desparramaban las cortezas de los árboles, y los olmos se hendieron hasta el corazón. Las puertas de París sufrieron grandes daños, ya que el frío no respetó ni las piedras. Pájaros de todas clases, desconocidos en las ciudades, tales como arrendajos y urracas, buscaban comida en el pavimento de las calles. La carga de leña se vendía a doble precio, y en las tiendas no se encontraban pieles, ni una piel de marmota, ni de vero, ni siquiera un vellón de lana de cordero. Murieron muchos viejos y niños en las viviendas pobres. A los viajeros se les helaban los pies dentro de las botas; los jinetes entregaban el correo con las manos amoratadas y se interrumpió el tráfico fluvial. Los soldados, si cometían la imprudencia de quitarse los guantes, dejaban pegada la piel de las manos en el hierro de sus armas; los pilluelos se divertían convenciendo a los tontos del pueblo para que pusieran la lengua sobre un hierro de hacha. Pero, sobre todo, lo que quedaría en el recuerdo sería una tremenda impresión de silencio porque la vida parecía haberse detenido.

En la corte, el año nuevo se celebró de manera bastante discreta, debido al duelo y a la helada. Sin embargo, se ofreció el muérdago y se intercambiaron los regalos rituales. Las cuentas del Tesoro permitían prever, para el ejercicio que se cerraría en Pascua, un excedente de ingresos de setenta y tres mil libras -de las que sesenta mil provenían del tratado de Aquitania- y de las que Roberto de Artois se hizo entregar por el rey ocho mil. Era bien justo, ya que desde hacia seis

meses, Roberto gobernaba el reino en nombre de su primo. Activó la expedición de Guyena, donde las armas francesas obtuvieron una victoria tanto más rápida cuanto que no encontraron prácticamente resistencia. Los señores locales, que sufrieron una vez más la cólera del soberano de París contra su vasallo el rey de Londres, comenzaron a lamentar haber nacido gascones.

Eduardo, arruinado, endeudado y sin poder conseguir crédito, no había podido enviar tropas para defender su feudo; pero envió barcos para conducir a Inglaterra a su mujer. Ésta acababa de escribir una carta al obispo de Winchester para que la hiciera conocer a toda la clerecía inglesa:

Ni vos ni nadie de buen entendimiento debe creer que dejamos la compañía de nuestro señor sin causa grave y razonable, y si no fuera por el peligro corporal que nos hacía correr el dicho Hugh, que tiene el gobierno de nuestro dicho señor y de todo nuestro reino, y nos quería cubrir de deshonor, cosa de la que estamos cierta por haberla experimentado. Mientras Hugh siga, como hasta ahora, dueño de nuestro esposo y del gobierno, no podremos volver a Inglaterra sin exponer nuestra vida y la de nuestro muy querido hijo a peligro de muerte.

Esta carta se cruzó justamente con las nuevas órdenes, que, a comienzos de febrero, dirigió Eduardo a los sherifs de los condados costeros. Les informaba de que la reina y su hijo, duque de Aquitania, enviados a Francia en misión de paz, se habían aliado, bajo la influencia del traidor y rebelde Mortimer, con los enemigos del rey y del reino; por eso, en caso de que la reina y el duque de Aquitania desembarcaran de las naves que el rey les había enviado a Francia, y solamente si llegaban con buenas intenciones, su voluntad era que fueran recibidos cortésmente; pero si desembarcaban de naves extranjeras y mostraban deseos distintos a los suyos, la orden era apartar a la reina y al príncipe Eduardo, y tratar como rebeldes a todos los otros que desembarcaran de las naves.

Isabel notificó al rey, por medio de su hijo, que estaba enferma e imposibilitada para embarcar.

Pero en el mes de marzo, el rey Eduardo, informado de que su esposa se paseaba alegremente por París, tuvo un nuevo acceso de furor epistolar. Parecía que esa indignación era como una especie de afección cíclica que le sobrevenía cada tres meses.

Al joven duque de Aquitania escribió lo siguiente:

Con falso pretexto, nuestra compañera vuestra madre se aparta de nosotros, a causa de nuestro querido y fiel Hugh Despenser que siempre nos ha servido bien y lealmente; pero vos veis, y todo el mundo puede verlo, que abierta y notoriamente, apartándose de su deber y en contra del estado de nuestra corona, ha atraído hacia si a Mortimer, nuestro traidor enemigo mortal, juzgado en pleno Parlamento, y va acompañada de él dentro y fuera de palacio, a pesar de nosotros, de nuestra corona y de los derechos de nuestro reino. Y todavía hace algo peor, si puede, al teneros en compañía de nuestro dicho enemigo, delante de todo el mundo, con muy gran deshonor y villanía, y en perjuicio de las leyes y usos del reino de Inglaterra, que vos estáis soberanamente obligado a salvar y mantener.

Y al rey Carlos IV escribió:

Si vuestra hermana nos amase y deseara estar en nuestra compañía, como os ha dicho, mintiendo, no habría partido de nuestro lado con el pretexto de establecer la paz y amistad entre nosotros, cosa que creí de buena fe al enviarla a vuestro lado. Pero la verdad es, muy querido hermano, que nos damos cuenta de que ella no nos ama, y la causa que da, al hablar de nuestro querido pariente Hugh Despenser, es fingida. Pensamos que eso es desordenada voluntad, puesto que tan abierta y notoriamente retiene en su consejo a nuestro traidor y enemigo mortal Mortimer, y

Librodot

va acompañada en su palacio y fuera de él por ese ser malvado. Deberíais, muy querido hermano, hacer que ella se comportara como debe por el honor de todos a quienes está obligada. Quered hacernos conocer vuestra voluntad de lo que os plazca hacer, según la razón de Dios y la buena fe, sin tener consideración a impulsos caprichosos de mujeres y otro deseo.

1.1 Mensajes del mismo estilo fueron enviados de nuevo a todos los horizontes: a los pares, dignatarios, prelados y al mismo Papa. Los soberanos de Inglaterra denunciaban cada uno públicamente el amante del otro, y este asunto de doble arreglo, de dos parejas en que se encontraban tres hombres y una sola mujer, hacía las delicias de las cortes de Europa.

Los amantes de París ya no tenían que tomar precauciones. En lugar de fingir, Isabel y Mortimer se presentaban juntos en todas las ocasiones. El conde de Kent y su esposa, que se había reunido con él, vivían en compañía de la pareja ilegitima. ¿Por qué habían de preocuparse en guardar las apariencias, ya que el rey tenía tanto empeño en publicar su infortunio? Las cartas de Eduardo sólo habían conseguido evidenciar una unión que todo el mundo aceptó como cosa hecha e inmutable. Y todas las esposas infieles pensaron que había una dispensa especial para las reinas, y que Isabel había tenido suerte de que su marido fuera un bribón.

Pero carecían de dinero. Los emigrados no tenían ningún ingreso, ya que les habían confiscado sus bienes; y la pequeña corte inglesa de París vivía enteramente de los préstamos de los Lombardos.

A fines de marzo tuvieron que hacer una nueva llamada al viejo Tolomei. El banquero llegó a la residencia de la reina acompañado del señor Boccacio, que representaba a los Bardi. La reina y Mortimer, con gran afabilidad, le indicaron su necesidad de dinero fresco. Con igual afabilidad y grandes muestras de pesar, Spinello Tolomei se lo negó. Basaba su negativa en sólidos argumentos: abrió su gran libro negro, y mostró las sumas. Messire de Alspaye, Lord de Cronwell, la reina Isabel... sobre esta página Tolomei hizo una profunda inclinación de cabeza... el conde de Kent y la condesa... nueva reverencia... Lord Maltravers, Lord Mortimer... Y luego, en cuatro hojas seguidas, las deudas del mismo rey Eduardo Plantagenet...

Roger Mortimer protestó: las cuentas del rey Eduardo no le concernían.

-Para nosotros, my Lord, todo son deudas de Inglaterra -dijo Tolomei-. Me apena tener que negarme, me apena grandemente decepcionar a una dama tan bella como la reina; pero es pedirme demasiado, esperar de mi lo que yo no tengo y tenéis vos. Porque esta fortuna, que dicen que es nuestra, está formada de créditos. Mis bienes, my Lord, son vuestras deudas. Ved, señora -continuó volviéndose hacia la reina-, ved, señora, lo que somos nosotros, pobres Lombardos siempre amenazados, que debemos pagar a cada nuevo rey un regalo de feliz acontecimiento... ¡Y cuanto hemos pagado desde hace doce años...! Pues cada rey nos retira el derecho de burguesía y nos lo hace comprar con un buen impuesto, incluso dos veces, si el reinado es largo. Ved, sin embargo, lo que hacemos por los reinos. Inglaterra cuesta a nuestras compañías ciento sesenta mil libras, precio de sus consagraciones, de sus guerras, de sus discordias. Señora, ved lo viejo que soy... Hace tiempo que estaría descansando, si no tuviera que correr sin cesar para recuperar esos créditos que necesitamos para cubrir otras necesidades. Se nos llama avarientos, ó ávidos, pero nadie piensa en los riesgos que corremos al prestar a todos y permitir que continúen sus asuntos los príncipes de este mundo. Los sacerdotes se ocupan de los problemas de los humildes, en repartir limosna a los mendigos, en abrir hospitales para los infortunados; nosotros nos ocupamos en las miserias de los grandes.

Su edad le permitía expresarse de esa forma, y la suavidad de su tono era tal que nadie podía ofenderse por sus palabras. Mientras hablaba, miraba con su ojo entreabierto una joya que brillaba en el cuello de la reina y que estaba inscrita a crédito, en su libro, en la cuenta de Mortimer.

-¿Cómo comenzó nuestro negocio? ¿Por qué existimos? Nadie lo recuerda -prosiguió-. Nuestros bancos italianos se crearon durante las cruzadas, porque a los señores y viajeros les

repugnaba ir cargados de oro por las rutas poco seguras o por los campos que no sólo eran frecuentados por gente honrada. Además, había que pagar los rescates. Entonces, para que lleváramos el oro a su cuenta y a riesgo nuestro, los señores, principalmente los de Inglaterra, nos dieron garantía con los ingresos de sus feudos. Pero cuando nos presentamos en esos feudos con nuestros créditos, pensando que el sello de los grandes barones era suficiente obligación, no nos pagaron. Entonces reclamamos a los reyes, quienes, para garantizar los créditos de sus vasallos nos exigieron que les prestáramos a ellos también; de este modo, nuestro dinero yace en los reinos. No, señora, con gran pesar y disgusto, esta vez no puedo.

El conde de Kent, que asistía a la entrevista, dijo:

-Esta bien, maese Tolomei. Tendremos que dirigirnos a las otras compañías.

Tolomei sonrió. ¿Qué creía aquel joven rubio que estaba sentado con las piernas cruzadas y que acariciaba negligentemente la cabeza de su galgo? ¿Qué iba a llevarse su clientela? En su larga carrera, Tolomei había escuchado esa frase mil veces. ¡Bonita amenaza!

-My Lord, cuando se trata de tan grandes prestatarios como vuestras personas reales, debéis saber que todas nuestras compañías están informadas, y que el crédito que me veo obligado a negaros no lo concederá ninguna otra compañía; maese Boccacio, que veis aquí, está conmigo por cuenta de los Bardi. ¡Preguntadle...! Porque, señora... (Tolomei se dirigía siempre a la reina), este conjunto de créditos nos resulta penoso debido a que nada lo garantiza. Al extremo a que han llegado vuestros asuntos con el Sire rey de Inglaterra, éste no va a garantizaros vuestras deudas, ni creo que vos las suyas. A no ser que tengáis la intención de tomarlas a cuenta vuestra. ¡Ah! Si fuera así, tal vez podríamos ayudaros de nuevo.

Cerró completamente el ojo izquierdo, cruzó las manos sobre el vientre y esperó.

Isabel entendía poco de cuestiones financieras; y levantó la vista hacia Roger Mortimer. ¿Cómo había que tomar las últimas palabras del banquero? ¿Qué significaba, después de tan largo discurso, esa repentina apertura?

-Aclaradnos, por favor, vuestras palabras, maese Tolomei -dijo ella.

-Señora -prosiguió el banquero-, vuestra causa es hermosa; y la de vuestro esposo, muy fea. La cristiandad sabe los malos tratos que os ha infligido, las costumbres que empañan su vida y el mal gobierno que ha impuesto a sus súbditos por medio de sus detestables consejeros. Por el contrario, señora, vos sois amada porque sois amable, y apuesto a que en Francia y en otras partes no faltan buenos caballeros dispuestos a levantar sus pendones para devolveros vuestro lugar en el reino... aunque sea expulsando del trono a vuestro esposo el rey de Inglaterra.

-Maese Tolomei -exclamó el conde de Kent-, ¿no pensáis que mi hermano, por detestable que sea, ha sido coronado?

-My Lord, my Lord -respondió Tolomei-, los reyes no lo son verdaderamente sino por el consentimiento de sus súbditos. Y vos tenéis otro rey que dar al pueblo de Inglaterra, ese joven duque de Aquitania que, para su corta edad, parece mostrar gran discreción. He visto demasiado las pasiones humanas y sé reconocer bastante bien las que no se curan, y arrastran a los más poderosos príncipes a su perdición. El rey Eduardo no se separará de Despenser; pero, por lo contrario, Inglaterra está bien dispuesta a aclamar al soberano que se le ofrezca para reemplazar al pésimo que tiene y a los malos consejeros que lo rodean... Me diréis, señora, que los caballeros que se ofrezcan a combatir por vuestra causa os resultaran caros: habrá que proporcionarles arneses, medios de vida, y placeres. Pero nosotros, los Lombardos, que no podemos mantener vuestro destierro, podríamos sostener vuestro ejército si Lord Mortimer, cuyo valor nadie desconoce, se compromete a ponerse al frente... y si, naturalmente, se nos garantiza que corren a vuestro cargo las deudas de messire Eduardo, para pagarlas el día de vuestro triunfo.

La proposición no podía quedar más claramente expuesta. Las compañías Lombardas se ofrecían a ayudar a la mujer contra el marido; al hijo, contra el padre; al amante, contra el esposo

legítimo. Mortimer no se sorprendió tanto como cabía esperar, ni fingió sorpresa, cuando respondió:

-La dificultad, maese Tolomei, estriba en reunir esas mesnadas. No puede hacerse en una cueva. ¿Donde podríamos reunir mil caballeros tomados a sueldo? ¿En qué país? No podemos pedirle al rey Carlos que nos autorice a convocarlos en Francia, por bien dispuesto que este hacia su hermana.

Había connivencia entre el viejo sienés y el antiguo prisionero de Eduardo.

-¿No ha recibido en propiedad el joven duque de Aquitania el condado de Ponthieu, heredado de la reina, y no se encuentra el Ponthieu frente a Inglaterra y junto al condado de Artois, donde monseñor Roberto, aunque no sea su propietario, cuenta con numerosos partidarios, como vos sabéis, my Lord, ya que fuisteis muy bien acogido allí después de vuestra evasión?

-El Ponthieu... -repitió la reina, pensativa-. ¿Cuál es vuestro consejo, gentil Mortimer?

El asunto, aunque quedaba arreglado solamente de palabra, no por eso dejaba de ser una oferta firme. Tolomei estaba dispuesto a conceder un poco de crédito a la reina y a su amante para que pudieran hacer frente a las necesidades inmediatas y partieran en seguida al Ponthieu a organizar la expedición. Y en mayo les proporcionaría el grueso de los fondos. ¿Por que en mayo? ¿No podía adelantar esa fecha?

Tolomei calculaba. Calculaba que tenía, junto con los Bardi, un crédito que recuperar del Papa. Pediría a Guccio, que se encontraba en Siena, que fuera a Aviñón, ya que el Papa le había hecho saber, por un viajante de los Bardi, que le gustaría volver a ver al joven, y había que aprovechar la buena disposición del Padre Santo. Era también una ocasión para Tolomei, tal vez la última, de ver a su sobrino, a quien tanto echaba de menos.

El banquero estaba pensando en algo divertido. Al igual que Valois para la cruzada y Roberto de Artois para Aquitania, el Lombardo se decía con respecto a Inglaterra: «El Papa pagará.» Necesitaba tiempo para que Boccaccio, que debía regresar a Italia, pasara por Siena, y que Guccio fuera de Siena a Aviñón, arreglara allí su asunto, llegara a París, y...

-En mayo, señora, en mayo... ¡Que Dios bendiga vuestra empresa!

II
Regreso a Neauphle.

¿Era tan pequeña la casa de banca de Neauphle, tan baja la iglesia situada al otro lado del minúsculo campo de feria y tan estrecho el empinado camino que torcía para ir a Cressay, Thoiry, Septeuil? El recuerdo y la nostalgia agrandan extrañamente la realidad de las cosas.

¡Habían pasado nueve años! Aquella fachada, los árboles, el campanario, le hacían de pronto nueve años mas joven. Mejor dicho, lo envejecían nueve años.

Guccio había hecho instintivamente el mismo gesto de otro tiempo, inclinándose para cruzar la puerta baja que separaba las dos piezas del negocio a ras del suelo. Su mano había buscado instintivamente la cuerda de apoyo a lo largo del madero de encina que servía de eje a la escalera de caracol, para subir a su antigua habitación. ¡Allí era donde había amado tanto, como nunca antes, como nunca después!

La exigua pieza, bajo el entramado del techo, olía a campo y a recuerdos del pasado. ¿Cómo una habitación tan pequeña había podido contener un amor tan grande? Por la ventana, apenas ventana sino lumbrera, se veía el mismo paisaje de siempre. Los árboles estaban ya floridos en aquel comienzo de mayo, como en la época de su partida, nueve años antes. ¿Por qué los árboles en flor producen una emoción tan grande? Entre las ramas de los melocotoneros, rosadas y redondas como brazos, aparecía el tejado de la cuadra, aquella cuadra en la que se había escondido Guccio ante la llegada de los hermanos Cressay. ¡Ah, que miedo había pasado aquella noche!

Se volvió hacia el espejo de estaño, que seguía en el mismo lugar, sobre el cofre de encina. Todo hombre, cuando recuerda sus debilidades, se tranquiliza mirándose, olvidando que los rasgos de energía que lee en su rostro sólo le impresionan a él y que fue débil delante de los demás. El pulido metal devolvía a Guccio la imagen de un muchacho de treinta años, moreno, con una arruga bastante profunda entre las cejas y unos ojos oscuros, de los que no estaba descontento ya que esos ojos habían visto muchos paisajes: la nieve de las montañas, las olas de los mares, habían encendido el deseo en el corazón de las mujeres y habían mantenido la mirada de los príncipes y de los reyes.

¿Por qué, Guccio Baglioni, amigo mío, no has continuado una carrera tan hermosamente comenzada? Fuiste de Siena a París, de París a Londres, de Londres a Nápoles, a Lyon, a Aviñón; llevaste mensajes para las reinas, tesoros para los prelados, y durante dos largos años estuviste entre los mas grandes personajes de la tierra, encargado de sus intereses o de sus secretos. Apenas tenías veinte años y de todo saliste airoso. No hay más que ver las atenciones que te tienen ahora, al cabo de nueve años de ausencia para comprender los recuerdos que dejaste. Empezando por el mismo Padre Santo. En cuanto sabe que estás de nuevo en Aviñón por un asunto de crédito, él, el soberano pontífice, desde lo alto del trono de San Pedro y en medio de tantas ocupaciones, pide verte, se interesa por tu suerte, se inquieta al saber que estás privado de tu hijo y dedica algunos de sus preciosos minutos a darte consejos. «...Un hijo debe ser educado por su padre», te dice, y te da un salvoconducto de mensajero papal, el mejor que existe.

...¡Y Bouville! Bouville, a quien acabas de visitar, como portador de la bendición del Papa Juan, te trata como a un amigo esperado desde hace tiempo, con lágrimas en los ojos, y te da uno de sus sargentos de armas para acompañarte en tu viaje, y una carta, estampada con su sello, dirigida a los hermanos Cressay, para que te dejen ver a tu hijo...!

Así, los mas altos personajes se le ofrecían a Guccio, y, según pensaba el, sin motivo interesado, simplemente por la amistad que inspiraba su persona, por la agilidad de su mente, y sin duda por una cierta manera de comportarse con los grandes de este mundo, que en el era don de la naturaleza.

¡Ah! ¿por qué no había perseverado? Se hubiera convertido en uno de estos grandes Lombardos, tan poderosos en los estados como los mismos príncipes, como Macci de¡ Macci, actual guardián del tesoro real de Francia, o bien como Frescobaldi de Inglaterra, que entraba, sin hacerse anunciar, en casa del canciller del Tesoro.

¿Era demasiado tarde? Guccio se sentía superior a su tío, capaz de triunfos más brillantes. Porque, juzgando las cosas con imparcialidad, el trabajo que el buen Spinello realizaba al frente de su negocio era bastante corriente. Había llegado a ser, ya viejo, capitán general de los Lombardos de París. Ciertamente, tenía buen sentido y astucia; pero no muy grandes ambiciones ni extraordinario talento. Guccio consideraba todo esto de una manera imparcial, ahora que había pasado la edad de las ilusiones y se sentía hombre de juicio ponderado. Si, se había equivocado. Y no podía ocultarse a sí mismo que la desgraciada aventura con María de Cressay había sido la causa de sus renunciamientos.

Porque durante largos meses, su pensamiento no había estado ocupado más que por el deplorable acontecimiento y todos sus actos habían sido dirigidos a disimular aquel fracaso. Resentimiento, decepción, abatimiento, vergüenza de ver a sus amigos y protectores después de un desenlace tan poco glorioso; sueños de desquite... Su tiempo se había consumido en eso, mientras empezaba una nueva vida en Siena, donde nadie sabía de su triste aventura de Francia más que aquél a quien se lo quisiera contar. ¡Ah, aquella ingrata no sabía el gran destino que había hecho fracasar al negarse a huir con el en otro tiempo! ¡Cuantas veces, en Italia, había pensado en esto amargamente! Pero ahora iba a vengarse...

¿Y si de pronto María le decía que seguía amándolo, que lo había estado esperando y que sólo una equivocación espantosa había sido la causa de su separación. Si, ¿si hubiera sido eso?

Guccio sabía que en ese caso no resistiría, que olvidaría sus agravios y que se llevaría a María de Cressay a Siena, al palacio familiar para mostrar a su bella esposa a sus conciudadanos. Y para enseñar a María aquella nueva ciudad, menos grande que París o Londres, pero a las que superaba en magnificencia arquitectónica, con su Municipio recién acabado, en el que el gran Simone Martini estaba dando actualmente el último toque a los frescos interiores; con su catedral negra y blanca, que sería la más hermosa de Toscana una vez acabada su fachada. ¡Ah, que placer compartir lo que se quiere con una mujer amada! Pero, ¿qué hacía soñando ante un espejo de estaño, en lugar de correr a Cressay y aprovechar la emoción de la sorpresa?

Luego reflexionó. Las amarguras de nueve años no se olvidan de golpe ni tampoco el miedo que lo había alejado un día de aquel mismo jardín. Los furiosos gritos de los hermanos Cressay que querían despanzurrarlo... Sin un buen caballo, estaría muerto. Era preferible enviar al sargento de armas con la carta del conde de Bouville; así la tentativa tendría más peso.

Pero María ¿seguiría tan hermosa como hacía nueve años? ¿Se sentiría orgulloso de llevarla a su lado?

Guccio creía haber alcanzado la edad en que uno obra por la razón. Sin embargo, a pesar de la arruga que se le marcaba entre las cejas, seguía siendo el hombre de siempre, la misma mezcla de astucia y candidez, de orgullo y de sueños. Tan cierto es que los años cambian poco nuestro carácter y que no hay edad que nos libre de errores. Los cabellos encanecen más de prisa que nuestras debilidades.

Cabe pensar en un hecho durante nueve años, esperarlo, temerlo, rogar a la virgen cada noche para que se realice y rezar a Dios cada mañana para que no suceda; preparar noche tras noche y mañana tras mañana lo que se dirá si se produce, murmurar todas las respuestas que se darán a las preguntas que uno se ha imaginado, prever las mil maneras en que puede sobrevenir ese hecho... Sobreviene, y se encuentra uno desamparado.

En esta situación se encontraba María de Cressay aquella mañana, porque su sirvienta, confidente en otro tiempo de su felicidad y de su drama, llegó corriendo a susurrarle que había vuelto Guccio Baglioni. Que lo habían visto llegar al pueblo de Neauphle, que tenía aspecto de gran señor, que le servían de escolta varios sargentos del rey, que debía de ser mensajero del Papa... Los rapaces en la plaza han mirado boquiabiertos el arnés de cuero amarillo bordado con las llaves de San Pedro. Debido a este arnés, regalo del Papa al sobrino de su banquero, todos los cerebros del pueblo se han puesto a trabajar.

Y la sirvienta está allí, sofocada, rojas las mejillas, brillantes los ojos por la emoción, y María de Cressay no sabe lo que ha de hacer.

Dice:

-¡Mi vestido!

Ha dicho esto sin reflexionar, y la sirvienta ha comprendido, ya que María tiene pocos vestidos, que no puede pedir otro que el confeccionado antiguamente con la hermosa tela de seda regalada por Guccio, aquel vestido que saca del cofre todas las semanas, que cepilla cuidadosamente, que ventila, ante el que llora algunas veces, y que no se pone nunca.

Guccio puede aparecer de un momento a otro. ¿Lo ha visto la sirvienta? No. Ella solo trae los rumores que corren de puerta en puerta... Tal vez esté ya en camino. ¡Si María dispusiera al menos de un día para prepararse...! Ha esperado nueve años, y ahora no tiene un instante.

No importa que esté fría el agua que se echa por pecho, vientre y brazos, delante de la sirvienta, que se vuelve de espaldas, sorprendida por el súbito impudor de su dueña; luego mira de reojo aquel hermoso cuerpo que verdaderamente es lástima que lleve tanto tiempo sin hombre, y siente celos al contemplarlo pleno, firme, parecido a una bella planta bajo el sol. Sin embargo, los senos están mas pesados que en otro tiempo y se hunden ligeramente en el pecho; los muslos no están tan lisos, y la maternidad ha dejado en el vientre algunas estrías. también se aja el cuerpo de

las jóvenes nobles, menos que el de las sirvientas, cierto, pero se aja de todos modos; es la justicia de Dios que iguala a todas las criaturas.

María entra difícilmente en el vestido. ¿Se ha encogido la tela al no usarla, o es que María ha engordado? Se diría mas bien que la forma de su cuerpo se ha modificado, como si los contornos y redondeces no estuvieran en el mismo lugar. Ha cambiado. Sabe que se ha espesado el rubio vello sobre su labio, que en su rostro se han acentuado las manchas rosáceas, del aire del campo; y sus cabellos dorados, cuyas trenzas ha de hacer apresuradamente, no tienen la luminosa flexibilidad de antaño.

Y ahora, ahí está María enfundada en su vestido de fiesta, que le molesta un poco en las sisas y sus manos enrojecidas por los trabajos domésticos que surgen de las mangas de seda verde.

¿Qué ha hecho todos aquellos años, que ahora no parecen más que un suspiro del tiempo?

Ha vivido del recuerdo. Diariamente se ha nutrido de sus pocos meses de amor y felicidad, como si se tratase de una provisión de grano rápidamente entrojada. Ha triturado cada instante de ese pasado en el molino de la memoria. Ha revisto mil veces llegar al joven Lombardo para reclamar su crédito, y expulsar al maligno preboste. Mil veces ha sentido su primera mirada y ha rehecho su primer paseo. Ha repetido mil veces su promesa en el silencio y la sombra nocturna de la capilla delante del monje desconocido. Mil veces ha descubierto su embarazo. Mil veces ha sido arrancada violentamente del convento de muchachas, situado en el arrabal de SaintMarcel, y ha sido llevada en litera cerrada, apretando a su hijo contra su pecho, a Vincennes, al castillo de los reyes. Mil veces ha presenciado cómo envolvían a su hijo en los pañales reales, para devolvérselo muerto y sentir como si le apuñalaran el corazón. Sigue odiando a la difunta condesa de Bouville, y confía en que sea presa de los tormentos infernales. Mil veces ha jurado ante el evangelio guardar al pequeño rey de Francia, no revelar, ni siquiera en confesión, los atroces secretos de la corte, y no ver nunca mas a Guccio, y mil veces se ha preguntado: «¿Por qué ha tenido que ocurrirme esto a mí?»

Ha preguntado al ancho cielo azul de los días de agosto, a las heladas noches de invierno que ha pasado tiritando sola entre las sábanas tiesas, a las auroras sin esperanza y a los crepúsculos que no han traído nada. ¿Por que?

Ha preguntado también a la ropa blanca llevada al coladero, a las salsas removidas sobre el fuego de la cocina, a la carne puesta en el saladero, al arroyo que corre al pie de la casa solariega, en cuya orilla se cortan los juncos y lirios las mañanas de procesión.

Ha habido momentos en que ha odiado furiosamente a Guccio, por el solo hecho de existir y de haberse cruzado en su vida, como viento de tormenta que atraviesa una casa con las puertas abiertas; y en seguida se ha reprochado este pensamiento como si fuera una blasfemia.

Se ha considerado una gran pecadora a la que el Todopoderoso ha impuesto esta perpetua expiación; una mártir, una especie de santa destinada por la voluntad divina a salvar la corona de Francia, la descendencia de San Luis, todo el reino en la persona del niño a ella confiado... Así, poco a poco, una persona se puede volver loca, sin que se den cuenta los que la rodean.

Por algunas palabras del empleado de la banca a la sirvienta, de cuando en cuando María tenía noticias del único hombre que había querido, de su esposo, a quien nadie reconocía este título. Guccio vivía. Eso era lo único que sabía. ¡Cuánto ha sufrido al imaginarlo en un país extranjero, en una ciudad lejana, entre parientes desconocidos de ella, junto a otras mujeres seguramente, y con otra esposa quizá! ¡Y ahora Guccio estaba a un cuarto de legua! ¿Había vuelto por ella, o por arreglar algún asunto de la banca? ¿No sería todavía más horrible si estuviera tan cerca y no fuese por causa de ella? ¿Y podría reprochárselo, cuando nueve años atrás, se negó a verlo, y le indicó tan duramente que no se acercara más, sin poder revelarle la razón de esta crueldad? Y de repente, grita:

-¡El niño!

Guccio querrá conocer a ese jovencito que cree su hijo. ¿No habrá vuelto por este motivo?

Librodot

Jeannot está allí, en el prado que se ve desde la ventana, situado junto al Mauldre, arroyo bordeado de lirios y de tan Poca profundidad que no podía preocupar, jugando con el hijo menor del palafrenero, los dos hijos del carretero y la hija del molinero, redonda como una bola. Lleva barro en las rodillas, en la cara y hasta en el remolino de cabellos rubios que le caen sobre la frente. Grita con fuerza. Este hijo, a quien se cree bastardo, hijo del pecado, y que como a tal se le trata, tiene las pantorrillas firmes y rosadas.

¿Cómo no se dan cuenta los hermanos de María, los campesinos de su hacienda, la gente de Neauphle, de que Jeannot no tiene el rubio dorado, casi rojizo, de la madre, y menos aún la tez oscura, color de especias, de Guccio? ¿Cómo no ven que es un verdadero capetino, que tiene cara ancha, ojos azul pálido, fuerte mandíbula y el color rubio de la paja? El rey Felipe el Hermoso era su abuelo. ¡Es extraño que la gente tenga los ojos tan poco abiertos y sólo vea en las cosas y en los seres la idea que de ellos se ha forjado!

Cuando María pidió a sus hermanos que enviaran a Jeannot al cercano convento de los Agustinos para qué aprendiera a leer y a escribir, se encogieron de hombros.

-Nosotros sabemos leer un poco, y no nos ha servido de nada; no sabemos escribir y tampoco nos serviría -respondió Juan de Cressay-. ¿Por qué quieres que Jeannot aprenda más cosas que nosotros? El estudio es bueno para los clérigos, y tu hijo no puede serlo porque es bastardo.

En el prado de los lirios, el niño sigue a regañadientes a la sirvienta que ha ido a buscarlo. jugaba a hacer de caballero, y en ese momento, con una vara en la mano, tenía que asaltar las defensas del cobertizo, donde los malos tenían prisionera a la hija del molinero.

Los hermanos de María vuelven de inspeccionar sus campos. Están llenos de polvo, huelen a sudor de caballo y tienen las uñas negras. Juan, el mayor, es ya igual que su padre: tiene el vientre caído, la barba enmarañada, la dentadura estropeada y le faltan los colmillos. Espera que haya guerra para revelarse, y cada vez que oye hablar de Inglaterra, grita que el rey no tiene mas que poner en pie al ejército para ver lo que es capaz de hacer la caballería. No es caballero; pero podría llegar a serlo en su campaña. Solo ha conocido el embarrado ejército de Luis el Turbulento, y no contaron con él para la expedición de Aquitania. Tuvo un momento de esperanza al conocer las intenciones de cruzada atribuidas a monseñor Carlos de Valois. Pero monseñor de Valois había muerto. ¡Ah, que buen rey habría sido aquel barón!

Pedro de Cressay, el hermano menor, ha quedado más delgado y pálido, pero no cuida mucho mas su aspecto. Su vida es una mezcla de indiferencia y de rutina. Ninguno de los dos se ha casado. Desde la muerte de su madre, la señora Eliabel, su hermana lleva la casa; tienen, pues, a alguien que se ocupe en la cocina y en su basta ropa; contra quien pueden encolerizarse más fácilmente que lo harían con su propia esposa. Si sus calzas están destrozadas, pueden hacer responsable a María de no haber encontrado una esposa apropiada a su categoría debido a la deshonra que ha echado sobre la familia.

Sin embargo, viven con cierta holgura gracias a la pensión que el conde de Bouville pasa regularmente a la joven con el pretexto de haber sido nodriza real, y gracias también a las provisiones que el banquero Tolomei continúa enviando a quien cree su sobrino. El pecado de María ha sido, pues, provechoso para los dos hermanos.

Pedro conoce en Montfort-l'Amaury a una burguesa viuda, a la que visita de vez en cuando, y precisamente esos días se acicala con aire culpable. Juan prefiere dedicarse sólo a su trabajo, y con poco gasto se considera señor, ya que algunos mozos de las aldeas vecinas adoptan sus maneras.

Pedro y Juan se sorprenden al encontrar a su hermana vestida con su traje de seda, y a Jeannot pataleando porque le lavan la cara. ¿Es que es fiesta hoy y se han olvidado?

¡Guccio está en Neauphle -dice María.

Y se aparta, porque Juan sería capaz de darle una bofetada. Pero no; Juan se calla, y mira a María. Lo mismo hace Pedro, con los brazos caídos. No tienen el cerebro preparado para lo

imprevisto. Guccio ha vuelto; la noticia es de bulto, Y necesitan varios minutos para asimilarla. ¿Qué problemas le va a plantear? Sentían viva simpatía por Guccio, se veían obligados a reconocerlo, cuando era su compañero de caza, y les traía halcones de Milán y el mozo hacía el amor a su hermana en sus narices sin que ellos se dieran cuenta. Luego quisieron matarlo cuando la señora Eliabel descubrió el pecado en el vientre de su hija. Después lamentaron su violencia cuando visitaron al banquero Tolomei en su mansión de París, Y comprendieron, demasiado tarde, que hubiera sido menos deshonroso para su hermana casarse con un Lombardo rico que verla madre de un hijo sin padre.

No tienen mucho tiempo para reflexionar, ya que el sargento de armas con librea del conde de Bouville, cabalgando un gran caballo bayo, con cota azul dentellada, entra en el patio de la casa solariega, que se llena en seguida de rostros atónitos. Los campesinos se quitan el gorro, por las puertas entreabiertas surgen cabezas de niños, Y las mujeres se secan las manos en el delantal.

El sargento acaba de entregar dos mensajes al sire Juan: uno de Guccio, otro del conde de Bouville. Juan de Cressay adopta el aire importante y altivo del hombre que recibe una carta; enarca las cejas y ordena con voz fuerte que den de comer y beber al mensajero, como si este acabara de recorrer quince leguas. Luego, en compañía de su hermano, se retira a leer. No bastan los dos, tienen que llamar a María, que sabe descifrar mejor que ellos los signos de la escritura.

Y María se pone a temblar, temblar, temblar.

-No lo comprendemos, messire. Nuestra hermana se ha puesto de repente a temblar, como si acabara de aparecer ante ella el propio satán, y hasta se ha negado a veros. En seguida ha sido sacudida por grandes sollozos.

Los dos hermanos Cressay estaban muy turbados. Se habían hecho limpiar las botas, y Pedro se había puesto la cota que sólo llevaba para visitar a la viuda de Montfort. En la segunda pieza de la banca de Neauphle, delante de Guccio, que les ponía mala cara y ni siquiera les había invitado a tomar asiento, los dos hermanos estaban confusos, y su mente atraída por sentimientos contrarios.

Al recibir las cartas, dos horas antes, habían creído que podrían negociar la partida de su hermana y el reconocimiento de su matrimonio. Mil libras contantes y sonantes es lo que pedirían. Un Lombardo bien podía desembolsar esta cantidad. Pero María, con su extraña actitud y su obstinación en no ver a Guccio, había echado por tierra sus esperanzas.

-Hemos intentado hacerla entrar en razón, en contra de nosotros mismos, ya que si nos dejara nos haría mucha falta puesto que lleva la casa. Pero en fin, comprendemos que si, después de tanto tiempo, venís a solicitarla, es porque verdaderamente es vuestra esposa, aunque el matrimonio se celebrara en secreto. Además, ha pasado tiempo...

Quien hablaba era el barbudo, y al hablar se embarullaba un poco. El menor se contentaba con aprobar a su hermano con la cabeza.

-Os lo decimos con toda franqueza -prosiguió Juan de Cressay-: cometimos un error al negaros a nuestra hermana. Pero ello fue debido más a nuestra madre -Dios la tenga en gloria-, que estaba muy obstinada, que a nosotros. Un caballero debe reconocer sus errores, y si María prescindió de nuestro consentimiento, nuestra es parte de la culpa. Todo eso debería olvidarse. El tiempo nos enseña a todos. Sin embargo, ahora es ella la que se niega; no obstante, juro ante Dios que no piensa en ningún otro hombre. ¡Eso sí que no! Así, que no lo comprendo. Tiene rarezas nuestra hermana, ¿verdad, Pedro?

Pedro de Cressay aprobó con la cabeza.

Para Guccio era un hermoso desquite tener ante él arrepentidos y balbuceantes, aquellos dos mozos que en otro tiempo habían llegado en plena noche, espada en mano, para matarlo, y le habían obligado a huir de Francia. Ahora sólo deseaban entregarle a su hermana; poco faltaba para que le suplicaran que apretara las clavijas, fuera a Cressay, impusiera su voluntad e hiciera valer sus derechos de esposo.

Pero eso era conocer poco el orgulloso temperamento de Guccio. Poco caso hacía de aquellos dos benditos; María era lo Único que le importaba. Pero ella lo rechazaba cuando estaba tan cerca y había venido tan dispuesto a olvidar pasadas injurias.

-Monseñor de Bouville debía de pensar que ella obraría así -dijo el barbudo-, ya que en su carta me dice: «Si la señora María se niega a ver a Guccio, como es de creer ... » ¿Sabéis la razón que tuvo para escribir eso?

-No, no lo sé -respondió Guccio-; sin embargo, para que messire de Bouville lo haya visto tan claro, es necesario que ella se lo haya dicho y se haya mostrado firmemente resuelta.

La cólera comenzaba a apoderarse de Guccio. Sus negras cejas se apretaban contra la arruga vertical que le marcaba la frente. Esta vez tenía todo el derecho de actuar sin consideración hacia María. Pagaría su crueldad con una crueldad mayor.

-¿Y mi hijo? -prosiguió.

-Está aquí. Lo hemos traído.

En la pieza contigua, el niño que estaba inscrito en la lista de los reyes, y a quienes todos creían muerto hace nueve años, miraba como hacía las cuentas un empleado y se divertía acariciando las barbas de una pluma de ganso. Juan de Cressay abrió la puerta.

-Jeannot, ven -dijo.

Guccio, atento a lo que pasaba en su interior, se forzaba un poco a la emoción. «Mi hijo, voy a ver a mi hijo», se decía. La verdad es que no sentía nada. Sin embargo, ¡cuántas veces había esperado este momento! Pero no había previsto el pequeño paso, pesado, campesino, que oía acercarse. Entró el niño. Llevaba bragas cortas y una especie de blusa de seda; el rebelde remolino de los cabellos caía sobre su clara frente. ¡Un verdadero campesino!

Hubo un momento de turbación en los tres hombres, turbación que advirtió el niño. Pedro lo empujó hacia Guccio.

-Jeannot, aquí está...

Había que decir algo, decir a Jeannot quien era Guccio, y solamente se podía decir la verdad.

-...aquí está tu padre.

Guccio, tontamente, esperaba emoción, brazos abiertos, lágrimas. El pequeño Jeannot levantó hacia Guccio sus ojos azules, asombrados:

-¿No me dijeron que había muerto? -dijo.

Guccio se sobresaltó, dentro de él se formaba un rabioso furor.

-No, no -se apresuró a decir Juan de Cressay-. Estaba de viaje y no podía enviar noticias. ¿No es verdad, amigo Guccio?

«¡Cuántas mentiras le han dicho! -pensó Guccio-. Paciencia, paciencia... ¡Decirle que su padre había muerto! ¡Ah, malvados!» Y por decir algo, exclamó:

-¡Qué rubio es!

-Sí, se parece mucho al tío Pedro, hermano de nuestro difunto padre -respondió Juan de Cressay.

-Jeannot, ven, ven -dijo Guccio.

El niño obedeció, pero su pequeña mano rugosa permaneció extraña en la de Guccio, y se secó la mejilla después de que éste lo besó.

-Quisiera tenerlo unos días conmigo -dijo Guccio-, para llevarlo a casa de mi tío, que desea conocerlo.

Al decir esto, Guccio cerró maquinalmente el ojo izquierdo, como hacía Tolomei.

Jeannot, entreabierta la boca, lo miraba. ¡Cuántos tíos! No oía hablar mas que de eso.

-Tengo un tío en París que me envía regalos -dijo con voz clara.

-Precisamente es a él a quien vamos a visitar... Si tus tíos no tienen inconveniente. ¿Ponéis algún impedimento? -preguntó Guccio.

-Ninguno -respondió Juan de Cressay-. Monseñor de Bouville nos lo indica en su carta, y nos dice que accedamos a esta petición.

Decididamente, los Cressay no movían un dedo sin permiso de Bouville.

El barbudo pensaba ya en los regalos que el banquero haría a su Sobrino. Una bolsa de oro vendría muy bien, ya que este año la enfermedad se había ensañado en el rebaño. ¡Y quién sabe! El banquero era viejo, y tal vez se acordara del niño en su testamento.

Guccio saboreaba ya su venganza. Pero, ¿la venganza ¿ha compensado alguna vez un amor perdido?

Lo primero que sedujo al niño fue el caballo de Guccio y los arreos papales. Nunca había visto una montura tan hermosa, y su sorpresa fue enorme al encontrarse sentado en la delantera de la silla. Luego se puso a observar a aquel padre que le había caído del cielo, o mejor, los detalles que podía ver agachándose o torciendo el cuello. Miraba las calzas ceñidas que no formaban ningún pliegue sobre la rodilla, las flexibles botas de cuero, y aquel extraño vestido de viaje, color de hojas rojas, de mangas estrechas y cerrado por delante hasta la barbilla con una serie de minúsculos botones.

El sargento de armas llevaba una vestimenta más llamativa, debido a su color azul más fuerte que lucía bajo el sol, a sus festoneados recortes en las mangas y en los riñones, y a sus armas señoriales bordadas en el pecho. El niño se dio cuenta en seguida de que Guccio daba órdenes al sargento, y tuvo en alta consideración a aquel padre que hablaba como dueño a un personaje tan brillantemente vestido.

Habían recorrido ya cerca de cuatro leguas. En la posada de Saint-Nóm-la-Breteche, donde se detuvieron, Guccio pidió, con voz naturalmente autoritaria, una tortilla, un capón asado, requesón y vino. La premura de los sirvientes aumentó todavía más el respeto de Jeannot.

-¿Por qué habláis de distinta manera, messire? -preguntó-. No decís las palabras como nosotros.

Guccio se sintió herido ante esta observación hecha a su acento toscano, y por su propio hijo.

-Porque nací en Siena, en Italia, que es mi país -respondió con orgullo-. Y también tú te vas a hacer sienés, ciudadano libre de esta ciudad donde somos poderosos. Además, no me llames messire, sino padre.

-Padre -repitió dócilmente el niño.

Guccio, el sargento y el pequeño se sentaron a la mesa y mientras esperaban la tortilla, Guccio comenzó a enseñar a Jeannot las palabras de su lengua para designar los objetos.

-Tavola -decía cogiendo el borde de la mesa-; bottiglia mientras levantaba la botella; pane.

Se sentía turbado delante de este niño falto de naturalidad; le atemorizaba que el niño no lo quisiera, o que el no quisiera al niño. Por más que se repetía «es mi hijo», no sentía más que una profunda hostilidad hacia las personas que lo habían criado.

Jeannot no había probado nunca el vino. En Cressay se contentaba con la sidra, o hasta con la frenette (Especie de vino obtenido por la fermentación de hojas de fresno) como los campesinos. Bebió unos tragos. Estaba acostumbrado a la tortilla y al requesón; pero el capón asado constituía una fiesta para él. Además, aquella comida tomada al lado de la ruta, en pleno mediodía, le seducía. No tenía miedo, y la agradable aventura le impedía pensar en su madre. Le habían dicho que la volvería a ver al cabo de unos días... París, Siena, todos esos nombres no evocaban en él ninguna idea Precisa de distancia. El sábado próximo volvería a la orilla del Mauldre y podría declarar a la hija del molinero y a los hijos del carretero: «Soy sienés», sin que tuviera que explicar nada, ya que ellos sabían menos aún que él.

Comieron el último bocado. Secadas las dagas con una miga y colocadas de nuevo en la cintura, subieron a caballo; Guccio puso al niño delante de él, de través en la silla. La comilona y

sobre todo el vino, que acababa de probar por primera vez, adormecieron al niño. Se durmió antes de recorrer media legua, indiferente a las sacudidas del trote. No hay nada más emotivo que el sueño de un niño, sobre todo en pleno día, a la hora en que los adultos velan y actúan. Guccio mantenía en equilibrio aquel pequeño cuerpo que se mecía y daba cabezadas con el mayor abandono. Con la barbilla acarició instintivamente los rubios cabellos anidados junto a él, y apretó más fuerte el brazo, para obligar a aquella cabecita y a aquel gran sueño a pegarse más estrechamente a su pecho. Del pequeño cuerpo dormido se desprendía un perfume de infancia. Y de repente, Guccio se sintió padre, orgulloso de serlo, y las lágrimas le nublaron los ojos.

-Jeannot, mi Jeannot, mi Giannino -murmuró poniendo los labios en los tibios y sedosos cabellos.

Había puesto su montura al paso y había ordenado al sargento que hiciera lo mismo, para no despertar al niño y prolongar su propia felicidad. ¡Qué importaba la hora a que llegaran! Mañana Giannino se despertaría en su casa de la calle de los Lombardos, que le parecería un palacio; los sirvientes lo rodearían, lo lavarían, lo vestirían como a un pequeño señor, y comenzaría para él una vida de cuentos de hadas.

María de Cressay pliega su ropa inútil en presencia de la sirvienta, muda y despechada. También ésta sueña con otra vida mejor, en la que seguiría a su dueña: y en su actitud hay cierta reprobación.

María ha dejado de temblar y sus ojos están secos; ha tomado su decisión. Sólo tiene que esperar unos días, lo mas una semana. Porque esa mañana la sorpresa le ha hecho dar una respuesta absurda, una negativa sólo propia de un demente.

Porque, cogida de improviso, sólo ha pensado en el juramento que la señora de Bouville -aquella mala mujer- le había obligado a pronunciar... y en las amenazas: «Si volvéis a ver a ese joven Lombardo le costará la vida...»

Pero se han sucedido dos reyes, y nadie ha hablado; y la señora de Bouville ha muerto. Por otra parte, ¿estaba de acuerdo con la ley de Dios aquel horrible juramento? ¿No es pecado prohibir a la criatura humana que se descargue de las turbaciones de su alma con un confesor? Incluso las religiosas pueden ser dispensadas de sus votos. Además nadie tiene derecho a separar al esposo de la esposa; eso no es cristiano. El conde de Bouville no es obispo y por otra parte, no es tan temible como su mujer.

María hubiera debido pensar todas estas cosas por la mañana, y reconocer que no podía vivir sin Guccio, que su lugar estaba a su lado, que, al venirla a buscar, nada en el mundo, ni los antiguos juramentos, ni los secretos de la corona, ni el temor de los hombres, ni el castigo de Dios si hubiera de sobrevenir, podían impedir que lo siguiera.

No le mentiría a Guccio. Un hombre que al cabo de nueve años sigue queriendo, no se ha vuelto a casar y regresa para buscar a la mujer amada, es de buen corazón, leal, semejante al caballero que vence todas las pruebas. Un hombre así puede compartir un secreto. Y no se le debe mentir, no se le debe hacer creer que su hijo vive, que lo aprieta en sus brazos, cuando no es verdad.

María sabría explicar a Guccio que su hijo, su primogénito -porque aquel hijo muerto no era ya en su pensamiento mas que su primogénito-, por un encadenamiento fatal, fue entregado y cambiado para salvar la vida del verdadero rey de Francia. Pediría a Guccio que comparta su juramento, y juntos educarían al pequeño Juan el Póstumo, que ha reinado los cinco primeros días de su vida, hasta que los barones vengan a buscarlo para devolverle su corona. Y los otros hijos que tengan, serán un día como verdaderos hermanos del rey de Francia. Puesto que todo puede llegar en el mal, debido a las increíbles disposiciones del destino, ¿por qué no puede ocurrir todo en el bien?

Eso le explicaría María a Guccio dentro de unos días, la semana próxima, cuando traiga a Jeannot, tal como lo acordó con sus hermanos.

Entonces podrá comenzar la felicidad, diferida durante tan largo tiempo; y si en la tierra hay que pagar toda felicidad con un peso igual de sufrimiento, tanto el uno como el otro habrán pagado con creces, por adelantado, las alegrías futuras. ¿Querrá instalarse Guccio en Cressay? Seguramente, no. ¿En París? El lugar sería demasiado peligroso para el pequeño Juan, ya que parecía desafiar de cerca al conde de Bouville. Irían a Italia. Guccio llevaría a María a ese país del que sólo conoce las hermosas telas y el hábil trabajo de los orfebres. ¡Cuánto quiere a esa Italia por ser el país de donde ha venido el hombre que Dios le ha destinado! María piensa en el viaje al lado de su esposo reencontrado. Dentro de una semana, le queda una semana de espera... ¡ay, en el amor no basta tener los mismos deseos; hay que expresarlos también en el mismo momento!

III
La reina del Temple.

Para un niño de nueve años cuyo horizonte desde que tiene uso de razón ha estado limitado por un arroyo, hoyos llenos de estiércol y tejados campesinos, el descubrimiento de París sólo podía ser un encanto. Pero mucho mas cuando este descubrimiento lo hace en compañía de un padre tan orgulloso de su hijo, que lo viste de las mejores galas, lo baña, lo perfuma y lo lleva a las mejores tiendas; lo llena de dulces, le compra una bolsa para llevar en la cintura, con verdaderas monedas dentro, y le pone zapatos bordados. Jeannot, o Giannino, vivía días deslumbrantes.

¡Y las hermosas casas en que le hacía entrar su padre! Porque Guccio, con diversos pretextos, y muchas veces sin pretexto alguno, visitaba a sus amistades de antaño simplemente para poder decir con orgullo: «Mi hijo», y mostrar este milagro, este esplendor único en el mundo: un pequeño que lo llamaba «padre» con buen acento de la Isla-de-Francia.

Si se extrañaban del color rubio de Giannino, Guccio hacía alusión a la madre, una persona de la nobleza. Adoptaba entonces ese tono falsamente discreto que denota indiscreción, ese aire un poco fanfarrón de misterio que tienen los italianos para fingir que se callan sus conquistas. De esta manera puso al corriente a todos los Lombardos de París: los Peruzzi, Boccangra, Macci, Albizzi, Freccobaldi, Scamozzi, y al propio señor Boccaccio.

Tolomei, un ojo abierto y otro cerrado, caído el vientre y arrastrando la pierna, no participaba poco en esta ostentación. ¡Ah, que felices hubieran sido los últimos años de vida del viejo Lombardo, si Guccio se hubiera podido instalar en París, en su casa, con el pequeño Giannino!

Pero eso era un sueño imposible. ¿Por qué esa tonta, esa testaruda María de Cressay no quería regularizar el matrimonio y aceptar la vida en común con su marido, ahora que todo el mundo estaba de acuerdo? Tolomei, aunque le molestaba el menor desplazamiento, se ofrecía a ir a Neauphle para intentar un arreglo.

-Soy yo quien no quiere saber nada de ella, tío mío -declaró Guccio-. No consentiré que se burlen de mi honor. Además, ¿qué placer iba a tener viviendo con una mujer que ya no me quiere?

-¿Estás seguro?

Había un indicio, sólo uno, que permitía a Guccio plantearse la pregunta. Había encontrado en el cuello de Giannino el pequeño relicario que le había dado la reina Clemencia cuando Guccio estaba en el hospital de Marsella, relicario que regaló a su vez a María en ocasión de una grave enfermedad de ésta.

-Mi madre se lo quitó del cuello y lo pasó al mío cuando mis tíos me llevaron junto a vos la otra mañana -explicó el niño.

¿Era suficiente ese indicio tan débil, ese gesto que podía no ser mas que de religiosidad?

Además, el conde de Bouville fue tajante.

Librodot

-Si quieres conservar este niño, tienes que partir con el hacia Siena y cuanto antes, mejor -le dijo a Guccio.

La entrevista se celebró en el palacio del antiguo gran chambelán, detrás del Pre-aux-Clercs. Bouville se paseaba por el jardín cerrado. Se le saltaron las lágrimas al ver a Giannino. Besó la mano del niño antes de besar sus mejillas y, mientras lo contemplaba de pies a cabeza, murmuró:

-Un verdadero pequeño príncipe, un verdadero pequeño príncipe.

Al mismo tiempo se secaba los ojos. Guccio estaba asombrado de esta emoción y la consideró como homenaje rendido a su amistad.

-Un verdadero pequeño príncipe, como vos decís, messire -respondió Guccio, feliz-; y es más sorprendente al pensar que no ha conocido mas que la vida del campo y que su madre, después de todo, solo es una campesina.

Bouville movió la cabeza. Sí, sí, todo eso era muy asombroso...

-Llevaóslo; es lo mejor que podéis hacer. Además, ¿no tenéis la aprobación augusta de nuestro Padre Santo? Esta vez te daré dos sargentos que te acompañarán hasta las fronteras del reino para que no os sobrevenga ningún mal ni a ti, ni a... este niño.

Parecía que no le era fácil decir «tu hijo».

-Adiós, mi pequeño príncipe -dijo abrazando a Giannino-. ¿Te volveré a ver?

Y se alejó muy de prisa; las lágrimas comenzaban a arrasar de nuevo sus ojos. Es que, en realidad, aquel niño se parecía demasiado dolorosamente al gran rey Felipe.

-¿Volvemos a Cressay? -preguntó Giannino la mañana del 11 de mayo al ver preparar baules de albarda y portamantas.

No parecía muy impaciente en volver a la casa solariega.

-No, hijo mío -respondió Guccio-. Primero iremos a Siena.

-¿Vendrá mi madre con nosotros?

-Ahora no; vendrá mas adelante.

El niño pareció tranquilizarse. Guccio pensó que después de escuchar durante nueve años mentiras sobre su padre, ahora iba a entrar en una nueva época de mentiras sobre su madre. ¿Se podía hacer otra cosa? Tal vez un día habría que hacerle creer que su madre había muerto...

Antes de ponerse en camino quedaba a Guccio por hacer una visita, la más prestigiosa, si no la más importante: deseaba saludar a la reina viuda Clemencia de Hungría.

-¿Dónde está Hungría? -preguntó el niño.

-Muy lejos, hacia Levante. Se necesitan muchas semanas de ruta para llegar; poca gente ha estado allí.

-¿Por qué está en París la señora Clemencia si es reina de Hungría?

-Nunca ha sido reina de Hungría, Giannino. Su padre fue rey allí, y ella fue reina de Francia.

-¿Es la mujer del rey Carlos el Hermoso?

No, la mujer del rey era la señora de Evreux, a la que coronaban ese mismo día. Irían al palacio real en seguida a echar una ojeada a la ceremonia que se celebraría en la Sainte-Chapelle, para que, de esta forma, Giannino partiera con un recuerdo más hermoso aún que los otros. Guccio, el impaciente Guccio, no sentía enojo ni cansancio explicando al pequeño las cosas que parecían evidentes y que no lo serían si no se las conociera desde siempre. Así se hace el aprendizaje del mundo.

¿Quién era esa reina Clemencia que iban a visitar? ¿Cómo la había conocido Guccio?

Desde la calle de los Lombardos al Temple por la calle de la Verrerie, había poca distancia. Mientras caminaban, Guccio contó al niño cómo había ido a Nápoles con el conde de Bouville...

-«ya sabes, el grueso señor que visitamos el otro día y que te abrazó... para solicitar en matrimonio a esta princesa de parte del rey Luis X, ya fallecido.

Relató su viaje con la señora Clemencia en el barco que la llevaba a Francia, y como estuvo a punto de perecer en una gran tempestad que se abatió sobre ellos antes de llegar a Marsella.

-Ese relicario que llevas al cuello me lo dio ella en agradecimiento por haberla salvado.

Luego, cuando la reina Clemencia tuvo un hijo, eligió por nodriza a la madre de Giannío.

-Mi madre nunca me dijo nada de eso -exclamó el niño con sorpresa-. Entonces, ¿también ella conoce a la señora Clemencia?

Todo eso era muy complicado. Giannino hubiera deseado saber si Nápoles estaba en Hungría. Además, los transeúntes le empujaban; quedaba en suspenso una frase comenzada, un acarreador de agua interrumpía una respuesta con el tintineo de sus cubos. Al niño le resultaba muy difícil poner en orden el relato... «Así, tú eres hermano de leche del rey Juan el Póstumo, que murió a los cinco días...»

Hermano de leche, Giannino comprendía bien lo que significaba. En Cressay lo había oído muchas veces: en el campo hay muchos hermanos de leche. Pero ¿hermano de leche de un rey? Era como para quedar meditabundo; porque un rey es un hombre grande y fuerte, con una corona en la cabeza... Nunca había pensado que los reyes pudieran tener hermanos de leche, ni que alguna vez fueran pequeños. En cuanto a «póstumo»... otro nombre raro, lejano como Hungría.

-Mi madre nunca me dijo nada de eso -repitió.

Y empezó a estar quejoso de su madre por las muchas cosas asombrosas que le había ocultado.

-¿Por que se llama el Temple al sitio al que vamos?

-Debido a los Templarios.

-¡Ah, sí, ya sé! Escupían a la cruz, adoraban a una cabeza de gato y envenenaban los pozos para conservar todo el oro del reino.

sabía eso por el hijo del carretero, que repetía lo que su padre había oído, Dios sabe dónde. A Guccio le era difícil, en medio de la muchedumbre y en tan poco tiempo, explicar a su hijo que la verdad era un poco más sutil. El niño no comprendía que la reina que iban a visitar habitara en casa de gente tan villana.

-Ellos ya no viven allí, figlio mío. Ya no existen; es la antigua residencia del Gran Maestre.

-¿El maestre Jacobo de Molay? ¿Era él?

-¡Haz los cuernos, haz los cuernos con los dedos, hijo mío, cuando pronuncies ese nombre ... ! Pues los Templarios fueron suprimidos, quemados o expulsados, el rey se apoderó del Temple que era su castillo.

-¿Que rey?

El pobre Giannino se confundía con tantos soberanos.

-Felipe el Hermoso.

-¿Viste tu al rey Felipe el Hermoso?

El niño había oído hablar de él, de aquel rey aterrador y ahora tan grandemente respetado. Pero eso formaba parte de todas las sombras anteriores a su nacimiento. Y Guccio se enterneció.

«Es verdad -pensó-, no había nacido aun. Para él es lo mismo que si le hablaran de San Luis. »

Y como la multitud les hacia caminar aun mas despacio, continuó:

-Si, lo vi. Estuve a punto de atropellarlo en una de estas calles el día de mi llegada a Paris, hace doce años, cuando me paseaba con mis dos galgos.

Y el tiempo cayó sobre sus hombros como una repentina ola, que te sumerge y luego se disipa. Una ola de años se había abatido sobre él. ¡Era ya un hombre y contaba sus recuerdos!

-La casa de los Templarios -continuó- pasó a ser propiedad del rey Felipe el Hermoso, después del rey Luis, luego del rey Felipe el Largo, que fue el antecesor del rey actual. el rey Felipe el Largo dio el Temple a la reina Clemencia a cambio del castillo de Vincennes, que había heredado de su esposo el rey Luis.

-Padre, quiero un barquillo.

Había percibido el buen olor que despedía el canasto de un vendedor ambulante, y eso hizo que desapareciera de golpe su interés por todos aquellos reyes que se sucedían tan de prisa y que se cambiaban sus castillos. Sabía ya que comenzar la frase con «padre» era un medio seguro para obtener lo que deseaba; pero esta vez la treta no tuvo éxito.

-No, cuando volvamos, porque ahora te ensuciarías. Recuerda lo que te he dicho. No hables a la reina si no te dirige la palabra, y arrodíllate para besarle la mano.

-¿Cómo en la iglesia?

-No, no como en la iglesia. Ven, te lo voy a enseñar. Yo no puedo hacerlo muy bien porque tengo la pierna lesionada.

Los transeúntes miraban con curiosidad a aquel extranjero de pequeña estatura, de tez morena, que, en el rincón de una puerta, enseñaba a hacer la genuflexión.

-Y luego te levantas rápidamente, sin atropellar a la reina.

El palacio del Temple había sufrido muchos cambios desde el tiempo de Jacobo de Molay. En primer lugar, había sido dividido. La residencia de la reina sólo comprendía la gran torre cuadrada con sus cuatro garitas de piedra en los ángulos, algunas viviendas secundarias, edificios y cuadras situadas alrededor del amplio pavimentado, y el jardín, parte de recreo, parte para huerto. El resto de las habitaciones para los caballeros y las armerías, aisladas por altos muros, habían sido destinadas a otros usos y su gigantesco patio, dedicado a las paradas militares, estaba ahora desierto y como muerto. La litera de ceremonia de visillos blancos que esperaba a la reina para conducirla a la coronación, parecía un barco que atraca por equivocación o por necesidad en un puerto que no es el suyo, y, aunque alrededor de la litera había varios escuderos y criados, la mansión parecía silenciosa y abandonada.

Guccio y Giannino penetraron en la torre del Temple por la misma puerta por la que Jacobo de Molay había salido doce años antes para ser conducido al suplicio. Las salas habían sido restauradas; pero, a pesar de las tapicerías, de los objetos de marfil, plata y oro, las pesadas bóvedas, las estrechas ventanas, los espesos muros donde se ahogaban los ruidos, y las proporciones mismas de esta residencia guerrera, no formaban una vivienda adecuada para una mujer de treinta y dos años. Todo recordaba a hombres rudos, con espada en la cintura; hombres que habían asegurado la supremacía total de la cristiandad en los límites del antiguo Imperio Romano. Para una viuda joven, el Temple parecía una prisión.

La señora Clemencia hizo esperar poco a sus visitantes. Apareció, vestida ya para la ceremonia a la que iba, con vestido blanco, gorguera de velo en el nacimiento del pecho, manto real en los hombros y corona de oro en la cabeza. Verdaderamente una reina, como se ve en las pinturas de las vidrieras de las iglesias. Giannino creyó que las reinas vestían así todos los días de su vida. Hermosa, rubia, magnífica, distante; con la mirada un poco ausente, Clemencia de Hungría ofreció la sonrisa que una reina sin poder, sin reino, debe dejar caer sobre el pueblo que se le acerca.

Esta muerte sin tumba llenaba sus días demasiado largos con ocupaciones inútiles, coleccionando piezas de orfebrería; ese era todo su interés por el mundo o al menos el que fingía tener.

La entrevista fue más bien decepcionante para Guccio, que esperaba más emoción, pero no para el niño, que veía ante él una santa del cielo con manto de estrellas.

La señora de Hungría hizo esas preguntas de circunstancias, propias de los soberanos cuando no tienen nada que decir. Guccio intentó llevar la conversación hacia sus recuerdos comunes, hacia Nápoles y la tempestad; pero la reina los eludió. Todo recuerdo le era penoso; rechazaba los recuerdos.

Y cuando Gupcio, intentando dar categoría a Giannino, dijo: «El hermano de leche de vuestro infortunado hijo, señora», se dibujó en el hermoso rostro una expresión casi dura. Una reina no llora en público; pero era una inconsciente crueldad mostrarle, rubio y fresco, a un niño de la misma edad que tendría el suyo y que había mamado la misma leche.

No hablaba la voz de la sangre, sino la de la desgracia. Además, habían elegido mal día, ya que Clemencia iba a asistir a la coronación de la tercera reina de Francia después de ella. La cortesía la obligó a preguntar:

-¿Qué hará este hermoso niño cuando sea mayor...?

-Tendrá banca, señora. Como su padre, como todos nosotros; al menos así lo espero.

La reina Clemencia creía que Guccio había ido a reclamarle algún crédito, el pago de una copa de oro, o de alguna joya procedente de la tienda de su tío. ¡Tan acostumbrada estaba a las reclamaciones de sus proveedores! Se sorprendió al saber que aquel joven se había molestado sólo por verla. ¿Había todavía, pues, personas que iban a saludarla sin solicitar nada de ella, ni pago, ni servicio?

Guccio le dijo al niño que le mostrase a la reina el relicario que llevaba al cuello. La reina no lo recordaba, y Guccio tuvo que hablarle del hospital de Marsella donde ella se lo había regalado.

Clemencia pensó:

«Este joven me ha amado.»

¡Ilusorio consuelo de las mujeres cuyo destino amoroso se ha detenido demasiado pronto, atentas a los sentimientos que pudieron inspirar en otro tiempo!

Se inclinó para besar al niño. Pero Giannino se arrodilló en seguida, y le besó la mano.

La reina, con movimiento maquinal, buscó alrededor de ella un regalo. Vio una caja de plata sobredorada y se la dio al niño, diciendo:

-Seguramente te gustan las almendras garrapiñadas. Conserva esta caja de confites, y que Dios te proteja.

Era hora de ir a la ceremonia. Subió a la litera, ordenó que corrieran los visillos blancos, y se sintió enferma de un mal que le venía de todo el cuerpo, del pecho, de las piernas, del vientre, de toda aquella belleza inútil. Al fin pudo llorar.

En la calle del Temple la muchedumbre se dirigía hacia el Sena, hacia la Cité, para ver la coronación.

Guccio, tomando a Giannino de la mano, se puso detrás de la litera blanca, como si formara parte de la escolta de la reina. Así pudieron atravesar el Pont-au-Change, entrar en el patio del palacio y detenerse allí para ver pasar a los grandes señores que entraban, en traje de gala, en la Sainte-Chapelle. Guccio reconoció a la mayoría y se los fue nombrando al niño: la condesa de Mahaut de Artois, todavía mas alta con su corona; el conde Roberto, su sobrino, que la superaba en estatura; monseñor Felipe de Valois, ahora par de Francia, al lado de su mujer, que cojeaba; y, luego, la señora Juana de Borgoña, la otra reina viuda. ¿Quienes formaban aquella pareja, de unos dieciocho y quince años, que venía detrás? Guccio preguntó a los vecinos. Le dijeron que era la señora Juana de Navarra y su marido Felipe de Evreux. ¡Ah, sí! La hija de Margarita de Borgoña tenía ahora quince años y se había casado después de todos los dramas originados por su causa.

Había tanta gente, que Guccio tuvo que poner a Giannino sobre sus hombros. ¡Y como pesaba el diablillo!

Apareció la reina Isabel de Inglaterra, llegada expresamente del Ponthieu. Guccio la encontró asombrosamente poco cambiada desde que la había entrevisto en Westminster, cuando le entregó un mensaje del conde Roberto. Sin embargo, la recordaba mayor... En la misma fila, marchaba su hijo, el joven Eduardo de Aquitania; y todas las cabezas se volvían porque la cola del manto ducal del joven la llevaba Lord Mortimer, como si fuera el gran chambelán del príncipe. Un nuevo desafío lanzado al rey Eduardo. Lord Mortimer presentaba un rostro victorioso, aunque menos que el rey Carlos el Hermoso, al que nunca se habla visto tan radiante, porque la reina de Francia, se susurraba, estaba encinta de dos meses. Y su coronación oficial, diferida hasta entonces, constituía un agradecimiento.

Giannino se inclinó de pronto sobre la oreja de Guccio.

-Padre, padre -dijo-, el señor grueso que me abrazó el otro día, a quien fuimos a ver a su jardín, está allí, y me mira.

¡Que confusos y turbadores pensamientos tenía el buen Bouville, metido entre la multitud de dignatarios, al ver al verdadero rey de Francia, a quien todo el mundo creía en la sepultura de Saint-Denis, encaramado en los hombros de un negociante Lombardo, mientras coronaban a la esposa de su segundo sucesor!

Aquella misma tarde, por la ruta de Dijon, dos sargentos de armas del conde de Bouville escoltaban al viajero sienés y a un niño rubio. Guccio Baglioni creía robar a su hijo; a quien robaba en realidad era al dueño legítimo del trono. Y este secreto sólo era conocido por un augusto anciano que estaba en una habitación de Aviñón llena de gritos de pájaros, i por un antiguo chambelán que se paseaba por su jardín del Pré-aux-Clercs, y por una joven desesperada para siempre en un prado de la Isla-de-Francia. La reina viuda que habitaba en el Temple continuaría ofreciendo misas por un niño muerto.

IV
El consejo de Chaâlis.

La tormenta ha limpiado el cielo de fines de junio. En los departamentos reales de la abadía de Chaalis, establecimiento cisterciense que es una fundación capetina, y donde se han depositado hace unos meses las entrañas de Carlos de Valois, los cirios se consumen humeando y mezclan el olor de la cera con el aire cargado de los perfumes de la tierra húmeda, y con el olor de incienso; tal como sucede en todas las residencias religiosas. Los insectos escapados de la tormenta han entrado por las ojivas de las ventanas y danzan alrededor de las llamas.

Es una tarde triste. Los rostros están pensativos, taciturnos, aburridos en la sala abovedada donde las tapicerías ya viejas, sembradas de flores de lis y del modelo ejecutado en serie para las residencias reales cuelgan a lo largo de la piedra desnuda. Una decena de personas se encuentran reunidas alrededor del rey Carlos IV: el conde Roberto de Artois, llamado también conde de Beaumont-le-Roger, el obispo par del Beauvais, Juan de Marigny, el canciller Juan de Cherchemont, el conde Luis de Bourbon, el Cojo, gran camarero y el condestable, Gaucher de Chatillon. Este ha perdido a su hijo mayor el año anterior, y, según dice, eso lo ha envejecido de golpe. Aparenta sus setenta y seis años; cada día esta mas sordo, lo que atribuye a los cañonazos que dispararon a un paso de sus orejas durante el asedio de La Réole.

Han sido admitidas algunas mujeres, porque en verdad es un asunto familiar lo que se va a tratar esta noche. Están las tres Juanas; la señora Juana de Evreux, la reina; la señora Juana de Valois, condesa de Beaumont, esposa de Roberto y Juana de Borgoña, la mala, la avara, nieta de San Luis, y coja como su primo Borbon, y que es la mujer de Felipe de Valois.

Y luego Mahaut, Mahaut, con los cabellos grises y vestida de negro y violeta, fuerte de pecho, de hombros, de brazos; colosal.

Generalmente la edad aminora la estatura de las personas, pero no la de Mahaut de Artois. Se ha convertido en una vieja gigante, y eso impresiona todavía mas que una joven gigante. Es la primera vez, desde hace mucho tiempo, que la condesa de Artois reaparece en la corte sin la corona en las ceremonias a las que le obliga su rango; la primera vez, desde la muerte de su yerno Felipe el Largo.

Ha llegado a Chaalis enlutada, parecida a un catafalco en marcha, tapada como una iglesia durante la semana de pasión. Su hija Blanca acaba de morir en la abadía de Maubuisson, donde al fin la habían admitido después de haberla trasladado primero desde Château-Gaillard a una residencia menos cruel cerca de Coutances. Pero Blanca no ha podido aprovechar esta mejora obtenida a cambio de la anulación de su matrimonio. Ha muerto unos meses después de entrar en el

convento, agotada por sus largos años de detención y por las terribles noches de invierno en la fortaleza de Andelys. Ha muerto de delgadez, de tos, de infortunio, casi demente, con velo de religiosa a los treinta años. Y todo ello por unos meses de amor, si se puede llamar amor a su aventura con Gautier de Aunay; todo ello por haber querido imitar los placeres de su cuñada Margarita de Borgoña, a los dieciocho años, edad en que no se sabe lo que se hace.

La que en este momento hubiera podido ser reina de Francia, la única mujer a quien de verdad ha querido Carlos el Hermoso, acaba de extinguirse cuando alcanzaba una relativa paz. Y el rey Carlos el Hermoso, a quien esta muerte trae dolorosos recuerdos, está triste, delante de su tercera esposa, que sabe bien lo que él piensa y finge no darse cuenta.

Mahaut ha aprovechado la ocasión de este duelo. Ha venido sin ser llamada y sin hacerse anunciar, como empujada solamente por el impulso de su corazón, a ofrecer, como madre desconsolada, su condolencia al antiguo y desgraciado marido. Y han caído uno en brazos del otro, Mahaut ha besado con su labio bigotudo las mejillas de su ex yerno; Carlos, en un impulso infantil, ha dejado caer la frente sobre el monumental hombro y ha derramado unas lágrimas entre los paños de coche fúnebre que viste la giganta. ¡Tanto cambian las relaciones entre los seres humanos cuando la muerte pasa entre ellos y anula los móviles del resentimiento!

La señora Mahaut sabe muy bien lo que hace al precipitarse a Chaalis, y su sobrino Roberto tasca el freno. Él le sonríe, se sonríen, se llaman «mi buena tía», «mi buen sobrino», y se testimonian buen amor de parientes, como se comprometieron a hacerlo por el tratado de 1318. Se odian. Se matarían si se encontraran solos en la misma pieza. Mahaut ha venido en verdad... -ella no lo dice, pero Roberto bien lo adivina- debido a una carta que ha recibido. Por otra parte, todos los presentes han recibido la misma carta, con ligeras variantes: Felipe de Valoís, el obispo Marigny, el condestable y el rey... sobre todo el rey.

La noche, clara y estrellada, se divisa a través de las ventanas. Son diez, once personajes de la más alta importancia, sentados en círculo bajo las bóvedas entre los pilares de capiteles esculpidos, y son muy pocos. No se dan ni a si mismos una verdadera impresión de fuerza.

El rey, de carácter débil y entendimiento limitado, no tiene además familia directa ni servidores personales. ¿Qué son los príncipes o dignatarios reunidos esta noche en torno a él? Primos o consejeros heredados de su padre o de su tío. Ninguno creado por él, ligado a él. Su padre tenía tres hijos y dos hermanos que se sentaban en su Consejo, e incluso los días de barullo, incluso los días en que el difunto monseñor de Valois levantaba tempestades, la tempestad era familiar. Luis el Turbulento tenía dos hermanos y dos tíos que lo apoyaban diversamente, y un hermano, el propio Carlos. Ese superviviente casi no tiene nada. Su Consejo hace pensar irresistiblemente en un fin de dinastía; la única esperanza de continuación de la línea de descendencia directa duerme en el vientre de esa mujer silenciosa, ni bonita ni fea, que está con las manos cruzadas junto a Carlos, y que sabe que es una reina de recambio.

La carta, la famosa carta de la que van a ocuparse, está fechada el 19 de junio en Westminster; el canciller la tiene en la mano, la cera verde del sello roto se desconcha sobre el pergamino.

-Lo que parece haber encolerizado tanto al rey Eduardo ha sido que monseñor de Mortimer haya llevado la cola del manto del duque de Aquitania, cuando la coronación de nuestra señora la reina. Nuestro sire Eduardo ha considerado como ofensa personal el que su enemigo haya ido detrás de su hijo, en prueba de dignidad.

Quien acaba de hablar es monseñor Marigny, con su voz suave, bien timbrada, melodiosa, acompañando a veces la frase con un gesto de sus finas manos en las que brilla la amatista episcopal. Sus tres vestidos sobrepuestos son de tela ligera, tal como conviene a esta época del año, y el vestido de encima, más corto, cae en pliegues armoniosos. Se advierte cada vez más en monseñor de Marigny la autoridad del gran Enguerrando de quien ahora es el Único hermano sobreviviente.

Librodot

El rostro del prelado no muestra debilidad, rematado por apretadas cejas horizontales, a ambos lados de la altiva nariz. Si el escultor respeta los rasgos, monseñor de Marigny tendrá un hermoso rostro yacente sobre su tumba... aunque dentro de largo tiempo, ya que todavía es joven. Supo aprovechar la fortuna de su hermano cuando este estaba en lo más alto de su gloria y apartarse en el momento en que se hundió. Siempre superó con facilidad las vicisitudes que entrañan los cambios de reinado; recientemente todavía se había beneficiado de los tardíos remordimientos de Carlos de Valois. Es muy influyente en el consejo.

-Cherchemont -dice el rey Carlos a su canciller-, leedme de nuevo ese pasaje en el que nuestro hermano Eduardo se queja de messire de Mortimer.

Juan de Cherchemont despliega el pergamino, lo acerca a un cirio, murmura un poco antes de encontrar las líneas en cuestión, y lee:

«-la concomitancia de nuestra mujer e hijo con nuestros traidores y enemigos mortales notoriamente conocidos, como el dicho traidor Mortimer, que llevó en París la cola del manto de nuestro hijo, públicamente, en la solemnidad de la coronación de nuestra muy querida hermana, vuestra compañera, la reina de Francia, en la última fiesta de Pentecostés, con gran vergüenza y despecho nuestro...»

El obispo Marigny se inclinó hacia el condestable Gaucher y le susurró:

-La carta está muy mal escrita.

El condestable no ha entendido bien; se contenta con gruñir:

-¡Un antinatural, un sodomita!

-Cherchemont -prosigue el rey-, ¿qué derecho tenemos para oponernos a la petición de nuestro hermano de Inglaterra, que nos intima a que prohibamos la estancia de su esposa?

Esta manera de dirigirse Carlos el Hermoso a su canciller, en lugar de volverse, como tiene por costumbre, hacia Roberto de Artois, que es su primo, tío de su mujer y su primer consejero, demuestra que por una vez ha tomado una determinación.

Juan de Cherchemont, antes de responder, ya que no está absolutamente seguro de la intención del rey y teme, por otra parte, chocar con monseñor de Artois, se refugia en el final de la carta, como si, antes de dar su opinión, le fuera preciso meditar las últimas líneas.

«-...Por eso, muy querido hermano -lee el canciller-, os rogamos de nuevo, todo lo afectuosamente y de corazón que podemos, que, ante eso que deseamos soberanamente, queráis escuchar nuestras solicitudes y resolverlas benignamente, y en seguida, en beneficio y honor de los dos, y para que no quedemos deshonrados...»

Juan de Marigny mueve la cabeza y suspira. Sufre al oír este estilo tan arrugado y torpe. De todas formas, por mal escrita que esté la carta, su sentido es claro.

La condesa Mahaut se calla; no quiere declarar su intención demasiado pronto, y sus ojos grises brillan a la luz de los cirios. Su delación del último otoño y sus maquinaciones con el obispo de Exeter van a dar sus frutos en verano, y ella está dispuesta a recogerlos.

Nadie le ha hecho el favor al canciller de cortarle la palabra, por lo que se ve obligado a dar su opinión:

-Cierto es, Sire que, según las leyes de la Iglesia y de los reinos, hay que apaciguar de alguna manera al rey Eduardo. Reclama a su esposa...

Juan de Cherchemont, que es eclesiástico, como lo requiere su función, se vuelve hacia el obispo Marigny, solicitando su apoyo con la mirada.

-Hasta nuestro Padre Santo el Papa nos ha enviado con el obispo Thibaud de Châtillon un mensaje en este sentido -dice Carlos el Hermoso.

Porque Eduardo ha llegado incluso a dirigirse al Papa Juan XXII y a enviarle la trascripción de toda la correspondencia en la que detalla su infortunio conyugal. ¿Qué podía hacer el Papa Juan sino responder que una esposa ha de vivir con su esposo?

Librodot

-Es preciso, pues, que nuestra señora hermana vuelva hacia el país de su matrimonio -agrega Carlos el Hermoso. Ha dicho eso sin mirar a nadie, fija la vista en sus zapatos bordados. Un candelabro que domina su asiento le ilumina la cara, en la que se descubre de golpe algo de la obstinada expresión de su hermano el Turbulento.

-Sire Carlos -declara Roberto de Artois-, obligar a la señora Isabel a regresar allí es entregarla atada de manos a los Despenser. ¿No ha venido a buscar refugio a vuestro lado porque temía que la mataran? ¿Qué será de ella ahora?

-Cierto, sire primo mío, vos no podéis... -dice Felipe de Valois, siempre dispuesto a compartir el punto de vista de Roberto.

Pero su mujer, Juana de Borgoña, le tira de la manga, y el se interrumpe. Si no fuera de noche, los presentes lo verían ponerse colorado.

Roberto de Artois se ha fijado en el gesto, en el repentino mutismo de Felipe y en la mirada que han intercambiado Mahaut y la joven condesa de Valois. Si Pudiera, le retorcería el cuello a aquella coja.

-Tal vez mi hermana ha exagerado el peligro -dice el rey-. Esos Despenser no parecen tan malos como ella los pinta. Me han enviado varias cartas muy agradables, que me demuestran que me profesan su amistad...

-...y también regalos de hermosa orfebrería -exclama Roberto levantándose. Y las llamas de los cirios oscilan y las sombras dividen los rostros-. Sire Carlos, mi amado primo, ¿habéis cambiado de opinión sobre esa gente que os ha hecho la guerra y que está con vuestro cuñado como buco sobre cabra, por tres salseras doradas que faltaban en vuestro aparador? Todos hemos recibido regalos de ellos. ¿No es verdad, monseñor de Beauvais, y vos, Cherchemont, y tú, Felipe? Un corredor de cambio, cuyo nombre os puedo dar, se llama maestro Arnoldo, recibió el mes pasado cinco toneladas de plata, valuadas en cinco mil marcos esterlines, con instrucciones de emplearlas en granjear amigos al conde de Gloucester en el Consejo del rey de Francia. Esos regalos no cuestan nada a los Despenser, ya que los pagan con las rentas del condado de Cornuailles, que han quitado a vuestra hermana. Eso es, sire, lo que debéis saber y recordar. ¿Y qué lealtad se puede esperar de hombres que se disfrazan de mujer para servir los vicios de su dueño? No olvidéis lo que son y el asiento de su poder.

Roberto, ni aún en el Consejo, puede resistir la tentación de insistir en lo picaresco:

-Asiento: ésa es la palabra exacta.

Pero su risa no levanta eco alguno más que en el condestable. En otro tiempo Roberto de Artois no había sido del agrado del condestable; y había dado pruebas de ello ayudando a Felipe el Largo, durante la regencia de éste, a derrotar al gigante y a meterlo en prisión. Pero desde hace algún tiempo el viejo Gaucher encuentra cualidades en Roberto, debido quizás a su voz, la única que comprende sin hacer ningún esfuerzo...

Los partidarios de la reina Isabel son escasos esa tarde. El canciller es indiferente o, más bien, está sólo atento a conservar su puesto, que depende del favor del rey; su opinión reforzará la tendencia que más pese. También es indiferente la reina Juana, que piensa poco y desea no experimentar ninguna emoción que pueda perjudicar a su embarazo. Es sobrina de Roberto de Artois, y no deja de ser sensible a su autoridad, estatura y aplomo; pero está preocupada por demostrar que es una buena esposa, y dispuesta por lo tanto a condenar, por principio, a las esposas que son objeto de escándalo.

El condestable se inclinaría hacia Isabel, en primer lugar porque detesta a Eduardo de Inglaterra por sus costumbres y sus negativas a rendir homenaje. Generalmente, no le gusta nada inglés; pero reconoce que Roger Mortimer ha prestado buenos servicios, y que sería cobardía abandonarlo ahora. El viejo condestable no tiene inconveniente en decirlo así, y en declarar igualmente que Isabel tiene todas las excusas.

-Es una mujer, ¡que diablos!, y su marido no es hombre. ¡Él es el primer culpable!

Monseñor de Marigny, levantando un poco la voz, le responde que la conducta de la reina Isabel es francamente perdonable, y que el mismo por su parte, está dispuesto a darle la absolución; pero el error, el gran error de la señora Isabel, es haber hecho público su pecado. Una reina no debe ofrecer ejemplo de adulterio.

-¡Ah, eso es verdad, es justo! -dice Gaucher-. No tenían necesidad de ir juntos a todas las ceremonias, ni de compartir el lecho, como se dice que hacen.

En este punto le daba la razón al obispo. El condestable y el prelado se muestran, pues, favorables a Isabel; pero con algunas reservas. Las preocupaciones del condestable sobre este tema acaban aquí. Piensa en el colegio de lengua romance que ha fundado cerca de su castillo de Châtillon-sur-Seine, donde estaría ahora si no fuera por ese asunto. Se consolará yendo en seguida a oír cantar a los monjes el oficio de noche, placer que puede parecer extraño para un hombre sordo; pero Gaucher oye mejor con ruido. Además este militar gusta de las artes. Eso ocurre a veces.

La condesa de Beaumont, hermosa y joven mujer que sonríe siempre con la boca y nunca con los ojos, se divierte infinitamente. ¿Cómo va a salir del asunto en que está metido ese gigante que tiene por marido, y que constituye para ella un perpetuo espectáculo? Saldrá airoso, sabe que lo logrará; Roberto gana siempre. Ella le ayudará a ganar, si puede; pero no con palabras dichas en público.

Felipe de Valois es Plenamente favorable a Isabel de Inglaterra, pero va a traicionarla porque su mujer, que odia a Isabel, lo ha instruido antes del consejo, y esta noche lo rechazará con gritos y protestas, si no actúa como ella ha decidido. Y el narigudo mozo se turba, vacila, tartamudea.

Luis de Bourbon no tiene valor. Ya no lo envían a las batallas porque huye. Nada le liga con la reina Isabel.

El rey es débil, pero capaz de obstinarse en una cosa, como cuando se negó durante un mes a conceder a Carlos de Valois su nombramiento de teniente real en Aquitania. Está mal dispuesto hacia su hermana porque las ridículas cartas de Eduardo, a fuerza de repetirlas, han hecho mella en él y, sobre todo, porque Blanca ha muerto, y piensa en el papel de Isabel hace doce años en el descubrimiento del escándalo. De no ser por ella, nunca lo hubiera sabido y, aún sabiéndolo, hubiera perdonado a Blanca para conservarla a su lado. ¿Valía la pena tanto horror, tanta infamia aireada, tantos días de sufrimiento para acabar con esa muerte?

El clan de los enemigos de Isabel solo comprendía a dos personas, Juana la Coja y Mahaut de Artois, pero sólidamente aliadas por un odio común.

De modo que Roberto de Artois, el hombre más poderoso después del rey, e incluso en muchos aspectos mas poderoso que el soberano, cuya opinión prevalece siempre, que decide en todos los asuntos administrativos, que dicta las órdenes a los gobernadores, bailes y senescales, se encuentra de pronto solo para defender la causa de su prima.

Así va la influencia en las cortes; es una extraña y fluctuante suma de estados de animo, en la que las situaciones se transforman con la marcha de los acontecimientos y la amalgama de los intereses en juego. Y los favores llevan consigo el germen de las desgracias. No es que se cierna sobre Roberto alguna desgracia; pero Isabel está verdaderamente amenazada. Ella, que hace unos meses era compadecida, protegida y admirada, a quien daban la razón en todo, cuyo amor se aplaudía considerándolo un hermoso desquite, no tiene en el Consejo del rey mas que un solo partidario. Ahora bien, imponerle el regreso a Inglaterra es colocar su cuello sobre el tajo de la Torre de Londres, y esto lo saben todos. Pero de repente, no la quieren; ha triunfado demasiado. Nadie está ya dispuesto a comprometerse por ella, a no ser Roberto, sólo porque es una manera de enfrentarse a Mahaut. Ésta se lanza al ataque preparado desde hace largo tiempo.

-Sire, mi querido hijo, sé el amor que tenéis a vuestra hermana, amor que os honra -dice-; pero es necesario ver claramente que Isabel es una mala mujer por cuya causa todos padecemos o

Librodot

hemos padecido. Ved el ejemplo que ha dado en vuestra corte desde que está aquí y pensad que es la misma VU

Jer que lleno de calumnias a mis hijas y a la hermana de Juana, aquí presente. ¿No tenía yo razón cuando le decía a vuestro padre, cuya alma Dios guarde, que se dejaba arrastrar por su hija? Nos ha ensuciado a placer con los malos pensamientos que veía en los demás y que no eran más que los suyos, como lo ha demostrado a las claras. Blanca, que era sincera y que os amó hasta sus últimos días, como vos sabéis, acaba de morir esta semana. ¡Era inocente, mis hijas eran buenas e inocentes!

El grueso dedo índice de Mahaut, duro como un bastón, toma al cielo por testigo. Y para complacer a su aliada del momento, añade, volviéndose a Juana la Coja:

-Seguramente tu hermana era inocente, mi pobre Juana, todos hemos sufrido la desgracia a causa de las calumnias de Isabel, y mi corazón de madre ha sangrado.

Si continúa así, va a hacer llorar a la asamblea; pero Roberto le espeta:

-¿Inocente vuestra Blanca? ¿Fue el Espíritu Santo quien la embarazó en la prisión?

El rey Carlos el Hermoso hace un gesto de contrariedad. Realmente Roberto no tenía necesidad de recordar eso.

-¡La desesperación empujó a mi hijita! -gritó Mahaut-. ¿qué podía perder esa paloma, vilipendiada por las calumnias, encerrada en una fortaleza y medio loca? Quisiera saber quién se hubiera resistido con tal tratamiento.

-También yo estuve en prisión, tía mía, cuando, por complaceros, me encerró vuestro yerno Felipe. No por eso embaracé a la mujer del carcelero, ni por desesperación tomé por esposa al llavero, cosa que parece que se hace en nuestra familia inglesa.

El condestable vuelve a interesarse por el debate.

-¿Y quién os dice, sobrino, que tanto os complacéis en ensuciar la memoria de una muerta, que mi Blanca no fue tomada a la fuerza? Igual que estrangularon a su prima en la misma prisión -dice mirando a Roberto a los ojos-, pudieron violar a la otra. No, sire hijo mío -prosigue, volviéndose al rey-, puesto que me habéis llamado a vuestro consejo...

-Nadie os ha llamado -dijo Roberto-, habéis venido por vuestra voluntad.

No se corta fácilmente la palabra a la vieja giganta.

-...os lo doy con el corazón de madre que jamás he dejado de tener hacia vos, a pesar de todo lo que hubiera podido alejarme. Os lo digo, sire Carlos: expulsad de Francia a vuestra hermana, ya que cada vez que ha venido, la Corona conoce una desgracia. El año que fuisteis hecho caballero con vuestros hermanos y mi sobrino Roberto, que debe de acordarse, el fuego se apodero de Maubuisson durante la estancia de Isabel, y estuvimos a punto de asarnos. Al año siguiente, nos trajo ese escándalo que nos ha cubierto a todos de barro y de infamia; cuando una buena hija del rey, una buena hermana de sus hermanos, aunque hubiera habido una sombra de verdad, se debería haber callado, en lugar de airearlo por todas partes con ayuda de quien yo sé. Y luego, durante el reinado de vuestro hermano Felipe, cuando ella llegó a Amiens para que Eduardo rindiera homenaje, ¿que sucedió? ¡Los pastorcillos asolaron el reino! Y ahora tiemblo al pensar que ella esta aquí. Porque vos esperáis un hijo, que deseáis varón, para dar un rey a Francia; pues bien, os lo digo, sire hijo mío: mantened a esa portadora de desgracias alejada del vientre de vuestra esposa.

¡Ah!, bien ha lanzado su ballesta. Pero Roberto responde en seguida:

-Y cuando murió nuestro primo el Turbulento, mi buena tía, ¿dónde estaba Isabel? No en Francia, que yo sepa. Y cuando su hijo, el pequeño Juan el Póstumo, se extinguió de repente en vuestros brazos, mi buena tía, ¿donde estaba Isabel? ¿En la habitación de Luis? ¿Se encontraba entre los barones reunidos? ¡Quizá me falla la memoria, pero no la recuerdo allí! A menos, a menos, de que esas dos muertes no se deban contar, según vos, entre las desgracias del reino.

A bribona, bribón y medio. Si intercambian dos palabras más, se van a acusar claramente de asesinato.

El condestable conoce a esta familia desde hace casi sesenta años. Entorna sus ojos de tortuga y dice:

-No divaguemos y volvamos, monseñores, al tema que licita decisión.

Y hay algo en esa voz que recuerda, de golpe, el tono de los Consejos del Rey de Hierro.

Carlos el Hermoso se acaricia la frente, y dice:

-¿Y si para dar satisfacción a Eduardo, hiciéramos salir del reino a messire Mortimer?

Juana la Coja toma la palabra. Su voz es clara, no muy alta; pero después de los mugidos que han soltado los toros de Artois, se le escucha.

-Sería disgusto y tiempo perdido -declara-. ¿Pensáis que nuestra prima va a separarse de ese hombre que es ahora su dueño? Está dedicada a el en cuerpo y alma; no respira mas que por él y se negara a que parta, o se irán juntos.

Juana la Coja detesta a la reina de Inglaterra, no sólo por el recuerdo de su hermana Margarita, sino por el amor tan hermoso que Isabel muestra a Francia. Y, sin embargo, Juana de Borgoña no tiene de que quejarse; su largo Felipe la quiere de verdad, aunque ella tiene una pierna mas corta que la otra. Pero la nieta de San Luis quisiera ser la única amada en todo el universo. Odia los amores ajenos.

-Hay que tomar una decisión -repite el condestable.

Dice eso porque la hora avanza y porque, verdaderamente, las mujeres hablan demasiado en esta asamblea.

El rey Carlos aprueba moviendo la cabeza, y luego dice:

-Mañana por la mañana mi hermana será conducida al puerto de Boulogne para embarcarla y entregarla bajo escolta a su legítimo esposo. Así lo quiero.

Ha dicho «así lo quiero», y los asistentes se miran, porque estas palabras raramente salen de la boca del débil Carlos.

-Cherchemont -agrega-, vos prepararéis la orden de escolta, que sellaré con mi pequeño sello.

No se puede añadir nada. Carlos el Hermoso es obstinado, es el rey; y a veces se acuerda.

Sólo la condesa Mahaut se permite decir:

-Es una sabia decisión, Sire hijo mío.

Y se separan sin desearse «buenas noches», con la sensación de haber participado en una mala acción. Apartan los asientos, y se levantan para saludar la salida del rey y de la reina.

La condesa de Beaumont está decepcionada. Había creído que su esposo Roberto triunfaría. Lo mira, y el le hace una seña para que se dirija a su habitación. Tiene que decir todavía una palabra a monseñor de Marigny.

El condestable con su paso pesado, Juana de Borgoña con su Paso cojo, Luis de Bourbon cojeando también, han abandonado la sala. El largo Felipe sigue a su mujer con aire de galgo que ha ojeado mal la caza.

Roberto de Artois habla un instante al obispo de Beauvais, que cruza y descruza sus blancas manos.

Momentos después Roberto regresa a su departamento por el claustro de la hospedería. Una sombra está sentada entre dos columnitas: una mujer que contempla la noche.

-Buenos sueños tengáis, monseñor de Artois.

Esta voz irónica y arrastrada pertenece a Beatriz de Hirson, dama de compañía de la condesa Mahaut, y está allí, al parecer soñadora, ¿esperando que?... El paso de Roberto; Éste lo sabe bien. La joven se incorpora, se estira, se destaca en la ojiva, da un paso, y otros dos con movimiento de balanceo, y su vestido se desliza por la piedra.

-¿Que hacéis aquí, hermosa zorrita? -le pregunta Roberto.

No responde directamente, señala con su perfil las estrellas del cielo, y dice:

-Hace una hermosa noche, y es una pena ir a acostarse sola. No se concilia el sueño con este calor.

Roberto de Artois se le acerca, e interroga a aquellos grandes ojos que lo desafían y brillan en la penumbra; pone su enorme mano en las caderas de la joven y de repente la retira abriendo los dedos como si se hubiera quemado.

-¡Eh, hermosa Beatriz -exclama riendo-, id corriendo a meter las nalgas en el fresco del estanque, porque si no, os vais a inflamar!

Esta brutalidad de gesto, esta grosería de palabras, hacen gracia a la joven Beatriz. Hace tiempo que espera la ocasión de conquistar al gigante: ese día monseñor Roberto estará a merced de la condesa Mahaut, y Beatriz habrá podido al fin satisfacer su deseo. Pero no será esta noche.

Roberto tiene algo mas importante que hacer. Llega a su departamento y entra en la habitación de su mujer la condesa, quien se incorpora en el lecho. Está desnuda. Duerme así todo el verano. Roberto, con la misma mano que acaba de poner en las caderas de Beatriz, acaricia maquinalmente uno de los senos que le pertenecen por matrimonio, musitando «buenas noches». La condesa de Beaumont no siente nada un

con esta caricia, pero le divierte; siempre le divierte ver aparecer a su gigantesco marido e imaginar lo que puede tener en la cabeza. Roberto de Artois se deja caer en un asiento, estira sus inmensas piernas, las levanta de vez en cuando, y las vuelve a dejar caer, los dos talones juntos.

-¿No os acostáis, Roberto?

-No, amiga mía, no. Hasta voy a dejaros para ir en seguida a París, en cuanto esos monjes acaben de cantar en su iglesia.

La condesa sonríe.

-¿No creéis, amigo mío, que mi hermana de Hainaut podría acoger algún tiempo a Isabel, y permitirle reagrupar sus fuerzas?

-En eso pensaba, mi hermosa condesa, en eso pensaba ahora.

La señora de Beaumont queda tranquilizada; su marido ganará.

No fue ciertamente el servicio de Isabel, sino el Odio a Mahaut lo que aquella noche hizo cabalgar a Roberto de Artois. ¿Quería la zorra oponérsele, perjudicar a quienes él protegía, y ganar influencia sobre el rey? Ya vería quién diría la última palabra.

Fue a despertar a su criado Lormet.

-Haz ensillar tres caballos. Mi escudero, un sargento...

-¿Y yo? -dijo Lormet.

-No, tú no, tú volverás a dormir.

Era una amabilidad por parte de Roberto; los años comenzaban a pesarle a su viejo compañero de fechorías, guardaespaldas, estrangulador y nodriza todo de una pieza. Lormet se cansaba y soportaba mal las brumas de la madrugada. Refunfuñó. ¿Por qué lo había despertado si no lo necesitaba? Pero hubiera refunfuñado más, si le hubiera ordenado partir.

Ensillaron rápidamente los caballos; el escudero bostezaba, el sargento de armas terminaba de aderezarse...

-A caballo -dijo Roberto-. Va a ser un paseo.

Bien sentado en el arzón de la silla, salió a paso lento de la abadía por la granja y los talleres. Luego, en cuanto alcanzó el mar de arena que se extendía claro, insólito y nacarado en la noche, entre los blancos abedules, verdadero paisaje para una asamblea de hadas, picó al caballo y emprendió el galope. Damnartin, Mitry, Aulnay, Saint-Ouen: un paseo de cuatro horas con alguna aminoración del paso para respirar, y una parada en una posada abierta de noche que servía de beber a los carreteros de las huertas.

Aun no apuntaba el día cuando llegaron al palacio de la Cité. La guardia dejó pasar al primer consejero del rey. Roberto subió directamente a las habitaciones de la reina y, tratando de no

pisar a los servidores dormidos en los pasillos, atravesó la habitación de las mujeres, entre cacareos de asustadas gallinas: « ¡señora, señora, que entran! »

Una lamparilla brillaba sobre el lecho en que Roberto Mortimer estaba con la reina.

«De manera que me he derrengado galopando toda la noche para que puedan dormir uno en brazos del otro», pensó Roberto.

Pasado el primer momento de sorpresa y encendidas las candelas, se olvidó toda turbación en vista de la urgencia. Roberto puso rápidamente en conocimiento de los dos amantes lo que se había tramado y decidido en Chaalis contra ellos. Mientras escuchaba y preguntaba, Mortimer se vistió delante de Roberto, con la mayor naturalidad, como se hace entre guerreros. Tampoco parecía turbarle la presencia de su amante; se veía que estaban muy acostumbrados.

-Tenéis que partir inmediatamente, ese es mi consejo, mis buenos amigos -dijo Roberto-, y dirigiros hacia las tierras del Imperio para buscar allí refugio. Los dos, con el joven Eduardo, y tal vez Cromwell, Alspaye y Maltravers, pero nadie más, ya que necesitáis ir deprisa, vais a salir volando hacia Hainaut, a donde yo despacharé un jinete que se os adelantará. El buen conde Guillermo y su hermano Juan son dos grandes señores leales, temidos por sus enemigos y amados por sus amigos. Mi esposa la condesa os apoyará, por su parte, ante su hermana. Por ahora es el mejor refugio que podéis encontrar. Nuestro amigo de Kent, a quien voy a avisar, se unirá a vosotros, dando un rodeo por el Ponthieu, para agrupar a los caballeros que tenéis allí. Y luego, ¡que Dios sea con vosotros! Me ocuparé en que Tolomei continúe haciéndoos llegar fondos; por otra parte, no puede hacer otra cosa, está muy comprometido con vosotros. Engrosad vuestras tropas, haced todo lo que podáis, luchad. Si el reino de Francia no fuera un trozo tan grande, en el que no puedo dejar campo libre a las maldades de mi tía, iría de buen grado con vosotros.

-Volveos, primo mío, que voy a vestirme -dijo Isabel.

-Entonces, qué, prima mía, ¿no hay recompensa? ¿Lo quiere todo para sí ese bribón de Roger? -dijo Roberto obedeciendo-. ¡No se enfada, el gallardo mozo!

Esta vez sus pícaras intenciones no parecieron chocantes: había algo tranquilizador en el deseo de bromear en pleno drama. Este hombre que pasaba por ser tan malo, era capaz de un hermoso gesto, y a veces sus impúdicas palabras no eran más que una máscara que encubría cierto pudor de sentimientos.

-Estoy a punto de deberos la vida, Roberto -dijo Isabel.

-¡A la recíproca tal vez, prima mía, a la recíproca! Porque nunca se sabe... -le gritó por encima del hombro.

Sobre una mesa vio un recipiente lleno de fruta, preparado para la noche de los amantes: cogió un melocotón y le clavó los dientes, y el dorado jugo se le escurrió por la barbilla.

Desorden en los pasillos, escuderos que corren a las cuadras, mensajeros despachados a los señores ingleses que viven en la ciudad, mujeres que se apresuran a cerrar los pequeños cofres, después de haberlos atiborrado de lo esencial: un gran movimiento agitaba esta parte del palacio.

-No vayáis por Senlis -dijo Roberto con la boca llena de su duodécimo melocotón-. Nuestro buen Sire Carlos está demasiado cerca y podría echaros el guante. Pasad por Beauvais y Amiens.

La despedida fue breve. La aurora comenzaba apenas a aclarar la flecha de la Sainte-Chapelle, y en el patio la escolta ya estaba preparada. Isabel se acercó a la ventana; una gran emoción la retuvo un instante al ver aquel jardín, aquel río y aquella cama deshecha en la que pasara los momentos mas felices de su vida. Habían transcurrido quince meses desde aquella mañana en que respiró, en este mismo lugar, el perfume maravilloso que exhala la primavera cuando se ama. Roger Mortimer posó la mano sobre el hombro de Isabel, y los labios de la reina se deslizaron hacia aquella mano...

En seguida sonaron los cascos de los caballos en las calles de la Cité, sobre el Pont-au-Change, hacia el Norte.

Monseñor Roberto de Artois regresó a su palacio. Cuando informaran al rey de la huida de su hermana, haría tiempo que ésta se encontraría fuera de su alcance; y Mahaut tendría que hacerse sangrar para que no la ahogara el flujo de sangre... ¡Ah, mi buena zorra...! Roberto podía dormir, con pesado sueño dé buey, hasta las campanadas de mediodía.

CUARTA PARTE.
La cabalgada cruel.

I
Harwích.

Las gaviotas, rodeando con su vuelo chillón los mástiles de los navíos, acechaban los residuos que caían al mar. En la embocadura donde se unen el OrweIl y el Stour, la flota veía acercarse el puerto de Harwich, su muelle de madera y la línea de casas bajas.

Ya habían atracado dos embarcaciones ligeras, y había desembarcado una compañía de arqueros encargada de asegurar la tranquilidad del paraje; no parecía haber guardia en la orilla. Había habido cierta confusión en el muelle, donde la población, atraída primero por todo aquel velamen, había huido después al ver desembarcar a los soldados, pero pronto se tranquilizó y volvió a agruparse.

El navío de la reina, que llevaba en el asta un largo gallardete bordado con las flores de lis de Francia y los leones de Inglaterra, avanzaba por su impulso, seguido de dieciocho barcos de Holanda. Las tripulaciones, bajo las órdenes de los maestros marineros, arriaban el velamen; los largos remos acababan de salir de los costados de las naves, igual que plumas de alas desplegadas de repente, para ayudar a la maniobra.

De pie en el castillo de popa, la reina de Inglaterra, rodeada de su hijo el príncipe Eduardo, del conde Kent, de Lord Mortimer, de messire Juan de Hainaut y de otros señores ingleses y holandeses, asistía a la maniobra y miraba acercarse la orilla de su reino.

Por primera vez desde su evasión, Roger Mortimer no iba vestido de negro. No llevaba la gran coraza de yelmo cerrado, sino el equipo propio para una pequeña batalla; casco sin visera al que estaba unido el gocete, cota de mallas Y encima su cota de armas de brocado rojo y azul, adornada con sus emblemas.

La reina iba vestida de la misma manera, encajado el rostro en el tejido de acero, y debajo de la falda, que arrastraba por el suelo, llevaba canilleras de malla como los hombres.

También el joven príncipe Eduardo iba equipado para la guerra. Había crecido mucho los últimos meses y casi había adquirido la apostura de un hombre. Miraba las gaviotas, las mismas, le parecía, que habían acompañado la salida de la flota de la embocadura del Mosa, con los mismos roncos chillidos y los mismos picos ávidos.

Estos pájaros le recordaban a Holanda. Todo, por otra parte, el mar y el cielo gris, el muelle con las pequeñas casas de ladrillo donde iban a desembarcar en seguida, el paisaje verde, ondulado, lagunoso, que se extendía detrás de Harwich, todo le recordaba los paisajes holandeses. Pero habría llegado ante un desierto de piedras y de arena bajo un sol centelleante y hubiera seguido pensando, por contraste, en aquellas tierras de Brabante, de Ostrevant, de Hainaut, que acababa de dejar... y es que monseñor Eduardo, duque de Aquitania y heredero de Inglaterra, a los catorce años y tres cuartos, se había enamorado en Holanda.

Librodot

Y he aquí como sucedió la cosa, y que notables sucesos habían quedado grabados en la memoria del joven príncipe Eduardo.

Después que huyeron de París a uña de caballo aquella madrugada en que Monseñor de Artois despertó intempestivamente al Palacio, se dirigieron a marchas forzadas a las tierras del Imperio, hasta que llegaron al castillo del sire Eustaquio de Aubercicourt, quien ayudado de su mujer, recibió con diligencia y alegría al pequeño grupo inglés. En cuanto repartió e instaló en el castillo lo mejor que pudo a aquella inesperada cabalgada, messire de Aubercicourt montó a caballo y fue a notificarlo al buen conde Guillermo, cuya mujer era prima hermana de la reina Isabel, a su villa capital de Valenciennes. Al día siguiente llegó el hermano menor del conde, Juan de Hainaut.

Curioso hombre este, no por su aspecto, ya que no había nada anormal en el -cara redonda, cuerpo fuerte, nariz corta y redonda, y pequeño bigote rubio-, sino por su manera de actuar. Porque en cuanto llegó ante la reina, echó pie a tierra y, con la rodilla sobre las losas, la mano en el corazón, exclamo:

-Dama, ved aquí a vuestro caballero que está dispuesto a luchar por vos, aunque todo el mundo os abandone. Usaré mi poder, con la ayuda de vuestros amigos, para llevaros a vos y a monseñor vuestro hijo, al otro lado del mar, a vuestro Estado de Inglaterra. Y todos los que yo pueda reunir pondrán la vida por vos y, si Dios quiere, seremos bastantes guerreros.

La reina, para agradecer ayuda tan repentina, esbozó el gesto de arrodillarse ante él, pero messire Juan de Hainaut se lo impidió, agarrándola por ambos brazos, y mientras la apretaba, con el aliento en su cara, continuó:

-No quiera Dios que la reina de Inglaterra se incline jamás ante nadie. Tranquilizaos, señora, y también vuestro generoso hijo, porque cumpliré mi promesa.

Lord Mortimer comenzó a poner cara larga; porque consideraba que messire Juan Hainaut tenía demasiado celo en poner su espada al servicio de las damas. La verdad es que aquel hombre se tenía por Lanzarote del Lago, ya que había declarado de pronto que sufriría dormir bajo el mismo techo de la reina por no comprometerla, como si no se hubiera dado cuenta de que la acompañaban por lo menos seis grandes señores. Y se retiró inmediatamente a una abadía vecina, para volver temprano al día siguiente, después de comer, beber y oír misa, a buscar a la reina y llevar toda aquella compañía a Valenciennes.

¡Ah, que excelentes personas eran el conde Guillermo el bueno, su esposa y sus cuatro hijas, que vivían en un castillo franco! El conde y la condesa formaban un matrimonio feliz; Eso se veía en sus caras y se comprendía por sus palabras. El joven príncipe Eduardo, que había sufrido desde niño el triste espectáculo de la desavenencia conyugal de sus padres, miraba con admiración a aquella pareja unida y benévola en todas las cosas. ¡Qué felices eran las cuatro jóvenes princesas de Hainaut por haber nacido en semejante familia!

El buen conde Guillermo se había ofrecido a servir a la reina, de manera menos elocuente que su hermano, y tomando ciertas precauciones, para no atraerse las iras del rey de Francia ni del Papa.

Messire Juan de Hainaut se prodigaba. Escribió a todos los caballeros que conocía, y les rogó por su honor y amistad que se unieran a su empresa por el voto que había hecho. Hizo tanto ruido por Hainaut, Brabante, Zelanda y Holanda, que el buen conde se inquietó; messire Juan estaba a punto de levantar todo el ejército y la caballería de sus Estados. Lo invitó a la moderación; pero su hermano no quiso escucharlo.

-Messire hermano mío -decía-, sólo he de morir una vez, que será cuando quiera Nuestro Señor, y he prometido a esta gentil dama llevarla hasta su reino. Así lo haré, aunque haya de morir, ya que todo caballero debe ayudar con leal poder, y en cuanto se lo pidan, a todas las damas y doncellas desamparadas.

Guillermo el Bueno temía también por su Tesoro, ya que a todos aquellos mesnaderos a quienes se les hacía abrillantar sus corazas, había que pagarles; pero sobre este punto lo tranquilizó

Lord Mortimer, quien, al parecer, contaba con bastante dinero en las bancas lombardas para mantener mil lanzas.

Permanecieron, pues tres meses en Valenciennes haciendo vida cortesana, mientras Juan de Hainaut anunciaba cada día alguna nueva adhesión de importancia, del sire Miguel de ligne o del sire de Sarre, del caballero Oulfart de Ghistelles, Parsifal de Semeries o Sance de Boussoy.

Fueron en peregrinación como en familia a la iglesia de Sebourg, donde estaban las reliquias de San Druon, muy veneradas desde que el abuelo del conde Guillermo, Juan de Avesnes, que sufría un penoso mal de piedra, había logrado allí su curación.

De las cuatro hijas del conde Guillermo, la segunda, Felipa, agradó en seguida al joven príncipe Eduardo. Era coloradota, rolliza, acribillada de manchas rojizas, ancha de cara y con el vientre ya abultado: una verdadera Valois, teñida de Bravante. Los dos jóvenes eran de la misma edad. Todos quedaron sorprendidos al ver al príncipe Eduardo, que apenas hablaba, en casi perpetua compañía de la gorda Felipa, hablándole, durante horas enteras. A nadie se le escapó esa atracción; las personas silenciosas no saben fingir cuando abandonan el silencio.

La reina Isabel y el conde de Hainaut se pusieron en seguida de acuerdo en prometer a sus hijos, que mostraban recíprocamente tanta inclinación. De esta manera la reina Isabel cimentaba una alianza, la única que le permitía recobrar el trono de Inglaterra; y el conde de Hainaut, desde el momento en que su hija estaba destinada a ser un día reina de Inglaterra, no tuvo ninguna duda en prestar sus caballeros.

A pesar de las expresas órdenes del rey Eduardo II, que había prohibido a su hijo prometerse o dejarse prometer sin su consentimiento, se habían solicitado ya las dispensas al Padre Santo. Parecía escrito en el destino del príncipe Eduardo que se casaría con una Valois. Su padre, tres años antes, había rehusado para el una de las últimas hijas de monseñor Carlos; dichosa negativa, ya que ahora el joven podría unirse con la nieta de este mismo monseñor Carlos, a la que, además, quería.

La expedición había tomado un nuevo sentido para el príncipe Eduardo. Si el desembarco tenía éxito, si su tío de Kent y Lord Mortimer, con ayuda del primo de Hainaut, conseguían expulsar a los malvados Despenser y gobernar en su lugar cerca del rey, éste se vería obligado a aceptar el matrimonio de su hijo.

Nadie, por otra parte, se recataba de hablar delante del joven de las costumbres de su padre; el príncipe estaba horrorizado, asqueado. ¿Cómo un hombre, un caballero, un rey, podía comportarse de tal manera con un señor de su corte? Estaba resuelto, cuando llegara a reinar, no iba a tolerar semejantes torpezas y, junto a su Felipa, mostraría a todos un verdadero, hermoso y leal amor de hombre y mujer, de reina y rey. Esta redonda, coloradota y regordeta persona, ya muy mujer, y que le parecía la joven más hermosa de la tierra, tenía sobre el duque de Aquitania un poder tranquilizador.

Era, pues, el derecho al amor lo que el joven iba a conquistar, lo cual borraba de su mente el penoso carácter que tenía la guerra contra su propio padre.

Tres meses habían pasado de esta manera feliz; sin duda, los mejores que había conocido el príncipe Eduardo.

La concentración de los Hennuyers, que así se llamaban los caballeros de Hainaut, se hizo en Dordrecht, sobre el Mosa, bonita ciudad atravesada por canales, llena de estanques, en la que las calles de tierra pasaban por encima de otras calles de agua, y donde los navíos de todos los mares, y las barcas planas y sin velas que remontaban los ríos, fondeaban ante el atrio de las iglesias. Ciudad pletórica de negocios y riquezas, donde los señores caminaban por los muelles entre fardos de lana y cajas de especias, donde el olor a pescado fresco y salado flotaba alrededor de los mercados, donde los marineros y ganapanes comían en la calle hermosos lenguados rubios, recién sacados de la fritura y comprados a los vendedores ambulantes; donde el pueblo, al salir de misa de la gran

catedral de ladrillo, venía a curiosear el gran equipo de guerra, nunca visto hasta entonces, situado al pie de las viviendas. Los mástiles de las naves se balanceaban más arriba de los tejados.

¡Cuántas horas, esfuerzos y gritos se habían necesitado para cargar los barcos, redondos como los zuecos que calzaban los holandeses, con todos los pertrechos de esta caballería: cajas de armamentos, cofres de corazas, víveres, cocinas, hornillos, utensilios de herrador, con los yunques, fuelles y martillos! Luego habían tenido que embarcar los grandes caballos de Flandes, pesados alazanes patudos, enjaezados de rojo, con crines pálidas, deslavadas y flotantes, enormes grupas carnosas y sedosas, verdaderas monturas de caballeros sobre las que se podía, sin fatigarlas, poner las sillas de altos arzones, enganchar los caparazones de hierro y colocar un hombre con su armadura, casi cuatrocientas libras Para llevar al galope.

Había más de mil de estos caballos, porque messire Juan de Hainaut, cumpliendo su palabra, había reunido mil caballeros, acompañados de sus escuderos, criados, bribones, que en total hacían dos mil setecientos cincuenta y siete hombres a sueldo, según el registro que llevaba Gerardo de Alspaye.

El castillo de popa de cada navío servía de alojamiento a los más importantes señores de la expedición.

Se hicieron a la vela la mañana del 22 de septiembre para aprovechar las corrientes del equinoccio; navegaron todo un día por el Mosa y anclaron delante de los diques de Holanda. Las chillonas gaviotas daban vueltas alrededor de las naves.

Al día siguiente singlaron hacia alta mar. El tiempo parecía bueno; pero al declinar el día se levantó viento de través contra el que los navíos apenas podían luchar; el mar se agitó, y toda la expedición se vio presa de gran angustia y temor. Los caballeros vomitaban por encima de las batayolas, cuando les quedaba fuerza para acercarse a ellas. Las mismas tripulaciones estaban en dificultades, y los caballos, empujados y revueltos en la cuadra del entrepuente, exhalaban un olor nauseabundo. Una tempestad es más temible de noche que de día. Los clérigos se pusieron a rezar.

Messire Juan de Hainaut desplegó maravillas de valor y de consoladoras palabras ante la reina Isabel, tal vez en demasía, ya que en ocasiones la solicitud de los hombres puede ser inoportuna para las damas. La reina sintió como un alivio cuando messíre de Hainaut se puso enfermo también.

Sólo Lord Mortimer parecía resistir al mal tiempo; los hombres celosos no se marean, al menos así se dice. Por lo contrario, daba pena ver a Juan Maltravers cuando llegó la aurora: la cara más larga y pálida que de costumbre, los cabellos caídos sobre las orejas y sucia la cota de armas, estaba sentado, con las piernas separadas, sobre un rollo de jarcias, y gemía a cada ola, como si le hubiera de traer la muerte.

Por fin, por la gracia de monseñor San Jorge, el mar se calmó, y cada uno pudo poner un poco de orden en su persona. Luego los hombres de vigía divisaron tierra inglesa, solamente unas millas más al sur del punto al que querían llegar; y los marineros se dirigieron hacia el puerto de Harwich, donde ahora atracaban. La nave real, con los remos levantados, rozaba ya el muelle de madera.

El joven príncipe de Aquitania, a través de las largas y rubias pestañas, contemplaba soñadoramente las cosas que lo rodeaban, ya que todo lo que su mirada encontraba redondo, rojizo o rosado, nubes empujadas por la brisa de septiembre, velas bajas e hinchadas de los últimos navíos, grupas de los alazanes de Flandes, mejillas de messire Juan de Hainaut, todo le recordaba, inevitablemente, la Holanda de sus amores.

Al poner pie en el muelle de Harwich, Roger Mortimer se sintió identificado con su antepasado que, doscientos sesenta años antes, había desembarcado en tierra inglesa al lado del Conquistador. Y se notó claramente en su aire, en su tono y en la manera de dirigir todas las cosas.

Compartía la dirección de la expedición, con igualdad de mando, con Juan de Hainaut, igualdad bastante normal, ya que Mortimer solo contaba con su buena causa, algunos señores

ingleses y el dinero de los Lombardos, mientras que el otro llevaba los dos mil setecientos cincuenta y siete hombres que iban a combatir. Sin embargo, Mortimer consideraba que Juan de Hainaut no debía dedicarse más que a la vigilancia de sus tropas, mientras que él pretendía tener la entera responsabilidad de las operaciones. El conde de Kent, por su parte, parecía poco dispuesto a figurar en primer término, porque si, a pesar de las informaciones recibidas, parte de la nobleza permanecía fiel al rey, las tropas de éste serían mandadas por el conde de Norfolk, mariscal de Inglaterra, es decir, el propio hermano de Kent. Ahora bien, rebelarse contra un hermanastro, veinte años mayor y mal rey es una cosa; pero es muy distinto desenvainar la espada contra un hermano muy querido del que no le separaba más que un año.

Mortimer, buscando en seguida información, había interrogado al Lord Mayor de Harwich. ¿Sabía dónde se encontraban las tropas reales? ¿Cuál era el castillo más cercano que pudiera prestar cobijo a la reina, mientras desembarcaban los hombres y descargaban los navíos?

-Estamos aquí -declaró Mortimer al Lord Mayor- para ayudar al rey Eduardo a deshacerse de los malos consejeros que arruinan su reino y para poner a la reina en el lugar que merece. No tenemos, pues, otras intenciones que las que nos han inspirado la voluntad de los barones y el pueblo todo de Inglaterra.

Así era de breve y clara la justificación que Robert Mortimer repetiría en cada parada a la gente que podía sorprenderse por la llegada de este ejército extranjero.

El Lord Mayor, hombre viejo de cabellos canos que le revoloteaban al viento, y que se estremecía en su ropa, no de frío sino de miedo, parecía no tener información alguna. ¿El rey, el rey...? Se decía que estaba en Londres, a no ser que estuviera en Portsmouth... En todo caso, en Portsmouth debía de haberse concentrado una gran flota, ya que una orden del mes anterior mandaba a todos los barcos que se dirigieran allí en previsión de una invasión francesa; eso explicaba que hubiera tan pocos navíos en el puerto.

Lord Mortimer no dejó de mostrar, en ese momento, cierto orgullo, sobre todo ante messire de Hainaut; porque el había hecho propagar, por medio de emisarios, su intención de desembarcar en la costa sur; la astucia había tenido éxito completo. Juan de Hainaut, por su parte, podía estar orgulloso de sus marinos holandeses, que no se habían desviado del rumbo a pesar de la tempestad.

La región estaba sin vigilancia; el Lord Mayor no tenía conocimiento de movimientos de tropas en los parajes vecinos, ni había recibido otra consigna que la de la vigilancia habitual. ¿Un lugar donde hacerse fuerte? El Lord Mayor sugería la abadía de Walton, a tres leguas al sur, siguiendo la costa. En su interior, tenía gran deseo de cargar sobre los monjes el cuidado de alojar a aquella compañía.

Había que formar una escolta de protección de la reina.

-Yo la mandaré -exclamó Juan de Hainaut.

-¿Y quién va a vigilar el desembarco de vuestros Hennuyers? -dijo Mortimer-. ¿Cuánto tiempo durará la operación?

-Para que estén dispuestos en orden de marcha, tres jornadas. Mi maestro escudero, Felipe de Chasteaux, tomará a su cargo esta tarea.

La mayor preocupación de Mortimer eran los mensajeros que había enviado desde Holanda al obispo Orletón y al conde de Lancaster. ¿Habrían llegado hasta ellos los mensajeros? ¿Y dónde se encontrarían éstos ahora? Seguramente lo sabría por los monjes, y podría enviar jinetes que, de monasterio en monasterio, llegarían hasta los jefes de la resistencia interior.

Autoritario, tranquilo en apariencia, caminaba Mortimer a grandes zancadas Por la calle mayor de Harwich, bordeada de casas bajas; se volvía, impaciente, al ver la lentitud con que se formaba la escolta; se dirigía de nuevo al puerto para urgir el desembarco de los caballos; y regresaba a la posada de las Tres Copas, donde la reina y el príncipe Eduardo esperaban sus monturas. Por esta misma calle, que hollaba ahora, pasaría y repasaría durante varios siglos la historia de Inglaterra.

Por fin quedó lista la escolta, llegaron los caballeros en filas de a cuatro, ocupando toda la anchura de la High Street. Los bribones corrían al lado de los caballeros para fijar una última lazada en el caparazón; las lanzas pasaban delante de las estrechas ventanas y las espadas resonaban al chocar con las rodilleras.

Ayudaron a la reina a montar en su palafrén, y luego comenzó la cabalgada a través de la ondulada campiña, de árboles espaciados, landas invadidas por la marea y contadas casas con sus tejados de bálago. Detrás de los bajos setos, pacían corderos de espesa lana, alrededor de charcas salobres. Paisaje triste, en suma, envuelto en la bruma del estuario. Pero Kent, Cromwell, Alspaye, el puñado de ingleses y el mismo Maltravers, por muy enfermo que estuviera, contemplaban aquel paisaje, se miraban, y las lágrimas se le saltaban a los ojos. Aquella tierra era la de Inglaterra.

Y de repente, a causa de un caballo que sacó la cabeza por encima de la media puerta de la cuadra y se puso a relinchar al paso de la cabalgada, Roger Mortimer sintió caer sobre sí la emoción de su país reencontrado. Esta alegría, esperada tanto tiempo, y que no había sentido aún, debido a las graves preocupaciones y decisiones que debía tomar, acababa de experimentarla en medio del campo, porque un caballo inglés había relinchado a los caballos de Flandes.

¡Tres años de alejamiento, tres años de destierro, de espera, de ilusiones! Mortimer recordó la noche de su evasión de La Torre, empapado, deslizándose en una barca en medio del Támesis, para conseguir un caballo en la otra orilla. Y ahora regresaba, bordados sus blasones en el pecho y con mil lanzas para sostener su lucha. Volvía amante de la reina, con lo que tanto había soñado en la prisión. A veces la vida parece un sueño, y solamente entonces puede decirse que se es feliz.

Dirigió una mirada de gratitud y de connivencia a la reina Isabel, hacia su hermoso perfil, encuadrado en el tejido de acero, donde los ojos brillaban como zafiros. Pero Mortimer vio que messire Juan de Hainaut, que marchaba al otro lado de la reina, la miraba también, y su inmensa alegría desapareció de golpe. Tuvo la impresión de haber vivido ya este instante, de revivirlo ahora, y se sintió turbado, ya que pocos sentimientos son tan inquietantes como éste, que a veces nos asalta, de reconocer un camino por el que nunca hemos pasado. Se acordó de la ruta de París, el día en que fue a recibir a la reina Isabel y de Roberto de Artois caminando al lado de la reina, como lo hacía ahora Juan de Hainaut.

Y oyó decir a la reina:

-Mesfire Juan, os debo todo; en primer lugar, estar aquí.

Mortimer puso mala cara y se mostró sombrío, brusco, distante, durante el resto del recorrido, incluso cuando llegaron a la abadía de Walton y se instalaron, unos en la vivienda abacial otros en la hostería, y la mayoría de los guerreros en los horreos. A tal punto, que la reina Isabel cuando, por la noche, se retiró a solas con su amante, le preguntó:

-¿Qué os pasaba, gentil Mortimer, durante el final de la jornada?

-Me pasa, señora, que creía haber servido bien a mi reina y amiga.

-¿Y quién os ha dicho, hermoso sire, que no lo habéis hecho?

-Creía, señora, que era a mí a quien debíais este regreso a vuestro reino.

-¿Quién ha pretendido que no os lo deba?

-Vos misma, señora, lo declarásteis delante de mí a messire de Hainaut, dándole las gracias por todo.

-¡Oh, Mortimer, mi dulce amigo, cómo sospecháis de cualquier palabra! -exclamó la reina-. ¿Qué mal hay en dar las gracias a quien se lo merece?

-Yo sospecho de lo que existe -replicó Mortimer-. Sospecho de las palabras, como sospecho también de ciertas miradas que esperaba, lealmente, que sólo debíais dirigirme a mi. Sois coqueta, señora, cosa que no esperaba. ¡Vos coqueteáis!

La reina estaba cansada, los tres días de mala mar, la inquietud de un desembarco muy aventurado y el recorrido de cuatro leguas la habían puesto a dura prueba. ¿Había muchas mujeres

que hubieran soportado otro tanto sin quejarse ni causar ninguna preocupación? Esperaba un cumplido por su valentía, en lugar de reproches de celos.

-¿Qué coquetería, amigo? -dijo con impaciencia-. La casta amistad que me dedica messire de Hainaut puede dar risa; pero proviene de un buen corazón, y no olvidéis, además, que nos ha conseguido las tropas que tenemos aquí. Resignaos, pues, a que sin alentarlo le corresponda un poco; basta que contéis nuestros ingleses y sus Hennuyers. A este hombre, que os irrita tanto, le sonrío también por vos.

-A la mala conducta siempre se le encuentran buenas razones. Messire de Hainaut os sirve por gran amor, ya lo veo; pero no tanto como Para rehusar el oro que le pago por eso. No necesitabais pues, ofrecerle, encima, tan tiernas sonrisas. Me habéis humillado al veros caer de la altura de pureza en que yo os había colocado.

-No os hirió que cayera de esa altura de pureza, amigo Mortimer, el día que caí en vuestros brazos.

Era la primera riña. ¿No era absurdo que se hubiera producido precisamente el día que tanto habían esperado, y por el que, durante tantos meses, habían unido sus esfuerzos?

-Amigo -añadió más suavemente la reina-, esta gran ira que se ha apoderado de vos, ¿no será debida a que ahora estoy a menos distancia de mi esposo y que el amor nos será más difícil?

Mortimer bajó la frente, marcada por sus rudas cejas.

-Creo, en efecto, señora, que ahora que estáis en vuestro reino, tendremos que acostarnos separados.

-Justamente eso era lo que os iba a suplicar, dulce amigo -respondió Isabel.

Cruzó la puerta de la habitación, y no vio llorar a su querida. ¿Dónde estaban las felices noches de Francia?

En el pasillo de la residencia abacial, Mortimer se encontró de frente con el joven príncipe Eduardo con un cirio en la mano que iluminaba su delgado y blanco rostro. ¿Estaba allí espiando?

-¿No vais a dormir, my Lord? -le preguntó Mortimer.

-No, os estaba buscando, my Lord, para rogaros que me enviarais a vuestro secretario... Este primer día de mi regreso al reino querría mandar una carta a la señora Felipa...

II.
La hora de la luz.

Al muy bueno y poderoso señor Guillermo, conde de Hainaut, Holanda y Zelanda:

Mi muy querido y muy amado hermano, a quien Dios guarde salud.

Estábamos todavía desembarcando nuestras gentes en el puerto marino de Harwich, y la reina permanecía en la abadía de Walton, cuando nos llegó la buena nueva de que monseñor Enrique de Lancaster, -que es primo del rey Eduardo y a quien llaman aquí el Lord del Cuello-Torcido debido a que tiene la cabeza algo de través-, estaba en marcha para encontrarse con nosotros, con todo un ejército de barones, caballeros y hombres reclutados en sus tierras, y también con los lores obispos de Hereford, Norwich y Lincoln, para ponerse todos al servicio de la reina, mi dama Isabel. Y monseñor de Norfolk, mariscal de Inglaterra, había anunciado también la misma intención, y que llegaría con sus valientes tropas.

Nuestros pendones y los de los lores de Lancaster y de Norfolk se reunieron en un lugar denominado BurySaint-Edmonds, donde habían llegado ese mismo día.

El encuentro se hizo en medio de una alegría que no puedo describiros. Los caballeros se apearon, y, al reconocerse, se abrazaron efusivamente; monseñor de Kent y monseñor de Norfolk abrazados y con lágrimas, como buenos hermanos separados largo tiempo, y messire de Mortimer hizo otro tanto con el señor obispo de Hereford, y monseñor Cuello-Torcido besó las mejillas del

Librodot

príncipe Eduardo, y todos corrieron hacia el caballo de la reina para festejarla y poner los labios en el borde de su vestido. Me sentiría pagado de todas las penalidades que he tenido al venir al reino de Inglaterra con solo haber visto el amor y la alegría que rodean a mi dama Isabel. El pueblo de Saint-Edmonds abandonó las aves de corral y las legumbres que tenían expuestas para unirse a la alegría, y sin cesar llegaba gente de la campiña de los aledaños, diciendo: «Ante vos, mi reina, me presento», con grandes cumplidos y gentileza, a todos los señores ingleses. Además, para hacerme notar, yo tenía detrás de mi nuestras mil lanzas de Holanda, y me enorgullezco, mi muy amado hermano, del noble aspecto que nuestros caballeros han mostrado ante estos señores de ultramar.

La reina no ha dejado de declarar a todos los de su parentesco y partido que había regresado, y tan fuertemente apoyada, gracias a Lord Mortimer; ha elogiado mucho los servicios que le ha prestado messire de Mortimer y le ha ordenado que siga su consejo en todo. Por otra parte, mi dama Isabel no dicta ningún decreto sin haber consultado antes con él. Le quiere, y lo demuestra, pero ese amor no puede ser más que casto, aunque pretendan lo contrario las lenguas dispuestas siempre a murmurar, ya que ella pondría más cuidado en disimular si fuera de otra manera, y lo sé también por los ojos que me pone, puesto que no podría mirarme de tal modo si su lecho no estuviera libre. En Walton tuve cierto temor de que su amistad se hubiera enfriado un poco, por motivos que desconozco; pero todo demuestra que no ha sido nada y que permanecen muy unidos, de lo que me alegro, ya que es natural que todo el mundo ame a mi dama Isabel por todas las hermosas y buenas cualidades que tiene, y quisiera que todos le tuvieran el mismo amor que yo le tengo.

Los señores obispos han traído fondos suficientes y han dicho que recibirían otros, recogidos en sus diócesis, y esto me tranquiliza en relación a la soldada de nuestros Hennuyers, ya que temía que se agotaran rápidamente las ayudas Lombardas de messire de Mortimer. Lo que cuento ocurrió el día 28 de septiembre.

Luego nos pusimos en marcha: un avance triunfal a través de la ciudad de Newmarket, llena de posadas y alojamientos, y de la noble ciudad de Cambridge, donde todo el mundo hablaba latín y se pueden contar más clérigos en un solo colegio que los que podríais reunir en todo vuestro Hainaut. Por todas partes, tanto la acogida del pueblo como la de los señores, demuestra que el rey no es querido, que sus malos consejeros han hecho que lo odien y desprecien, y nuestros pendones son saludados con el grito de ¡Liberación!

Nuestros Hennuyers no se aburren, como dice Enrique Cuello-Torcido, que usa, como veis, la lengua francesa con gentileza y cuya frase, al oírla, me hizo reír un cuarto de hora, y aun se me vuelve la risa cuando pienso en ella. Las muchachas de Inglaterra se muestran acogedoras con nuestros caballeros, lo cual es buena cosa para mantenerlos en buen estado de guerra. En cuanto a mi, si retozara, daría mal ejemplo y perdería ese poder que necesita el jefe para llamar al orden a sus tropas cuando hace falta. Además el voto que he hecho a mi dama Isabel me lo prohíbe, y si faltara a él, podía torcerse la fortuna de nuestra expedición. Así que las noches me roen un poco, pero, como las cabalgadas son largas, el sueño no me abandona. Creo que a la vuelta de esta aventura me casaré.

S'ennuyer: aburrirse.

A propósito de matrimonio debo informaros, mi querido hermano, así como a mi querida hermana la condesa vuestra esposa, que monseñor el joven príncipe Eduardo sigue con el pensamiento puesto en vuestra hija Felipa, y que no pasa día sin que me pida noticias, y que todos sus pensamientos son para ella, y que los esponsales que concluisteis son buenos y provechosos, por los que vuestra hija será siempre, estoy seguro, muy dichosa. He hecho una gran amistad con el príncipe Eduardo, que parece admirarme mucho, aunque habla poco; con frecuencia se mantiene en silencio, como vos me habéis descrito al poderoso rey Felipe el Hermoso, su abuelo. Es muy probable que un día se convierta en tan grande soberano como lo fue el Hermoso, y tal vez antes del tiempo que habría debido esperar de Dios su corona, si damos crédito a lo que se dice en el Consejo de los barones ingleses.

Porque el rey Eduardo se ha mostrado ruin ante los acontecimientos. Estaba en Westmoustiers cuando desembarcamos, y en seguida se refugió en su Torre de Londres para resguardar su cuerpo; hizo que todos los sherifs, que son los gobernadores de los condados de su reino, dieran a conocer en los lugares públicos, plazas, ferias y mercados, la ordenanza que os transcribo:

«Visto que Roger Mortimer y otros traidores y enemigos del rey y de su reino han desembarcado por la violencia, y a la cabeza de tropas extranjeras que quieren derribar el poder real, el rey ordena a todos sus súbditos que se opongan a ellos con todos los medios y los destruyan. Solo deben exceptuarse la reina, su hijo y el conde de Kent. Todos los que tomen las armas contra el invasor recibirán una gran soldada, y a quien traiga al rey el cadáver de Mortimer, o solamente su cabeza, se le promete una recompensa de mil libras esterlinas.»

Las órdenes del rey no han sido obedecidas por nadie; pero han incrementado la autoridad de messire de Mortimer al mostrar el precio en que se valora su vida, y lo han designado como a nuestro jefe más aun de lo que era. La reina ha contestado prometiendo dos mil libras esterlinas a quien le traiga la cabeza de Hugh Despenser el joven, estimando en este precio los agravios que ese señor le ha hecho en el amor de su esposo.

Los londinenses se han mostrado indiferentes en la custodia de su rey, quien se ha obstinado hasta el final en sus errores. Lo prudente hubiera sido expulsar a su Despenser, pero el rey Eduardo se ha empeñado en conservarlo, diciendo que había aprendido bastante con la experiencia pasada, que en otro tiempo habían ocurrido cosas semejantes con el caballero Gaveston, al que había alejado de sí, sin que eso impidiera que lo mataran, y que le impusieran a él, al rey, una carta y un consejo de ordenadores de los que había tenido gran dificultad en desembarazarse. Después lo alentó en esta opinión y, según se dice, derramaron abundantes lágrimas abrazados uno al otro; e incluso dijo Despenser que prefería morir en el pecho de su rey antes que vivir apartado de él. Y estaba en lo cierto al decir esto, ya que este pecho es su único amparo.

Todo el mundo los abandonó entregados a sus villanos amores a excepción de Despenser el Viejo, el conde de Arundel, que es pariente de Despenser, el conde de Warenen, que es cuñado de Arundel, y el canciller Baldock, que ha de permanecer fiel al rey, ya que es tan unánimemente odiado que a cualquier parte que fuera lo harían trizas.

El rey no se sintió muy seguro en la Torre y huyó con ese pequeño número de personas a levantar un ejército en Gales, no sin haber hecho publicar antes, el 30 de septiembre, las bulas de excomunión que nuestro Padre Santo el Papa le había entregado contra sus enemigos. No os inquietéis por esta publicación, muy amado hermano, si os llega la noticia, ya que las bulas no nos conciernen; habían sido pedidas por el rey Eduardo contra los escoceses, y nadie se ha llamado a engaño acerca del falso uso que ha hecho de ellas, y a todos nos dan la comunión como antes, los obispos los primeros.

El rey, al huir de Londres tan lastimosamente, ha dejado el gobierno al arzobispo Reynolds, al obispo Juan de Stratford y al obispo Stapledón, diocesano de Exeter y tesorero de la corona. Pero ante la rapidez de nuestro avance, el obispo Stratford vino a someterse a la reina mientras que el arzobispo Reynolds suplicó su perdón desde Kent, donde se había refugiado. Sólo el obispo Stapledón se quedó en Londres, creyendo que con sus robos se habría ganado suficientes defensores. La ciudad se encolerizó contra él y, cuando se decidió a huir, la muchedumbre se lanzó en su persecución, lo alcanzó y lo destrozaron en el barrio de Cheapside, donde fue pisoteado hasta dejarlo irreconocible.

Esto aconteció el 15 de octubre, mientras la reina estaba en Wallinglord, ciudad rodeada de murallas de tierra, donde libertamos a messire Tomas de Berkeley, que es yerno de messire de Mortimer. Cuando la reina supo el fin de Stapledón, dijo que no debía llorarse la muerte de un hombre tan malo, y que ella más bien se alegraba, porque le había perjudicado mucho, y messire de Mortimer declaró que así se haría con todos los que habían querido su perdición.

La antevíspera, en la ciudad de Oxford, en la que todavía hay más clérigos que en la ciudad de Cambridge, messire Orletón, obispo de Hereford, subió al púlpito delante de mi dama Isabel, el duque de Aquitania, el conde de Kent y todos los señores, para decir un gran sermón sobre el tema Caput meum doleo que es una frase sacada de las Escrituras, en el santo libro de los Reyes, para significar que el cuerpo del reino de Inglaterra sufría en la cabeza y que allí era preciso aplicar el remedio.

Este sermón hizo profunda impresión en toda la asamblea, que escuchó describir y enumerar las heridas y dolores del reino. Y aunque ni una sola vez, durante su hora de sermón, messire Orletón pronunció el nombre del rey, todos lo tenían en el pensamiento, debido a todos esos males, y el obispo exclamó al fin, que el rayo de los cielos, como la espada de los hombres, debía abatirse sobre los orgullosos perturbadores de la paz y los corruptores de los reyes. El mencionado monseñor de Hereford es un hombre muy espiritual, y yo me honro en hablar frecuentemente con el, aunque siempre tiene prisa cuando habla conmigo; sin embargo, siempre recojo de sus labios alguna buena sentencia. Así, el otro día me dijo: Cada uno de nosotros tiene su hora de luz en los sucesos de su época. Una vez es monseñor de Kent, otra monseñor de Lancaster, tal otro antes y tal otro después, a quienes iluminan los acontecimientos por la decisiva parte que toman en ellos. Así se hace la historia del mundo. En este momento en que estamos, messire de Hainaut, tal vez sea, precisamente, vuestra hora de luz.

Dos días después de la predicación, y recogiendo la fuerte emoción que nos había producido a todos, la reina lanzó desde Wallinglord una proclama contra los Despenser, acusándolos de haber despojado a la Iglesia y a la Corona; matado injustamente a gran número de súbditos leales; desheredado, encarcelado y desterrado a señores que se contaban entre los más grandes del reino; oprimido a viudas y huérfanos y abrumado al pueblo con tallas y exacciones.

Se supo al mismo tiempo que el rey, que primero se había refugiado en la ciudad de Gloucester, que pertenece al joven Despenser, había pasado a Westbury, y que allí su escolta lo había abandonado. El viejo Despenser se fortificó en su ciudad y castillo de Bristol para entorpecer nuestro avance, mientras que los condes de Arundel y Warenne habían llegado a sus dominios de Shropshire; es una manera de guardar las Marcas de Gales al norte y al sur, mientras que el rey, con Despenser el joven y su canciller Baldock, partió a levantar un ejército en Gales. A decir verdad, no se sabe lo que ha sido de él. Circulan rumores de que se ha embarcado para Irlanda.

Mientras varios pendones ingleses, bajo el mando del conde de Charlton, se habían puesto en camino hacia Skrospshire con el fin de desafiar al conde de Arundel, ayer, 24 de octubre, un mes justo desde nuestra salida de Dordrecht, entramos con toda facilidad, siendo grandemente aclamados, en la ciudad de Gloucester. Hoy vamos a avanzar sobre Bristol, donde se ha encerrado Despenser el Viejo. He tomado a mi cargo dar el asalto a esta fortaleza, y al fin voy a tener la ocasión, que hasta ahora no me ha sido dada, por los pocos enemigos que hemos encontrado en nuestro avance, de librar combate por mi dama Isabel y demostrar ante sus ojos mi valentía. Antes de arrojarme al asalto besaré la grímpola de Hainaut que flota en mi lanza.

Antes de partir os confié, mi muy querido y muy amado hermano, mis voluntades testamentarias, y no veo nada que quiera corregir o añadir. Si debo sufrir la muerte, sabréis que la habré sufrido sin disgusto ni pena, como debe hacer un caballero que defiende noblemente a las damas y a los desgraciados oprimidos, y en honor de vos, de mi querida hermana, vuestra esposa, y de mis sobrinas, que a todos Dios guarde.

Dada en Gloucester el veinticinco de octubre de mil trescientos veinticinco.

JUAN

Al día siguiente, messire Juan de Hainaut no tuvo que mostrar su valentía, y su hermosa preparación de ánimo fue en vano.

Cuando se presentó por la mañana, atados los yelmos y a banderas desplegadas, delante de Bristol, ya la ciudad había decidido rendirse y la hubieran podido tomar con una caña. Los notables se apresuraron a enviar parlamentarios que sólo se preocuparon de saber donde querían alojarse los caballeros, e hicieron protestas de su adhesión a la reina y se ofrecieron a entregar en seguida a su señor, Hugh Despenser el Viejo, único culpable de que no hubieran testimoniado antes sus buenas intenciones.

Abiertas inmediatamente las puertas de la ciudad, los caballeros se alojaron en los hermosos palacios de Bristol. Despenser el Viejo fue apresado en su castillo y guardado por cuatro caballeros, mientras que la reina, el príncipe heredero y los principales barones se instalaron en los departamentos. La reina encontró allí a sus otros tres hijos, a los que Eduardo, en su huida, había dejado al cuidado de Despenser. Se maravilló al observar lo mucho que habían crecido en veinte meses, y no dejaba de contemplarlos y abrazarlos. De pronto miró a Mortimer y, como si este exceso de alegría la pusiera en mal lugar ante él, murmuró:

-Quisiera, amigo, que Dios me hubiera hecho la gracia de que fueran de vos.

Por instigación del conde Lancaster, se reunió inmediatamente un Consejo alrededor de la reina, el cual agrupaba a los obispos de Hereford, Norwich, Lincoln, Ely y Winchester; al arzobispo de Dublin; a los condes de Norfolk y de Kent; a Roger Mortimer de Wigmore, sir Tomas Wake, sir Guillermo La Zouche de Ashley, Roberto de Montalt, Roberto de Merle, Roberto de Watterville y al sire Enrique de Beaumont.

Este Consejo, fundándose jurídicamente en el hecho de que el rey se encontraba fuera de las fronteras -era igual que estuviera en Gales o en Irlanda-, decidió proclamar al joven príncipe Eduardo guardián y mantenedor del reino en ausencia del soberano. Se redistribuyeron en seguida las principales funciones administrativas, y Adan Orletón, que era el cerebro de la rebelión, recibió el cargo de Lord tesorero.

Había llegado la hora de reorganizar la autoridad central. Era asombroso que durante un mes, con el rey en fuga, dispersados sus ministros, e Inglaterra bajo la gran cabalgada de la reina y de los Hennuyers, las aduanas hubieran continuado funcionando con normalidad, los recaudadores de impuestos cobrado las tasas, la ronda hubiera vigilado las ciudades y que, en suma, la vida pública hubiera proseguido su curso normal por una especie de costumbre del cuerpo social.

El guardián del reino, el depositario provisional de la soberanía, tenía quince años menos un mes. Las ordenanzas que iba a promulgar serían selladas con su sello privado, ya que el rey y el canciller Baldock se habían llevado los sellos del Estado. El primer acto de gobierno del joven príncipe fue presidir ese mismo día el proceso contra Hugh Despenser el Viejo.

La acusación fue llevada por Tomas Wake, rudo caballero de edad madura, que era mariscal del ejército, quien presentó a Despenser, conde de Winchester, como responsable de la ejecución de Tomas de Lancaster; de la muerte en la Torre de Roger Mortimer el Mayor (el viejo Lord de Chirk no había podido ver el retorno triunfal de su sobrino, ya que había muerto en el calabozo unas semanas antes); responsable también del encarcelamiento, destierro o muerte de muchos otros señores; de la expoliación de los bienes de la reina y del conde de Kent; de la mala gestión de los asuntos del reino; de las derrotas en Escocia y Aquitania, todo ello acaecido por sus exhortaciones y malos consejos. Las mismas acusaciones se harían contra todos los consejeros del rey Eduardo.

Arrugado, encorvado, con voz débil, Hugh el Viejo, que había fingido durante tantos años un tembloroso acatamiento ante los deseos del rey, mostró la energía de que era capaz. No tenía nada que perder y se defendió palmo a palmo.

¿Las guerras perdidas? Lo habían sido por la cobardía de los barones. ¿Las ejecuciones capitales y los encarcelamientos? Habían sido decretados contra los traidores y rebeldes ala autoridad real, sin cuyo respeto se desmoronan los reinos. Las apropiaciones de feudos y rentas se habían decretado para que los enemigos de la corona se quedaran sin hombres y sin fondos. Y se le reprochaban algunos saqueos y expoliaciones, ¿no suponían nada las veintitrés casas solariegas que

eran de su propiedad o de su hijo y que Mortimer, Lancaster, Maltravers y Berkley, todos ellos allí presentes, habían saqueado e incendiado el año 1321, antes de ser derrotados unos en Shrewsbury y otros en Boroughbridge? No había hecho más que cobrarse los daños que le habían causado y que calculaba en cuarenta mil libras, sin poder estimar las violencias y sevicias de todo orden infligidas a su gente.

Terminó con estas palabras dirigidas a la reina:

-¡Ah, señora! ¡Dios nos de recto juicio, y si no podemos tenerlo en este mundo, que nos lo de en el otro!

El joven príncipe Eduardo había escuchado con atención. Hugh Despenser el Viejo fue condenado a ser arrastrado, decapitado y colgado; lo cual le hizo decir con cierto desprecio:

-Veo, mis lores, que decapitar y colgar son para vosotros cosas distintas, pero para mi no es más que una sola muerte.

Su actitud, bien sorprendente para todos los que lo habían conocido en otras circunstancias, explicaba la gran influencia que había ejercido. Este obsequioso cortesano no era cobarde, este detestable ministro no era tonto.

El príncipe Eduardo dio su aprobación a la sentencia; pero reflexionaba y comenzaba a formarse silenciosamente su opinión sobre la conducta de los hombres que ocupaban los altos cargos. Escuchar antes de hablar, informarse antes de juzgar, comprender antes de decidir, y tener siempre presente que en todo hombre se encuentra la fuente de las mejores y de las peores acciones: éstas son para un soberano las disposiciones fundamentales de la prudencia.

No es corriente que, antes de cumplir los quince años, se tenga que condenar a muerte a uno de sus semejantes. Para ser su primer día de poder, Eduardo de Aquitania pasaba por una dura prueba.

El viejo Despenser fue atado por los pies al arnés de un caballo y arrastrado por las calles de Bristol. Después, desgarrados los tendones, descoyuntados los huesos, fue llevado a la plaza situada delante del castillo y fue puesto de rodillas, la cabeza sobre el tajo. Le apartaron los blancos cabellos para dejarle libre la nuca, y una ancha espada, empuñada por un verdugo que llevaba una caperuza roja, le cortó la cabeza. Su cuerpo, chorreando sangre, fue colgado por las axilas en la horca; y la cabeza, arrugada y sucia, fue plantada al lado, en el extremo de una pica.

Y todos aquellos caballeros que habían jurado por monseñor San Jorge defender damas, doncellas, huérfanos y oprimidos, disfrutaron, con grandes risas y jubilosas observaciones, del espectáculo que ofrecía aquel cadáver de anciano partido en dos.

III.
Hereford.

Para Todos los Santos, la nueva corte se instaló en Hereford. Si, como decía Adan Orletón, obispo de esta ciudad, todos tenían en la Historia su hora de luz, esta hora había llegado para él. Al cabo de sorprendentes vicisitudes, después de haber ayudado a escapar a uno de los más grandes señores del reino, de haber sido acusado, llevado ante el Parlamento y salvado por la coalición de sus pares; después _de haber predicado y fomentado la rebelión, volvía triunfante a aquel obispado para el que había sido nombrado el año 1317, contra la voluntad del rey Eduardo y donde habla actuado como gran prelado.

Este hombre pequeño, sin atractivo físico, pero valeroso, revestido con las insignias sacerdotales, con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, recorría con inmensa alegría las calles de su ciudad reencontrada.

En cuanto la escolta real tomó posesión del castillo situado al centro de la ciudad, en un recodo del río Wye, Orletón mostró a la soberana las obras de su iniciativa, sobre todo la alta torre

Librodot

cuadrada, de dos pisos, con calados de grandes ojivas, cuyos ángulos terminaban cada uno con tres torrecillas, dos pequeñas en forma de arista y una grande que las dominaba, con doce agujas que ascendían al cielo, y que había hecho levantar para ensalzar y embellecer la catedral. La luz de noviembre jugaba en los rosados ladrillos, cuya humedad mantenía fresco su color; alrededor del monumento se extendía un amplio terreno cubierto de césped oscuro y bien cortado.

-¿No es verdad, señora, que es la más hermosa torre de vuestro reino? -decía Adan Orletón con cándido orgullo de constructor ante esta gran fábrica cincelada, nada recargada, de líneas puras, de la que no cesaba de maravillarse-. Aunque solo fuera por haberla edificado, estaría contento de haber nacido.

A Orletón, como se decía, la nobleza le venía de Oxford, no de su cuna. Era consciente de ello, y había querido justificar los altos cargos a los que la ambición tanto como la inteligencia, y el saber más aún que la intriga, lo habían elevado. Se sabía superior a todos los hombres que lo rodeaban. Había reorganizado la biblioteca de la catedral, en la que gruesos volúmenes, alineados con el lomo hacia delante, estaban en la estantería asegurados con cadenas de largos eslabones forjados para que no pudieran robarlos. Casi mil manuscritos iluminados, decorados, maravillosos, que abarcaban cinco siglos de pensamiento, de fe y de invención, desde la primera traducción de los Evangelios al sajón, con algunas páginas decoradas todavía con caracteres únicos, hasta los diccionarios latinos más recientes, pasando por la jerarquía Celeste, a las obras de San Jerónimo, de San Juan Crisóstomo, los doce profetas menores...

La reina admiró también los trabajos emprendidos para la sala capitular, y el famoso mapa del mundo pintado por Ricardo de Bello, y que no podía ser más que de inspiración divina, pues comenzaba a hacer milagros.

Así Hereford fue durante un mes la capital improvisada de Inglaterra. Mortimer no se sentía menos feliz que Orletón, ya que acababa de recuperar su castillo de Wigmore, a unas millas de distancia.

Durante este tiempo continuaban buscando al rey con el mayor empeño.

Cierto Rhys ap Owell, caballero del País de Gales, llegó un día a anunciar que Eduardo II se encontraba escondido en una abadía, en las costas del condado de Glamorgan, adonde había sido arrojado por vientos contrarios el barco con el que confiaba llegar a Irlanda.

Inmediatamente Juan de Hainaut, rodilla en tierra, se ofreció a sacar de su guarida galesa al desleal esposo de la señora Isabel. Costó trabajo hacerle comprender que no se podía confiar la captura del rey a un extranjero, que era preferible designar a un miembro de la familia real para que cumpliera tan penosa tarea. Y fue Enrique Cuello-Torcido quien, sin excesiva alegría, tuvo que cabalgar, acompañado del conde de la Zouche y de Rhys ap Owell.

Casi al mismo tiempo, llegó de Shropshire, el conde de Charlton, trayendo encadenado al conde de Arundel. Para Roger Mortimer fue un hermoso desquite ya que Edrnundo Fitzalan, conde de Arundel, había recibido del rey gran parte de los bienes arrebatados a la familia Mortimer, y se había hecho conferir el título de Gran Juez de Gales, que había pertenecido al viejo Mortimer de Chirk.

Roger Mortimer se contentó con dejar a su enemigo en pie todo un cuarto de hora, sin dirigirle la palabra y mirándolo solamente de pies a cabeza, gozando del satisfactorio espectáculo de tener ante si un enemigo vivo que pronto sería un enemigo muerto.

El juicio de Arundel como enemigo del reino, y acusado de los mismos cargos que Despenser el Viejo, se celebró rápidamente y su decapitación se ofreció al regocijo de la ciudad de Hereford y de las tropas allí estacionadas.

Se observó que, durante el suplicio, la reina y Mortimer estaban cogidos de la mano.

El joven príncipe Eduardo había cumplido los quince años, tres días antes.

Por fín, el 20 de noviembre llegó una señalada noticia. El rey Eduardo había sido apresado por el conde de Lancaster en la abadía cisterciense de Neath, en el valle del Towe.

El rey, su favorito y su canciller estaban escondidos allí, desde hacía varias semanas, bajo los hábitos de monje; Eduardo, a la espera de días mejores, trabajaba en la fragua de la abadía, pasatiempo que le evitaba pensar demasiado en su situación.

Y allí estaba, desnudo el torso, bajado el hábito hasta la cintura, pecho y barba iluminados por el fuego de la fragua, rodeadas las manos de chispas, mientras el canciller soplaba con el fuelle y Hugh el joven, con aspecto lamentable, le pasaba las herramientas, cuando Enrique Cuello-Torcido apareció encuadrado en la puerta, con el casco tocándole casi el hombro, y le dijo:

-Sire primo mío, os ha llegado el tiempo de pagar vuestras faltas.

Al rey se le cayó el martillo; la pieza que estaba forjando quedó enrojecida sobre el yunque; y el soberano de Inglaterra, tembloroso su torso pálido, preguntó:

-Primo, primo. ¿Que van a hacer conmigo?

-Lo que decidan los altos señores del reino -respondió Cuello-Torcido.

Ahora Eduardo esperaba, en compañía de su favorito y de su canciller, en la pequeña casa solariega fortificada de Monmouth, a unas leguas de Hereford, a donde lo había llevado y encerrado Lancaster.

Adan Orletón, acompañado de su arcediano Tomas Chandos y del gran chambelán Guillermo Blount, fue en seguida a Monmouth a reclamar los sellos del reino, que Baldock llevaba todavía consigo.

Cuando Orletón le hizo la petición, Eduardo arrancó de la cintura de Baldock el saquito de cuero que contenía los sellos, arrolló a su muñeca los lazos del saquito, como si quisiera hacer un arma con ellos, y exclamó:

-¡Messire traidor, mal obispo, si queréis mi sello tendréis que arrebatármelo por la fuerza y así demostraréis que un eclesiástico ha puesto la mano sobre su rey!

Decididamente, el destino había señalado a Orletón para las más insólitas funciones. No es corriente quitar de las manos de un rey los atributos de su poder. Ante aquel atleta furioso, Orletón, de hombros caídos, manos débiles, y cuya única arma era la caña de su frágil báculo de marfil, respondió:

-La entrega ha de hacerse por vuestra voluntad y en presencia de testigos. Sire Eduardo, ¿vais a obligar a vuestro hijo, que es ahora mantenedor del reino, a encargarse su propio sello de rey antes de lo que pensaba? De todos modos, por apremio, puedo detener a Lord Despenser y al Lord canciller, a los que tengo orden de conducir ante la reina.

Ante estas palabras, Eduardo dejó de preocuparse por el sello y no pensó más que en su bienamado favorito. Desató de su muñeca el saquito de cuero, lo tiró al chambelán Guillermo Blount como si de repente se hubiera convertido en un objeto despreciable, y abriendo los brazos a Hugh, exclamó:

-¡Ah, no! ¡No me lo arrancaréis!

Hugh el Joven, flaco, tembloroso, se había lanzado al pecho del rey. Le castañeteaban los dientes, parecía que iba a desmayarse, y gemía:

-¡Ya lo veis, es tu esposa la que quiere esto! ¡Es ella, es a loba de Francia, la causante de todo! ¡Ah, Eduardo, Eduardo! ¿Porqué te casaste con ella?

Enrique Cuello-Torcido, Orleton, el arcediano Chandos y Guillermo Blount miraban a aquellos dos hombres abrazados y, por incomprensible que les fuera el espectáculo de aquella pasión, no podían dejar de reconocer en ella cierta espantosa grandeza.

Por último, Cuello-Torcido se acercó, aferró a Despenser por el brazo, y le dijo:

-Vamos, es preciso separaros.

Y se lo llevó.

-¡Adíós, Hugh, adiós! -gritó Eduardo-. ¡Ya no te veré más, mi querida vida, mi hermosa alma! ¡Me han quitado todo!

Las lágrimas resbalaban por su rubia barba.

Hugh Despenser fue confiado a los caballeros de la escolta que comenzaron por ponerle una caperuza de campesino, de tosco paño, sobre la que pintaron, para escarnio, las armas y blasones de los condados que se había hecho dar por el rey. Luego le pusieron, con las manos atadas a la espalda, en el caballo más pequeño y enclenque que encontraron; un caballejo enano, delgado y arisco, de los que hay en el campo. Hugh, que tenía las piernas muy largas, se veía obligado a encogerlas o dejar arrastrar los pies por el barro. Así lo llevaron de ciudad en ciudad, a través de todo Monmouthshire y Herefordshire, exhibiéndolo en las plazas, para que el pueblo se divirtiera hasta la saciedad. Las trompetas sonaban delante del prisionero y un heraldo gritaba:

-Ved, buena gente, ved al conde de Gloucester, Lord chambelán; ved al mal hombre que tanto mal ha hecho al reino.

El canciller Roberto de Baldock fue llevado más discretamente al obispado de Londres, para ser encarcelado, ya que por ser arcediano, no podía ser condenado a muerte.

Todo el odio se concentró, pues, en Hugh Despenser. Su juicio se celebró rápidamente en Hereford, y su condena ni fue discutida ni sorprendió a nadie. Pero como se le consideraba el primer responsable de todos los errores y desgracias que había sufrido Inglaterra, su suplicio fue objeto de especiales refinamientos.

El 24 de noviembre levantaron tribunas en una explanada delante del castillo, y la plataforma del cadalso la montaron bastante alta para que el pueblo no se perdiera ningún detalle de la ejecución. La reina Isabel se situó en la primera fila de la tribuna mayor, entre Roger Mortimer y el príncipe Eduardo. Lloviznaba.

Sonaron trompas y trompetas; y los ayudantes del verdugo llevaron a Hugh el joven y lo despojaron de su ropa. Cuando apareció su largo cuerpo de pronunciadas caderas y pecho un poco hundido, blanco y completamente desnudo entre los verdugos vestidos de rojo y sobresaliendo de las picas de los arqueros que rodeaban el cadalso, una inmensa ola de risotadas se elevó de la multitud.

La reina Isabel se inclinó hacia Mortimer y le susurró:

-Deploro que Eduardo no esté aquí para verlo.

Brillantes los ojos, entreabiertos los pequeños dientes de carnívoro, clavadas las uñas en las palmas de su amante, estaba atenta para no perder nada de su venganza.

El príncipe Eduardo pensaba: «Este es quien tanto ha gustado a mi padre.» Había asistido ya a dos suplicios, y sabía que aguantaría éste hasta el final, sin vomitar.

Las trompetas sonaron de nuevo. Hugh fue extendido y atado a una cruz de San Andrés que estaba en posición horizontal. El verdugo afiló lentamente en una piedra una hoja aguda, parecida a un cuchillo de carnicero, y con el pulgar comprobó el filo. La muchedumbre contenía la respiración. Uno de los ayudantes se acercó con una tenaza, con la que arrancó el sexo del condenado. Una ola de histeria agitó a la concurrencia; el pateo hacía temblar las tribunas; y, a pesar de este alboroto, se oyó el alarido que lanzó Hugh, un solo grito desgarrador que cesó de golpe, mientras saltaba un chorro de sangre. Se repitió la operación con los genitales, ya sobre un cuerpo inconsciente y los tristes desechos fueron arrojados a un hornillo, sobre el que soplaba un ayudante. Se expandió un espantoso olor a carne quemada; y un heraldo colocado delante de las trompetas anunció que se hacía así porque Despenser había sido sodomita y había favorecido al rey en sodomía, y por eso había expulsado a la reina del lecho.

El verdugo eligió una hoja más gruesa y larga, la hundió en el corazón y en el vientre del condenado, como hubiera hecho en un cerdo; las tenazas buscaron el corazón, que aún latía, lo arrancaron y lo echaron al brasero. Sonaron las trompetas para dar la palabra al heraldo, quien declaró que Despenser había sido falso de corazón y traidor, y por sus infames consejos había deshonrado el reino.

Después sacaron las entrañas, las desenrollaron y sacudieron, reverberantes, nacaradas, y las presentaron al público, porque Despenser se había nutrido tanto del bien de los grandes como del

Librodot

bien del pobre pueblo. Y las entrañas se transformaron en un espeso y acre humo que se mezclaba con la llovizna de noviembre.

Luego le cortaron la cabeza, no de un golpe de espada, porque colgaba al revés entre los brazos de la cruz, sino con un cuchillo, porque Despenser había hecho degollar a los mayores barones de Inglaterra y de su cabeza habían salido todos los malos consejos. No quemaron la cabeza de Hugh el joven; los verdugos la pusieron aparte para enviarla a Londres, donde la plantarían a la entrada del puente.

Por fin hicieron cuatro pedazos de lo que quedaba del cuerpo: un brazo con el hombro, el otro con el hombro y el cuello, las dos piernas con la mitad del vientre cada una, con el fin de enviarlos a las cuatro mejores ciudades, después de Londres.

La multitud bajó de las tribunas cansada, agotada, liberada. Creían haber alcanzado la cima de la crueldad.

Después de cada ejecución en esta ruta sangrienta, Mortimer encontraba a la reina Isabel más ardiente en el placer; Pero la noche que siguió a la muerte de Hugh Despenser, las exigencias que tuvo, la loca gratitud que le expresó, no dejaron de inquietar a su amante. Para odiar tanto al hombre que le había quitado a Eduardo era preciso que la reina hubiera amado en otro tiempo a éste. Y en el desconfiado carácter de Mortimer se formó un proyecto que llevaría a término por mucho tiempo que tardara.

Al día siguiente, Enrique Cuello-Torcido, designado guardia del rey, fue encargado de llevar a éste al castillo de Kenilworth y tenerlo encerrado allí sin que la reina lo hubiera visto.

IV.
VOX populi.

-¿A quién queréis por rey?

Esta terrible pregunta, de la que va a depender el porvenir de una nación, la lanza monseñor Adan Orletón el 12 de enero de 1327 en la gran sala de Westminster, y las palabras repercuten en lo alto, en la crucería de las bóvedas.

-¿A quién queréis por rey?

El Parlamento de Inglaterra está reunido desde hace seis días, con alguna breve interrupción, y Adan Orletón, que desempeña las funciones de canciller, dirige los debates.

En su primera sesión, la semana anterior, el Parlamento ha solicitado que el rey comparezca ante él. Adan Orletón y Juan de Stratford, obispo de Winchester, han ido a Kenilworth a presentar a Eduardo II esta solicitud. Y el rey Eduardo se ha negado.

Se ha negado a rendir cuentas de sus actos a los lores, a los obispos, a los diputados de las ciudades y de los condados. Orletón ha dado a conocer a la asamblea esta respuesta, nacida, no se sabe si del temor o del desprecio. Pero Orletón tiene la profunda convicción, que acaba de expresar ante el Parlamento, de que si se obliga a la reina a reconciliarse con su esposo, la llevarán a una muerte segura.

Está planteada, pues, la gran cuestión. Monseñor Orletón concluye su discurso aconsejando al Parlamento que aplace la sesión hasta el día siguiente, para que cada cual tome su determinación en conciencia durante el silencio de la noche. Mañana la asamblea dirá si desea que Eduardo II Plantagenet conserve la corona o bien que pase a su hijo mayor Eduardo, duque de Aquitania.

¡Bonito silencio para las conciencias el alboroto de aquella noche en Londres! Los palacios de los señores, las abadías, las residencias de los grandes comerciantes, las posadas, son escenario de acaloradas discusiones que se prolongan hasta el amanecer. Todos aquellos barones, obispos, caballeros y representantes de los burgos elegidos por los sherifs, sólo son miembros del Parlamento por designación del rey, y su papel, en principio, debía ser consultivo. Pero he aquí que

el soberano esta deshecho, incapaz; es un fugitivo apresado fuera de su reino, y no es el rey quien ha convocado al Parlamento, sino el Parlamento el que ha querido convocar a su rey, sin que este se haya dignado presentarse. El poder supremo se halla, pues, repartido por un momento, por una noche, entre aquellos hombres de diversas regiones de orígenes dispares, de desiguales fortunas.

«¿A quién queréis por rey?»

Todos se plantean la cuestión, incluso los que han deseado el pronto fin de Eduardo II los que han gritado a cada escándalo, a cada nuevo impuesto o a cada guerra perdida: «¡Que reviente, y que Dios nos libre de él!»

Porque Dios no va a intervenir; todo depende de ellos, y de repente, se percatan de la importancia de su voluntad. Sus deseos y maldiciones se han cumplido, pero aumentados. ¿Hubiera podido la reina, aun apoyada por los Hennuyers, apoderarse del reino si los barones y el pueblo hubieran respondido a la leva ordenada por Eduardo? Pero deponer a un rey y despojarlo para siempre de su autoridad es un acto de extrema gravedad. Muchos miembros del Parlamento están asustados, debido al carácter divino que va unido a la consagración y a la majestad real. Además, el príncipe a quien se les propone que voten es muy joven. ¿Qué saben de él sino que está en manos de su madre, quien a su vez está en las de Lord Mortimer? Ahora bien, aunque se respeta y admira al barón de Wigmore, antiguo Gran juez y vencedor en Irlanda; aunque su evasión, destierro, vuelta, e incluso sus amores, hacen de el un héroe legendario; aunque para muchos es el libertador, se teme su carácter, su dureza, su inclemencia; y le reprochan ya su rigor en el castigo, cuando, en verdad, todas las ejecuciones de las últimas semanas han sido reclamadas por el pueblo. Los que lo conocen temen sobre todo su ambición. ¿No deseará secretamente convertirse en rey? Por ser amante de la reina está bien cerca del trono. Vacilan en entregarle el gran poder que va a poseer si destronan a Eduardo II; y los debates continúan alrededor de las lámparas de aceite y de las candelas, entre vasos de estaño llenos de cerveza, y los interlocutores se van a acostar, muertos de fatiga, i sin haber decidido nada.

Esta noche el pueblo inglés es soberano; pero, un poco asustado de serlo, no sabe a quien entregar el ejercicio de esta soberanía.

La historia ha dado un paso imprevisto. Se disputa sobre cuestiones cuya misma discusión significa que se han admitido nuevos principios. Un pueblo no olvida un precedente así, ni una asamblea un tal poder que le ha caído; una nación no olvida haber sido, por su Parlamento, dueña, un día, de su destino.

Al día siguiente, cuando monseñor Orletón toma de la mano al joven príncipe Eduardo y lo presenta a los diputados reunidos de nuevo en Westminster, una inmensa ovación se eleva y rueda por los muros, por encima de las cabezas.

-¡Lo queremos, lo queremos...!

Cuatro obispos, entre ellos el de Londres y el de York, protestan y argumentan sobre la situación jurídica de los juramentos de homenaje y el carácter irrevocable de la consagración. Pero el arzobispo Reynolds, a quien Eduardo había confiado el gobierno antes de huir, que desea demostrar la sinceridad de su tardío asentimiento a la insurrección, exclama:

-Vox populi, vox Dei!

Y como si estuviera en el púlpito, predica sobre este tema durante un largo cuarto de hora.

Juan de Stratford, obispo de Winchester, redacta entonces y lee ante la asamblea los seis artículos que consagran la caída de Eduardo II Plantagenet.

Primero, el rey es incapaz de gobernar; durante todo su reinado se ha dejado llevar por detestables consejeros. Segundo, ha dedicado todo su tiempo a trabajos y ocupaciones indignos de él y ha descuidado los asuntos del reino. Tercero, ha perdido a Escocia, Irlanda y la mitad de la Guyena.

Librodot

Cuarto, ha dañado a la Iglesia, encarcelando a sus ministros. Quinto, ha encarcelado, desterrado, desheredado y condenado a muerte vergonzosa a muchos de sus grandes vasallos. Sexto, ha arruinado el reino, es incorregible e incapaz de enmendarse.

Durante este tiempo, los burgueses de Londres, inquietos y divididos -¿no se había declarado su obispo contra el destronamiento?-, se han reunido en el Guild Hall. Son más difíciles de manejar que los representantes de los condados. ¿Quieren hacer fracasar al Parlamento? Roger Mortimer, que por título no es nada y de hecho lo es todo, corre al Guild Hall, da las gracias a los londinenses por su leal actitud y les garantiza el mantenimiento de las libertades consuetudinarias de la ciudad. ¿En nombre de quién, en nombre de quién da estas garantías? En nombre de un adolescente que todavía no es rey, que apenas acaba de ser designado por aclamación. El prestigio de Mortimer y la autoridad de su persona causan efecto sobre los burgueses londinenses. Se le llama ya lord protector. ¿De quién es protector? ¿Del príncipe, de la reina, del reino? Es lord protector y basta; es el hombre promovido por la Historia, y en cuyas manos entregan todos su parte de poder y de juicio.

Y sobreviene lo inesperado. El joven príncipe, que desde hace un instante parece que es el rey; el pálido joven de largas cejas que ha seguido en silencio todos esos acontecimientos, y que al parecer, solo soñaba en los azules ojos de la señora Felipa de Hainaut, declara a su madre, al lord protector, a monseñor Orletón, a los lores obispos, a todos los que lo rodean, que no tomará la corona sin el consentimiento de su padre y sin que este haya proclamado oficialmente su abdicación.

El estupor se dibuja en los rostros, los brazos caen. ¿Qué? ¿Han sido en vano tantos sacrificios? Algunos sospechan de la reina. ¿No habrá influido secretamente en su hijo, por una de esas imprevisibles sinuosidades del afecto que se dan en las mujeres? ¿Ha habido alguna disputa entre ella y el lord protector la noche en que todos debían tomar una determinación en conciencia?

Pero no; ha sido este muchacho de quince años, él sólo, quien ha reflexionado sobre la importancia de la legitimidad del poder. No quiere presentarse como usurpador, ni tener el cetro por voluntad de una asamblea, que podrá quitarle lo que le ha dado. Exige el consentimiento de su antecesor. No es que sienta ternura hacia su padre; simplemente, lo juzga. Pero juzga a todos.

Desde hace años ha visto muchas cosas malas que lo han obligado a juzgar. Sabe que el crimen no está enteramente de un lado y la inocencia de otro. Cierto que su padre ha hecho sufrir a su madre, la ha deshonrado y despojado; pero, ¿qué ejemplo da ahora su madre con Lord Mortimer? ¿Y si un día, por alguna falta que pudiera cometer, la señora Felipa obrara de la misma manera? Y esos barones y obispos, que se encarnizan ahora con el rey Eduardo, ¿no ejercieron el gobierno con él? Norfolk, Kent, sus jóvenes tíos, recibieron cargos, los obispos de Winchester y de Lincoln negociaron en nombre del rey Eduardo. Los Despenser no estaban en todas partes y, aunque mandaban, no ejecutaban ellos mismos sus propias órdenes. ¿Quién se arriesgó a negarse a obedecer? El primo Lancaster Cuello-Torcido sí, ese tuvo valor; y también Lord Mortimer, que pagó su rebelión con un largo encarcelamiento. Pero por solo estos dos, ¡cuántos obsequiosos cortesanos empeñados ahora en cargar sobre su antiguo dueño las consecuencias de su servilismo!

A cualquier otro príncipe le hubiera embriagado ver, a su edad, que le brindaban, tendida por tantas manos, una de las grandes coronas del mundo. Eduardo de Aquitania enarca sus largas cejas, mira fijamente, se sonroja un poco por su audacia y se obstina en su decisión. Entonces monseñor Orletón llama a los obispos de Winchester y de Lincoln, así como al gran chambelán Guillermo de Blount; ordena sacar del Tesoro de la Torre el cetro y la corona, los hace poner en un cofre sobre la albarda de una mula y, llevando consigo su traje de ceremonia, emprende la ruta de Kenilworth para obtener la abdicación del rey.

V.

Kenilworth.

Las murallas exteriores, que contorneaban una amplia colina, encerraban jardines, prados, cuadras y establos, una forja, horreos y hornos, el molino, las cisternas, las habitaciones de los servidores y los cuarteles de los soldados; todo un pueblo casi tan grande como el de fuera, cuyos musgosos tejados se veían apiñados a su alrededor. No parecía posible que fueran de la misma raza los hombres que habitaban fuera de los muros en aquellas casuchas y los que vivían en el interior de la formidable fortaleza que proyectaba sus rojas murallas contra el cielo de invierno.

Porque Kenilworth había sido construido con piedra roja color de sangre seca. Era uno de aquellos fabulosos castillos del siglo que siguió a la conquista, cuando un puñado de normandos, compañeros de Guillermo, o sus descendientes inmediatos, supieron mantener a raya a todo un pueblo, gracias a los inmensos castillos-fortalezas diseminados por las colinas.

El torreón de Kenilworth, de forma cuadrada y de vertiginosa altura, recordaba a los viajeros de Oriente los pilones de los templos de Egipto.

Las proporciones de esta obra tiránica eran tales que en el espesor de los muros había piezas muy amplias. No se podía entrar en esta torre más que por una escalera estrecha por la que apenas podían cruzarse dos personas, y cuyos escalones de color rojo conducían a una puerta protegida y rastrillada del primer piso. En el interior existía un jardín, más bien un patio con hierba, de veinte metros de lado, sin techo y completamente encerrado.

No había construcción militar mejor concebida para resistir un asedio. Si el invasor lograba franquear la primera muralla, los sitiados se refugiaban en el propio castillo, al abrigo del foso y si atravesaban el segundo muro, abandonaban al enemigo las dependencias habituales de estancia, la gran sala, las cocinas, las habitaciones señoriales, la capilla, y se atrincheraban en este torreón, alrededor del pozo de su patio verde y en los flancos de sus profundos muros.

El rey vivía allí, prisionero. Conocía bien a Kenilworth, que había pertenecido a Tomas de Lancaster y había servido de centro de reunión de los barones rebeldes. Decapitado Tomas, Eduardo se apoderó del castillo y habitó en él durante el invierno de 1323, antes de entregarlo al año siguiente a Enrique Cuello-Torcido, al mismo tiempo que le devolvía todos los bienes y títulos de los Lancaster.

Enrique III, abuelo de Eduardo, asedió a Kenilworth durante seis meses, para tomarlo al hijo de su cuñado, Simon de Montfort, y lo consiguió no por las armas, sino por el hambre, la peste y la excomunión.

A comienzos del reinado de Eduardo I, Roger Mortimer de Chirk, que acababa de morir en la prisión, fue alcaide del castillo en nombre del primer conde de Lancaster y allí celebró sus famosos torneos. Una de las torres del muro exterior, para desesperación de Eduardo, llevaba el nombre de Mortimer. Allí la tenía, plantada siempre ante sus ojos, como una burla y un desafío.

La región daba al rey otros motivos para el recuerdo. Desde lo alto del torreón rojo de Kenilworth, podía ver, seis kilómetros al sur, el blanco torreón del castillo de Warwick, donde Gaveston, su primer amante, había sido ejecutado por los barones. ¿Había cambiado esta proximidad el curso de los Pensamientos reales? Eduardo parecía haber olvidado completamente a Hugh Despenser, pero estaba obsesionado por el recuerdo de Pedro de Gaveston, de quien hablaba sin cesar a Enrique de Lancaster, su guardián.

Jamás Eduardo II y su primo Cuello-Torcido habían vivido tan cerca uno del otro durante tan largo tiempo y en tanta soledad. Nunca se había confiado Eduardo tanto al mayor de su familia. Tenía momentos de gran lucidez y sus juicios, sin concesiones, sobre sí mismo, confundían y emocionaban bastante a Lancaster, que comenzaba a comprender cosas que parecían incomprensibles a todo el pueblo inglés.

Era Gaveston, reconocía Eduardo, quien había sido el responsable, o al menos, el origen de sus primeros errores y del mal camino que había seguido su vida.

Librodot

-Me quería tan bien -decía el rey prisionero-, y a la edad que yo tenía, estaba dispuesto a creer todas las palabras y a confiarme por entero a tan hermoso amor.

Aún ahora no podía menos de enternecerse al recordar el encanto de aquel caballero gascón salido de la nada, «una seta nacida en una noche», como decían los barones, a quien había hecho conde de Cornuailles con menosprecio de los grandes señores del reino.

-¡Deseaba tanto ser conde...! -decía Eduardo.

¡Y qué maravillosa insolencia la de Pedro, insolencia que encantaba a Eduardo! Un rey no podía permitirse tratar a sus barones en la forma que lo hacía su favorito.

-¿Te acuerdas, Cuello-Torcido, como llamaba bastardo al conde de Gloucester? Y como le gritaba al conde de Warwick: « ¡Vete a dormir, perro! »

-Y como insultaba también a mi hermano llamándole cornudo, cosa que Tomas no le perdonó nunca porque era verdad.

Sin temor a nada, el tal Pedro robaba las joyas de la reina y repartía ofensas como otros reparten limosnas, porque estaba seguro del amor de su rey. La verdad es que era un desvergonzado como no se había visto nunca. Además tenía inventiva para la diversión; hacia desnudar a sus pajes, cargados los brazos de perlas, acicalada la boca, una rama con hojas sobre el vientre, y organizaba así cazas galantes en los bosques. Y luego las escapadas a los tabernuchos del puerto de Londres, donde se pegaba con los mozos de cordel, porque además era fuerte el mozo. ¡Ah, que hermosa juventud había hecho pasar al rey!

-Creí que encontraría todo esto en Hugh, pero la imaginación sobrepasaba a la realidad. Lo que diferenciaba a Hugh de Pedro era que aquel pertenecía a una familia de grandes barones y no podía olvidarlo. Pero si no hubiera conocido a Pedro, estoy seguro de que hubiera sido otro rey.

Durante las interminables veladas de invierno, entre partidas de ajedrez, Enrique Cuello-Torcido, con los cabellos cayéndole sobre el hombro derecho, escuchaba las confesiones de este rey a quien los reveses, la pérdida de su poder y el cautiverio habían envejecido de pronto, y cuyo cuerpo de atleta parecía debilitarse e hincharse su cara, sobre todo los párpados. Y sin embargo, tal como estaba, aun conservaba cierta seducción. ¡Qué lástima que hubiera tenido tan malos amores y hubiera puesto su confianza en tan odiosos corazones!

Cuello-Torcido aconsejó a Eduardo que se presentara en el Parlamento, pero fue en vano. Este rey débil solo mostraba fuerza en la negativa.

-Se que he perdido mi trono, Enrique -respondía-, pero no abdicare.

Llevados en un cojín, la corona y el cetro de Inglaterra ascendían lentamente, escalón a escalón, por la estrecha escalera del torreón de Kenilworth. Detrás oscilaban las mitras y la pedrería de los báculos centelleaba en la penumbra. Los obispos, arremangándose por sobre los tobillos sus tres vestidos bordados, subían a la torre.

El rey, sentado en un asiento que, por ser único, parecía el trono, esperaba en el fondo de la sala, la mano en la frente y hundido el cuerpo, entre los pilares que sostenían los grandes arcos de ojivas como de catedrales. Todo aquí tenía proporciones sobrehumanas. La pálida luz de enero que caía por las altas y estrechas ventanas parecía la del crepúsculo.

El conde de Lancaster, inclinada la cabeza, estaba en pie al lado de su primo, en compañía de tres servidores que ya no eran del rey. Y los muros rojos, arcos rojos y rojos pilares formaban un trágico decorado propio para el final de un poder.

Al ver aparecer por la puerta abierta de par en par y avanzar hacia el, a través de la inmensa sala, aquel cetro y corona que le habían presentado veinte años antes bajo las bóvedas de Westminster, Eduardo se incorporó en el asiento y su barbilla se puso a temblar. Volvió la vista hacia su primo de Lancaster en demanda de ayuda; pero Cuello-Torcido apartó la mirada; tan insoportable era aquella muda súplica.

Librodot

Orletón se plantó delante del soberano, Orletón, cuya irrupción desde hacía algunas semanas había supuesto cada vez para Eduardo la pérdida de una parte de su poder. Eduardo miró a los otros obispos y al gran chambelán; hizo un esfuerzo para mantener su dignidad, y preguntó:

-¿Qué tenéis que decirme, my lord?

Su voz se articulaba mal en sus pálidos labios, entre la barba rubia.

El obispo de Winchester leyó el mensaje por el que el Parlamento requería a su soberano para que firmara su renuncia al trono, así como el homenaje de sus vasallos; diera su consentimiento a la designación de su hijo y entregara a los enviados las insignias rituales de la realeza.

Cuando terminó de hablar el obispo de Winchester, Eduardo permaneció silencioso un largo rato. Toda su atención parecía estar fija en la corona. Sufría, y su dolor físico era tan visible y tan profundamente marcado en sus facciones, que era dudoso que pudiera pensar. Sin embargo, dijo:

-Tenéis la corona en vuestras manos, my lord, y me tenéis a vuestra merced. Haced lo que os plazca, pero no con mi consentimiento.

Adán Orletón avanzó un paso y declaró:

-Sire Eduardo, el pueblo de Inglaterra ya no os quiere por rey, y su Parlamento nos envía a declaróroslo. El Parlamento acepta por rey a vuestro primogénito el duque de Aquitania, a quien yo presenté; pero vuestro hijo no quiere aceptar la corona si no es con vuestro consentimiento. Si os obstináis en vuestra negativa, el pueblo quedará en libertad de elegir soberano a quien le contente más entre los grandes del reino, y este rey puede no ser de vuestro linaje. Habéis trastornado demasiado vuestros Estados; después de tantos actos que los han dañado, éste es el único que podéis hacer para devolverles la paz.

Eduardo dirigió de nuevo la mirada hacia Lancaster. A pesar del malestar que experimentaba, había comprendido la advertencia concebida en las palabras del obispo. Si no abdicaba, el Parlamento, necesitado de encontrar un rey, elegiría al jefe de la rebelión, Roger Mortimer, que tenía ya ganado el corazón de la reina. El rostro del rey adquirió un tono ceroso inquietante y su mandíbula continuaba temblando.

-Monseñor Orletón ha hablado con toda justeza -dijo Cuello-Torcido-, y debéis renunciar, primo mío, por la paz de Inglaterra y para que los Plantagenet continúen reinando.

Eduardo, incapaz, al parecer, de hablar, hizo señal para que le acercaran la corona e inclinó la cabeza como si quisiera ceñirla por última vez.

Los obispos se consultaron con la mirada, no sabiendo que hacer en esta ceremonia imprevista, sin precedentes en la liturgia real. La cabeza del rey seguía inclinándose, gradualmente, hacia las rodillas.

-¡Se muere! -exclamó de repente el arcediano Chandos, que llevaba el cojín con las insignias.

Cuello-Torcido y Orletón se precipitaron para sostener a Eduardo, desvanecido, en el momento en que iba a dar con la cabeza en las losas.

Lo volvieron a sentar, le cachetearon las mejillas y fueron a buscar vinagre. Por último, respiró largamente, abrió los ojos, y miró alrededor; luego, de pronto, se puso a sollozar. La misteriosa fuerza que la unción y la magia de la consagración infunden a los reyes, y que a veces no sirve más que para funestos destinos, acababa de retirarse de él. Estaba como exorcizado de la realeza.

En medio de sollozos, se le oyó decir:

-Sé, my lord, sé que he caído en tan gran miseria por mi propia culpa, y que debo resignarme a sufrirla. Pero no puedo dejar de sentir un gran pesar por el odio de mi pueblo, al que yo no odiaba. Os he ofendido, no he actuado pensando en el bien. Sois muy buenos, my lords, muy buenos por guardar devoción a mi primogénito, por no haber dejado de quererlo y por desearlo para

rey. Quiero satisfaceros. Renuncio ante vosotros a mis derechos sobre el reino; libero a mis vasallos del homenaje que me prestaron y les pido perdón. Acercad...

Y de nuevo hizo el gesto de solicitar los emblemas. Cogió el cetro, y su brazo se curvó, como si hubiera olvidado el peso de la insignia real. Lo entregó al obispo de Winchester, diciendo:

-Perdonad, my lord, perdonad las ofensas que os he hecho.

Avanzó sus largas y blancas manos hacia el cojín, levantó la corona, la besó como se besa la patena y se la dio a Adán Orletón:

-Tomadla, my lord, para ceñirla a mi hijo. Y concededme el perdón por los males que os he causado. En la miseria en que me encuentro, que me perdone mi pueblo. Rogad por mi, mis lores, que ya no soy nada.

Todos quedaron impresionados por la nobleza de estas palabras. Eduardo se revelaba rey en el momento en que dejaba de serlo.

Entonces sir Guillermo Blount, gran chambelán, salió de la sombra de los pilares, avanzó entre Eduardo II y los obispos, y rompió sobre la rodilla su esculpido bastón, como hubiera hecho para indicar que el reinado había terminado, ante el cadáver de un rey bajado a la tumba.

VI.
La guerra de las ollas.

Visto que sire Eduardo, en otro tiempo rey de Inglaterra, por su propia voluntad y con el consejo común y el asentimiento de los prelados, barones y otros nobles, y de toda la comunidad del reino, ha consentido y querido que el gobierno de dicho reino pasara a sire Eduardo, su primogénito y heredero, y que este gobierne y sea coronado rey, por cuya razón todos los grandes han prestado homenaje, proclamamos y publicamos la paz de nuestro dicho sire Eduardo, hijo, y ordenamos de su parte a todos, que ninguno debe quebrantar la paz de nuestro dicho señor rey, porque está y estará dispuesto a hacer valer el derecho a todos los del dicho reino, contra todos, tanto a los pequeños como a los grandes. Y si alguien reclama a otro, sea lo que fuere, que lo haga dentro de la legalidad, sin usar de la fuerza u otras violencias.

Esta proclama fue leída el 24 de enero de 1327 ante el Parlamento de Inglaterra y un Consejo de regencia. La reina presidía este Consejo de doce miembros entre los que se contaban los condes de Kent, Norfolk y Lancaster; el mariscal sir Tomas Wake y el más importante de todos, Roger Mortimer, barón de Wigmore.

El domingo 1.0 de febrero se celebró en Westminster la coronación de Eduardo III. Enrique Cuello-Torcido lo había armado caballero la víspera, junto con los tres hijos mayores de Roger Mortimer.

Estaba presente lady Juana Mortimer, que había recobrado la libertad y sus bienes, pero había perdido el amor de su esposo. No se atrevía a mirar a la reina, ni ésta a ella. Lady Juana sufría por esta traición de los seres a los que más había querido y servido. ¿Eran merecedores de tal pago sus quince años de devoción, intimidad y riesgos compartidos con la reina Isabel? ¿Tenían que acabar de esta manera sus veintitrés años de unión con Mortimer, a quien le había dado once hijos? En este gran trastorno que cambiaba los destinos del reino y daba el mayor poder a su esposo, lady Mortimer, siempre tan leal, se encontraba entre los vencidos. Y sin embargo perdonaba, se apartaba con dignidad, porque se trataba de los dos seres que más había admirado, y comprendía que se hubieran unido con un amor inevitable en el momento en que la suerte los había acercado.

A la salida de la coronación se autorizó a la muchedumbre a penetrar en el obispado de Londres para acogotar al antiguo canciller Roberto de Baldock; y a messire Juan de Hainaut le fue asignada esta semana una renta de mil marcos esterlines que se sacaría del producto de los impuestos sobre las lanas y cueros del puerto de Londres.

Messire Juan de Hainaut se hubiera quedado gustosamente más tiempo en la corte de Inglaterra. Pero había prometido participar en un gran torneo, en Conde-sur-Escaut, donde se había dado cita una multitud de príncipes, entre ellos el rey de Bohemia. Iba a justar, alardear, encontrar hermosas damas que habían atravesado Europa para ver enfrentarse a los más apuestos caballeros; iba a seducír, a danzar y a divertirse en fiestas. Messire Juan de Hainaut no podía faltar a esa cita, en la que iba a brillar en medio de las palestras de arena. Consintió que le acompañaran una quincena de caballeros ingleses que querían participar en el torneo.

En marzo se firmó, por fín, el tratado con Francia que arreglaba la cuestión de Aquitania, con gran detrimento para Inglaterra; pero Mortimer no podía hacer rechazar a Eduardo III las cláusulas que él mismo había negociado para que le fueran impuestas a Eduardo II. Así se saldaba la herencia de un Mal reinado. Además, Mortimer se interesaba poco por Guyena, donde no tenía posesiones, y dedicaba ahora toda su atención, como antes de su encarcelamiento, al País de Gales y a las Marcas galesas.

Los enviados que fueron a París a ratificar el tratado encontraron muy triste y deshecho al rey Carlos IV, puesto que la hija que había dado a luz Juana de Evreux en noviembre no había vivido más que dos meses.

Cuando Inglaterra, a trancas y barrancas, comenzaba a ponerse en orden, el viejo rey de Escocia, Roberto Bruce, aunque leproso, envió el día de Pascua, un desafío al joven Eduardo, al invadir el país.

La primera reacción de Mortimer fue cambiar la residencia al ex rey Eduardo II. Era una medida de prudencia. En efecto, se necesitaba la presencia de Enrique de Lancaster en el ejército con sus pendones; además, según los informes que llegaban de Kenilworth, Lancaster parecía tratar con demasiada suavidad a su prisionero, descuidando la vigilancia y permitiéndole cierto contacto con el exterior. No todos los partidarios de los Le Despenser habían sido ejecutados, como por ejemplo, el conde de Warenne, que, más afortunado que su cuñado, el conde de Arundel, había podido escapar. Algunos estaban escondidos en sus casas solariegas o en residencias amigas, esperando que pasara el vendaval; otros habían huido del reino. Cabía preguntarse sí el desafío del viejo rey de Escocia no estaba inspirado por ellos.

Por otra parte, el gran entusiasmo popular que había acompañado la liberación comenzaba a declinar. Roger Mortimer era ya menos adulado después de seis meses de gobierno, pues seguía habiendo impuestos y gente encarcelada por no pagarlos. En los círculos del poder se empezaba a reprochar a Mortimer su tajante autoridad, que se acentuaba de día en día, y las grandes ambiciones que revelaba. A sus propios bienes, que había recobrado del conde de Arundel, había añadido el condado de Glamorgan y la mayoría de las posesiones de Hugo el Joven. Sus tres yernos -Mortimer tenía ya tres hijas casadas-, Lord Berkeley, el conde de Charlton y el conde de Warwick, extendían su poder territorial. Había ocupado el cargo de juez supremo de Gales, que había sido de su tío de Chirck, al mismo tiempo que las tierras de este, y pretendía hacerse nombrar conde de las Marcas, lo que le habría proporcionado, al oeste del reino, un fabuloso principado casi independiente.

Había logrado chocar con Adan Orleton, ya que este, enviado a Aviñón para urgir las necesarias dispensas para el matrimonio del joven rey, había solicitado del Papa la gran diócesis de Worcester, que se encontraba vacante. Mortimer se había ofendido porque Orletón no había solicitado antes su consentimiento, y se opuso a que se la concedieran. Eduardo II no se había portado de otra forma con el mismo Orletón, respecto a la sede de Hereford.

La reina, forzosamente, sufría la misma pérdida de popularidad. Y he aquí que la guerra se reavivaba, la guerra de Escocia otra vez. Nada, pues, había cambiado. Se habían hecho demasiadas ilusiones para no quedar decepcionados. Bastaba un revés de los ejércitos, un complot que liberara a Eduardo II, para que los escoceses, aliados circunstanciales del antiguo partido Despenser encontraran en él un rey preparado para ser repuesto en su trono, que les entregaría las provincias del norte a cambio de su libertad y de su restauración.

Librodot

La noche del 3 al 4 de abril arrancaron al rey de su sueño, y le rogaron que se vistiera de prisa. Se encontró ante un caballero desgarbado, huesudo, de largos dientes amarillentos, de cabello oscuro e hirsuto, que le caía por las orejas.

-¿Donde me llevas, Maltravers? -preguntó Eduardo con espanto al reconocer a aquel barón al que había expoliado y desterrado, y cuyo aspecto era de asesino.

-Te llevo, Plantagenet, a un lugar donde estarás más seguro; y para que esta seguridad sea completa, no debes saber a donde vas; así tu cabeza no se arriesgará a confiarlo a tu boca.

Maltravers tenía instrucciones de no pasar por las ciudades, ni demorarse en el camino. El 5 de abril, después de una ruta recorrida toda al trote o al galope, interrumpida solamente por una parada en una abadía cercana a Gloucester, el antiguo rey entró en el castillo de Berkeley, donde quedó bajo la custodia de uno de los yernos de Mortimer.

El ejército inglés, convocado primeramente en Newcastle para la Ascensión, se reunió para Pentecostés en la ciudad de York. El gobierno del reino se había trasladado allí y el Parlamento celebró sesión, como se hacía en la época del rey caído cuando Escocia atacaba.

Pronto llegaron messire Juan de Hainaut y sus Hennuyers, que no faltaron a la petición de ayuda. Se les volvió a ver, montados en sus grandes caballos bermejos y febriles aún por los grandes torneos de Conde-sur-Escaut, a los sires de Ligne, le Enghien, de Mons y de Sarre, y a Guillermo de Bailleul, parsifal de Semeries, Sance de Bouusoy, Oulfartd Ghisteles, que habían hecho triunfar en las justas los colores de Hainaut, y messire Thierry de Wallecourt, Rasses de Grez, Juan Pilastre y los tres hermanos de Harlebeke bajo los pendones de Bravante; además de los señores de Flandes, Cambresis, ktoís y, con ellos el hijo del marqués de Juliers.

Juan de Hainaut no había hecho más que reunirlos en Conde. Pasaban de la guerra al torneo y del torneo a la guerra. í Ah! ¡Cuántos placeres y qué nobles aventuras!

En York se celebraron grandes festejos en honor de los Hennuyers. Les dieron los mejores alojamientos, les ofrecieron fiestas y banquetes con profusión de carne y volatería. Los vinos de Gascuña y del Rhin corrieron a placer.

Este tratamiento dado a los extranjeros irritó a los arqueros ingleses, que eran seis millares largos, entre los que había numerosos antiguos soldados del decapitado conde de Arundel.

Una tarde, como sucede frecuentemente entre las tropas estacionadas, se suscitó una riña por una partida de dados entre algunos arqueros ingleses y los criados de armas de un caballero de Bravante. Los ingleses, que sólo esperaban una ocasión, llamaron en su ayuda a los compañeros. Todos los arqueros se lanzan contra las tropas del Continente, y los Hennuyers corren hacia sus acantonamientos, donde se atrincheran. Los jefes de bandera, que estaban en fiesta, salen a las calles al oír el ruido, y son asaltados por los arqueros de Inglaterra. Buscan refugio en sus alojamientos, pero no pueden entrar porque sus propios hombres se han hecho fuertes allí. Y queda sin armas la flor de la nobleza de Flandes. Pero está compuesta por fuertes mozos. Los messires Parsifal de Semeries, Fastres de Rues y Sance de Boussoy se apoderan de sólidas palancas de encina que encuentran en casa de un carretero, se apoyan en la pared y a palos despachan una buena Sesentena de arqueros que pertenecían al obispo de Lincoln.

Esta pequeña querella entre aliados origina algo más de trescientos muertos.

Los seis mil arqueros, olvidándose por completo de la guerra de Escocia, sólo piensan en exterminar a los Hennuyers. Messire Juan de Hainaut, ultrajado, furioso, quiere volver a su patria, si es que le levantan el asedio que mantienen alrededor de sus acantonamientos. En fín, después de colgar a algunos se fueron apaciguando los ánimos. Las damas de Inglaterra, que habían acompañado a sus maridos al ejército, con ruegos y sonrisas lograron que se quedaran los caballeros de Hainaut. Los Hennuyers se acantonaron a una media legua del resto del ejército, y así pasó un mes, mirándose como perros y gatos.

Por fín se decidió ponerse en marcha. El joven rey Eduardo III avanzaba en su primera guerra a la cabeza de ocho mil armaduras de hierro y de treinta mil hombres de a pie.

Desgraciadamente, los escoceses no se dejaban ver. Estos rudos hombres hacían la guerra sin furgones ni convoy. Sus tropas ligeras solo llevaban por equipaje una piedra plana atada a la silla y un pequeño saco de harina; con esto podían vivir durante varios días, mojando la harina en el agua de los arroyos y cociéndola en forma de galletas sobre la piedra calentada al fuego. Los escoceses se divertían con el enorme ejército inglés. Tomaban contacto con el, realizaban algunas escaramuzas, se replegaban en seguida, pasaban y repasaban los ríos, traían al adversario a los pantanos, a los espesos bosques y escarpados desfiladeros. El ejército erraba a la ventura entre el Tyne y los montes Cheviot.

Un día oyeron los ingleses un gran ruido en un bosque por el que avanzaban. Se dio la alarma. Todo el mundo se lanzó escudo al cuello, bajada la visera, lanza en mano, sin esperar a padre, hermano o compañero; pero quedaron corridos al encontrarse con un rebaño de ciervos que huía alocadamente ante el ruido de las armaduras.

El avituallamiento se hacía difícil; el país no producía nada, y solo encontraban los artículos que les llevaban algunos mercaderes a precio diez veces superior a su valor. Las monturas carecían de avena y forraje. Estuvo lloviendo durante una semana; las sillas se pudrían, los caballos dejaban las herraduras en el fango, todo el ejército se enmohecía. Los caballeros cortaban ramas con el filo de las espadas para hacerse chozas. Y los escoceses seguían invisibles.

El mariscal del ejército, sir Tomas Wake, estaba desesperado. El conde de Kent casi añoraba la Rèole; por lo menos allí el tiempo era bueno. Enrique Cuello-Torcido sentía el reumatismo en la nuca; Mortimer se irritaba, y se cansaba de correr sin cesar del ejército a Yorkshire, donde se encontraban la reina y los servicios del gobierno. La desesperación, que engendra querellas, se hacía visible en las tropas; y se hablaba de traición.

Un día, mientras los jefes de pendones discutían a voz en grito de lo que no se había hecho y de lo que se habría debido hacer, el joven rey Eduardo reunió a algunos escuderos de edad aproximada a la suya, y prometió la caballería y una tierra de cien libras de renta a quien descubriera el paradero del ejército escocés. Una veintena de muchachos, entre los catorce y los dieciocho años, salieron de batida.

El primero que regresó se llamaba Tomas de Rokesby; jadeante y agotado, exclamó:

-Sire Eduardo, los escoceses están a cuatro leguas, en una montaña, desde hace una semana, sin saber más dónde estáis vos, que vos sabéis donde están ellos.

El joven Eduardo hizo sonar en seguida las trompetas, reunió al ejército en una tierra que se llamaba «la landa blanca», y ordenó ir contra los escoceses. Pero el ruido que hacía todo aquel hierro avanzando por las montañas llegó de lejos a los hombres de Roberto Bruce. Los caballeros de Inglaterra y de Hainaut, que subieron a una de las crestas de la colina, se disponían a bajar a la otra vertiente, cuando vieron de repente ante ellos a todo el ejército escocés, a pie, alineado en orden de batalla y colocadas las flechas en la cuerda de los arcos. Se observaron de lejos sin atreverse a enfrentarse, ya que el lugar era malo para lanzar los caballos. ¡Se contemplaron durante veintidós días!

Como los escoceses no parecían dispuestos a cambiar su posición que les era tan favorable; como los caballeros no querían librar combate en un terreno en el que no podían desplegarse; los dos adversarios permanecieron a uno y otro lado de la cresta, esperando que el enemigo se moviera. Se contentaban con hacer escaramuzas, generalmente de noche, dejando estos pequeños encuentros a la gente de a pie.

El hecho más señalado de esta extraña guerra entre un octogenario leproso y un rey de quince años fue realizado por el escocés Jacobo de Douglas, quien, con doscientos caballeros de su clan, penetró una noche de luna en el campamento inglés, derribó todo lo que encontró al paso al grito de «¡Douglas, Douglas!», cortó tres cuerdas de la tienda del rey y huyó. A partir de aquella noche los caballeros ingleses durmieron con las armaduras puestas.

Librodot

Luego, una mañana, antes del alba, capturaron a dos espías del ejército escocés que pareció bien claramente que se dejaban capturar, los cuales, llevados ante el rey de Inglaterra, le dijeron.

-Sire, ¿qué buscáis aquí? Nuestros escoceses se han vuelto a las montañas y sire Roberto, nuestro rey, nos ha dicho que os lo hagamos saber, así como que no os combatirá durante este año si vos no lo perseguís.

Los ingleses avanzaron prudentemente, temerosos de una trampa y encontraron cuatrocientos calderos, y ollas para cocer la carne colgados en línea y abandonados por los escoceses para evitar peso y no hacer ruido durante su retirada. Igualmente había en un enorme montón cinco mil viejos zapatos de cuero; los escoceses habían cambiado de calzado antes de partir. No quedaba en el campo alma viviente sino cinco ingleses desnudos, atados a estacas, con las piernas rotas a palos.

Era una locura perseguir a los escoceses en sus montañas, a través de aquel país difícil en que toda la población era hostil a los ingleses, y donde el ejército, ya muy fatigado, habría tenido que seguir una guerra de emboscadas para la que no estaba preparado. Se declaró, pues, terminada la campaña; regresaron a York y el ejército fue disuelto.

Messire Juan de Hainaut contó los caballos muertos o inutilizados y presentó una memoria de catorce mil libras. El joven rey Eduardo no tenía en su Tesoro tanto dinero disponible, ya que debía pagar aún la soldada de sus propias tropas. Entonces messire Juan de Hainaut, con uno de sus grandes gestos de siempre, salió fiador ante las sumas que les debía su futuro sobrino.

Durante el verano, Roger Mortimer, que no tenía ningún interés en el norte del reino, arregló un tratado de paz. Eduardo III renunciaba a toda soberanía sobre Escocia y reconocía a Roberto Bruce como rey de este país, cosa que Eduardo II no había aceptado nunca a lo largo de su reinado; además, David Bruce, hijo de Roberto, casaría con Juana de Inglaterra, segunda hija de la reina Isabel.

¿Valía la pena, para tal resultado, haber destronado al antiguo rey que vivía recluido en Berkeley?

VII.
La corona de heno.

Una aurora casi roja incendiaba el horizonte detrás de las colinas de Costwold.

-El sol va a salir en seguida, sir Juan -dijo Tomas Gournay, uno de los dos caballeros que marchaban a la cabeza de la escolta.

-Si, el sol va a despuntar, compañero, y todavía no hemos llegado al final de nuestra etapa -respondió Juan Maltravers, que caminaba a su lado, estribo con estribo.

-Cuando llegue el día, la gente podrá reconocer a quien llevamos -dijo el primero.

-Podría ocurrir, compañero, y es justamente lo que debemos evitar.

Estas palabras fueron dichas en voz alta para que las oyera el prisionero que iba detrás.

Sir Tomas Gournay había llegado la víspera a Berkeley, después de atravesar media Inglaterra, para llevar desde York a Juan Maltravers las nuevas órdenes de Roger Mortimer sobre la custodia del rey caído.

Gournay era hombre de físico poco agradable; tenla la nariz corta y chata, los caninos inferiores más largos que los otros dientes, la piel rosada y con manchas, salpicada de pelos rubios como el cuero de una cerda; sus abundantes cabellos se retorcían, como virutas de cobre, bajo el borde de su capacete.

Para secundar a Tomas Gournay, y un poco también para vigilarlo, Mortimer le había asignado a Ogle, antiguo barbero de la Torre de Londres.

Librodot

Al caer la tarde, a la hora en que los campesinos habían tomado su sopa y empezaban a dormirse, el pequeño grupo salió de Berkeley y se dirigió hacia el Sur a través de la silenciosa campiña y de los pueblos dormidos. Maltravers y Gournay cabalgaban en cabeza. El rey iba encuadrado por una decena de soldados al mando de un oficial subalterno llamado Towurlee. Este coloso, de frente estrecha e inteligencia desmesuradamente pequeña, era obediente y muy útil para las tareas que exigían a la vez fuerza y que el que las ejecutara se pusiera un mínimo de preguntas. Ogle cerraba la marcha, en compañía del monje Guillermo, que no había sido elegido entre los mejores de su convento, pero que podía ser útil para una extremaunción.

Durante toda la noche el antiguo rey había intentado en vano averiguar a donde lo conducían. Ahora se anunciaba el día.

-¿Qué hacer, sir Tomas, para que no se reconozca a un hombre? -preguntó sentenciosamente Maltravers.

-Cambiarle el rostro, sir Juan. No veo otra forma -respondió Gournay.

-Habría que embadurnarle con brea u hollín.

-Así los campesinos creerían que acompañamos a un moro.

-Por desgracia, no tenemos brea.

-Entonces le podríamos afeitar -dijo Tomas Gournay apoyando la proposición con un guiño.

-¡Ah, eso si que es buena idea, compañero! Además llevamos barbero. El cielo nos ayuda. ¡Ogle, Ogle, acércate! ¿Llevas bacía y navaja?

-Las llevo, sir Juan, para serviros -respondió Ogle, uniéndose a los dos caballeros.

-Entonces, detengámonos aquí. Veo que corre un poco de agua por ese arroyo.

Todo estaba concertado desde la víspera. La pequeña columna hizo alto, y Gournay y Ogle echaron pie a tierra. Gournay era ancho de hombros, de piernas muy cortas y arqueadas. Ogle extendió un paño sobre la hierba del talud, deposito los utensilios y se puso a afilar una navaja, lentamente, mirando al antiguo rey.

-¿Qué queréis de mí? ¿Qué vais a hacerme? -preguntó Eduardo II con voz angustiosa.

-Queremos que bajes de tu caballo, noble sire, para hacerte otro rostro. Aquí hay un buen trono para ti -dijo Tomas Gournay señalando una topera que aplastó con el tacón de su bota-. ¡Vamos! Siéntate.

Eduardo obedeció. Como vacilase un poco, Gournay lo puso boca arriba, y los soldados de la escolta se echaron a reír.

-Vosotros en círculo -les dijo Gournay.

Se desplegaron en círculo, y el coloso Towurlee se colocó detrás del rey para apretar en sus hombros, si era necesario. El agua que cogió Ogle en el arroyo estaba helada.

-Mójale bien la cara -dijo Gournay.

El barbero arrojó a la cara del rey todo el contenido de la bacía. Luego le pasó la navaja por las mejillas, sin ninguna precaución. Los mechones rubios caían sobre la hierba.

Maltravers continuaba a caballo. Las manos apoyadas en el pomo, y los cabellos cayéndole por las orejas, seguía la operación con evidente placer.

Entre dos pasadas de navaja, Eduardo exclamó:

-¡Me hacéis sufrir mucho! ¿No podríais, al menos, mojarme con agua caliente?

-¿Agua caliente? -exclamó Gournay-. ¡Mirad que delicado!

Y Ogle, acercando su cara redonda y blanquecina a la del rey, le sopló, bien cerca:

-¿Calentaban el agua de su bacía a my lord Mortimer cuando estaba en la Torre de Londres?

Y reanudó la tarea a grandes pasadas. La sangre perlaba la piel del rey, y Eduardo se puso a llorar de dolor.

-¡Ah, ved lo listo que es! -exclamó Maltravers-. Hasta ha encontrado el medio de tener agua caliente sobre las mejillas.

-¿Le afeito el cabello, sir Tomas? -preguntó Ogle.

-si, sí, los cabellos también -respondió Gournay.

La navaja hizo caer los mechones desde la frente hasta la nuca.

Al cabo de unos diez minutos, Ogle tendió a su paciente un espejo de estaño, y el antiguo soberano de Inglaterra descubrió, estupefacto, su verdadero rostro, infantil y avejentado a la vez, bajo el cráneo rapado, estrecho y alargado. La larga mandíbula no ocultaba ya su debilidad. Eduardo se sintió desnudo, ridículo, como un perro esquilado.

-No me reconozco -dijo.

Los hombres que lo rodeaban se echaron a reír.

-¡Ah, así está bien! -dijo Maltravers desde el caballo-. Si tu no te reconoces, aún te reconocerán menos los que vengan a buscarte. Eso es lo que se gana con querer escaparse.

Porque esa era la razón de este traslado. Algunos señores galeses, dirigidos por un tal Rhys ap Gruffyd, habían organizado, para liberar al rey caído, una conspiración de la que había sido informado Mortimer. Al mismo tiempo, Eduardo, aprovechando una negligencia de Tomas de Berkley había huido de su prisión. Maltravers se lanzó en su búsqueda, y lo atrapó en medio de un bosque, corriendo hacia el agua como ciervo perseguido. El antiguo rey intentaba llegar a la desembocadura del Severn con¡ la esperanza de encontrar allá una embarcación. Ahora Maltravers se vengaba, pero en aquel momento le había hecho pasar un mal rato.

-De pie, sire rey; es hora de volver al caballo -dijo.

-¿Donde nos detendremos? -preguntó Eduardo.

-Donde estemos seguros de que no vas a encontrar amigos. Y tu sueño no será turbado; confía en nuestra vigilancia.

El viaje duró casi una semana. Caminaban de noche y descansaban de día, ya en una casa solariega de la que estuvieran seguros, ya en algún abrigo en el campo, ya en algún horreo apartado. Al amanecer del quinto día, vio Eduardo perfilarse una inmensa fortaleza gris, erigida en una colina. Llegaba a ráfagas el aire del mar, más fresco y húmedo y un poco salado.

-¡Si es Corfe! -exclamó-. ¿Allí me lleváis?

-Cierto, es Corfe -dijo Tomas de Gournay-. Al parecer, conoces bien los castillos de tu reino.

De los labios de Eduardo se escapó un gran grito de espanto. Su astrólogo le había aconsejado antiguamente que no se detuviera nunca en Corfe, porque una estancia en ese lugar le sería fatal. Así, en sus viajes por Dorset y Devonshire, Eduardo se había acercado a Corfe varias veces, pero se había negado obstinadamente a entrar.

El castillo de Corfe era más antiguo, más grande y más siniestro que el de Kenilworth. Su torreón dominaba toda la comarca, toda la península de Purbeck. Algunas de sus fortificaciones databan de antes de la conquista normanda. Con frecuencia se había utilizado como prisión, principalmente por Juan sin Tierra, quien, ciento veinte años antes, había ordenado que dejaran en él a veintidós caballeros franceses hasta que se murieran de hambre. Corfe parecía una construcción dedicada al crimen, la trágica superstición que lo rodeaba se remontaba al asesinato, antes del año mil, de un muchacho de quince años, el rey Eduardo llamado el Mártir, otro Eduardo II, éste de la dinastía sajona.

La leyenda de este asesinato estaba viva en el país. Eduardo el Sajón, hijo de Edgardo, al que había sucedido, era odiado por su madrastra, la reina Elfrida, segunda esposa de su padre. Un día que volvía a caballo de cazar, y en el momento en que se llevaba a los labios un cuerno de vino, la reina Elfrida le clavó un puñal en la espalda. Aullando de dolor, espoleó el caballo y huyó hacia el bosque; agotado por la pérdida de sangre, cayó de la silla; pero el pie quedo enganchado en el estribo; y el caballo, alocado, lo arrastro una gran distancia, golpeándole la cabeza contra los árboles. Los campesinos, que encontraron su cuerpo por las huellas de sangre, lo enterraron a escondidas.

Desde su tumba comenzó a hacer milagros, y el rey fue canonizado más adelante.

El mismo nombre y el mismo número aunque de otra dinastía; esta semejanza, más inquietante aún por la predicción del astrólogo, bien podía hacer temblar al rey prisionero. ¿Iba a ver Corfe la muerte del segundo Eduardo II?

-Para hacer tu entrada en esta hermosa ciudadela te va a hacer falta una corona, mi noble sire -dijo Maltravers-. ¡Towurlee, coge un poco de heno en ese campo!

Con la brazada de hierba seca que le llevó el coloso, Maltravers confeccionó una corona que puso sobre la cabeza rapada del rey, y las barbas del heno se hundieron en la piel real.

-¡Adelante ahora, y perdónanos que no tengamos trompetas!

Un profundo foso, una muralla, un puente levadizo entre dos grandes torres redondas, una colina verde que había que escalar; otro foso, otra puerta, otro rastrillo, y más allá nuevas pendientes con hierba. Volviéndose, podían ver las pequeñas casas del pueblo, con tejados hechos de piedras grises y lisas, puestas como si fueran tejas.

-¡Adelante! -gritó Maltravers, propinando a Eduardo un puñetazo en los riñones.

La corona de heno se tambaleo. Los caballos avanzaron por los estrechos y tortuosos corredores pavimentados con redondos guijarros, entre enormes y alucinantes murallas, encima de las cuales los cuervos, encaramados uno al lado del otro, como un friso negro sobre la piedra gris, miraban pasar la columna a diecisiete metros bajo sus picos.

El rey Eduardo II estaba seguro de que lo iban a matar; pero hay muchas maneras de hacer morir a un hombre.

Tomas Gournay y Juan Maltravers no tenían orden expresa de asesinarlo sino más bien de aniquilarlo. Eligieron, pues, la manera lenta. Al antiguo soberano le servían dos veces al día unas espantosas gachas de centeno, mientras sus guardianes se atracaban delante de el de toda clase de buenos bocados. Pero, a pesar de este infecto alimento, de las burlas y de los golpes que recibía, el prisionero seguía resistiendo. Era fuerte de cuerpo e incluso de espíritu. Otros en su lugar habrían perdido la razón; él se contentaba con gemir; e incluso sus gemidos testimoniaban su buen sentido.

-¿Son tan grandes mis pecados que no merecen piedad ni asistencia? ¿Habéis perdido toda caridad cristiana, toda bondad? -decía a sus carceleros-. Aunque ya no sea soberano, sigo siendo padre y esposo; ya no puedo atemorizar a mi mujer y a mis hijos. ¿No están bastante satisfechos con haberse llevado todo lo que me pertenecía?

-No puedes quejarte, sire rey, de tu esposa. ¿No te ha enviado nuestra señora la reina hermosos vestidos y dulces cartas que te hemos leído?

-Bribones, bribones -respondía Eduardo-, me habéis enseñado los vestidos, pero no me los habéis dado, y me dejáis pudrir con esta mala ropa; y en cuanto a las cartas, ¿por qué me las ha enviado esa mala mujer sino para poder demostrar que me da testimonio de su compasión? ¡Ella es, ella es quien, con el malvado Mortimer, os da las órdenes para que me atormentéis! Sin ella y sin ese traidor estoy seguro de que mis hijos correrían a abrazarme.

-Tu esposa la reina y tus hijos -respondía Maltravers-, tienen demasiado miedo a tu cruel naturaleza; han sufrido demasiado tus malas acciones y tu furor para desear abrazarte;

-Hablad, malvados, hablad -decía el rey-. Tiempo vendrá en que serán vengados los tormentos que me infligís.

Y se echó a llorar, hundida la cabeza entre sus brazos. Lloraba; pero no moría.

Gournay y Maltravers se aburrían en Corfe, ya que todos los placeres agotan, incluso el de torturar a un rey. Además, Maltravers había dejado a su mujer Eva en Berkeley, con su cuñado; y luego, en la región de Corfe se comenzaba a saber que el rey destronado estaba detenido allí. Después de cambiar mensajes con Mortimer, se decidió llevar a Eduardo a Berkeley.

Cuando el rey Eduardo II, más delgado, más encorvado, volvió a pasar, acompañado Siempre por la misma escolta, los rastrillos, los puentes levadizos, las dos murallas, sintió, a pesar de lo desgraciado que se veía, un inmenso alivio y como un hálito de liberación. Su astrólogo había mentido.

Librodot

VIII.
Bonum est.

La reina Isabel estaba ya en la cama, con sus dos trenzas de oro sobre el pecho. Roger Mortimer entró sin hacerse anunciar, ya que tenía ese privilegio. Por el gesto de su rostro, supo la reina de que le iba a hablar, o más bien, volverle a hablar.

-He recibido noticias de Berkeley -dijo con tono que pretendía ser tranquilo.

Isabel no respondió.

La ventana estaba entreabierta a la noche de septiembre. Mortimer la abrió por completo y permaneció un momento contemplando la ciudad de Lincoln amplia y amontonada, moteada aun de algunas luces, que se extendía debajo del castillo. Lincoln era la cuarta ciudad en importancia del reino después de Londres, Winchester y York. Uno de los trozos del cuerpo de Hugh Despenser el joven, había sido llevado allí diez meses antes. La corte, que venía de Yorkshire, se había instalado en Lincoln hacia una semana.

Isabel miraba como se recortaban sobre el cielo nocturno, en el encuadramiento de la ventana, los anchos hombros de Mortimer y los rizos de su Peinado. En este momento no lo quería.

-Vuestro esposo parece obstinarse en vivir -prosiguió MortiMer dando la vuelta-, y esta vida pone en peligro la paz del reino. En las casas solariegas de Gales se continúa conspirando para libertarlo. Los dominicos han tenido la audacia de predicar en su favor incluso en Londres, donde las dificultades que tuvimos en julio pueden volverse a repetir. Eduardo no es peligroso por él mismo, lo reconozco, sino como pretexto para la agitación de nuestros enemigos. Os ruego que aceptéis dar la orden que os aconsejo, sin la cual no habrá seguridad para vos ni para vuestro hijo.

Isabel exhaló un suspiro de profundo cansancio. ¿Por qué no daba él esa orden? ¿Por qué no tomaba la decisión por su cuenta, él, que hacía lo que quería en el reino?

-Gentil Mortimer -respondió con calma-, ya os he dicho que no obtendréis de mí esa orden.

Roger Mortimer cerró la ventana, temía encolerizarse.

-¿Por qué tantas pruebas y tan grandes riesgos si os convertís ahora en enemiga de vuestra propia seguridad? -dijo.

La reina movió la cabeza y respondió:

-No puedo. Prefiero correr todos los peligros antes que dar esa orden. Te ruego, Roger, que no ensuciemos nuestras manos en esa sangre.

Mortimer sonrió burlonamente.

-¿De donde te viene -replicó- ese súbito respeto a la sangre de tus enemigos? No volviste la mirada ante la sangre del conde de Arundel, de los Despenser, de Baldock, de toda aquella sangre que corría en las plazas de las ciudades. Ciertas noches creí que la sangre te gustaba bastante. Y él, el querido sire, ¿no tiene las manos más rojas que lo que pueden estar las nuestras? ¿No hubiera derramado mi sangre y la tuya si nos hubiéramos dejado apresar? No se puede ser rey, Isabel, ni reina, si se tiene miedo de la sangre; si así es, hay que retirarse a un convento, bajo el velo de monja, y no tener amor ni poder.

Por un momento se enfrentaron con la mirada. Las pupilas color de pedernal brillaban intensamente a la luz de las candelas; la cicatriz blanca formaba un labio de dibujo demasiado cruel. Isabel fue la primera en bajar los ojos.

-Recuerda, Mortimer, que en otro tiempo te concedió gracia -dijo-. Ahora debe de pensar que si no hubiera cedido a las súplicas de los barones, de los obispos, y a las mías, y te hubiera hecho decapitar como ordenó hacer con Tomas de Lancaster...

-si, si, me acuerdo, y no querría sentir un día pesares semejantes a los suyos. Esta compasión que le tienes la encuentro muy extraña y obstinada.

Hizo una pausa.

-¿Lo quieres aún? -añadió-. No encuentro otra razón.

La reina se encogió de hombros.

-Entonces ¿es por eso; ¿para que te dé una prueba mas? ¿No se extinguirá jamás en tí ese furor de celoso? ¿No te he demostrado bastante delante de todo el reino de Francia, del de Inglaterra, y delante de mi propio hijo, que no había en mi corazón otro amor que el tuyo? ¿Qué quieres que haga todavía?

-Lo que te pido, y nada más. Pero ya veo que no quieres decidirte. Veo que la cruz que te hiciste en el corazón, delante de mí, y que nos debía aliar en todo, dándonos una sola voluntad, no era para tí más que un simulacro. ¡Veo bien que el inexorable destino me ha hecho depositar la fe en una criatura débil!

Sí, un celoso, eso era. A pesar de ser regente, todopoderoso, el que daba los empleos, gobernaba al joven rey, vivía conyugalmente con la reina, y esto ante los ojos de todos los barones, Mortimer seguía celoso. «Pero ¿está completamente equivocado al serlo?», pensó de pronto Isabel. Porque el peligro de los celos consiste en obligar al que es objeto de ellos a buscar en si mismo si no hay motivo para los reproches que se le dirigen. Así se aclaran ciertos sentimientos a los que no se había tomado en consideración... ¡Qué extraño era eso! Isabel estaba segura de odiar a Eduardo todo lo que podía; no pensaba en él más que con desprecio, disgusto y rencor. Y sin embargo... Y sin embargo, el recuerdo de los anillos cambiados, la coronación, las maternidades, los recuerdos que ella conservaba no de él, sino de ella misma, el simple recuerdo de haber creído que lo quería, todo ello la retenía ahora. Le parecía imposible ordenar la muerte del padre de los hijos que ella había puesto en el mundo... «¡Y me llaman la Loba de Francia!» El santo nunca es tan santo, ni el cruel tan cruel como se cree.

Además, Eduardo, aún caído, era rey. Aún desposeído, despojado y encarcelado seguía siendo persona real, e Isabel era reina y formada para serlo. Durante su infancia había tenido el ejemplo de la verdadera majestad real encarnada en un hombre que por la sangre y la consagración, se veía por encima de los demás, y como tal se había hecho reconocer. Atentar contra la vida de un súbdito, aunque fuera el señor más grande del reino, no era nunca un crimen; pero el acto de suprimir una vida real comportaba un sacrilegio, y la negación del carácter sacro, divino, del que estaban investidos los soberanos.

-Y eso, Mortimer, tú no puedes comprenderlo, porque no eres rey, ni has nacido rey.

Isabel se dio cuenta demasiado tarde de que había expresado su pensamiento en voz alta.

El barón de las Marcas, el compañero de Guillermo el Conquistador, el Gran Juez del País de Gales, sintió duramente el golpe. Retrocedió dos pasos, se inclinó.

-No creo que haya sido un rey, señora, quien os ha devuelto vuestro reino; pero parece que es perder el tiempo esperar que lo reconozcáis; como también que recordéis que desciendo de los reyes de Dinamarca que no se avergonzaron de dar una de sus hijas a mi abuelo el primer Roger Mortimer. Mis esfuerzos tienen poco mérito para vos. ¡Dejad, pues, a vuestros enemigos liberar a vuestro real esposo, o id vos misma a darle la libertad con vuestras propias manos! Vuestro poderoso hermano de Francia no dejará de protegeros como lo hizo cuando huisteis hacia Hainaut, sostenida por mí en vuestra silla. Mortimer, como no es rey, y su vida no está protegida contra una desventura de la suerte, se va, señora, a buscar refugio en otra parte antes de que sea demasiado tarde, fuera de un reino donde la reina le ama tan poco, que cree que ya nada puede hacer en él.

Y salió. Dentro de su cólera, se dominaba y no golpeó la puerta, sino que la cerró suavemente y sus pasos se alejaron. Isabel conocía bastante al orgulloso Mortimer para saber

que no volvería. Saltó de la cama, corrió en camisa por los corredores del castillo, alcanzó a Mortimer, se agarró a su vestido y se colgó de su brazo.

-¡Quédate, quédate, gentil Mortimer, te lo suplico! -exclamó sin preocuparse de que la oyeran-. ¡Sólo soy una mujer, y necesito tu consejo y apoyo! ¡Quédate, quédate, por favor, y haz lo que quieras!

Lloraba apoyada, acurrucada sobre aquel pecho, sobre aquel corazón sin el que no podía vivir.

-¡Yo quiero lo que tu quieras! -repitió.

Los servidores, atraídos por el ruido, fueron apareciendo, y en seguida se ocultaron, turbados Por ser testigos de esta querella de amantes.

-¿De veras quieres lo que yo quiero? -preguntó, tomando entre sus manos la cara de la reina-. Entonces, ¡guardias! -gritó-. Que vayan a buscar en seguida a monseñor Orletón.

La relación entre Mortimer y Orletón se había enfriado desde hacía meses por una razón absurda: el obispado de Worcester, que el prelado se había hecho adjudicar por el Papa, mientras Mortimer prometía el consentimiento del rey a otro candidato. ¡Si Mortimer hubiera sabido que su amigo deseaba ese obispado! Pero ahora ya había dado la palabra y no podía desdecirse. El parlamento, en York, tomando cartas en el asunto, había confiscado las rentas del obispado de Worcester... Orletón, que ya no era obispo de Hereford y tampoco lo era de Worcester, consideraba gran ingratitud esa conducta de un hombre a quien había hecho huir de la Torre. El asunto seguía debatiéndose y Orletón acompañaba a la corte en sus desplazamientos.

«Mortimer acabará por necesitarme un día -se decía-, y entonces cederá.»

Ese día, o más bien esa noche, había llegado.

Orletón lo comprendió en cuanto entró en la habitación de la reina. Isabel, que se había vuelto a la cama, conservaba en el rostro la huella de su llanto; y Mortimer se paseaba a grandes zancadas alrededor del lecho. Para que se turbaran tan poco delante del prelado era necesario que el asunto fuera grave.

-Nuestra señora la reina -dijo Mortimer-, considera con razón, a causa de las intrigas que sabéis, que la vida de su esposo pone en peligro la paz del reino, y se inquieta de que Dios tarde tanto en llamarlo a su lado.

Adan Orletón miró a Isabel, ésta a Mortimer y luego al obispo, e hizo un signo de asentimiento. Orleton sonrió brevemente, no con crueldad, ni siquiera con ironía, sino más bien con una expresión de púdica tristeza; y dijo:

-Nuestra señora la reina se encuentra ante el grave problema que se plantea siempre a los que tienen la carga de los Estados. ¿Es preciso, para no destruir una sola vida, arriesgar la de muchos?

Mortimer se volvió hacia Isabel.

-¡Ya lo oís!

Estaba muy satisfecho del apoyo que le prestaba el obispo, y solo lamentaba no haber encontrado él este argumento.

-Se trata de la salvaguardia de los pueblos -prosiguió Orletón- y a nosotros los obispos se nos llama para que esclarezcamos la voluntad divina. Cierto es que el Evangelio nos prohíbe adelantar el final de nadie. Pero los reyes no son hombres corrientes y ellos mismos se exceptúan de los Mandamientos cuando condenan a muerte a sus súbditos... Creía, sin embargo, my lord, que los guardias que habíais puesto alrededor del rey caído os iban a evitar plantearos esta cuestión.

-Parece que los guardias han agotado todos los recursos -respondió Mortimer-. Y no actuarán si no reciben instrucciones por escrito.

Orletón movió la cabeza pero no respondió.

-Pero una orden escrita -prosiguió Mortimer- puede caer en manos distintas a las que va destinada; puede incluso volverse en contra de los que la han dado. ¿Me comprendéis?

Orletón sonrió de nuevo. ¿Lo tomaba por bobo?

-En otras palabras, my lord -dijo-, vos queréis enviar la orden y no enviarla.

-Querría enviar una orden que fuera clara para los que deben entenderla y oscura para los que deben ignorarla. Eso es lo que quiero consultar con vos, que sois hombre de recursos, si es que consentís en prestarme vuestra ayuda.

-¿Y le pedís eso, my lord, a un pobre obispo que ni siquiera tiene sede, ni diócesis donde plantar su báculo?

Esta vez le tocó sonreír a Mortimer.

-Vamos, vamos, my lord Orletón, no hablemos más de esas cosas. Ya sabéis que me habéis hecho enfadar mucho. Con sólo que me hubierais dicho lo que deseabais... Sin embargo, ya que lo ansiáis tanto, no me opondré. Tendréis a Worcester, os doy mi palabra... Lo arreglaré con el Parlamento. Ya sabéis que sois siempre mi amigo.

El obispo movió la cabeza, sí, lo sabía; a pesar de la querella reciente, su amistad con Mortimer no había cambiado nada, y bastaba que se vieran juntos para darse cuenta de ello. Estaban ligados por demasiados recuerdos, demasiadas complicidades y una especie de mutua admiración. Esa misma noche, en la dificultad en que se encontraba Mortimer después de haber arrancado a la reina su consentimiento esperado desde hacía largo tiempo, ¿a quién había recurrido? Al obispo de hombros caídos, de paso de pato, de vista cansada por el estudio. Eran tan amigos que se habían olvidado de la reina que los observaba con sus grandes ojos azules y se sentía mal.

-Fue vuestro hermoso sermón «Doleo caput meum», que nadie ha olvidado, lo que permitió derribar al mal rey -dijo Mortimer-; y fuisteis también vos quien obtuvo su abdicación.

¡Volvía la gratitud! Orletón se inclinó ante los cumplidos.

-¿Queréis, pues, que vaya hasta el fin de la tarea? -dijo.

En la habitación había una mesa de escribir, plumas y papel. Orletón pidió un cuchillo ya que solo podía escribir con una pluma tajada por él mismo. Eso le ayudaba a reflexionar. Mortimer respetó su meditación.

-No hay necesidad de que la orden sea larga -dijo Orletón al cabo de un momento.

Miraba con aire divertido; se veía claro que había olvidado que se trataba de la vida de un hombre; experimentaba un sentimiento de orgullo, una satisfacción de letrado que acaba de resolver un difícil problema de redacción. Acercó los ojos a la mesa, trazó una sola frase, extendió por encima los polvos para secar y entregó la hoja a Mortimer diciendo:

-Incluso acepto sellar esta carta con mi propio sello, si vos o nuestra señora la reina consideráis que no debéis de poner los vuestros.

La verdad, parecía contento de si mismo.

Mortimer acercó una candela, la carta estaba en latín. Leyó lentamente:

-Eduardum occidere nolite timere bonum est.

Reflexíonó un momento; luego, volviéndose al obispo, dijo:

-Eduardum occidere, eso lo entiendo; nolite: no queráis...; timere: temer...; bonum est: es bueno...

Orletón sonreía y Mortimer preguntó:

-¿Hay que entender: «No matéis a Eduardo, temer es bueno», o bien «No temáis matar a Eduardo, es buena cosa»? ¿Donde esta la coma?

-No hay coma -respondió Orletón-. La voluntad de Dios se manifestará por la comprensión de quien reciba la carta, pero, ¿a quién se le puede hacer algún reproche por la carta en si?

Mortimer quedó perplejo.

-Lo que ignoro es si Maltravers y Gournay entienden el latín -dijo.

-El hermano Guillermo que pusisteis al lado de ellos, lo entiende bastante bien. Además, el mensajero podrá transmitir verbalmente, pero sólo verbalmente, que cualquier acción derivada de esta orden no deberá dejar huellas.

-¿Y estáis dispuesto de verdad a poner vuestro sello en la carta? -Preguntó Mortimer.

-Lo haré -dijo Orleton.

Verdaderamente era un buen compañero. Mortimer lo acompañó hasta el pie de la escalera, y volvió a subir a la habitación de la reina.

-Gentil Mortimer -le dijo Isabel-, no me dejéis dormir sola esta noche.

La noche de septiembre no era tan fría para que ella tiritase tanto.

IX.
El hierro al rojo.

Comparado con las desmesuradas fortalezas de Kenilworth o de Corfe, Berkley puede ser considerado como un pequeño castillo. Sus rosadas piedras, sus humanas dimensiones, no lo hacen espantoso en manera alguna. Comunica directamente con el cementerio que rodea a la iglesia, donde las losas, en unos años, se cubren de un pequeño musgo verde, fino como tejido de seda.

Tomas de Berkeley era un bravo joven, sin intenciones aviesas con respecto a sus semejantes. Sin embargo, no tenía motivo de mostrarse excesivamente amable con el antiguo rey Eduardo II que lo había tenido cuatro años en prisión, en compañía de su padre Mauricio de Berkeley, quien murió durante su detención. Por lo contrario tenía todas las razones para ser devoto de su poderoso suegro Roger Mortimer, con cuya hija mayor había casado en 1320, a quien había seguido a la rebelión de 1322 y por quien había sido liberado el año anterior. Tomas recibía la considerable suma de cien shilling diarios por la guarda y albergue del rey caído. Ni su mujer Margarita Mortimer ni su hermana Eva, esposa de Maltravers, eran malas personas.

Eduardo II hubiera encontrado su estancia aceptable si sólo hubiera estado atendido por la familia Berkeley. Para su desgracia, estaban también los tres atormentadores: Maltravers, Gournay y el barbero Ogley. Éstos no daban respiro al antiguo rey; tenían gran imaginación para la crueldad, y entre ellos se había establecido una especie de competición: quién haría más refinado el suplicio.

Maltravers tuvo la idea de instalar a Eduardo en el interior de una torre albarrana, en un reducto circular de unos pies de diámetro, cuyo centro estaba ocupado por un antiguo pozo, seco ahora y sin brocal. Bastaba un falso movimiento para que el prisionero cayera a este profundo agujero. Eduardo tenía que estar en constante atención, y este hombre de cuarenta y cuatro años, que ahora aparentaba más de sesenta, permanecía echado sobre una brazada de paja, pegado el cuerpo a la pared, donde no se desplazaba más que reptando, y si se amodorraba se despertaba en seguida, bañado en sudor, temiendo haberse acercado al vacío.

A este suplicio del miedo, Gournay había añadido el del olor. Hacía recoger en el campo carroñas de animales, tejones cogidos en la madriguera, zorros, garduñas, pájaros muertos en estado de avanzada descomposición, y los echaba en el pozo para que la pestilencia de su carne infectara el poco aire que tenía el prisionero.

-¡Buena caza para el cretino! -decían los tres verdugos todas las mañanas cuando traían su carga de animales muertos, También ellos percibían el olor, ya que estaban, por turno, en una pequeña pieza en lo alto de la escalera de la torre, pieza que dominaba el reducto donde iba consumiéndose el rey. Hasta ellos llegaban de vez en cuando asquerosas ráfagas; entonces era la ocasión de hacer groseras bromas.

-¡Lo que puede llegar a oler un pastel! -exclamaban batiendo los cubiletes de los dados y bebiendo vaso tras vaso de cerveza.

El día que le llegó la carta de Orletón conferenciaron largamente. El hermano Guillermo les tradujo la misiva, sin tener la menor duda sobre su verdadero significado, pero haciéndoles apreciar la hábil ambigüedad de la redacción. Los tres hombres se golpearon los muslos durante un buen cuarto de hora, mientras repetían retorciéndose de risa: «Bonum est... bonum est.»

El jinete que les había llevado la carta repitió fielmente su mensaje oral: «Sin huellas.»

Sobre esto se consultaban.

-La verdad es que tienen extrañas exigencias esa gente de la corte, obispos y demás lores -dijo Maltravers-. Mandan matar y que no se vea.

¿Cómo proceder? El veneno dejaba el cuerpo negro; además, había que obtenerlo de gente que podía hablar. ¿Estrangulación? La señal del lazo queda en el cuello, y la cara queda azulada.

Fue Ogle, antiguo barbero de la Torre de Londres, a quien se le ocurrió la genialidad. Tomas Gournay aportó al plan algunas mejoras y Maltravers se rió de buena gana mostrando los dientes y hasta las encías.

"-¡Será castigado por donde ha pecado! -exclamó. La idea le parecía concebida con gran astucia.

-Tendremos que ser cuatro para eso -dijo Gournay-. Berkeley habrá de echarnos una mano.

-¡Ah, ya sabes como es mi cuñado Tomas! -respondió Maltravers-. Cobra sus cinco libras diarias, pero tiene el corazón sensible. Nos sería mas molesto que útil.

-El gordo Towurlee nos ayudará de buen grado si se le promete una buena bolsa -dijo Ogle-. Además es tan bestia que, aunque hable, nadie le creerá.

Esperaron a la noche. Gournay hizo preparar en la cocina una excelente cena para el prisionero: pastel blando, pájaros asados y una cola de buey en salsa. Eduardo no había comido tan bien desde su estancia en Kenilworth con su primo CuelloTorcido. Se asombró, un poco inquieto al principio y después reconfortado, por aquella desacostumbrada comida. En lugar de echarle la escudilla que el tenía que colocar al borde del pozo maloliente, lo instalaron en una pequeña pieza contigua, sobre un escabel, lo que parecía un lujo extraordinario; y comió con placer aquellas viandas cuyo gusto casi había olvidado. Le sirvieron también vino, un buen vino clarete que Tomas de Berkeley hacía traer de Aquitania. Los tres carceleros asistían a esta comida y se hacían pequeños guiños.

-Ni siquiera tendrá tiempo de digerirla -susurró Maltravers a Gournay.

El coloso Towurlee, plantado en la puerta, la obstruía completamente.

-Se encuentra uno mejor ahora, ¿verdad, my lord? -dijo Gournay cuando el viejo rey terminó la comida-. Ahora te vamos a llevar a una buena habitación donde encontrarás un lecho de plumas.

El prisionero de la cabeza rapada y larga mandíbula miró a sus guardias con sorpresa.

-¿Habéis recibido nuevas órdenes? -preguntó.

Su tono estaba lleno de temerosa humildad.

-SI, claro, hemos recibido órdenes y te vamos a tratar bien, my lord -respondió Maltravers-. Te hemos puesto fuego en donde vas a dormir porque por las noches comienza refrescar, ¿verdad, Gournay? Es debido a la estación; estamos ya a finales de septiembre.

Hicieron bajar al rey por la estrecha escalera, atravesar el patio con hierba y subir al otro lado de la muralla. Sus carceleros no habían mentido; había una habitación, no una habitación de palacio, pero sí una buena pieza, limpia y caliente, con una cama y un grueso colchón de plumas, y una especie de brasero lleno de tizones ardiendo. Casi hacía demasiado calor.

El vino, el calor... El rey caído sentía que le bailaba un poco la cabeza. ¿Bastaba, pues, una buena comida para que volviera la esperanza? Pero, ¿cuáles eran las nuevas órdenes y por qué lo trataban con tan repentinas consideraciones? Tal vez una revuelta en el reino, Mortimer caído en desgracia...

O simplemente que el joven rey se había inquietado por la suerte de su padre y había mandado que lo trataran en forma mas humana... Pero aunque hubiera habido una revuelta, aunque todo el pueblo se hubiera levantado en su favor, Eduardo no aceptaría recuperar el trono, ya que así lo había jurado ante Dios. Porque, si fuera rey de nuevo, comenzaría a cometer faltas otra vez; no estaba hecho para reinar. Lo único que deseaba era un tranquilo convento, pasearse por un hermoso jardín, que le sirvieran platos a su gusto... y rezar también. Y se dejaría crecer la barba y el cabello,

a no ser que se hiciera monje. ¡Que negligencia e ingratitud no agradecer al Creador estas simples cosas que bastan para hacer agradable la vida: sabroso alimento, habitación caliente...! Había un atizador en el brasero...

-¡Túmbate, my lord! La cama es buena, ya verás, Gournay.

Y en efecto, el colchón era blando. ¡Que placer, encontrar de nuevo una buena cama! Pero, ¿por qué se quedaban allí los tres hombres? Maltravers estaba sentado en un escabel, colgándole el cabello sobre las orejas, las manos entre las rodillas y miraba al rey. Gournay atizaba el fuego. El barbero Ogle tenía en la mano un cuerno de buey y una pequeña sierra.

-Duerme, sire Eduardo, no te ocupes de nosotros; vamos a trabajar -insistió Gournay.

-¿Qué haces, Ogle? -preguntó el rey-. ¿Tallas un cuerno para beber?

-No, my lord, no para beber. Tallo un cuerno y nada mas. Luego se volvió hacia Gournay, señaló con la uña del pulgar un lugar del cuerno y dijo:

-Creo que es bastante largo. ¿No os parece?

Gournay, el de rostro de cerda, miró por encima del hombro y respondió:

-Si, creo que está bien. Bonum est. Y se puso a soplar el fuego.

La sierra chirriaba sobre el cuerno de buey. Cuando quedó dividido, el barbero tendió la parte afilada a Gournay, quien la examinó y hundió en ella el atizador al rojo. Un acre olor apestó de pronto la pieza. El atizador surgió por la punta quemada del cuerno. Gournay lo volvió a poner en el fuego. ¿Cómo querían que durmiera el rey con todo ese trajín? ¿Lo habían apartado del pozo de las carroñas para que oliera el cuerno quemado? De repente Maltravers, que continuaba sentado mirando a Eduardo, le preguntó:

-¿Tenía tu Despenser, a quien tanto querías, el miembro sólido?

Los otros dos se morían de risa Al oír este nombre. Eduardo sintió como si le desgarraran las entrañas y comprendió que lo iban a ejecutar en seguida. ¿Se aprestaban a darle la misma atroz muerte que a Hugh el joven?

-¿Vais a hacer eso? ¿Vais a matarme? -exclamó incorporándose de pronto en la cama.

-¿Matarte nosotros, sire Eduardo? -dijo Gournay sin volverse siquiera-. ¿Quién te ha dicho esto? Nosotros tenemos órdenes. Bonum est, bonum est...

-Vamos, acuéstate -dijo Maltravers.

Pero Eduardo no se acostó. Su mirada, desde su calva cabeza, iba de la nuca de Tomas Gournay al largo rostro de Maltravers y a las sonrosadas mejillas del barbero. Gournay sacó del fuego el atizador y examino la extremidad incandescente.

-¡Towurlee! -llamó-. ¡La mesa!

El coloso, que esperaba en la pieza contigua, entró llevando una pesada tabla. Maltravers cerró la puerta y dio una vuelta a la llave. ¿Por qué esta tabla, esta gruesa plancha de encina, que solían poner sobre los banquillos? Pero en la pieza no había ningún banquillo. Entre tantas cosas extrañas que pasaban alrededor del rey, esa tabla llevada a brazos de un gigante era el objeto mas insólito y espantoso. ¿Cómo se podía matar con una tabla? Éste fue el último pensamiento claro que tuvo el rey.

-¡Vamos! -dijo Gournay haciendo una seña a Ogle.

Se acercaron, uno por cada lado de la cama, se lanzaron sobre Eduardo y lo pusieron cara abajo.

-¡Ah, bribones, bribones! -gritaba-. ¡No, no vais a matarme!

Se agitaba, se revolvía, y Maltravers tuvo que echar una mano; los tres eran poco y el gigante Towurlee no se movía.

-¡Towurlee, la tabla! -gritó Gournay.

Towurlee se acordó de lo que le habían ordenado. Levantó la enorme tabla y la puso atravesada sobre la espalda del rey. Gournay le bajó las bragas al prisionero, que se desgarraron de

tan usadas como estaban. Era grotesco y miserable descubrir de esta forma el trasero del rey, pero los asesinos no estaban ahora para risas.

El rey, medio atontado por el golpe y ahogándose bajo la madera que lo hundía en el colchón, se resistía, pataleaba. ¡Cuánta energía tenía aún!

-¡Towurlee, sujétale los tobillos! ¡No, así no, separados! -ordenó Gournay.

El rey consiguió sacar la nuca de debajo de la plancha, y volvió la cara de lado para tomar un poco de aire. Maltravers le apretó la cabeza con las dos manos. Gournay agarró el atizador, y dijo:

-¡Métele el cuerno ahora, Ogle!

El rey Eduardo tuvo una contorsión violenta, desesperada, cuando el hierro al rojo le penetró en las entrañas; el alarido que lanzó atravesó los muros de la torre, pasó por encima de las losas del cementerio y despertó a la gente del burgo. Y los que oyeron aquel largo, lúgubre y espantoso grito tuvieron en el mismo instante la seguridad de que acababan de asesinar al rey.

A la mañana siguiente, los habitantes de Berkeley subieron al castillo para informarse. Les dijeron que, en efecto, el antiguo rey había fallecido repentinamente durante la noche lanzando un estentóreo grito.

-Venid a verlo, si, acercaos -decían Maltravers y Gournay a los notables y al clero-. Ahora lo vamos a amortajar: entrad, todo el mundo puede entrar.

Y la gente del burgo comprobó que no había ninguna señal de golpe, llaga o herida en aquel cuerpo que iban a lavar y al que nadie intentaba esconder.

Tomas Gournay y Juan Maltravers se miraban; había sido una brillante idea eso de meter el atizador a través del cuerno de buey; verdaderamente un asesinato sin huellas; en ese tiempo tan fecundo en materia de asesinatos, podían enorgullecerse de haber descubierto un método perfecto.

Únicamente les inquietaba la súbita e inopinada partida de Tomas de Berkeley, antes del alba, con el pretexto, según había hecho decir por su mujer, de un asunto en otro castillo. Y luego ese Towurlee, el coloso de cabeza pequeña, que refugiado en el establo y echado en el suelo, lloraba desde hacia varias horas.

Gournay partió a caballo el mismo día hacia Nottingham, donde se encontraba la reina, para anunciarle la muerte de su esposo.

Tomas de Berkeley estuvo ausente durante una buena semana, y se dejó ver en varios lugares de los contornos, para acreditar que no se hallaba en su castillo en el momento de la muerte. Al regresar, tuvo la desagradable sorpresa de encontrar todavía el cadáver. Ningún monasterio de los alrededores había querido cargar con él; y Berkeley tuvo que guardar el cadáver en el ataúd durante un mes. Por lo cual. siguió cobrando sus cien shillings diarios.

Ahora todo el reino conocía la muerte del antiguo soberano; extraños relatos, que no se apartaban mucho de la verdad, circulaban a este respecto, y se decía que el asesinato no llevaría felicidad a los que lo habían realizado, ni, por muy altos que estuvieran, a los que lo habían ordenado.

Por fín, un abad fue a hacerse cargo del cuerpo en nombre del obispo de Gloucester, que aceptó recibirlo en su catedral. Los restos del rey Eduardo II fueron puestos en una carreta cubierta con una tela negra. Tomas de Berkeley y su familia los acompañaron, y la gente de los aledaños siguieron en cortejo. A cada alto que hizo el convoy de milla en milla, los campesinos plantaron una encina.

Han pasado seiscientos años; y algunas de estas encinas continúan en pie y proyectan su negra sombra sobre la ruta que va de Berkeley a Gloucester.

NOTAS HISTORICAS.

1. La Torre de Londres formaba todavía en el siglo XIV el límite oriental de la ciudad, y estaba separada de la City propiamente dicha por los jardines de los monasterios. El Tower Bridge no existía, naturalmente; se atravesaba el Támesis por el único London Bridge, situado más arriba de la Torre.

Si bien el edificio central, la White Tower, comenzado hacia 1078 por mandato de Guillermo el Conquistador a su arquitecto el monje Gandolfo, se nos presenta ahora, al cabo de novecientos años, casi con su apariencia primitiva -la restauración de Waren lo modificó poco, a pesar del ensanchamiento de las ventanas-; por el contrario, el aspecto general del conjunto fortificado era bastante diferente en la época de Eduardo II.

Las obras del actual recinto no estaban construidas aún, con excepción de la torre Saint Thomas y de la Middle Tower, debidas respectivamente a Enrique III y a Eduardo I. Las murallas exteriores eran lo que hoy día forman el segundo recinto, conjunto pentagonal de doce torres, construido por Ricardo Corazón de Leon y retocado constantemente por sus sucesores.

Se puede observar la asombrosa evolución del estilo medieval durante un siglo, comparando la White Tower (de fines del siglo XI), que, a pesar de la enormidad de su masa, conserva en su forma y proporciones el recuerdo de las antiguas villas galo-romanas, con la fortificación de Ricardo Corazón de León (de fines del siglo XII) que la rodea. Esta segunda obra tiene ya las características del clásico castillo-fuerte, del tipo de Château-Gaillard de Francia, edificado por el mismo Ricardo I; o posteriormente, de las construcciones angevinas de Nápoles.

La White Tower es el único monumento prácticamente intacto, porque ha sido utilizado constantemente en el curso de los siglos, que testimonia el estilo de construcción del año 1000.

2. Condestable era el título oficial del comandante de la Torre. El condestable estaba asistido por un lugarteniente, que era el segundo en el mando. Estas dos funciones siguen existiendo, aunque a título puramente honorífico y destinadas a los militares ilustres al final de su carrera. El mando efectivo de la Torre es ejercido actualmente por el mayor, que es un oficial general. Como se ve, estas dignidades tienen una jerarquía inversa a la de los grados del ejército.

El mayor reside en la Torre, en el Alojamiento del Rey -o de la reina-, construcción de la época Tudor, apoyada en la Bell Tower. El primer Alojamiento del Rey, que databa de tiempos de Enrique I, fue demolido por Cromwell. En la época de nuestro relato -1323-, la capilla de San Pedro estaba formada solamente por la parte romana del actual edificio.

3. En 1054, contra el rey Enrique I de Francia, Roger I Mortimer, nieto de Herfast de Dinamarca, era sobrino de Ricardo I, Sin Miedo, tercer duque de Normandía, abuelo del Bastardo Conquistador.

4. El shilling era en esta Época una unidad de valor, no una moneda propiamente dicha. Lo mismo ocurría con la libra o el marco. El penny era la más alta pieza de moneda en circulación. Hasta el reinado de Eduardo III no aparecieron monedas de oro, como el florín y el noble. El shilling de plata se comenzó a acuñar en el siglo XVI.

5. Muy verosímilmente en la torre de Beauchamp, que aún no tenía este nombre. Se empezó a llamar así a partir de 1397, a causa de Tomas de Beauchamp, conde de Warwich, que fue encarcelado allí y que era, curiosa coincidencia, nieto de Roger Mortimer. Este edificio era una construcción de Eduardo II; muy reciente, por lo tanto, en la época de Mortimer.

Las lumbreras o aberturas de las letrinas eran con frecuencia el punto débil de los edificios fortificados. Por una de estas aberturas, los soldados de Felipe Augusto, después de un asedio que amenazaba ser en vano, pudieron introducirse una noche en Château-Gaillard, la gran fortaleza francesa de Ricardo Corazón de León.

6. La palabra Parlamento, que significa exactamente reunión, se aplica en Francia y en Inglaterra a instituciones de origen común, es decir, a una extensión de la curia regis, pero que rápidamente adoptaron formas y atribuciones completamente diferentes.

El Parlamento francés, primero ambulante, después fijo en París antes de que se instituyeran los Parlamentos secundarios en provincias, era una asamblea judicial que ejercía el poder de justicia por orden y en nombre del soberano. Al principio sus miembros eran designados por el rey y por la duración de una sesión judicial, pero a partir de fines del siglo XIII y comienzos del XIV, es decir, del reinado de Felipe el Hermoso, los maestros del Parlamento fueron nombrados con carácter vitalicio.

El Parlamento francés se ocupaba en los grandes conflictos de intereses privados, en los procesos que oponían los particulares a la Corona, procesos criminales respecto a la vida del Estado; en disputas sobre la interpretación de las costumbres y, en suma, en todo lo que tocaba a la legislación general del reino, incluyendo la ley de sucesión al trono, como se vio al comienzo del reinado de Felipe V. Sin embargo, el papel y atribuciones del Parlamento fueron un tiempo Únicamente judiciales o jurídicas.

El único poder político del Parlamento francés estribaba en que ninguna acta, ordenanza, edicto o gracia real era válido sin haber sido registrado y ratificado por el Parlamento; sin embargo, sólo comenzó a usar de este poder de rechazar hacia fines del siglo XIV y comienzos del XV, cuando se debilitó la monarquía.

El Parlamento inglés era una asamblea judicial, puesto que a ella se llevaban los grandes procesos del Estado, al mismo tiempo que una asamblea política. Nadie se sentaba allí por derecho; era siempre una especie de Gran Consejo ensanchado en el que el soberano llamaba a quien quería, es decir, a los miembros de su Pequeño Consejo, a los grandes señores del reino, tanto laicos como eclesiásticos, y a los representantes de los condados y ciudades elegidos generalmente por los sherifs.

El papel político del Parlamento inglés se limitaba en su origen a una doble misión de información del rey a los representantes de su pueblo, elegidos por él, sobre las disposiciones generales que iba a adoptar; y de información de los representantes al soberano, por la vía de petición o exposición oral, sobre los deseos de clases o regiones administrativas a las que pertenecían.

En teoría, el rey de Inglaterra era el único dueño de su Parlamento, que suponía una especie de auditorio privilegiado al que sólo solicitaba una especie de adhesión simbólica y pasiva para los actos de su política. Pero, cuando los reyes de Inglaterra se encontraban en graves dificultades, o bien cuando fueron débiles o malos gobernantes, los Parlamentos, que ellos habían nombrado, se mostraron mas exigentes, adoptaron actitudes francamente deliberativas e impusieron su voluntad al soberano; o al menos el soberano tuvo que contar con las voluntades expresadas.

El precedente de la Carta Magna de 1215, impuesta a Juan Sin Tierra por sus barones, que llevaba en esencia el reglamento de las libertades inglesas, continúa presente en el espíritu de los Parlamentos. El que se celebró en 1311 obligó a Eduardo II a aceptar una carta que instituía alrededor del rey un consejo de «ordenadores» compuesto por los grandes barones elegidos por el Parlamento, que ejercían verdaderamente el poder en nombre del soberano.

Eduardo II luchó toda su vida contra estas disposiciones, rechazándolas primero y sometiéndose a ellas después de la derrota de 1314 por los escoceses. Se libró de estas disposiciones, y para su desgracia, cuando, en 1322, las luchas por la influencia dividieron a los «ordenadores» y logró aplastar en las batallas de Shrewsbury y Boroughbridge al partido de Lancaster-Mortimer, que se había alzado en armas contra él.

Recordemos, por último, que el Parlamento inglés no tenía sede fija, sino que podía ser convocado por el soberano en cualquier ciudad del reino donde él se encontrara.

Librodot

7. En 1308, por lo tanto, cinco años antes, Roger Mortimer de Wigmore, nombrado Gran Juez y teniente del rey de Inglaterra en Irlanda, había batido, a la cabeza de un ejército de las Marcas, a Eduardo Bruce, rey de Irlanda y hermano del rey Roberto Bruce de Escocia. La captura y ejecución de Eduardo Bruce señalaron el fin del reino irlandés. Sin embargo la autoridad real inglesa fue tenida allí en jaque durante largo tiempo.

8. El asunto del condado de Gloucester, muy oscuro y embarullado, surgió por las fabulosas pretensiones que tenía sobre este condado Hugh Despenser el joven, pretensiones que no hubieran prosperado de no haber sido el favorito del rey.

Hugh el joven, no contento con haber recibido todo el Glamorgan, como herencia de su mujer, exigía, en contra de sus cuñados, y en particular de Mauricio de Berkeley, todas las posesiones de su difunto suegro el conde. La nobleza del sur y del oeste de Inglaterra se alarmó y Tomas de Lancaster se puso a la cabeza de la oposición con tanto mas ardor cuanto que en el clan adverso se encontraba su peor enemigo, el conde de Warenne, que le había quitado su mujer, la hermosa Alicia.

Los Despenser, desterrados un tiempo por una orden del Parlamento, promulgada por la presión de los Lancaster en armas, regresaron en seguida, ya que Eduardo no podía vivir sin su amante, ni sin la tutela de su primo Tomas.

La vuelta de los Despenser al poder dio ocasión a que se reanudara la rebelión, pero Tomas de Lancaster, tan infortunado en el combate como en el matrimonio, dirigió mal la coalición. No habiendo llegado a tiempo para ayudar a los barones de las Marcas galesas, éstos tuvieron que batirse solos en el oeste, en Shrewsbury, en enero de 1322, donde fueron hechos prisioneros los dos Mortimer; mientras que el propio Tomas de Lancaster, a la espera de refuerzos escoceses en Yorkshire, fue derrotado dos meses después en Boroughbridge y condenado inmediatamente a muerte.

9. La comisión del obispo de Exeter fue dada, según el Calendario close rolls, el 6 de agosto de 1323. Sobre el asunto Mortimer se dieron otras órdenes, principalmente la del 10 de agosto a los sherifs del condado de Kent y la del 26 de agosto al mismo conde de Kent. Parece que el rey Eduardo no supo el destino del fugitivo antes del primero de octubre.

10. María de Francia, la más antigua de las poetisas francesas, vivió en la segunda mitad del siglo XII en la corte de Enrique II Plantagenet, donde había sido llevada o llamada por Alienor de Aquitania,

princesa infiel al menos a su primer esposo el rey de Francia, pero verdaderamente exquisita, y que había creado a su alrededor, en Inglaterra, un verdadero centro de arte y poesía. Alienor era nieta del duque Guillermo IX, también poeta.

Las obras de María de Francia tuvieron una inmensa popularidad, no solo en vida de su autora, sino también durante todo el siglo XIII y principios del XIV.

11. La compañía de los Tolomei, una de las más importantes bancas sienesas junto con la de los Buonsignori, era poderosa y célebre desde comienzos del siglo XIII. Su principal cliente era el papado. Su fundador, Tolomeo Tolomei, había participado en una embajada cerca del Papa Alejandro III. Durante el pontificado de Alejandro III, los Tolomei fueron banqueros exclusivos de la Santa Sede. Urbano IV los exceptuó de la excomunión general decretada contra Siena entre 1260 y 1273. Hacia esta época (fin del reinado de San Luis, comienzos del de Felipe III) los Tolomei comenzaron a aparecer en las grandes ferias de Champaña, y Spinello fundó la rama francesa de la compañía. Todavía existe en Siena una plaza y un palacio Tolomei.

12. La ordenanza de Carlos IV sobre prohibición de salida de moneda francesa dio ocasión, ciertamente, al tráfico ilegal, ya que otra ordenanza publicada cuatro meses después, prohibía comprar oro y plata a curso más alto que el de las monedas del reino. Un año después les retiraron a los mercaderes italianos el derecho de burguesía, lo que no significa que tuvieran que abandonar a Francia, sino simplemente volver a comprar, una vez más, la autorización para tener comercio.

13. 19 de noviembre de 1323. Juan de Cherchemont, señor de Venours en Poitou, canónigo de nuestra señora de París, tesorero de la catedral de Laon, había sido ya canciller al final del reinado de Felipe V. Carlos IV, a su advenimiento al trono, lo reemplazó por Pedro Rodier. Pero Carlos de Valois, cuyo favor había sabido ganarse, lo repuso en su cargo en esta fecha.

14. El reglamento propuesto al Papa, después de un consejo general celebrado en Gisors en julio de 1323, preveía que el rey sería beneficiario de trescientas mil libras de las cuatrocientas mil de los gastos accesorios. Pero se especificaba también -y en esto se le veía la oreja a Valois- que si el rey de Francia, por la razón que fuera, no se ponía a la cabeza de la expedición, este desempeño pasaría por derecho a Carlos de Valois, quien se beneficiaría entonces a título personal de los subsidios proporcionados por el Papa.

15. Se suele olvidar que hubo dos guerras de Cien Años entre Inglaterra y Francia.

La primera, que va desde 1152 a 1259, se consideró terminada por el tratado de París, concluido por San Luis y Enrique III Plantagenet. De hecho, entre 1259 y 1338, los dos países entraron en conflicto armado dos veces más, siempre por la cuestión de Aquitania: en 1294 y, como se verá, en 1324. La segunda guerra de Cien Años, que empezó en 1328, no tuvo por origen la diferencia de Aquitania, sino la sucesión al trono de Francia.

16. Esto da un ejemplo del extremado embrollo a que había llegado el sistema feudal, sistema que generalmente se presenta como muy sencillo, y que efectivamente lo era en su origen; pero que acabó por ahogarse en las complicaciones nacidas con su uso,

Hay que darse cuenta de que la cuestión de Saint-Sardos, o el asunto de Aquitania en general no eran excepciones, sino que lo mismo ocurría con Artois, Flandes, las Marcas galesas, los reinos de España, el de Sicília, los principados alemanes, Hungría, y con toda Europa.

17. Estas cifras han sido calculadas por los historiadores según documentos del siglo XIV, basándose en el censo del número de parroquias, y de los difuntos de cada parroquia, a razón de cuatro habitantes por difunto. Se entienden para el periodo alrededor de 1328.

Durante la segunda guerra de Cien Años, los combates, el hambre y las epidemias hicieron decrecer la población en más de un tercio; hubo que esperar cuatro siglos para que Francia volviera a alcanzar el nivel demográfico y de riqueza que tuvo con Felipe el Hermoso y sus hijos. A comienzos del siglo XIX se podía considerar que en cinco departamentos franceses, la densidad media de la población no había llegado a las cifras de 1328. Incluso en nuestros días, algunas ciudades, prósperas en la Edad Media y arruinadas por la guerra de los Cien Años, están por debajo de su situación de entonces. Con esto se puede considerar lo que costó a Francia la guerra inglesa.

18. Nuestros lectores tal vez se sorprendan por el empleo de piezas de artillería en el asedio de La Rèole en 1324. En efecto, la aparición dé la artillería de pólvora data tradicionalmente de la batalla de Crecy en 1346.

Crecy fue la primera batalla en que se empleó la artillería en campo raso y en guerra de movimiento. No se trataba, sin embargo, más que de armas de relativamente poco calibre, que no

hicieron grandes estragos ni impresión. Ciertos historiadores franceses han exagerado los efectos de esta artillería para explicar una derrota debida mas a la fogosa tontería de Felipe VI y de sus barones que al empleo por sus adversarios de armas nuevas.

Pero los «tiros de pólvora» de Crecy eran una aplicación de la gruesa artillería de fuego empleada en los asedios desde hacía una veintena de años, junto con la artillería clásica -incluso se puede decir antigua ya que había variado poco desde César y hasta desde Alejandro Magno- que lanzaba sobre las ciudades, por sistemas de palanca, balancín, contrapeso o muelles, bolas de piedra o materias ardientes. Las primeras bombardas sólo lanzaban bolas de piedra semejantes a las de las balistas, manganos y otras catapultas. La novedad consistía en el medio de lanzamiento. Parece que la artillería de pólvora nació en Italia, ya que el metal que rodeaba a las bombardas se llamaba «hierro lombardo». Los pisanos usaban estos ingenios en los años que nos ocupan.

Carlos de Valois fue probablemente el primer estratega de Francia que empleó esa nueva artillería. La había pedido el mes de abril de 1324 y se había entendido con el senescal de Languedoc para que la reuniera en Castelsarrasin. Por lo tanto, su hijo Felipe VI no pudo sorprenderse de las pequeñas bolas que le dispararon en Crecy.

19. Recordemos que el rey de Francia no era en esta época soberano de Aviñón. En efecto, Felipe el Hermoso había tenido gran cuidado en ceder al rey de Nápoles sus títulos de condominio sobre Aviñón para no aparecer a los ojos del mundo como tutor directo del Papa. Pero por la guarnición instalada en Villeneuve, y por la situación geográfica del establecimiento papal, tenía a la Santa Sede y a toda la Iglesia bajo su vigilancia.

20. Eso aconteció, efectivamente, en 1330, cuando los romanos eligieron al antipapa Nicolás V.

21. El castillo de los Papas, tal como lo conocemos, es muy diferente del palacio de Juan XXII, del que solo quedan algunos elementos en la parte llamada «viejo palacio». El enorme edificio que da celebridad a Aviñón es principalmente obra de los papas Benedicto XII, Clemente VI, Inocencio VI y Urbano V. Las construcciones de Juan XXII fueron completamente restauradas y absorbidas, al punto de desaparecer casi en el nuevo conjunto. Esto no desmerece el hecho de que Juan XXII fuera el verdadero creador del Palacio de los Papas.

22. Jacobo Fournier, hijo de un panadero de Foix en Ariege, confidente del Papa Juan XXII, fue Papa diez años después, con el nombre de Benedicto XII.

23. Juan XXII, que gustaba de los animales exóticos, tenía en su palacio un zoo que contenía, entre otros animales, un león, dos avestruces y un camello.

24. La cuestión merecía ser planteada, ya que los príncipes de la Edad Media tenían frecuentemente seis e incluso ocho padrinos y madrinas. Sin embargo, en derecho canónico sólo se consideraba tales a quienes habían tenido al niño sobre la fuente bautismal. El proceso de anulación del matrimonio de Carlos IV y Blanca de Borgoña, conservado en el departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional, es uno de los documentos mas ricos en información sobre las ceremonias religiosas de las familias reales. La asistencia era numerosa y variada; el bajo pueblo acudía como a un espectáculo, y los oficiantes quedaban casi ahogados por la multitud. La afluencia y la curiosidad eran tan grandes como en los actuales matrimonios de las estrellas del cine, y el recogimiento igualmente ausente.

25. Los hermanamientos por cambio y mezcla de sangre, practicados desde la más remota antigüedad, y las asociaciones llamadas primitivas, se usaban todavía a fines de la Edad Media. Existían en el Islam; los usaba también la nobleza de Aquitania, tal vez por herencia de los moros. Se encuentran huellas de ellos en ciertas deposiciones del proceso de los Templarios. Parece que se perpetúan, como acto de contramagia, en algunas tribus de gitanos. El hermanamiento podía señalar un pacto de amistad, de compañerismo y también pacto de amor, espiritual o no. Los más célebres hermanamientos citados por la literatura medieval caballeresca son los realizados por el conde Gerardo de Rosellon y la hija del emperador de Bizancio (y delante de sus cónyuges respectivos), por el caballero Gauvain, por la condesa de Die, por el famoso Parsifal.

26. Este derecho le fue concedido por Clemente V en 1313. Carlos de Valois contaba entonces 43 años.

27. Wautier (o Wauter, o Vautier, según las diferentes redacciones) por Walter. Se trataba de Walter Stapledon, lord tesorero. El original de esta carta, al igual que las siguientes está en francés.

28. Recordamos que el año tradicional comenzaba el primero de enero, mientras que el año administrativo comenzaba en Pascua.

29. Esta manera de hacer viajar a un niño no era anormal, aunque fuera poco confortable. A fines del siglo XIII y comienzos del XIV, las sillas de viaje, aunque llevaban un arzón muy alto o fuste trasero en forma de respaldo sobre el que se apoyaba el caballero, no tenían arzón delantero y se presentaban muy lisas sobre la cruz del caballo.

La silla de combate llevaba un fuste delantero muy alzado para que el caballero, pesadamente armado y que había de soportar choques violentos, estuviera como encajado entre los arzones anterior y posterior.

30. La transacción se había hecho en agosto de 1317 entre Felipe V y Clemencia.

31. Luis XIV saldría por esta misma puerta de la torre del Temple, 467 años después, para ir al cadalso. No puede dejar de asombrar esta coincidencia y el fatídico lazo entre el Temple y la dinastía capetina.

32. Chaalis, en el bosque de Ermenonville, es uno de los primeros monumentos góticos de la Isla-de-Francia. Sobre este antiguo priorato que dependía de los monjes de Vezelay, el rey Luis el Gordo fundó, un año antes de su muerte, en 1136, un amplio monasterio del que sólo quedan, después de las demoliciones de la Revolución, algunas ruinas imponentes. San Luis residió allí frecuentemente. Carlos IV hizo dos breves estancias en mayo y junio de 1322, además de la descrita aquí, en junio de 1326. Felipe VI residió allí a comienzos de marzo de 1329, y luego Carlos V. En el Renacimiento, cuando Hipólito de Este, cardenal de Ferrare, fue abad comanditario, el Tasso estuvo allí dos meses. Esta frecuencia de estancias reales en las abadías y monasterios, tanto de Francia como de Inglaterra, se ha de achacar menos a las piadosas disposiciones de los soberanos que al hecho de que en la Edad Media, los monjes tenían una especie de monopolio de la industria hotelera. No había convento algo importante que no tuviera su hospedería, y mas confortable que la mayoría de los castillos próximos. Los soberanos de viaje se instalaban en ellos con su corte ambulante, al igual que en nuestros días se hacen reservar, para ellos y su sequito, un piso en un palacio de la ciudad o de una estación balnearia.

Librodot

33. En carta de 19 de junio de 1326: «Y también, hermoso hijo, os encargamos que no os caséis en ninguna parte hasta que hayáis vuelto a nuestro lado, ni sin nuestro asentimiento y mando... Y no prestéis oídos a ningún consejo contrario a la voluntad de vuestro padre, según os enseña el sabio rey Salomón...»

34. Harwich había recibido su estatuto de burgo comunal por una carta concedida en 1318 por Eduardo II. Este puerto se iba a convertir rápidamente en la cabeza del comercio con Holanda y en el lugar de los embarques reales para el Continente durante la guerra de los Cien Años. Eduardo III, catorce años después de haber desembarcado con su madre, como lo contamos aquí, partió de él para librar la batalla de Eclyse, primera de la larga serie de derrotas infligidas por Inglaterra a la flota francesa. En el siglo XVI sir Francis Drake y el explorador sir Martin Frobisher se reunieron allí después de haber destruido el primero de ellos la armada de Felipe V. También fue en Harwich donde embarcaron para América los famosos pasajeros del «May flower», dirigido por el capitán Christopher Jones. El mismo Nelson residió allí.

35. Juan de Hainaut no asistió a este Consejo por ser extranjero; pero es interesante observar la presencia de Enrique de Beaumont, nieto de Juan de Brienne -rey de Jerusalén y emperador de Constantinopla-, que había sido excluido del Parlamento inglés por Eduardo II con el pretexto de su origen extranjero, y que, por este hecho, se había unido al partido de Mortimer.

36. No hay que confundir la función de mariscal de Inglaterra, desempeñada por el conde de Norfolk, con la de mariscal del ejército. El mariscal de Inglaterra equivalía al condestable de Francia (actualmente diríamos generalísimo). Los mariscales del ejército (el francés tenía dos, el de Inglaterra uno sólo) corresponden aproximadamente a nuestros actuales jefes de Estado Mayor.

37. El mapa de Ricardo de Bello, conservado en la catedral de Hereford, es unos años anterior a la designación de Orleton para esta diócesis. Fue, sin embargo, durante el episcopado de Orleton cuando el mapa se reveló como objeto milagroso. Es uno de los documentos mas curiosos existentes sobre la concepción medieval del universo y una curiosísima síntesis gráfica de los conocimientos de este tiempo. El mapa está dibujado sobre papel vitela de dimensiones bastante grandes; la Tierra está en un círculo cuyo centro ocupa Jerusalén; Asia esta colocada arriba; África, abajo; figura marcado el lugar del Paraíso terrenal, así como el del río Ganges. El universo parece ordenado alrededor de la cuenca mediterránea, con toda clase de dibujos y menciones sobre su fauna, etnología e historia, según deducciones sacadas de la Biblia, del naturalista Plinio, de los Padres de la Iglesia, de los filósofos paganos, de los bestiarios medievales y de los libros de caballería. El mapa está rodeado de esta inscripción circular: «La Tierra redonda comenzó a ser medida por julio César.» Tampoco falta la magia en este documento, al menos en una parte de su inspiración.

La biblioteca de la catedral de Hereford es la mas importante, a nuestro entender, de las bibliotecas con cadenas que todavía existen, ya que cuenta con 1440 volúmenes.

Es extraño e injusto que el nombre de Adan Orleton sea tan poco mencionado en los estudios sobre Hereford, ya que este prelado hizo construir el principal monumento de la ciudad: la grande y hermosa torre de la catedral que fue levantada bajo su administración.

38. Estos castillos normandos, construidos desde el comienzo del siglo XI, cuyo tipo de construcción duró hasta principios del siglo XVI, ya con los torreones cuadrados propios de los monumentos del primer periodo, ya con los torreones redondos, llamados «en concha», a partir del siglo XII, resistieron a todo, tanto al tiempo como a los ejércitos. Su rendición se debió más a circunstancias políticas que a empresas militares, y actualmente estarían todos en pie, casi intactos,

si Cromwell, con excepción de tres o cuatro, no los hubiera hecho desmantelar o arrasar. Kenilworth está a veinte kilómetros al norte de Stratford on Avon.

39. Los cronistas y muchos historiadores tras ellos, que sólo ven en los desplazamientos que le obligaron a hacer a Eduardo II al final de su vida la expresión de una crueldad gratuita, parecen no haber establecido la relación entre éstos desplazamientos y la guerra de Escocia. El mismo día en que llegó el desafío de Roberto Bruce se dio orden de que Eduardo dejara a Kenilworth; en el momento de terminar la guerra lo trasladaron de nuevo de residencia.

40. El castillo de Berkeley es una de las cuatro fortalezas normandas que se salvaron del desmantelamiento general ordenado por Cromwell y es, probablemente, la mas vieja residencia habitada de Inglaterra. Los actuales propietarios siguen siendo los Berkeley, descendientes de Tomas Berkeley y de Margarita Mortimer.

REPERTORIO BIOGRAFICO.

ALENÇON (Carlos de Valois, conde de) (1294-1346)
Hijo segundo de Carlos de Valois y de Margarita de Anjou-Sicilia. Muerto en Crecy.

ANJOU-SICILIA (Margarita de) condesa de Valois (hacia 1270-1299) Hija de Carlos II de Anjou, rey de Nápoles y de Sicilia. Primera esposa de Carlos de Valois. Madre de Felipe VI, rey de Francia.

ARTOIS (Mahaut, condesa de Borgoña, después de) (¿-27 noviembre 1329)
Hija de Roberto II de Artois. Casó (1291) con el conde palatino de Borgoña Otón IV (muerto en 1303). Condesa-par de Artois por resolución real (1309). Madre de Juana de Borgoña, esposa de Felipe de Poitiers, futuro Felipe V, y de Blanca de Borgoña, esposa de Carlos IV de Francia.

ARTOIS (Roberto III de) (1287-1342)
Hijo de Felipe de Artois y nieto de Roberto II de Artois, conde de Beaumont-le-Roger y señor de Conches (1309). Casó con Juana de Valois, hija de Carlos de Valois y de Catalina de Courtenay (1318). Par del reino por su condado de Beaumont-le-Roger (1328). Desterrado del reino (1.332), se refugió en la corte de Eduardo III de Inglaterra. Herido mortalmente en Vannes. Enterrado en San Pablo de Londres.

ARUNDEL (Edmundo Fitzalan, conde de) (1285-1326)
Hijo de Ricardo I, conde de Arundel. Casó con Alicia, hermana de Juan, conde de Warenne, de quien tuvo un hijo, Ricardo, que casó con la hija de Hugh Despenser el joven. Gran Juez del País de Gales (1323-1326). Decapitado en Hereford.

BAGLIONI (Guccio) (hacia 1295-1340)
Banquero sienés emparentado con la familia de los Tolomei. Tuvo en 1315 oficina de banca en Neauphle-le-Vieux. Casó secretamente con Maria de Cressay de la que tuvo un hijo, Giannino (1316), cambiado en la cuna con Juan I el Póstumo. Muerto en Campaña.

BALDOCK (Roberto de) (¿A327)
Arcediano de Middlesex (1314). Lord del sello privado (1320). Muerto en Londres.

Librodot

BERKELEY (Thomas, barón de) (1292-1361)

Caballero (1322). Hecho prisionero en Shrewsbury y liberado en 1326. Guardián del rey Eduardo II en su castillo de Berkeley (1327). Mariscal del ejército en 1340, mandó las fuerzas inglesas en Crecy. Caso con Margarita, hija de Roger Mortimer.

BERTRAND (Roberto de) (?)-1348)

Barón de Briquebec, vizconde de Rocheville. Lugarteniente del rey en Guyena, Saintonge, Normandía y Flandes. Mariscal de Francia (1325). Casó con María de Sully, hija de Enrique, gran vinatero de Francia.

BOCCACCIO DA CELLINO

Banquero florentino, viajante de la compañía de los Bardi. Tuvo, de una amante francesa, un hijo adulterino (1313) que fue el ilustre poeta Boccaccio, autor del Decamerón.

BOURBON (Luis, señor, después duque de) (hacia 1275-1342)

Hijo mayor de Roberto, conde de Clermont (1280-1318), y de Beatriz, hija de Juan, señor de Bourbon. Nieto de San Luis. Gran camarero de Francia a partír de 1312. Conde de la Marche (1327). Duque y par (1327).

BORGOÑA (Blanca de) (hacia 1296-1326)

Hija menor de Otón IV, conde palatino de Borgoña, y de Mahaut de Artois. Casada en 1307, con Carlos de Francia, tercer hijo de Felipe el Hermoso. Convicta de adulterio (1314) juntamente con Margarita de Borgoña, fue encerrada en Château-Gaillard, luego en el castillo de Gournay, junto a Coutances. Tras la anulación de su matrimonio (1322) tomó el hábito en la abadía de Maubuisson donde murió.

BORGOÑA (Eudes IV, duque de) (hacia 1294-1350)

Hijo de Roberto II, duque de Borgoña, y de Agnes de Francia, hija de San Luis. Sucedió en mayo de 1315 a su hermano Hugo V. Hermano de Margarita esposa de Luis X el Turbulento, de Juana, esposa de Felipe de Valoís, futuro Felipe VI, de María, esposa del conde de Bar y de Blanca, esposa del conde Eduardo de Saboya. Casó el 18 de junio de 1318 con Juana, hija mayor de Felipe V (muerta en 1347).

BOUVILLE (Hugo III, conde de) (¿-1331)

Hijo de Hugo II de Bouville y de María de Chambry. Chambelán de Felipe el Hermoso. Casó (1291) con Margarita des Barres, de la que tuvo un hijo, Carlos, que fue chambelán de Carlos V y gobernador del Delfinado.

BRETAÑA (Juan III, llamado el Bueno, duque de) (1286-1341)

Hijo de Arturo II, duque de Bretaña, al que sucedió en 1312. Casó tres veces. Murió sin sucesión.

CARLOS IV, rey de Francia (1294-10 de febrero 1328)

Hijo tercero de Felipe IV el hermoso y de Juana de Champaña. Conde usufructuario de la Marche (1315). Sucedió a su hermano Felipe V (1322). Casó sucesivamente con Blanca de Borgoña (1307), María de Luxemburgo (1322) y Juana de Evreux (1325). Murió en Vincennes, sin heredero varón, último rey de la línea directa de los capetinos.

Librodot

CLEMENCIA de Hungría, reina de Francia (hacia 1293-12 octubre 1328)

Hija de Carlos-Martel de Anjou, rey titular de Hungría, Y de Clemencia de Habsbourg. Sobrina de Carlos de Valois por su primera esposa, Margarita de Anjou-Sicilia. Hermana de Caroberto, rey de Hungría, y de Beatriz, esposa del delfín de Vienne. Casó con Luis X el Turbulento, rey de Francia y de Navarra, y fue coronada con el mismo en Reims (agosto 1315). Viuda en junio de 1316, dio a luz en noviembre de 1316 un hijo, Juan I. Murió en el Temple.

COURTENAY (Catalina de), condesa de Valois, emperatriz titular de Constantinopla (¿-1307)

Segunda esposa de Carlos de Valois. Nieta y heredera de Balduino, último emperador latino de Constantinopla (1261). A su muerte, sus derechos pasaron a su hija mayor, Catalina, esposa de Felipe de Anjou, príncipe de Acaya y de Tarento.

CRESSAY (Juan de) y CRESSAY (Pedro de)

Hijos del señor Juan de Cressay, caballero, y de la señora Eliabel, Ambos fueron armados caballeros por Felipe VI de Valois cuando la batalla de Crecy (1346).

CRESSAY (María de) (hacia 1298-1345)

Hermana de los anteriores. Casada secretamente con Guccio Baglioni, y madre (1316) de un niño cambiado en la cuna con Juan I el Postumo, del cual era nodriza. Enterrada en el convento de los Agustinos junto a Cressay.

CHATILLON (Gaucher V de), conde de Porcien (hacia 1250-1329) Condestable de Champaña (1284), luego de Francia tras la batalla de Courtray (1302). Hijo de Gaucher IV y de Isabeau de VWehardouin, llamada de Lizines. Aseguró la victoria de Mons-en-Pévele. Hizo coronar a Luis el Turbulento rey de Navarra en Pamplona (1307). Ejecutor testamentario sucesivamente de Luis X, Felipe V y Carlos IV. Participó en la batalla de Cassel (1328), y murió al año siguiente habiendo ocupado el cargo de condestable de Francia con cinco reyes. Había casado con Isabel de Dreux, luego con Melisenda de Vergy, después con Isabeau de Rumigny.

CHATILLON-SAINT-POL (Mahaut de), condesa de Valois (hacia 1293-1358)

Hija de Guy de Chatillon-Saint-Pol, gran vinatero de Francia. Tercera esposa de Carlos de Valois (1308).

CHERCHEMONT (Juan de) (¿-1328)

Señor de Venours en el Poitou. Clérigo del rey (1318). Canónigo de Notre-Dame de París. Canciller de Francia desde 1320 hasta el fin del reinado de Felipe V; reintegrado a sus funciones a partir de noviembre de 1323.

DUEZE (Gaucelin) (¿-1348)

Sobrino del Papa Juan XXII. Creado cardenal en diciembre de 1316. Obispo de Albano, luego Gran Penitenciario.

DESPENSER (Hugh LE) llamado el Viejo (1262-27 octubre 1326)

Hijo de Hugh Le Despenser Gran Justiciero de Inglaterra, Barón, miembro del Parlamento (1295). Principal consejero de Eduardo II desde 1312. Conde de Winchester (1322). Despojado del poder por la rebelión baronial de 1326, murió ahorcado en Bristol.

DESPENSER (Hugh LE) llamado el joven (hacia 1290-24 noviembre 1326)

Librodot

Hijo del anterior. Caballero (1306). Casó con Eleanor de Clare (hacia 1309). Chambelán y favorito de Eduardo II desde 1312, sus abusos de poder provocaron la rebelión baronial de 1326. Ejecutado en Hereford.

DESPENSER (Lady Eleanor LE) (¿-1337)

Hija del conde de Gloucester y sobrina de Eduardo II. Casó con Hugh Le Despenser el joven (1309).

EDUARDO II Plantagenet, rey de Inglaterra (1284-21 septiembre 1327) Nacido en Carnarvon. Hijo de Eduardo I y de Eleonor de Castilla. Primer príncipe de Gales y conde de Chester (1301). Duque de Aquitania y conde de Ponthieu (1303). Caballero (1306). Rey en 1307. Casó (1308) con Isabel de Francia, hija de Felipe el Hermoso. Coronado en Westminster el 25 de febrero de 1308. Destronado (1326) por una revuelta baronial dirigida por su mujer, fue encarcelado y murió asesinado en el castillo de Berkeley.

EDUARDO de Windsor, después EDUARDO III Plantagenet, rey de Inglaterra (13 de noviembre de 1312-1377)

Hijo del anterior. Conde de Chester (1320). Duque de Aquitania y conde de Ponthieu (1325). Proclamado rey (enero 1327) tras la deposición de su padre. Casó en 1328 con Felipa, hija de Guillermo, conde de Hainaut, de Holanda y de Zelanda, y de Juana de Valoís. Sus pretensiones al trono de Francia, tras la muerte de Carlos IV, motivaron la guerra de los Cien Años.

EVREUX (Felipe de)

Hijo de Luis de Evreux, hermanastro de Felipe el Hermoso y de Margarita de Artois. Casó (1318) con Juana de Francia, hija de Luis X el Turbulento y de Margarita de Borgoña, heredera de Navarra, muerta en 1349. Padre de Carlos el Malo, rey de Navarra, y de Blanca, segunda mujer de Felipe VI de Valois, rey de Francia.

FELIPA de Hainaut, reina de Inglaterra (1314?-1369)

Hija de Guillermo de Hainaut y de Juana de Valois. Casada el 30 de enero de 1328 con Eduardo III de Inglaterra, del cual tuvo doce hijos.

FELIPE IV, llamado el Hermoso, rey de Francia (1268-29 de noviembre de 1314)

Nacido en Fontainebleau. Hijo de Felipe III el Atrevido y de Isabel de Aragón. Casó (1284) con Juana de Champaña, reina de Navarra. Padre de los reyes Luis X, Felipe V y Carlos IV y de Isabel de Francia, reina de Inglaterra. Reconocido rey en Perpiñán (1285) y coronado en Reims (6 febrero 1286). Muerto en Fontainebleau y enterrado en Saint-Denis.

FELIPE conde de Poitiers, luego FELIPE V, el Largo, rey de Francia. (1291-3 de enero de 1322)

Hijo de Felipe IV el Hermoso, hermano de los reyes Luis X, Carlos IV y de Isabel, reina de Inglaterra. Conde palatino de Borgoña, señor de Salins por su matrimonio con Juana de Borgoña (1307). Conde usufructuario de Poitiers (1311). Par de Francia (1315). Regente a la muerte de Luis X, luego rey tras la muerte del hijo póstumo de aquel (noviembre 1316). Muerto en Longchamp, sin heredero varón. Enterrado en Saint-Denis.

FELIPE, conde de Valois, luego FELIPE VI, rey de Francia (1293-22 agosto 1350)

Hijo mayor de Carlos de Valois y de su primera esposa Margarita de Anjou-Sicilia. Sobrino de Felipe IV el Hermoso y primo hermano de los reyes Luis X, Felipe V y Carlos IV. Regente a la

muerte de Carlos IV el Hermoso, luego rey tras el nacimiento de la hija póstuma de este (abril 1328). Consagrado en Reims el 29 de mayo de 1328. Su ascensión al trono, protestada por Inglaterra, dio origen a la segunda guerra de Cien Años. Casó en primeras nupcias (1313) con Juana de Borgoña, llamada la Coja, hermana de Margarita, que murió en 1348; en segundas nupcias (1349) con Blanca de Navarra, nieta de Luis X y de Margarita.

FERIENNES (Isabel de) (¿A317)

Maga. Declaró contra Mahaut en el proceso seguido a esta tras la muerte de Luis X. Fue quemada viva igualmente que su hijo, después de la absolución de Mahaut.

FIENNES (Juan, barón de Ringry, señor de Ruminghen, castellano de Bourbourg, barón de)

Elegido jefe de la nobleza rebelde de Artois y uno de los últimos en someterse (1320). Casó con Isabel, sexta hija de Guy de Dampierre, conde de Flandes, de quien tuvo un hijo, Roberto, condestable de Francia el 1356.

FOURNIER (Jaime Nouvel) (hacia 1285-abril 1342)

Cisterciense. Abad de Fontfroide. Obispo de Pamiers (1317), luego de Mirepoix (1326). Creado cardenal en diciembre de 1327 por Juan XXII al que sucedió el 1334 con el nombre de Benedicto XII.

GOURNAY (Tomas de) (¿-1333)

Uno de los guardianes de Eduardo II en el castillo de Berkeley. Declarado culpable (1330) de la muerte del rey, fue arrestado en España, luego en Nápoles a donde había huido, fue asesinado Por los que lo detuvieron.

HAINAUT (Guillermo de Avesnes, el Bueno, conde de Holanda, de Zelanda y de) (?-1337)

Hijo de Juan II de Avesnes, conde de Hainaut, y de Felipina de Luxemburgo. Sucedió a su padre el 1304. Casó el 1305 con Juana de Valois, hija de Carlos de Valois y de Margarita de Anjou-Sicilia. Padre de Filipa, reina de Inglaterra.

HAINAUT (Juan de) señor de Beaumont (?-1356)

Hermano del anterior. Participó en numerosas operaciones en Inglaterra y en Flandes.

HIRSON, o HIREÇON (Thíerry LARCHIER de) (hacia 1270-17 noviembre 1328)

Clérigo de Roberto II de Artois, fue utilizado por Felipe el Hermoso para muchas misiones. Canónigo de Arras (1299). Canciller de Mahaut de Artois (1303). Obispo de Arrás (1328).

HIRSON, o HIREÇON (Beatriz de)

Sobrina del anterior. Doncella de compañía de la condesa Mahaut de Artois.

ISABEL de Francia, reina de Inglaterra (1292-23 agosto 1358)

Hija de Felipe IV el Hermoso y de Juana de Champaña. Hermana de los reyes Luis X, Felipe V y Carlos IV. Casó con Eduardo II de Inglaterra (1308). Se puso a la cabeza (1325) junto con Roger Mortimer, de la rebelión de los barones ingleses que llevó a la deposición de su marido. Llamada «la Loba de Francia», gobernó de 1326 a 1328 en nombre de su hijo Eduardo III. Desterrada de la corte (1330). Muerta en el castillo de Hertford.

JUAN XXII (Jacobo Dueze, Papa) (1244-diciembre 1334)

Librodot

Hijo de un burgués de Cahors. Cursó estudios en Cahors y en Montpellier. Arcipreste de Saint-Andre de Cahors. Canónigo de Saint-Front de Perigueux y de Albi. Arcipreste de Sarlat. En 1289, marchó a Nápoles, donde llegó a ser rápidamente familiar del rey Carlos II de Anjou que le hizo secretario del consejo privado, luego su canciller. Obispo de Frejus (1300), luego de Aviñón (1310). Secretario del concilio de Vienne (1311). Cardenal obispo de Porto (1312). Elegido Papa en agosto 1316. Coronado en Lyon en septiembre 1316. Muerto en Aviñón.

JUANA de Borgoña, condesa de Poitiers, luego reina de Francia (hacia 1293-21 enero 1330)

Hija mayor de Otón IV, conde palatino de Borgoña, y de Mahaut de Artois. Hermana de Blanca, esposa de Carlos de Francia, futuro Carlos IV. Casada el 1307 con Felipe de Poitiers, hijo segundo de Felipe el Hermoso. Convicta de complicidad en los adulterios de su hermana y de su cuñada (1314) fue encerrada en Dourdan, luego liberada el 1315. Madre de tres hijas, Juana, Margarita e Isabel, que se casaron respectivamente con el duque de Borgoña, el conde de Flandes y el delfín de Vienne.

JUANA de Borgoña, condesa de Valois, después reina de Francia (hacia 1296-1348)

Hija de Roberto II, duque de Borgoña, y de Agnes de Francia, hermana de Eudes IV, duque de Borgoña, y de Margarita, esposa de Luis X, el Turbulento. Caso (1313) con Felipe de Valois, futuro Felipe VI. Madre de Juan II, rey de Francia. Murió de la peste.

JUANA de Francia, reina de Navarra (hacia 1311-8 octubre 1349)

Hija de Luis X el Turbulento y de Margarita de Borgoña. Presunta bastarda. Eliminada de la sucesión al trono de Francia, heredó el de Navarra. Casada (1318) con Felipe de Evreux. Madre de Carlos el Malo, rey de Navarra, y de Blanca, segunda esposa de Felipe VI de Valois, rey de Francia.

JUANA de Evreux, reina de Francia (¿-marzo 1370)

Hija de Luis de Francia, conde de Evreux, y de Margarita de Artois. Hermana de Felipe, conde de Evreux, mas tarde rey de Navarra. Tercera esposa de Carlos IV el Hermoso (1325) del cual tuvo tres hijas.

KENT (Edmundo de Woodstock, conde de) (1301-1329)

Hijo de Eduardo I, rey de Inglaterra, y de su segunda mujer, Margarita de Francia, hermana de Felipe el Hermoso, Hermanastro de Eduardo II, rey de Inglaterra. El 1321 es nombrado gobernador del castillo de Douvres, guardián de los Cinco Puertos y creado conde de Kent. Lugarteniente de Eduardo II en Aquitania el 1324. Decapitado en Londres.

LANCASTER (Enrique, conde de Leicester y de), llamado Cuello-Torcido (hacia 1281-1345)

Hijo de Edmundo, conde de Lancaster, y nieto de Enrique III, rey de Inglaterra. Participó en la rebelión contra Eduardo II. Armó caballero a Eduardo III el día de su coronación, y fue nombrado jefe del consejo de regencia. Pasó luego a la oposición a Mortimer.

LE ROUX (Raymond) (¿-1325)

Sobrino del Papa Juan XXII y creado cardenal por él en diciembre 1325.

LUIS X, el Turbulento, rey de Francia y de Navarra (octubre 1289-5 junio 1316)

Hijo de Felipe IV el Hermoso y de Juana de Champaña. Hermano de los reyes Felipe V y Carlos IV, y de Isabel, reina de Inglaterra. Rey de Navarra (1307) rey de Francia (1314). Casó (1305), con Margarita de Borgoña, de la cual tuvo una hija, Juana, nacida hacia 1311. Después del escándalo de la torre de Nesle y de la muerte de Margarita, se volvió a casar (agosto 1315) con Clemencia de Hungría. Coronado en Reims (agosto 1315). Muerto en Vincennes. Su hijo, Juan I el Póstumo, nació cinco meses más tarde (noviembre 1316).

MALTRAVERS (Juan, barón) (1290-1365)

Caballero (1306). Guardián del rey Eduardo II en Berkeley (1327) Senescal (1329) jefe de la casa del rey (1330). Después de la caída de Mortimer, condenado a muerte como responsable de la muerte de Eduardo II, huyó al Continente. Autorizado a volver a Inglaterra en 1345 y rehabilitado el 1353.

MARGARITA de Borgoña, reina de Navarra (hacia 1293-1315)

Hija de Roberto II, duque de Borgoña, y de Agnes de Francia. Casada (1305) con Luis, rey de Navarra hijo primero de Felipe el Hermoso, futuro Luis X, del cual tuvo una hija, Juana. Convicta de adulterio, fue encerrada en Château-Gaillard (1314) donde murió asesinada.

MARIA de Luxemburgo, reina de Francia (hacia 1306-marzo 1324)

Hija de Enrique VII, emperador de Alemania, conde de Luxemburgo, y de Margarita de Brabante. Hermana de Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia. Segunda esposa de Carlos IV (1322), coronada en mayo de 1323.

MARIGNY (Júan de) (¿-1350)

Ultimo de los tres hermanos Marigny. Canónigo de Notre-Dame de París, después obispo de Beauvais (1312). Canciller (1329). Lugarteniente del rey en Gascuña (1342). Arzobispo de Ruan (1347).

MORTIMER (lady Juana) (1286-1356)

Hija de Pedro de Joinville y de Juana de Lusignan; sobrina nieta del senescal compañero de San Luis. Esposa de sir Roger Mortimer, barón de Wigmore, hacia 1305; tuvo de el once hijos.

MORTIMER (Roger) barón de Chirk (hacia 1256-1326)

Lugarteniente del rey Eduardo II y Gran Juez del País de Gales (1307-1321). Hecho prisionero en Shrewsbury (1322). Muerto en la Torre de Londres.

MORTIMER (Roger IV) octavo barón de Wigmore (1287-29 noviembre 1330)

Hijo mayor de Edmundo Mortimer y de Margarita de Fiennes. Lugarteniente del rey Eduardo y Gran Juez de Irlanda (1316-1321). Jefe de la rebelión que condujo a la deposición de Eduardo II. Gobernó de hecho Inglaterra, con la reina Isabel, durante la minoría de Eduardo III. Primer conde de March (1328). Encarcelado por Eduardo III y abandonado por el Parlamento, fue ahorcado en el cadalso de Tyburn, en Londres.

NORFOLK (Tomas de Brotherton, conde de) (1300-1338)

Hijo mayor del segundo matrimonio de Eduardo I, con Margarita de Francia. Hermanastro de Eduardo II, y hermano de Edmundo de Kent. Creado duque de Norfolk en diciembre de 1312 y mariscal de Inglaterra en febrero de 1316. Se unió al partido de Mortimer, una de cuyas hijas se casó con su hijo.

Librodot

NOYERS (Miles, señor de Vandoeuvre y de) (¿-1350)

Mariscal de Francia (1303-1315). Consejero sucesivamente de Felipe V Carlos IV y Felipe VI, tuvo un papel de excepcional importancia en los tres reinados. Gran vinatero de Francia (1336).

ORLETON (Adan) (¿-1345)

Obispo de Hereford (1317), de Worcester (1328) y de Winchester (1334) Uno de los jefes de la conspiración contra Eduardo II. Tesorero de Inglaterra (1327). Cumplió numerosas misiones y embajadas en las cortes de Francia y de Aviñón.

POUGET o POYET (Bertran de) (?-1352)

Sobrino de Juan XXII y creado cardenal por él en diciembre 1316.

REYNOLDS (Walter) (?-1327)

Tesorero (1307), obispo de Worcester (1307). Guardián del sello (1310-1314). Uno de los principales consejeros de Eduardo II, tomó partido por Isabel el 1326. Coronó rey a Eduardo III del cual era padrino.

SEAGRAVE (Esteban) (?-1325)

Condestable de la Torre de Londres. Encarcelado tras la evasión de Mortimer y liberado en junio de 1324.

STAPLEDON (Walter) (1261-1326)

Profesor de derecho canónico en Oxford. Obispo de Exeter (1307). Tesorero de Inglaterra (1320). Asesinado en Londres.

TOLOMEI (Spinello)

Jefe en Francia de la compañía sienesa de los Tolomei fundada en el siglo XII por Tolomeo Tolomei, y enriquecida rápidamente por el comercio internacional y el control de las minas de plata de Toscana. Todavía existe en Siena un palacio Tolomei.

TRYE (Mateo de) (¿-1344)

Sobrino del chambelán de Luis X el Turbulento. Señor de Araines y de Vaumain. Mariscal de Francia hacia 1320. Lugarteniente general en Flandes (1342).

VALOIS (Carlos, conde de) (12 marzo 1270-diciembre 1325)

Hijo de Felipe III el Atrevido y de su primera mujer, Isabel de Aragón. Hermano de Felipe IV el Hermoso. Armado caballero a los catorce años. Investido del reino de Aragón por el legado pontificio el mismo año, no pudo ocupar el trono y renunció al título el 1295. Conde usufructuario de Anjou, del Maine y del Perche (marzo 1290) por su primer matrimonio con Margarita de Anjou-Sicilia; emperador titular de Constantinopla por su segundo matrimonio (enero 1301) con Catalina de Courtenay; fue creado conde de Romaña por el Papa Bonifacio VIII. Casó en terceras nupcias (1308) con Mahaut de Châtillon-Saint-Pol. De sus tres matrimonios tuvo numerosos hijos; su hijo mayor fue Felipe VI, primer rey de la dinastía Valois. Guerreó en Italia en favor del Papa el 1301 y mandó dos expediciones en Aquitania (1297 y 1324) y fue candidato al imperio de Alemania. Muerto en Nogent-le-Roy y enterrado en la iglesia de los Jacobinos de París.

VALOIS (Juana de), condesa de Beaumont (hacia 1304-1363)

Hija del anterior y de su segunda mujer, Catalina de Courtenay. Hermanastra de Felipe VI, rey de Francia. Esposa de Roberto de Artois, conde de Beaumont-le-Roger (1318). Encerrada, junto con sus tres hijos, en Château-Gaillard tras el destierro de Roberto, y rehabilitada después.

VALOIS (Juana de), condesa de Hainaut (hacia 1295-1352)

Hija de Carlos de Valois y de su primera esposa, Margarita de Anjou-Sicilia. Hermana de Felipe VI, rey de Francia. Esposa (1305) de Guillermo, conde de Hainaut, de Holanda y de Zelanda, y madre de Felipa, reina de Inglaterra.

VIA (Arnaldo de) (¿-1335)

Obispo de Aviñón (1317). Creado cardenal por Juan XXII en junio de 1317.

WARENNE (Juan de) (1286-1344)

Conde de Surrey y de Sussex. Cuñado de Juan Fitzalan, conde de Arundel. Caballero y miembro del Parlamento desde 1306. Síguió fiel al rey Eduardo II, no obstante fue miembro del consejo de regencia de Eduardo III.

Librodot